

Eugenio Fuentes CONTRARELOJ

colección andanzas



Lectulandia

En la cuarta etapa del Tour de Francia, Tobias Gros, el favorito e imbatible ganador de las cuatro últimas ediciones de esta carrera, muere asesinado mientras descansa en el hotel tras una jornada agotadora. La conmoción es enorme y pronto corren los rumores. Uno de los primeros sospechosos es Santi Mieses, corredor del equipo rival que habló con Gros poco antes de que éste fuera asesinado. Para atajar las habladurías, Luis Carrión, el director del equipo donde pedalea Mieses, contrata al detective Ricardo Cupido, mero espectador de una de las etapas reinas: el ascenso al Tourmalet. En su investigación, Cupido se adentra en el mundo de los ciclistas y conoce de primera mano los manejos entre equipos, los papeles que se reparten los corredores en cada etapa, las disputas y enemistades entre ciclistas o los escurridizos equipos médicos que proporcionan el dopaje en dosis exactas. Pero también el protagonismo callado, pero no menos crucial, de los «gregarios».

Lectulandia

Eugenio Fuentes

Contrarreloj

Ricardo Cupido 6

ePub r1.0

Mangeloso 21.12.13

Título original: *Contrarreloj*
Eugenio Fuentes, 2009
Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Todos aspirábamos a ser escaladores y nuestro sueño inexpresado era coronar un día el Tourmalet en primer lugar.

MIGUEL DELIBES

Etapa prólogo

Barcelona - Barcelona, 9 km

Sábado, 3 de julio

Hamelt miró la bicicleta como si la odiara: un instrumento de tortura, un conjunto articulado de hierros, gomas, cables y cadena diseñado para llevar el cuerpo del ciclista más allá de los límites del esfuerzo, hasta alcanzar las zonas del dolor. El sillín era un potro que sujetaba las manos al manillar; las ruedas, tornos que tensaban las piernas hasta desencajarlas, como si en cualquier momento las rótulas fueran a salir disparadas de las rodillas. La cadena unía con grilletes los pies a los pedales y obligaba a empujarlos hasta perder el aliento sin permitir nunca la relajación o el descanso, sin que el ciclista pudiera detenerse cuando el frío le cortaba los labios o cuando la sed o el calor lo torturaban. El asfalto era el combustible que abrasaba al corredor a fuego lento. A veces, en el trayecto apenas se podía respirar, porque no había suficiente oxígeno en las alturas o porque uno se atragantaba con los ratones del cansancio. Algunos ocultaban bien la fatiga, pero otros resoplaban como volcanes en erupción y había otros cuyo aliento se confundía con sollozos y parecía que estaban llorando...

—Dos minutos —le indicó uno de los jueces.

Subió a la rampa, se colocó en la línea y esperó a que le marcaran los últimos segundos. Alrededor, en toda la plaza, bajo el alboroto de las palomas, rugía el impaciente, agitado bullicio previo a la salida de cualquier etapa.

—... *quatre, trois, deux... Top!*

Se dejó caer por la rampa y al tocar el asfalto ya estaba acelerando, puesto en pie hasta alcanzar la velocidad adecuada. Dio la vuelta a la plaza y enfiló la ancha avenida que picaba hacia arriba. Sólo entonces se sentó, acoplado a la bicicleta, redondeó el pedaleo potente y armonioso y bajó al piñón de doce dientes. Le gustaba la contrarreloj precisamente porque se disputaba en soledad: un corredor solo contra el tiempo, sin ayuda de nadie que le apartara el aire o le diera un relevo. Él era diferente a muchos ciclistas que, acostumbrados a correr siempre en compañía, en las cronos se hundían desconcertados, desamparados como náufragos, incapaces de superar el miedo a correr solos.

—¡Vamos, vamos! —gritó Max, el director del equipo, desde el coche. Había prohibido el uso de los auriculares en las cronos y prefería dar las instrucciones por la megafonía, de modo que sus ánimos se expandieran y contagiaran a los espectadores que llenaban las anchas aceras embanderadas, que gritaban y aplaudían su solitario esfuerzo.

Levantó la cabeza de las líneas blancas que le servían de referencia en el asfalto y entrevió fugazmente las raras fachadas de las casas. Por la mañana había salido a

entrenar y reconocer el terreno, y en una fugaz y confusa visión desde la bicicleta no supo si las extrañas fachadas eran realmente así o si el sudor le hacía verlas onduladas y con rostros. Poco después giró hacia la izquierda. El terreno seguía subiendo suavemente por la avenida sombreada por plátanos y algunas palmeras. En mitad de la recta distinguió la primera pancarta: 3 KILÓMETROS. Por delante no veía a nadie, pero no le preocupaba. En el pulsímetro su corazón batía a ciento setenta y cinco latidos por minuto. Por sus venas corrían seis litros de sangre: cinco llevaban alimentos a sus piernas y uno subía a su cabeza para inyectarle rabia y fe en el triunfo. Sabía que iba bien, pero en tan poco tiempo no podía haber reducido mucho la distancia con el corredor que había salido tres minutos antes.

Oyó de nuevo los gritos de Max empujándolo con aquel extraño acento suizo en el que era difícil detectar la mentira. Cuando le daba referencias nunca sabía si lo estaba engañando:

—¡Vamos, Darko, vamos! ¡Te has puesto el primero!

Como la carretera seguía ascendiendo, aumentó el esfuerzo para no cambiar de marcha. Tenía la sensación de que le sobraban brazos y le faltaban piernas, y deseaba recortar todo lo que en su cuerpo estorbaba al aire y aumentar todo lo que lo desplazaba.

Ya habrían llegado a meta sus compañeros de equipo y casi todos sus rivales, excepto Álvaro Panal y Tobías Gros. Al español no lo temía. Era un ciclista experto, endurecido, que resistía en cualquier terreno sin ser especialista en ninguno, pero su ambición se calmaba con un triunfo de etapa mediante una de sus peculiares y larguísimas fugas. El enemigo era Tobías Gros, el ganador del Tour en los cuatro últimos años, el que llevaba el número 1 grabado en su bicicleta, en su dorsal y en su mirada. También había marcado su piel con aquella obsesión por la carrera francesa. Las cámaras de televisión buscaban con frecuencia un primer plano de su mano izquierda, levantando un trofeo o sujetando el manillar, porque en cada nudillo de los cuatro dedos paralelos se había tatuado una letra de la palabra TOUR. Cuando le preguntaron para qué reservaba la piel del pulgar, respondió que allí grabaría el número de Tours que hubiera ganado cuando se retirara de la competición. Hamelt había corrido con él dos años, sirviéndole de gregario, y lo conocía bien. En la prensa deportiva, tan aficionada a los apodos, lo llamaban «Depredador», comparándolo con los lobos, con quienes compartía astucia, velocidad, resistencia y una imperturbable frialdad. En una ocasión, cuando comenzaba como profesional, alguien lo definió diciendo que a pesar de todas las apariencias sin duda era un ciclista, porque los lobos no corren en bicicleta. Sus extraordinarias cualidades eran espoleadas en los momentos más difíciles por una ambición sin límites. Quería ganarlo todo y se desenvolvía bien en todas las especialidades, en todos los climas, en las competiciones de tres semanas o de un día. Su doble nacionalidad —había nacido en

Nueva York, hijo de un estadounidense de origen italiano y de madre francesa— y su herencia mestiza le hacían adaptarse enseguida a cualquier país. Además, era un excelente estratega. Se decía de él que sabía cómo iban a actuar sus rivales antes de que lo supieran los rivales mismos. Hamelt daría media vida por arrebatarse desde el primer día el maillot amarillo y porque nunca más volviera a lucirlo.

El furor le dio fuerzas e incrementó el ritmo de sus pedaladas hasta que el pulsímetro subió a ciento ochenta y cinco. No tenía miedo a desfallecer en un trayecto tan corto. Únicamente debía evitar el triunfo de Gros, que en esos momentos ya habría salido de la rampa. Sería insoportable sentir de nuevo en la nuca su respiración, oír tras de sí el siseo de su bicicleta, ver cómo los espectadores giraban la cabeza para animar al perseguidor.

La organización había diseñado una etapa prólogo con un trayecto más duro de lo habitual y la había ofrecido como el primer duelo de un Tour que se presentaba apasionante. Era el momento de la revancha de Darko Hamelt sobre Tobías Gros —decían todos—, que le había arrebatado la victoria el año anterior en la última etapa de montaña, al superar la ventaja con la que Hamelt había llegado hasta allí. Aquella tarde, al cruzar la meta en la cima, exhausto, tuvo que apoyarse en uno de sus ayudantes para no caerse porque no podía respirar, los pulmones se le habían subido a la garganta y no lograba encajarlos de nuevo en el pecho. Había bebido mucha agua y algo debió de estropearse en su estómago. Un reportero logró captar unas imágenes suyas que, un año después, muchos aún recordaban: encogido, con los ojos llenos de lágrimas, con las manos en el estómago y vomitando como una gárgola. En la rueda de prensa Max Zaharia alegó una indisposición alimenticia, pero otros lo habían calificado como un corredor de moral frágil, supersticioso, proclive a sufrir dudas y ansiedad en los momentos decisivos.

Ahora, con el nuevo giro hacia la izquierda, el terreno se volvía favorable, le daba la espalda a la montaña y se inclinaba hacia el mar. Metió la corona de once dientes y aceleró con rapidez y fuerza. Después de atravesar una plaza la calle se ensanchaba y las aceras dejaban lugar para carriles bici en los que pudo entrever ciclistas con las bicicletas municipales. De nuevo llegó a otra plaza con fuente y enfiló hacia el hueco entre dos torres de ladrillo que anunciaban el último tramo. Se fijó en las cuatro banderas que había a la derecha: ondeaban contra él, el aire soplaba de frente y endurecía el recorrido ahora que la carretera volvía a empinarse. En el panel electrónico del segundo punto intermedio, en el kilómetro 7, comprobó que Max no lo había engañado. Estaba haciendo un tiempo extraordinario: superaba en doce segundos la mejor marca hasta entonces, la de Ronald de Groóte, el especialista en la crono del Maeslant holandés. En un trayecto tan corto resultaba una diferencia tan notable que estuvo seguro de que Tobías Gros no podría superarla.

—¡Sigue, sigue! —oyó de nuevo la voz del entrenador, amplificadas para impedir

que se relajara—. Ya casi lo tienes. Basta con mantener el ritmo.

Había llegado a las vallas que indicaban los dos últimos kilómetros y sus fuerzas no se habían acabado. Cambió a la corona de dieciocho dientes, porque el duro tramo final de Montjuic podía hacerse interminable. Ahí estaba la trampa del prólogo para algunos que lo habían afrontado como un sprint prolongado y al final habían perdido mucho tiempo.

Desde atrás, Max Zaharia seguía empujándolo con sus gritos, que se mezclaban con los de la multitud que llenaba las aceras ahora que los ciclistas iban más despacio y podían verlos con mayor detalle.

—¡Vamos, Darko! ¡El último esfuerzo!

—¡Vinga! ¡Vamos!

—¡Au!

Rugían, golpeaban las vallas a su paso, agitaban banderines publicitarios, banderas nacionales... Y gritaban viéndolo sufrir, amarrado a la bicicleta, enfilando las últimas rampas, aunque a veces tenía la impresión de que le aplaudían tanto por admiración como por la misma crueldad de quienes asistían a los espectáculos de los circos romanos o a los autos de fe. ¡Trescientos metros, doscientos cincuenta, doscientos...! Se puso en pie y aceleró con furia y dolor, como si fuera la última vez que corría en su vida. Cruzó tan rápido la meta que estuvo a punto de atropellar a uno de los fotógrafos.

De camino hacia el autobús del equipo no aceptó hablar con nadie. Sólo quería beber dos litros de agua, descansar y contemplar en el televisor cómo Tobías Gros llegaba tras él. Quería ver su reacción, la expresión de su rostro al descubrir que por primera vez en los últimos años alguien lo vencía en una contrarreloj.

—¡Enhorabuena! —le gritó uno de los ayudantes, haciéndose cargo de su bicicleta—. Ese tiempo no hay quien lo mejore. ¡Le has sacado medio minuto al segundo clasificado!

Subió los peldaños del autobús sin atender a las primeras cuestiones de los periodistas ni a los requerimientos de los fotógrafos para que posara unos segundos. Cuando iba a entrar, una reportera le puso el micrófono ante la boca:

—Has hecho el mejor tiempo, catorce minutos, veintitrés segundos. ¿Te has sentido bien en la carrera?

—Nunca me siento bien sobre la bicicleta —respondió con aspereza—. Sobre la bicicleta se sufre.

—Pero has sido el más rápido —insistió.

—He sido el más rápido para llegar cuanto antes a la meta y poder descansar.

Dentro del autobús ya estaba el entrenador.

—Siéntate. Descansa. —Le indicó un asiento de la primera fila y le pasó una botella de agua—. Has estado estupendo.

Mientras bebía, miró la pantalla. Entraba la «Avispa» Panal con 50" de retraso sobre su tiempo. Luego comenzaron a repetir las imágenes del momento de su llegada y reconoció con satisfacción su elegante forma de pedaleo, incluso cuando se ponía en pie para esprintar, el gesto con que avanzaba la cabeza, como si quisiera impulsarse con ella hacia delante. De pronto cortaron las imágenes para ofrecer la llegada de Tobias Gros. ¡Ya estaba allí, cuando Panal apenas acababa de pasar!

—¡Hijo de puta! —murmuró Max a su lado, con los ojos fijos en el cronómetro.

Los segundos pasaban muy lentos y en cambio Gros reducía muy deprisa la distancia que lo separaba de la meta.

Otra vez oyó la maldición del entrenador, reforzada ahora con un superlativo sucio, y supo que de nuevo iba a ocurrir y que el Tour comenzaba para él como había terminado el anterior: no sólo con una derrota, sino con una derrota ante quien lo había vencido en todos sus últimos enfrentamientos.

Gros paró el reloj de meta en 14' 16". Poco después ya estaba haciendo las primeras declaraciones para la televisión francesa, rodeado de fotógrafos y periodistas. Todos se habían ido tras él, nadie llamaba a la puerta del autobús para pedir una entrevista.

—El Tour acaba de empezar. Tenemos mucho tiempo y estamos los segundos —dijo Max sin dejar de mirar la pantalla.

—Sí.

Respiró hondo dejando que se evaporaran el sudor y la rabia. Con un profundo sentimiento de impotencia adivinó el titular de los periódicos al día siguiente: Gros primero, Hamelt detrás. Quizá tendría que comenzar a asumir que nunca le ganaría, que él era uno de esos ciclistas segundones que siempre vivieron oscurecidos a la sombra de los grandes: Poulidor a la sombra de Anquetil, Ocaña a la sombra de Merckx, Bugno a la sombra de Induráin, Ullrich a la sombra de Armstrong.

Max apagó el televisor con un gesto brusco.

—No te preocupes. Tendremos otras oportunidades. ¡Un prólogo! Ni siquiera era la primera etapa. Ahora vamos a descansar al hotel. Nos estarán esperando —dijo con una voz animosa que, sin embargo, no lograba ocultar un eco de decepción.

Acababan de ver la transmisión del emocionante prólogo en el salón del hotel donde estaban alojados, en Argelés-Gazost, una pequeña villa en pleno corazón de las montañas, rodeada por los gigantes pirenaicos: Aubisque, Tourmalet, Luz Ardiden, Cauterets y Hautacam. El hotel, lleno de aficionados al ciclismo que por las mañanas salían a subir los puertos y por las tardes se reunían ante la enorme pantalla del televisor a comentar la etapa, basaba su atractivo tanto en un esmerado servicio de habitaciones y de restauración como en las fotos con las firmas de grandes ciclistas —Coppi, Anquetil, Ocaña, Hinault, Induráin, Delgado...— que se habían alojado en

él. Todo era limpio y cómodo y el Alkalino lo consideraba un lujo excesivo. Le habían dado una amplia habitación en la buhardilla, en la que se aburría encerrado. Cuando se cansaba de leer a Schopenhauer, bajaba al vestíbulo a observar con una mezcla de admiración y perplejidad a los ciclistas de todas las edades que, solos o en grupo o en familia, tras ingerir un buen desayuno, montaban en sus bicicletas y salían entusiasmados a escalar las rampas pirenaicas. O entablaba conversación con cualquier huésped, gracias a aquella facilidad para comunicarse que le hubiera permitido entenderse con los habitantes de otros planetas. Con los españoles hablaba sobre los temas más dispares, porque se interesaba por todo lo que le contaban; y con los extranjeros no tenía reparos en chapurrear un francés macarrónico y absurdo — con ese acento ferruginoso de muchos españoles que van repartiendo guturales sin ton ni son por todas las palabras que, sin embargo, era comprendido sin problemas por sus interlocutores.

Desde el invierno anterior Cupido había planeado la subida en bici al Tourmalet. Los años comenzaban a pesarle y sabía que, si no desafiaba pronto sus diecinueve kilómetros de ascensión, dentro de poco no lo lograría. Un continuo entrenamiento en los meses anteriores le había hecho perder los tres kilos que le sobraban. Había aumentado su resistencia con largas marchas por carreteras llanas y había subido en Breda las ásperas y retorcidas cuestas del Yunque y del Volcán. Pero las cumbres francesas, elevadas a dos mil metros de altitud, donde disminuía el pesado y nutricional oxígeno, eran más exigentes, y había reservado alojamiento en el hotel para los diez primeros días de julio. Entrenaría con calma cuatro o cinco días para adaptar a la altura el organismo, dedicaría al menos otra jornada a ver en directo el final de la etapa que terminaba en la cima del Tourmalet y, cuando al día siguiente se hubiera marchado toda la caravana, afrontaría definitivamente la escalada, con el tiempo y la preparación suficientes para no sufrir demasiado.

Fue a mediados de mayo cuando el Alkalino enfermó de pancreatitis y estuvo un mes hospitalizado, sin que en los primeros días se supiera si iba a lograr recuperarse. Al fin salió, debilitado pero sin secuelas, cosa extraña en alguien que había pasado una década castigando su cuerpo con excesos.

Cupido pensó que una cura alpina, a la manera de los escritores tuberculosos, en parajes de aire límpido y con la alimentación adecuada, sería una buena forma de recuperación y de pagar deudas: el Alkalino le había ayudado a menudo en sus investigaciones sin aceptar por su trabajo el dinero que le hubiera correspondido. Alegaba con ironía que los servicios de inspección de la Agencia Tributaria detectarían aquellos ingresos. Y él no podía recibir remuneración por ningún trabajo, puesto que cobraba una pequeña pensión de invalidez desde su accidente laboral. A mediados de junio, el hotel ya no disponía de habitaciones libres, pero Cupido pidió que lo avisaran enseguida si se producía la anulación de alguna reserva. Y en efecto,

a los pocos días de su solicitud lo llamaron para decirle que quedaba libre una habitación en la última planta.

No le dio al Alkalino la posibilidad de negarse: le entregó el resguardo con la reserva del hotel a su nombre.

—¿Para qué voy a ir yo a las montañas? —se había resistido todavía, con esa perezosa debilidad de la convalecencia. Había adelgazado y tenía pálido el oscuro rostro de madera tostada—. Hasta hace pocas décadas, esos hoteles de montaña eran refugios adaptados para gentes con alguna enfermedad del pulmón, de la sangre o de los nervios, entre quienes podría sentirme a gusto. Pero ahora están llenos de tipos sanos, deportistas, que suben hasta allí para endurecer aún más sus cuerpos con la carencia de oxígeno y los terrenos abruptos. Y a mí ni me gusta subir por los cerros saltando como las cabras ni estoy hecho para quedarme sentado en una roca contemplando el paisaje.

—Ya lo sé, ya lo sé. Ya sé que a ti te gustan la playa y el calor. Pero no te harán daño unos días en los Pirineos para recuperarte de todo lo que has pasado.

—Tampoco fue tan grave. Sólo afectó un poco al páncreas.

—¿Un poco, dices? ¿Y sólo al páncreas?

—Mientras el mal no llegue a la cabeza —murmuró con seriedad.

Algunas veces había comentado que eso era lo único que lo aterrizzaba. El dolor físico..., bueno, podría soportarlo. En las farmacias se guardaba suficiente química para aliviar el dolor hasta que se restableciera la salud... o hasta que todo terminara. Lo que lo asustaba era la decadencia de la mente, la incapacidad de raciocinio o de entablar conversación con cualquiera que se hallara a menos de tres metros de donde él se hallaba.

—Hasta ahí arriba el mal no te llegará nunca —había replicado el detective—. Tienes la cabeza tan dura que en ella no podría entrar ningún virus. Así que preocúpate de lo que respiras, de lo que bebes y de lo que comes. Y en la montaña seguro que todo eso será de buena calidad.

—No estoy tan convencido —protestó aún.

—Además, veremos la llegada en alto de un par de etapas del Tour.

—Ya sabes que el deporte no me interesa.

Cupido protestó enérgicamente sobre aquel viejo prejuicio suyo de despreciar las olimpiadas, los mundiales, los campeonatos.

—De acuerdo, de acuerdo —lo cortó el Alkalino—. Luego me callaré e iré a ver esas etapas, pero ahora escúchame todavía unas palabras. Dices que el deporte es una lucha en buena lid donde vence el más fuerte, el más rápido o el más astuto.

—Sí, eso digo.

—¿Pero acaso no es contra todo eso contra lo que habíamos clamado durante tantos años: contra el predominio de la fuerza, de la velocidad, de la astucia, y en

defensa de los débiles, de los lentos, de los ingenuos?

—No, no es exactamente eso lo que decíamos.

—Mira cualquier anuario de deportes: es la historia de cómo los más fuertes han avasallado a los débiles. Así que no estoy muy convencido de que ese espectáculo que a ti te entusiasma a mí vaya a divertirme.

Pero había aceptado ir. Había llegado al hotel con una maleta sorprendentemente voluminosa para alguien tan austero, atiborrada de ropa que después de la enfermedad le quedaba una talla grande —suéteres, camisetas, calcetines gruesos... —, convencido de que incluso en el mes de julio las montañas estarían cubiertas de nieve y le harían tiritar de frío. Sin embargo, desde la llegada a Argelés-Gazost quedó fascinado por la agradable temperatura, por la belleza del paisaje, por la luminosidad del aire en los días de sol, por las frescas umbrías donde el verano iba conquistando las últimas posiciones.

—¿Tú quién crees que va a ganar? —le preguntó Cupido cuando terminaron de ver la transmisión.

—No entiendo nada de ciclismo, pero, por lo que estoy viendo, en este deporte al final no gana el más rápido sino quien aguanta mejor el sufrimiento. ¿Cuántos kilómetros recorrerán cada día?

—Depende. No todas las etapas serán largas. Pero alrededor de doscientos.

—¿Doscientos kilómetros... sin descansar?

—Sí.

—¿Y un día tras otro día, durante tres semanas?

—Con dos jornadas de descanso en medio, hasta recorrer tres mil quinientos kilómetros.

—No sé cómo pueden soportarlo.

—Bueno, no van a pie. Al fin y al cabo, van en un vehículo.

—... que no tiene motor. Son las piernas las que tienen que moverlo. No me extraña que...

—¿Qué?

—Que haya tanto dopaje —dijo, revelando que no era tan indiferente como aparentaba a la actualidad deportiva.

—Esa época ya pasó —discrepó el detective—. Ahora hay unos controles tan rígidos que impiden cualquier trampa. Se vigila con detalle lo que respiran, lo que comen, lo que beben.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió al cabo de unos segundos—. Tal vez este Tour sea menos espectacular, pero será más limpio.

—No te entiendo.

—Tal vez no veamos a ningún ciclista subir un puerto esprintando durante quince

kilómetros.

—¿Ni siquiera esos colombianos endurecidos por la altura?

—Tampoco ellos. Todos los ciclistas a quienes he visto espantar durante todo un puerto luego fueron sancionados por dopaje. Quizás ahora se limiten a darse dentelladas sin poder distanciarse demasiado unos de otros, pero incluso así será apasionante.

Cupido lo dejó escuchando las entrevistas en el televisor y subió a su habitación. Se vistió con la ropa deportiva y bajó al garaje donde guardaba su bicicleta. Puso a cero el contador parcial y repasó las cifras totales en el pequeño artilugio donde estaba grabada la historia viva de su práctica como ciclista, que tantos momentos placenteros le había dado.

Como por la mañana ya había entrenado subiendo hacia el Soulor, ahora se dirigió llaneando hacia Luz-St-Sauveur, sin intención de esforzarse demasiado. Había recorrido diez o doce kilómetros cuando los vio. Redujo el ritmo y pedaleó tras ellos un minuto, observando desde unos metros atrás aquella incongruencia. El hombre que iba delante y dirigía el manillar también soportaba el mayor esfuerzo, tanto que a veces, cuando la ondulada carretera ascendía un poco, tenía que ponerse en pie para arrastrarlo. Cupido se fijó durante unos segundos en las piernas fuertes y nudosas, en el rostro arrugado que aparentaba unos sesenta años.

El hombre joven, lento, pesado, casi abotargado, que iba detrás era tan parecido a él en el físico, en la postura y en los movimientos que resultaba evidente que se trataba de padre e hijo. No siempre pedaleaba y, al llegar a su altura, Cupido lo observó con curiosidad. Llevaba un aro plateado en la oreja izquierda y resoplaba con tanta fuerza que se diría que eran los pulmones, en lugar de las piernas, los que movían el tándem. De la barbilla le colgaba un fino hilo de baba del que no parecía darse cuenta. Al descubrir al detective a su lado, fijó en él una mirada acuosa y triste, mostrando unos ojos grandes, infantiles e inocentes, de un limpiísimo color azul celeste. Y de pronto dos lagrimones gordos de agua dura, pesada, brotaron de sus párpados mientras Cupido desviaba la mirada, confuso y arrepentido de su curiosidad.

Cuando regresaba, dos horas más tarde, volvió a adelantarlos: la extraña figura del tándem le hizo pensar en una criatura mitológica, una y al mismo tiempo doble, en la que el padre dirigía y arrastraba indomable, fatigosa, eternamente al hijo por las carreteras del mundo.

1.ª etapa

Barcelona - Perpignan, 196 km

Domingo, 4 de julio

El día amaneció espléndido: del cielo azul profundo bajaba un calor agradable y la tierra tibia y agradecida descansaba en ausencia de viento. Todo era Tour, domingo, julio, carretera, bicicletas. Con tales ingredientes, las hostilidades comenzaron desde el principio y en el kilómetro 15 dos corredores, un alemán y un francés, dieron el primer tirón, conscientes de que una victoria en la primera etapa eliminaría la ansiedad de sus equipos para el resto de la carrera, justificaría su participación y otorgaría al ganador prestigio ante la prensa, respeto ante sus adversarios y, ante sus patronos, una razón para prolongar su contrato. Pero pronto se les había unido demasiada gente y el pelotón no quiso permitir una nerviosa escapada de veinte hombres, entre los cuales había apellidos importantes, a quienes luego no sería fácil desplazar de los primeros puestos.

No fue hasta el kilómetro 46 cuando, al final de un repecho, escaparon los siete corredores que culminarían la fuga: dos del Vetonía, dos italianos del Coliseo y otros tres hombres de equipos diferentes. Ninguno de ellos parecía peligroso para la general y el pelotón les permitió marcharse. Los equipos con sprinters no deseaban ponerse a trabajar tan pronto y agotar unas fuerzas necesarias para los kilómetros finales. Y el líder, Tobías Gros, no tenía ninguna razón para anularla, puesto que un corredor de su equipo, Holley, se había metido en la avanzadilla como una rémora, sin colaborar, imponiendo una presencia incómoda que generaba dudas entre los escapados, porque el invitado de piedra reservaba unas fuerzas con las que los batiría en la línea de meta, en caso de llegar. Por otra parte, Tobías Gros no estaba dispuesto a exigir a su equipo, el Paradis, ningún esfuerzo que no fuera destinado a lucir el maillot amarillo el último día en los Campos Elíseos. Al contrario, la fuga lo beneficiaba: si perdía temporalmente el primer puesto, el equipo del nuevo líder se vería obligado a trabajar para controlar la carrera y conservarlo, al menos hasta llegar a los Pirineos, tres días más tarde.

De modo que la ventaja de los fugados había ido en aumento y al entrar en las calles de Figueras, en el kilómetro 141, la diferencia era de ocho minutos.

—Los franceses del Balbec están pasando a la cabeza. —Luis Carrión oyó la voz de su ayudante, que lo llamaba desde el segundo coche.

El director del Vetonía observó las imágenes en el monitor del salpicadero. En efecto, los maillots verdes habían ocupado las posiciones delanteras y se relevaban tirando con fuerza.

—Eso demuestra que confían en la velocidad de Légear.

—O que tienen que justificar todo ese montón de millones que se han gastado —

dudó—. Este año han hecho un buen equipo. Están cansados de añorar a Hinault.

Gracias a su empuje, cuando faltaban cuarenta kilómetros habían reducido su ventaja a seis minutos, un tiempo importante, pero no definitivo. Era una diferencia en el límite, apta para dar espectáculo. Si se ordenaba la persecución, el pelotón se convertía en una jauría salvaje y cosmopolita que se desperezaba al olor de la presa y hablaba un único idioma, el de la caza. Los fugados podrían llegar si mantenían la colaboración y decidían jugarse entre los siete la victoria. Pero si surgían recelos, hostilidades y dudas, el pelotón afilaría sus cuchillos y los engulliría antes de la meta. Carrión pensó que no tardarían en aparecer los reproches hacia la actitud reservada de Holley. Por otra parte, los dos corredores que iban solos dejarían de dar relevos si no veían posibilidades de triunfo. En cambio, a los dos italianos del Coliseo y a sus dos muchachos les interesaba mantener la fuga, puesto que el trabajo en pareja permitía lanzar ataques combinados, muy difíciles de contrarrestar.

—Los franceses han puesto a tirar a siete hombres. Llevan al pelotón con la lengua fuera —insistió su ayudante.

—Voy a hablar con Berti. Hay que colaborar.

Marcó su número y el director del Coliseo respondió a la primera señal.

—Tú y yo tenemos a dos corredores en la fuga. El Balbec está acelerando y nos cogerán si no colaboramos. ¿Qué hacemos?

—Por mí, adelante —convino Berti.

—Quiero la etapa —dijo Carrión.

—Mis corredores son más rápidos.

—Por eso estoy hablando contigo. Pero su rapidez no les valdrá de nada si nos alcanza Légear. Uno de tus muchachos, Vicini, hizo ayer un buen tiempo en la prólogo. Se vestirá de amarillo si llega con un minuto de ventaja sobre el pelotón. Pero para llegar necesita la colaboración de los míos.

—¿Qué quieres a cambio?

—Para ti el liderato y para mí la etapa —propuso Carrión.

Berti se quedó en silencio al otro lado, calculando. Luego aceptó:

—De acuerdo..., siempre que...

—¿Qué?

—Que no intervenga ninguno de los otros tres. En ese caso, lucha general y que gane el más rápido.

Mientras hablaban habían comenzado las escaramuzas entre los siete escapados. Cuando uno de ellos saltaba del grupo, otro se pegaba a su rueda y le hacía renunciar, con lo que se producía una calma que en nada beneficiaba a los fugados frente a la velocidad que atrás, en el pelotón, imponían los perseguidores.

—Vamos a colaborar con los del Coliseo. Sólo con ellos. Si llegamos juntos, para ellos la general y para nosotros la etapa —dictó Carrión a sus hombres por los

auriculares—. ¿Me has oído, Mieses?

—Sí.

—Pues entonces, atentos a los saltos. Quiero que uno de los dos esté siempre ahí delante, ¿de acuerdo?

—Sí.

La carretera se había convertido en un rompepiernas en las estribaciones de los Pirineos, y con el terreno más áspero se intensificaron los ataques hasta que al fin, al renunciar los más débiles y cansados, se consolidó un pequeño grupo de tres: Vicini, Mieses y Holley, el corredor del Paradis que, siempre a la cola del grupo, había reservado sus fuerzas para los momentos decisivos.

Carrión no lo conocía y buscó su ficha: un ciclista joven, estadounidense, ascendido a categoría profesional después de algunas victorias como juvenil, buen rodador y rápido en las llegadas. Sonó la llamada. Era Berti.

—Tenemos un intruso —dijo.

—¿Lo conoces?

—No, pero no creo que haya problemas con él. No tiene experiencia, es la primera vez que corre el Tour. Se conformará con estar ahí delante.

—No sé... —dudó Carrión—. Es del Paradis, y en ese equipo no sé qué les dan, todos van como balas. Si llegan juntos al final, habrá que tenerlo en cuenta.

—Nuestro trato no cambia. Entre nosotros, para mí el maillot amarillo y para ti la etapa.

—Pero si ese Holley entra al sprint... —insistió, porque Berti no perdería nada aunque su hombre llegara el segundo o el tercero, puesto que siempre tendría su maillot de líder. Era él quien podía quedarse sin ningún premio.

—Si Holley entra con posibilidades de ganar, entonces mi corredor también luchará por la etapa. Mi trato es dejar que ganes tú, no dejar que gane Holley.

—De acuerdo —aceptó con desconfianza, porque la experiencia le había demostrado que en la carrera nunca había convidados de piedra, que todo el que no fuera un aliado se convertía en un enemigo.

Carrión iba en medio, conduciendo sin decir una palabra, detrás de Berti y delante del coche del Paradis. Dos décadas antes había sido un oscuro y fugaz corredor profesional antes de dedicarse a su trabajo de funcionario de prisiones como monitor deportivo. Aunque nunca había dejado de dirigir equipos juveniles o autonómicos, hasta unos años antes no había solicitado la excedencia como funcionario para entrenar a un equipo de aficionados con el que había cosechado algunos éxitos aplicando una política que alternaba el rigor y la generosidad: un poco de astucia, un poco de amenaza y mano abierta en la recompensa. Y siempre el esfuerzo y la lucha. Sus méritos le habían llevado luego al Vetonía, donde había sacado mucho partido de la reducida plantilla de que disponía. Pero en el Tour no tenía un hombre fuerte para

luchar por la victoria final y necesitaba triunfos parciales para lograr la continuidad de aquel equipo combativo, de guerrilleros, de gente dura y humilde, con gran capacidad de sacrificio. Por primera vez habían entrado en la élite del ciclismo, aunque hubiera sido por invitación de los organizadores del Tour, que miraban con simpatía a aquel grupo de ciclistas jóvenes, ajenos ya a la Operación Puerto. La mayoría eran españoles, con la incorporación de un colombiano y de un ruso, todos con el rostro atezado y curtido en entrenamientos de carretera, lejos de las pistas. Hasta llegar al Vetonia algunos no habían tenido un equipamiento verdaderamente profesional, pero habían logrado victorias ante corredores que competían con bicicletas a medida, con cuadros Pinarellos y grupos Record de doce mil euros. Carrión había ido moldeando el grupo a su estilo, despidiendo a quien no aceptaba sus exigencias y fichando a corredores acordes con su personalidad dura y patriarcal. Sabía los esfuerzos que hacían sus muchachos para luchar contra los ciclistas de equipos de grandes presupuestos. Sabía cómo sufrían cuando la prensa los ignoraba para ir tras las estrellas, tras los líderes mediáticos, con sus poderosas oficinas de marketing y sus dispendios publicitarios. Pero daría cualquier cosa por ellos, porque nadie les robara un triunfo legítimo, por verlos sonreír felices con alguna victoria de etapa o, por qué no, con cualquier premio secundario en París: el de la combatividad, el de los sprints intermedios...

Sin embargo, ahora, cuando al fin había logrado consolidar un equipo correoso y disciplinado, los patrocinadores habían anunciado que el Vetonia no tendría continuidad si no se conseguían mejores resultados. O triunfos o rescisión del contrato.

Para evitar esta última posibilidad, Carrión confiaba en Santi Mieses. Era un corredor con fuerza y talento, pero con un carácter complicado: un tipo peleón, poco disciplinado, irascible e individualista, a quien nadie fichaba después de lo sucedido en su etapa en el Paradis, de donde lo habían expulsado sin que se supiera bien la causa, aunque se murmuraban detalles de una pelea con el mismísimo Tobias Gros. El propio Mieses hablaba de una infancia dura bajo el hostigamiento del nuevo compañero de su madre, un tipo que siempre le estaba recordando que él no lo había engendrado. Su piel siempre mostraba alguna herida y sus camisas nunca tenían todos los botones. También contaba, y no parecía falso, que había montado su primera bicicleta a los catorce años con piezas robadas aquí y allá: cualquier manillar, sillín, ruedas, pedales que no estuvieran sujetos con cadenas. Carrión pensó que con tipos más duros había lidiado durante sus años como funcionario en las cárceles y lo fichó para el equipo. Y ahora iba escapado. Necesitaban ganar esa etapa, porque tal vez no volviera a presentarse una ocasión tan favorable.

Lo sacó de su abstracción la imagen de Mieses, que le pasaba el bidón de agua a Vicini. Estaban en los últimos diez kilómetros y los corredores ya no podían recibir

ninguna ayuda externa.

—¡Mierda! ¡La colaboración nunca debe llegar a ese extremo! —exclamó.

Ya hablaría más tarde con él, ahora los reproches le harían perder la concentración.

—Luis —lo llamó su ayudante.

—Sí.

—Hoy es cuatro de julio.

—¿Y qué?

—Es la fiesta nacional de Estados Unidos. Y ya sabes la importancia que tiene esa fecha para ellos.

—¿Holley?

—Sí. Hay que tener mucho cuidado con él.

—¿Tú crees?

—Sí. Deberíamos advertírselo a Mieses.

—Está bien. Díselo tú.

Estaban llegando a Perpignan. Los fugados atravesaron un pequeño puente, rodearon un cruce de autovías que en las imágenes tomadas desde el helicóptero parecía una hoja de trébol y poco después pasaron junto a un polígono de almacenes e hipermercados.

Holley saltó desde atrás con un demarraje brutal, sorprendiendo a Vicini y a Mieses, que en esos momentos estaban hablando. Bajo la pancarta de 3 KILÓMETROS les había sacado una ventaja de cien metros.

No fue necesario que Carrión dijera nada. Tras la sorpresa, los dos corredores ya habían reaccionado, se relevaban con equidad en la persecución y enseguida comenzaron a reducir la diferencia. Holley bajó el ritmo y Mieses y Vicini lo superaron y lo dejaron atrás.

—¡Venga, venga! ¡Ya lo tenéis! ¡Ahora te toca a ti! —le gritó por el auricular, aunque no sabía si Mieses lo oía. El estruendo de la musculosa voz del comentarista por la megafonía, el ruido de las motos, de los coches, de los helicópteros, de las sirenas, los rugidos de la multitud formaban una burbuja ensordecedora; y los corredores, concentrados en su agónico esfuerzo y en la vigilancia del contrario, no atendían a otra cosa que al anhelo de llegar el primero.

Al salir de una curva fueron captados por el teleobjetivo de las cámaras fijas instaladas en la meta, que aplastaban visualmente la distancia, como si estuvieran muy cerca. Carrión observó la pequeña pantalla. Vicini se había colocado detrás, sin apenas pedalear. A pesar del pacto, Mieses debió de recelar, porque bajó la velocidad para vigilarlo.

—¡Cuidado! —gritó Carrión de pronto—. ¡Lo tenéis detrás!

Holley se había recuperado y de nuevo llegaba junto a ellos. Con su presencia el

trato era distinto, pero Carrión no sabía si Vicini lo había provocado al ralentizar sus pedaladas. Faltaban doscientos metros y todo dependía de las fuerzas y de la serenidad para contener la impaciencia y no acelerar hasta el último momento.

Mieses no se contuvo. En un mismo movimiento se puso en pie y aceleró con rabia. Los otros dos reaccionaron enseguida y Holley sacó una pequeña ventaja hasta que Vicini, en los últimos metros, lo superó por medio tubular.

En el salón del hotel, en Argelés-Gazost, los aficionados se habían reunido de nuevo ante el televisor para ver la transmisión de la etapa.

—Parece el destino de los ciclistas españoles: perder en los últimos metros después de haber llevado el peso de la escapada —comentó Cupido.

—Únicamente ganan cuando se escapan solos —dijo otro aficionado con resignación.

En la pantalla repetían en cámara lenta las imágenes de la llegada. Luego, de pronto, cambiaron para ofrecer en directo las palabras de enfado que el director Luis Carrión, sin advertir que lo estaban grabando, le decía a Mieses:

—... ¿Lo entiendes? ¡Ni agua! Ese trago que le diste es lo que le ha permitido ganar y ha hecho que tú pierdas la etapa. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Él te ha dado agua a ti cuando ibais escapados? ¿Eh? ¿Te ha dado una sola gota de agua?

—No.

—¿Te ha dado algún relevo más largo que los tuyos?

—No.

—Pues entonces, que se cansen ellos bajando a buscar los bidones, ¿lo entiendes?

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Somos amigos desde hace tiempo. Coincidimos un año en el Paradis.

—¡Era amigo tuyo cuando estabais en el Paradis! ¡Pero ahora estás en el Vetonía! ¡Amigos...! En la carrera los únicos amigos de un ciclista son sus compañeros de equipo, a quienes debe ayudar y con quienes debe colaborar. ¡Con nadie más! Todos los demás corredores son sus enemigos mientras dura la carrera. ¿Me entiendes?

—Sí.

—¿Tú le dejarías ganar la etapa a un amigo tuyo si los dos llegarais escapados? ¿Le cederías el paso?

—No.

—¿No? ¿No dices que eso es lo que se hace con los amigos? —insistió con ironía

—. ¡Pues Vicini no es amigo tuyo, porque no te ha dejado ganar!

—Ya.

—Que no vuelva a ocurrir —dijo luego con voz tranquila, afectuosa—. Los buenos corredores aprenden también de los fracasos... Ahora, vete con los vampiros. Quieren que pases el control. ¡Como si tú hubieras ganado...!

En la zona donde se encontraban, restringida para los equipos, Carrión no había advertido la presencia del reportero y del cámara que, entre dos camiones, estaba grabando sus palabras. Al darse la vuelta, no pudo evitar un gesto de sorpresa y enfado.

—¡Aquí no podéis estar! —gritó.

—Sólo una pregunta —dijo el periodista.

—No habréis grabado esto, ¿verdad?

—Sólo una pregunta...

—No hay declaraciones —masculló desapareciendo entre los camiones.

—¿Quién es? —preguntó el Alkalino, que había seguido con curiosidad toda la escena.

—Luis Carrión, el director del Vetonía —respondió Cupido, que lo había conocido en el pasado.

—Parece un tipo duro.

—Lo es —intervino el otro aficionado—. La leyenda cuenta que antes de entrenar a equipos ciclistas trabajaba en una cárcel.

—El deporte está lleno de leyendas —replicó incrédulo el Alkalino.

En el televisor continuaba la transmisión con la entrega de los premios al ganador de la etapa y nuevo líder, Enzo Vicini, y a los ganadores de los premios secundarios. Cuando ya terminaba el programa, el presentador comentó una última noticia: Miseses, el corredor español, estaba teniendo alguna dificultad con los análisis. Al parecer, se demoraba mucho con la orina. Su director lo achacaba al calor del día y a la deshidratación.

—Si le quedaba en el cuerpo alguna gota de agua después de una fuga de ciento cincuenta kilómetros, al llegar a meta la habrá sudado en la bronca que le ha montado su entrenador —dijo Cupido.

Alguien hizo algún comentario sobre dopaje, pero otro lo defendió alegando que esa dificultad para la micción parecía acorde con su aspecto: un corredor muy delgado, que daba la impresión de haberse exprimido al máximo sobre la bicicleta, sin reservar nada para sí, ninguna migaja, hasta que en su organismo sólo quedaba, al final de la etapa, un montón de huesos, unas gavillas de músculos ásperos y resistentes como sogas, unas pocas gotas de sangre y ninguna de agua.

Cupido subió a su habitación, se cambió y salió de nuevo con la bicicleta. El buen tiempo del domingo había llenado de ciclistas las carreteras. Faltaban tres días para

que el Tour pasara por allí y las autocaravanas ya llenaban los campings y buscaban huecos en las laderas donde aparcar y plantar las tiendas de campaña. Ya olía a Tour, como había exclamado en el hotel uno de los aficionados, ya casi se oía, llegando a los Pirineos, el ulular de las sirenas de las motos que abrían la marcha, el ronroneo de los helicópteros en el cielo, la columna de sonido borroso, compacto, que emitía toda la caravana. Ya se escuchaba en las calles, en las terrazas de los bares, el bullicio de los aficionados conversando en todos los idiomas. Y en medio de todo aquel maremágnum, casi inaudible, el siseo con que se deslizaban sobre el asfalto las doscientas bicicletas de corredores de treinta nacionalidades diferentes, todos buscando su día, su hora o su minuto de gloria: los históricos franceses, que no lograban emerger ni en su propio territorio de una prolongada y angustiosa sequía de campeones; los italianos, que llevaban siempre una calculadora en el manillar y sabían sacar el máximo beneficio del mínimo esfuerzo; los holandeses culogordos y los larguiruchos británicos; los irregulares españoles, de piernas vulcanizadas por el sol y las montañas, capaces de lo mejor y de lo peor; los escarabajos colombianos con las venas llenas de cafeína, un tanto alicaídos, confusos, con crisis de identidad, dudando entre obedecer a sus impulsos históricos de escaladores o a la exigencia de la modernidad que pedía corredores todoterreno; los alemanes industriales y metrónomos, que corrían mejor en equipo, como si se movieran al ritmo de un coro de Wagner; los belgas, nostálgicos de Eddy Merckx; los nuevos talentos de los Balcanes, o de la Europa del Este, o del Asia central, tipos de piernas fuertes, pómulos pronunciados y frentes estrechas, endurecidos en la aspereza de la tundra o en los trayectos interminables por las riberas del Volga; los siempre eficaces suizos y austríacos; los estadounidenses que habían perdido definitivamente toda timidez y aspiraban con descaro a inmiscuirse en todas las batallas y a llevarse todas las victorias; los australianos errantes, adaptados a todas las carreras de todos los países...

Vio el tándem en la misma zona que el día anterior. Delante, la silueta gastada, pero aún compacta, resistente, guiando el manillar y soportando el mayor esfuerzo; detrás, la figura tosca, pesada y torpe, con el brillante aro en la oreja, pedaleando lentamente, sin más horizonte que la ancha espalda del padre y, a los lados, las montañas y algún ciclista que los adelantaba. En algún momento, treinta años atrás, el padre debió de ser como ahora era el hijo, pero sin aquella anomalía que no sabía cómo calificar.

Recordó la inquietud que le provocaron el día anterior y ahora aceleró para pasarlos deprisa. El hijo detectó el suave ruido de la cadena y miró hacia atrás cuando Cupido se acercaba. El detective vio cuajar otra vez en sus ojos una humedad que desbordaba sus párpados. El padre también lo miró y Cupido los saludó con un gesto de la mano.

—Hasta luego.

—Adiós —respondió el padre.

Por su acento supo que eran españoles.

2.^a etapa

Perpignan - Carcassonne, 166 km

Lunes, 5 de julio

Desde la salida, la segunda etapa fue controlada por el Coliseo, que no estaba dispuesto a ceder el maillot amarillo de Vicini hasta que llegaran las grandes batallas en los puertos de los Pirineos. Los nueve hombres del equipo italiano tomaron la cabeza y, ayudados por el viento que soplaba de espaldas, impusieron una velocidad lo suficientemente alta para impedir cualquier fuga. Cuando algún corredor intentaba el salto, el pelotón se limitaba a acelerar el ritmo y a deslizarse, multicolor y elástico, por el asfalto hasta que al poco tiempo, sin apenas mirarlo, lo engullía con la supina indiferencia con que una serpiente engulle a un ratón. Se estableció, pues, en una etapa corta y nerviosa, una *pax publica* que no era sino el anticipo de una guerra a gran escala.

No resultó extraño que se llegara a la meta con media hora de adelanto sobre el mejor horario previsto. En las calles de Carcassonne, a los pies de las murallas albigenses, hubo un sprint largo, masivo y confuso, en el que se impuso por unos centímetros Marcel Duhameau, un joven corredor francés enrolado en las filas del Paradis, de quien se hablaba como el sucesor de Tobias Gros.

Sin embargo, la noticia más comentada esa tarde no surgió del desarrollo de la etapa, sino del laboratorio. Alguien filtró a la prensa que en uno de los análisis realizados el día anterior se había encontrado un nivel de EPO superior al permitido. No se conocía el nombre del corredor sospechoso y no se revelaría si el contraanálisis no lo confirmaba, pero esa misma noche comenzaron las especulaciones. En un telediario se dijo que con esa noticia caía por tierra la afirmación que tantas veces habían repetido los organizadores de aquella edición del Tour: que por fin, después de una década de dopaje, habían logrado acabar con los tramposos.

3.^a etapa

Carcassonne - Toulouse, 181 km

Martes, 6 de julio

Dos meses antes del comienzo del Tour la Avispa Panal había rodeado la etapa del día 6 de julio con lápiz rojo en su hoja de ruta. A mediados de junio había ido a recorrerla en bicicleta para comprobar sobre el sillín las verdaderas dificultades, y había estudiado los repechos, las curvas, los cruces, los lugares para los ataques, los posibles peligros. La etapa era perfecta para una fuga. Tenía la longitud adecuada y un recorrido sinuoso por carreteras secundarias que pasaban por Castres y Albi, donde al pelotón no le resultaría cómodo organizar la caza de un escapado. Sobre un terreno de transición entre las llanuras del Canal de Midi y los Pirineos se alternaban campos de cultivo con trechos de bosques de grandes árboles musgosos que enlazaban sus copas por encima de la carretera formando un túnel verde y que darían a una fuga cierto marchamo de emboscada, como si entre tantas sombras, entre tanto verdor y clorofila, un corredor pudiera camuflarse y avanzar sin ser visto hasta la meta.

Por otra parte, esa tarde del día 6 el patrocinador de su equipo, el Baiae, había organizado un acto publicitario en la Casa de España de Toulouse, donde presentaría su oferta inmobiliaria para vender viviendas de sol y playa a los franceses o a los descendientes de españoles con nostalgia de sus raíces. Y ninguna publicidad sería más oportuna para el patrono, Antonio Borrás, que un triunfo de etapa conseguido dos horas antes.

Nadie sabía exactamente dónde comenzaban y dónde terminaban los negocios de Antonio Borrás, un empresario hecho a sí mismo que había llegado muy lejos. Después de haber participado en franquicias, en firmas de alimentación y moda, había terminado invirtiendo sus plusvalías en un gran proyecto inmobiliario: Baiae. Había comprado unos extensos pedregales en la costa del Levante español y, con o sin sobornos, había conseguido los permisos administrativos para construir viviendas. Una enorme y lujosa urbanización de recreo fue edificada en terrenos que antes eran un secarral: hoteles, casinos, balnearios, un parque de atracciones y toda la oferta necesaria para pasar las vacaciones en un clima bonancible y al lado de la playa. El complejo residencial se había llenado pronto de jubilados suizos, ingleses y alemanes que vivían allí una buena parte del año y contrataban los múltiples servicios que las empresas de Borrás ofrecían: hogar, jardinería, ocio, seguridad, ventas y alquileres... Había llenado las calles de Baiae de carriles bici, imitando a tantas ciudades europeas, y había decidido patrocinar un equipo ciclista que luciera su publicidad en los maillots y con el que, de paso, lavar su imagen de sátrapa y los rumores de corrupción de cargos públicos. Se decía de él que le interesaba menos el deporte que

vender pisos y camisetas, pero había demostrado esa certera intuición empresarial nacida a medias de la paciencia campesina y de la rapidez de reflejos urbana y había gestionado con soltura la compleja organización del equipo.

Ésa había sido hasta entonces la situación del Baiae. Sin embargo, en los dos últimos años la crisis inmobiliaria había hecho disminuir las ventas de viviendas de la segunda fase de la urbanización y Borrás había decidido aprovechar las competiciones y los viajes del equipo para hacer en algunas ciudades europeas varios actos publicitarios con participación directa de los corredores, como el de esa misma tarde, día 6 de julio en Toulouse.

—¡Panal! —El director del equipo llegó con el coche hasta la altura del ciclista.

—Sí.

—¿Cómo vas?

—Bien.

—Seis cuarenta.

—Sí, lo he visto en la pizarra de la moto.

—¿Tienes agua?

—Suficiente.

—Faltan cuarenta y cinco kilómetros. Si atrás empiezan a tirar, será ahora.

—Lo sé. Pero voy bien, podré aguantarlos.

—Hoy no parece que quieran sudar mucho. Mañana comienza la montaña y todos están con miedo, quieren reservarse.

—Ya.

—Sigue con ese ritmo. Te llamo luego.

El coche quedó atrás, pero no lo necesitaba. Prefería establecer antes de la salida la estrategia de la etapa y que, una vez escapado, lo dejaran solo con su bicicleta y toda la carretera por delante, sin más indicaciones que las que de vez en cuando le daban desde las motos. Tenía treinta y dos años y llevaba diez como profesional, pero nunca se había sentido cómodo en el frenético torbellino de manillares, pedales y tubulares que bullía en el centro del pelotón. En todos los Tours se había lanzado a largas escapadas, con frecuencia culminadas con victorias, de modo que sus triunfos parciales eran ya una tradición consentida, porque no resultaba un hombre peligroso para la clasificación general —solía terminar entre los puestos décimo y vigésimo— y gozaba de ese respeto hacia los veteranos que han atravesado diez veces la meta en los Campos Elíseos.

En los primeros días de carrera había escuchado algunas veces la broma cuando lo veían merodear por los puestos de cabeza:

—¡Que salte de una vez la Avispa Panal! ¡Permitidle que gane su etapa para que nos deje tranquilos durante el resto de la carrera!

Nunca supo quién le había puesto aquel apodo que tan popular se hizo en el

pelotón desde su primera escapada y primer triunfo. Al oírlo, se extrañó de que a nadie se le hubiera ocurrido antes, porque además de la evocación de su apellido, se ajustaba mucho a sus características. Si había corredores brillantes, fuertes y sociales como abejas, que trabajaban en armonía con sus compañeros, con la prensa y, se diría, con la belleza floral del mundo, él, en cambio, se parecía a una avispa hosca y nerviosa que mantenía un trato difícil con quienes se le acercaban. Era un ciclista solitario, parco en palabras, pero que se sacrificaba sin protestas a la hora de acarrear bidones, de guardar las espaldas al líder o de ceder su bicicleta al compañero que pinchaba; que no destacaba en ninguna especialidad, pero que resistía bien en todas; que no exigía otro protagonismo que un día de libertad para emprender en solitario una de esas fugas legendarias de más de doscientos kilómetros que atravesaban media Francia y en las que comía y orinaba en marcha, como los caballos. En esas etapas, casi siempre en días calurosos, se transformaba en un corredor áspero e indomable, que saltaba de pronto agachando la cabeza como si no fuera a levantarla nunca más, que podía ser agresivo y picar con veneno a quien obstaculizara su propósito: llegar escapado y cruzar la meta como fuera, ya habría alguien allí para evitar que se desplomara luego. Un compañero de fuga lo describió en una ocasión:

—Lo acababa de ver al fondo, el último del grupo, y medio segundo después sentí una especie de zumbido a mis espaldas y cuando quise darme cuenta ya estaba treinta metros por delante de nosotros.

Luego no tardaban en perderlo de vista, carretera adelante, infatigable, obstinado, pedaleando con un estilo feo, como si coceara sobre los pedales con furiosas patadas de mula, posiblemente con el auricular lejos del oído para no escuchar nada, ni señales de advertencia ni gritos de ánimo, convencido de que en los momentos importantes es imprescindible el silencio.

Desde niño le había gustado montar en bicicleta: era un juguete sin fin y la Tierra entera ofrecía una red de infinitos itinerarios. Pero pronto supo que también se trataba de un deporte y que él no era de los peores. Sus piernas iban haciéndose más vigorosas cada año que pasaba y adelantaba a sus compañeros cuando salían en pandilla. Siendo adolescente ya competía con los adultos con quienes se encontraba casualmente en las carreteras. Sin embargo, al enrolarse en el equipo juvenil de su provincia comprobó lo difícil que resultaba convertirse en el líder de un grupo. Siempre encontraba a alguien más rápido, más fuerte, más astuto, que le arrebatava el triunfo final en los momentos decisivos. Así que pronto renunció al estrellato y eligió el papel que mejor se adaptaba a su carácter y que, a la postre, le daría mayores satisfacciones: sería un especialista en escapadas solitarias, puesto que en todos los terrenos se desenvolvía bien, pero en ninguno alcanzaba la excelencia. Preferiría la pequeña gloria del vencedor de etapa, aunque el agotamiento le hiciera perder veinte minutos al día siguiente, a ir siempre arrastrándose en el grupo de cabeza y no ganar

nunca.

Decidido a convertirse en ciclista profesional, entrenó muy fuerte durante años, incluso sin saber si tanto esfuerzo le serviría para algo. Salía a correr todos los días, sin importarle si hacía frío o calor, si llovía o soplaban viento, convencido de que el ciclista que sólo coge la bicicleta en condiciones climatológicas favorables y por carreteras bien asfaltadas nunca llegará a ser un buen ciclista...

Se asustó cuando oyó a su lado de nuevo al director del equipo hablándole desde la ventanilla del coche, con una mano en el volante y la otra pasándole un bidón de líquido.

—¿Cómo sigues?

—Bien —mintió, porque le estaba costando mucho esfuerzo mantener la escapada. Tal vez fuera el paso de los años, o que en el cielo el sol era un carbón amarillo y el calor aumentaba la sed y la fatiga, pero no tenía las mismas sensaciones que otras veces.

—Veintiocho kilómetros. Cinco minutos.

—Serán suficientes.

—Sí, si mantienes el ritmo. Atrás empiezan a tirar.

—Si ellos aceleran, ¿por qué no voy a hacerlo yo? —preguntó con una ironía que el director no pareció captar.

—Si mantienes el ritmo —repitió.

—¿Quiénes van tirando?

—El Coliseo, para conservar el amarillo, y el Balbec, que sigue confiando en la buena forma de Légear.

—¿Y Gros?

Era a él a quien temía. No llegaría el primero si Gros ordenaba a su equipo, el todopoderoso Paradis, que acelerara para impedir que un corredor tan experto y endurecido se colocara el primero en la general, aunque fuera por una pequeña ventaja. Con los demás podría sostener el pulso.

—No, Gros sigue tranquilo..., por lo menos hasta mañana, cuando lleguemos a los puertos.

Tras ellos sonó el claxon de uno de los coches de la organización pidiéndoles paso.

—Ya has hecho lo más difícil —le dijo todavía, al quedarse detrás, asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Un último esfuerzo! Y no olvides que tu mujer está en la meta esperando que ganes para felicitarte.

Había directores que prohibían las visitas de las mujeres de los ciclistas mientras durara la carrera. No les gustaba verlas revoloteando en torno, alterando su tensa concentración, provocando una feroz agitación hormonal entre jóvenes de veintipocos años llenos de fuerza y de deseo. Sin embargo, esa prohibición no estaba

vigente en el Baiae. Allí pensaban que una presencia femenina continuada no era lo apropiado para ganar el Tour, pero que una visita esporádica resultaba estimulante al menos para que uno de sus corredores ganara una etapa.

La moto con la cámara se puso a su lado y se encendió el pequeño piloto rojo. Ahora mismo ella lo estaría viendo. Panal se levantó del sillín, empuñó el manillar en lo alto y aceleró hasta alcanzar una alta frecuencia de pedaladas. Si mantenía ese ritmo no lo alcanzarían y podría dedicarle el último triunfo en su último año como profesional. No podía haber mejor destinatario.

La había conocido ocho años antes en una Vuelta a España. La descubrió en la primera etapa, cuando pasaba frente a la tribuna de premios, camino del autobús, mientras le entregaba un ramo de flores al ganador, le daba dos besos y lo abrazaba sonriendo para los fotógrafos. Panal detuvo la bicicleta, echó el pie a tierra y se quedó paralizado contemplándola en lo alto del escenario, deslumbrado por aquella sonrisa que ensanchaba la suave tarde de septiembre. Su delicada belleza contrastaba ferozmente al lado del musculoso, nervudo, sudado vencedor.

Hasta que alguien que pasaba a su lado chocó con él no advirtió lo insólito de su situación: las azafatas habían sido contratadas por la organización para atender a los ciclistas y posar a su lado como hermosos adornos, no eran los ciclistas quienes se quedaban en pie al final de una etapa mirando pasmados a las azafatas. De modo que se retiró hacia el autobús del equipo, ajeno a la estridente curiosidad de los aficionados, a sus exclamaciones, a la palmada en la espalda con que alguien lo felicitó, al papelito con un número de teléfono que le entregó una aficionada y a la sugerencia que susurraba su boca con más carmín que labios.

En las tres siguientes jornadas se repitió la misma ceremonia. Ella era una de las encargadas de entregar los trofeos a los ganadores, de abrazarlos como si no advirtiera el sudor y el polvo de caucho y alquitrán que después de doscientos kilómetros se pegaba a la piel y a la ropa, de besar los rostros mal afeitados y tan curtidos que siempre parecían tener diez años más de su verdadera edad. Al llegar, Panal se retiraba enseguida a algún lugar desde donde pudiera observarla, o, si estaba cerca, al autobús del equipo. Oculto tras los cristales tintados, la veía sonreír, instalada con naturalidad en el escenario, mientras él se sentía ajeno a toda la ebullición de la caravana, a todos los resabios de la publicidad, a la brillante agitación mediática que ella dominaba tan bien y en la que él nunca encajaría. En silencio, apenas soportaba la terrible sensación de ser insignificante. Frente a todo aquel espectáculo al que ella pertenecía, él era como una avispa, capaz de picar, sí, pero fácilmente aplastada luego de un manotazo o quemada con un chorro de veneno. Sin embargo, no sentía ninguna impaciencia por llegar al hotel, ducharse y cambiarse la ajustada ropa deportiva por la holgada vestimenta del descanso. En la cuarta jornada, al pasar por delante de la tribuna, por un momento tuvo la certeza de que ella lo

observaba con interés, distinguiéndolo entre la anónima y ruidosa multitud.

Al día siguiente ganó la etapa.

Ni lo había previsto ni el director del equipo se lo había ordenado. Al principio se limitó a unirse con acierto a la fuga adecuada, y una vez consolidada la ventaja, también dejó atrás al grupo con uno de aquellos saltos bruscos que le habían valido su sobrenombre. Hacía ese calor de septiembre que tanto parece descender del sol como brotar de una tierra seca y recalentada durante todo el verano, pero las altas temperaturas a él le daban fuerzas. Cuando llegó a la meta y subió a recoger el premio, todavía estaba macerado en suciedad, en sudor y amoníaco, pero ella no parecía darse cuenta. Lo besó dos veces como ganador, le entregó los trofeos y abrazó su cintura mientras se preparaban las cámaras y la sonrisa aparecía en su rostro sin esfuerzo.

—Con este aspecto... —quiso disculparse, sin mirarla, como si su imagen pudiera dañarle los ojos.

—No te preocupes, todo está bien —dijo ella.

Se dejó fotografiar con expresión seria, adusta, como si no acabara de ganar la etapa. Y enseguida escapó de los flashes, porque, como los insectos, cuando se quedaba inmóvil no salía favorecido: un rostro poco atractivo que sonreía incómodo ante las cámaras y acentuaba así la tensión y la dureza de sus gestos.

Por la noche, después de cenar, vieron en el televisor del hotel un resumen de la etapa con las imágenes de la entrega del premio. Uno de sus compañeros bromeó sobre el buen gusto de los organizadores, que aquel año habían acertado al seleccionar a las azafatas.

—Que diga Panal qué le parecen. Es el único de este equipo a quien han besado —bromeó otro.

—¿No le has preguntado su hotel y el número de habitación? Ya sabes que sienten debilidad por los ganadores —dijo el primero que había hablado.

—Cállate —replicó ofendido y hosco, porque con aquella conversación estaba desapareciendo el placer del triunfo.

—¡Uuhhhh! ¡La Avispa Panal ha descubierto una bonita flor donde libar y no quiere compartirla con nadie! —exclamó con un tono que pretendía ser jocoso y cómplice.

—Cállate —repitió con una voz tan áspera y ronca que parecía imposible que pudiera pasar por su garganta sin hacerla sangrar.

—¡Uuhhhh! ¡La Avispa Panal...

Ya estaba encima. Lo había tumbado de un golpe en la cara, dado con la misma rabia silenciosa con que saltaba del pelotón —la tensa inmovilidad primero, el zumbido y luego el paso de una ráfaga— y se había arrojado sobre él antes de que los otros corredores pudieran impedirlo.

Quince minutos después el director del equipo los tenía de pie ante sí, furioso al contemplar la sangre que manchaba sus rostros y sus camisetas.

—¡Mierda! No tenéis fuerzas para colocaros los primeros en la clasificación, pero sí para pelearos como colegiales por una..., por una... —Se detuvo, porque algo en la mirada de Panal le impidió continuar.

—Sólo era una broma —explicó el otro corredor mientras se enjugaba de la nariz una gota de sangre.

—¡No os despido del equipo y os mando ahora mismo a casa porque no lo permite el reglamento de la carrera! —gritó, y luego, en tono más tranquilo—: Quiero que os deis la mano y que nunca más vuelva a ocurrir algo parecido.

—Por mí no hay inconveniente. Sólo era una broma —repitió tendiéndole la mano.

—Olvidado —dijo Panal.

—Podías haberme dicho que ibas en serio, que ella...

—Olvidado —repitió.

—Quiero que guardéis todas las energías para gastarlas en la carretera, ¿está claro? —concluyó el director.

El incidente quedó apartado, pero no en el olvido: nadie del equipo volvió a bromear delante de Panal cuando veían en el televisor, por la noche, el resumen de la etapa y las imágenes donde ella daba dos besos al triunfador del día.

Era inevitable que se encontraran alguna vez en el ambiente cerrado de la caravana de la Vuelta: en los hoteles, en el control de firmas, en los tiempos muertos entre la carretera y el descanso. Y dos días después de la pelea se cruzó con ella en un pasillo del hotel donde coincidía que ambos se alojaban. Se pararon unos segundos, frente a frente, y ella observó en el rostro la huella ennegrecida de un golpe.

—¿Te has caído? —le preguntó.

—No.

—¿Necesitas algo?

—No.

—Tengo una medicina adecuada para los hematomas —insistió.

—No —repitió, avergonzado al sospechar que ella conocía el origen del golpe.

Cuando al fin desapareció en el ascensor, Panal se dio cuenta de que «No» era la única palabra que había repetido y, con desesperación y con rabia, estuvo a punto de subir corriendo las escaleras para alcanzarla y decirle que sí, que sin duda le haría bien aquel ungüento suyo contra los hematomas.

Aquella fue una Vuelta a España apasionante, veloz, dura, con dos subidas infernales, al Angliru y a Aneares, y muy disputada entre varios aspirantes que, concentrados en su mutua vigilancia, advirtieron demasiado tarde la aparición de un corredor joven, ambicioso, muy completo, de nombre Tobías Gros, que a la postre se

llevaría el triunfo, su primera victoria en una de las tres grandes rondas.

Y durante todo ese tiempo él sufría al verla, al final de las etapas o en los resúmenes televisados. Procuraba encontrarse con ella y al mismo tiempo la rehuía, negándose a aceptar lo que había afirmado su compañero, atormentado por saber que a pesar de todos sus esfuerzos terminaría yendo a buscarla, porque no podía ser de otra manera, del mismo modo que una avispa joven y hambrienta no puede dejar de volar hacia la flor que exhala su perfume y brilla al sol con los pétalos de seda y los estambres llenos de polen. «Es terrible que el propósito que más veces tenga que repetirse un hombre respecto a una mujer sea "Tengo que olvidarla, tengo que olvidarla." Es terrible. ¿Quién puede soportarlo?», se decía por la noche, en las habitaciones de los hoteles, en la oscuridad, intentando conciliar el sueño, hundiéndose y escapando de los arenales del insomnio.

La segunda jornada de descanso coincidió con la estancia del equipo en la ciudad costera donde el patrocinador, Antonio Borrás, tenía su sede. Por la mañana hicieron un suave entrenamiento y por la tarde todos los corredores tuvieron que participar en un breve acto publicitario: una sesión de fotos ante la fachada de la empresa, entrevistas, reparto de gorras y camisetas, saludos a los invitados importantes que les pedían autógrafos para sus hijos y un brindis en el que los ciclistas tenían prohibido tomar una sola gota de alcohol. Pero la ley seca no impedía la animación de la fiesta. Después de dos semanas de esfuerzo y disciplina, todos deseaban relajarse y el buen humor recorría los grupos donde se bromeaba y se reía.

Y otra vez allí estaba ella, en esa ocasión como una invitada más, sin el uniforme de trabajo, porque no se trataba de un acto oficial de la Vuelta.

Como no encajaba en aquella alegría colectiva, Panal salió a la terraza con un vaso de limonada en la mano y caminó hasta el fondo para huir del bullicio, esperando que llegara pronto la orden de retirada. Se acercaba el atardecer y estaba cansado. Podía recorrer doscientos kilómetros en bicicleta, pero, como todos los ciclistas, no soportaba permanecer inmóvil de pie más de quince minutos.

Desde aquel lugar de la terraza se escuchaba muy tenue una música de piano sencilla y conmovedora, incongruente con la bulliciosa fiesta del salón. Y desde el pretil se veía el mar. Hacía mucho tiempo que no lo contemplaba así, solo y en silencio. Aunque varias etapas de la Vuelta habían transcurrido por la costa, siempre habían sido visiones fugaces, sin demora ni paz, con la atención puesta en las ruedas de delante, en los giros, en los frenazos. Nacido en una familia de pequeños propietarios rurales de Castilla, había vivido siempre en la dura, austera tierra interior, donde lo habían acostumbrado al sacrificio y al esfuerzo, a que nunca se dejan para el verano los trabajos de la primavera ni se atrasan hasta el invierno las labores del otoño, a que un hombre con salud y tareas por hacer se levanta de la cama a la misma hora en que se despierta, sin quedarse a remolonear entre las sábanas.

Entrevisto desde la velocidad de las bicicletas, el mar parecía inmóvil, una lámina muerta, y en cambio, desde aquella terraza parecía lleno de vida, de energía, vibrando por todo lo que respiraba en su interior. El sol del atardecer rebotaba en las nubes y lo teñía de rojo, y era como si mostrara todo lo que los seres vivos habían ido vertiendo dentro al desangrarse. Aquella contemplación silenciosa mientras a sus espaldas, al fondo, sonaba el murmullo de la fiesta, el tibio calor del sol de septiembre bañándole el rostro y el olor a sal y a yodo le produjeron una intensa tristeza. Se preguntó si, de haber nacido en la costa, su carácter sería distinto, más abierto, capaz de establecer fácilmente relaciones con las hermosas mujeres enjoyadas, con los hombres elegantes que bromeaban con soltura allí detrás, vestidos con chaqueta y camisa de cuellos y puños tan blancos que parecían usar una sola vez antes de regalarlas, con el mundo frívolo y brillante que posaba con desenvoltura ante los fotógrafos y en las entrevistas respondía con las palabras vacías y adecuadas para no comprometerse con nada.

No tuvo tiempo de hallar una respuesta, porque Alejandra ya estaba junto a él, escuchando la extraña melodía, sin mirarlo, con los ojos fijos en el mismo lugar del mar, como si buscara algún secreto en el agua vibrante, tersa, anaranjada. Tenía en las manos una copa de champán, pero no daba la sensación de haberla probado.

—Hay demasiada gente —la oyó decir, sin que él le hubiera preguntado por qué venía también a esconderse en aquel rincón de la terraza.

—Todo eso... —hizo un gesto vago señalando hacia atrás— es muy fatigoso.

—¿La gente?

—Hablar, sonreír a los desconocidos, repetir una y otra vez lo mismo... No deberían imponernos estos actos en el día de descanso.

—¿Más fatigoso que correr en bici? —insistió.

—Para mí, sí.

La miró de nuevo. Ella no parecía molesta, seguía sonriendo y se asomó un poco por el pretil para mirar hacia abajo, a la orilla de la pequeña cala hasta donde el mar enviaba sus lagartos blancos, que se ocultaban enseguida bajo la arena. En la cala sólo había una pareja de adolescentes que se abrazaban con desesperación, como si ya supieran que no estarían juntos el próximo verano.

—Creo que ya sé por qué eres ciclista —dijo de pronto.

—¿Sí? —preguntó con miedo de lo que vendría a continuación.

—Aunque ahora corráis en equipos y a vuestro alrededor se mueva todo ese espectáculo —señaló hacia atrás con un gesto idéntico al que él había hecho un minuto antes, como si ella también fuera ajena a la organización—, el ciclismo es un deporte de solitarios.

—¿Solitarios?

—De quienes prefieren correr solos por carreteras y puertos, sin tener que ponerse de acuerdo con alguien para competir, como en el tenis, ni acordar estrategias o

tácticas, como en los deportes de equipo.

—Sí —aceptó Panal.

—¿Sí? —repitió, sorprendida de oírle aquella palabra, de que por primera vez él estuviera de acuerdo con ella.

—Los ciclistas somos gente solitaria.

Alejandra lo miró con calma y luego dijo en voz baja:

—Ya entiendo.

Entonces bebió por primera vez un trago de champán, un trago largo y lento, como si aún le diera la oportunidad de corregir la dura sugerencia de sus últimas palabras. Ante su silencio, ella se dio la vuelta y lo dejó solo, temblando, deseando escapar de la fiesta, como alguien que nunca antes ha sentido lo que es el amor y por tanto no ha desarrollado recursos para dominarlo, y se sorprende de pronto inundado por él y no encuentra otro modo de ocultarlo que salir huyendo mientras maldice su torpeza y su inseguridad y su educación y su carácter.

Luego había llegado el final de la Vuelta. De nuevo hubo una fiesta general en Madrid para repartir felicitaciones, hacer balance y establecer contactos de alianzas y futuros fichajes. Además de los ciclistas y entrenadores asistieron directivos, patronos, periodistas y una legión de aquellos tipos elegantoides de quienes ignoraba dos cosas: cuál era su trabajo real y si llevaban gemelos de oro para sujetar los largos puños de sus camisas o si los puños de sus camisas sobresalían tanto de sus chaquetas para poder exhibir sus gemelos de oro. Y también estaba ella, vestida por última vez con el uniforme oficial. Sabía que después de esa tarde no volvería a verla, porque cada año cambiaban las azafatas, se buscaban nuevos rostros para cada nueva edición.

«Bien», se dijo, «bien. Después de esta tarde no volveré a verla nunca, no tendré que atarme a una columna para no salir corriendo hacia ella. Ni siquiera sabré dónde vive, ni con quién, ni a qué se dedica cuando no trabaja en esto. Aunque quisiera, no podría encontrarla, puesto que sólo conozco su nombre, Alejandra, que tal vez también sea una máscara».

Esa tarde sí tenían permiso para probar alcohol, para festejar la etapa que él había ganado y el buen trabajo realizado por todo el equipo. No tardó en notar los efectos del champán, muy rápidos después de tantos días de desgaste y abstinencia, como si subiera directamente desde su boca hasta su cabeza de forma volátil, sin esperar a que llegara al estómago y lo condujera la sangre. Se sentía exaltado, incómodo, solitario y valiente. Pronto las piernas comenzaron a pesarle, pero no sabía si a causa del champán o del cansancio acumulado. Era como si al mismo tiempo vivieran dentro de él dos hombres llamados Panal: uno, el corredor satisfecho por haber culminado la carrera con el objetivo cumplido, que se dispone a disfrutar del premio y el descanso; y otro, el que sabe que lo mejor de su vida le ocurre montado sobre la bicicleta y teme

la inactividad que traerán el inminente otoño y el invierno, el hastío que producen la inmovilidad y el retiro.

Este último fue el que miró alrededor, buscándola entre los ciclistas, los directores de equipo, los periodistas y los patrocinadores. La localizó entre un grupo de corredores que reían y charlaban. Parecía divertirse, pero al girar un momento la cabeza ella lo descubrió mirándola con una actitud diferente de la de una semana antes. Fue como una llamada. Diez minutos después ambos se habían encontrado junto a una de las mesas llenas de aperitivos y bebidas. Se apartaron a un lado y ella le recordó, con una ironía que le quitaba aridez al recuerdo:

—No esperaba verte aquí. Demasiado ruido. No es un lugar apropiado para gente solitaria.

Podía haber alegado la obligación de asistir a la fiesta que Borrás imponía a todo el equipo, o que tenía una entrevista con alguien de la profesión, pero se sorprendió respondiendo:

—A veces incluso la gente más solitaria necesita algo de compañía.

—También yo prefiero un poco de tranquilidad. Llevo veintidós días oyendo conversaciones a gritos, música, sirenas, megafonía. ¿Por qué no vamos a otro sitio? —le propuso.

Escaparon de allí sin despedirse de nadie y salieron a una calle ancha y rápida cuyo nombre desconocían. Caminaron unos minutos sin saber adónde iban, pasaron junto a grupos de gente que entraban en un auditorio para asistir a un concierto y, un poco más arriba, llegaron a un parque. Se estaba haciendo de noche, pero la temperatura de septiembre era magnífica.

Alejandra dijo que estaba muy cansada, y buscaron un banco donde sentarse. El teléfono móvil sonó con estridencia en su bolso y ella miró el número y, sin responder, colgó la llamada y lo puso en silencio. A Panal le parecía imposible estar allí con ella, el mismo día en que había terminado la Vuelta, sentados hombro con hombro en un banco de un parque de Madrid del que desconocía la ubicación y el nombre. No se sentía el mismo que dos semanas antes peleaba con ahínco contra doscientos adversarios para ganar una etapa.

Le hubiera gustado contarle todo eso, pero no estaba acostumbrado a las confidencias, le parecía un impudor hablar de sí mismo. Quizás era cierto lo que ella había dicho, que el ciclismo es un deporte para gente solitaria y silenciosa que recorre grandes distancias sin hablar con nadie, rumiando pensamientos mientras sudan por los arcones de las carreteras. Era ella quien le estaba contando que apenas tres meses antes, en junio, había terminado de estudiar enfermería y que quizá pronto comenzaría a trabajar en un hospital.

—¿Y tú? ¿Cuáles son tus planes? —le preguntó.

—Sólo soy un ciclista.

—Y eso ¿es poco?

—No es mucho. Dentro de seis o siete años colgaré la bicicleta y no sé a qué me dedicaré entonces.

—Dentro de seis años aún serás muy joven.

Panal le dijo que en otros oficios treinta y pocos años pueden ser el comienzo de todo, pero que la vida profesional de los deportistas era muy corta. Al retirarse de la competición no siempre era fácil superar el violento y repentino vacío, la inmovilidad después del vértigo, la sensación de haber llegado al final. Había conocido a ciclistas que no lograron adaptarse al retiro y en unos pocos años dilapidaron todo lo ganado, desordenaron su vida y algunos terminaron hundidos en el alcohol y en la ruina.

—No tengas miedo —dijo ella.

—¿Miedo?

—Miedo cuando tengas que colgar la bicicleta. Hay otras muchas cosas que merecen la pena. Hay muchas maneras de ser feliz.

Atento sólo a sus palabras, no se había fijado en su voz, y de pronto advirtió que sus últimas frases sonaban muy débiles, como si hablara desde una hondonada. Estaba muy pálida, había inclinado la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Creo que me estoy mareando. Necesito tumbarme.

Panal se levantó del banco, se quitó la chaqueta, la colocó como almohada y la ayudó a levantar las piernas. Su rostro, muy pálido, blanco, brillaba en la tenue oscuridad del parque. Le tocó la frente: estaba húmeda y fría.

—¿Mejor así?

—Todavía no —susurró con esfuerzo, aferrándose a su mano para no perder la consciencia.

—¿Has bebido? —le preguntó Panal. Se sentía torpe, no sabía bien cómo actuar.

—Un poco..., y apenas he comido. Pero creo que sobre todo es el cansancio acumulado en estas tres semanas.

—Sí.

—¡Todo el tiempo yendo tan deprisa y ahora, al parar de golpe...! —susurró—. Bajas la guardia y... como los ciclistas veteranos cuando se retiran...

—Tú sí eres muy joven —protestó. Veía cómo se iban perdiendo en la oscuridad su vieja dureza, su convicción de que es imposible compartir la ternura, y se abandonan...

—No hables ahora —la interrumpió—. Y no te preocupes, pasará pronto.

Acarició despacio su mano, muy fría, y retiró un fino mechón de pelo que, con el sudor, se le había pegado a la frente. En ese instante la luz de las farolas bajó de intensidad, pasó a ese tono suave de ahorro de energía que, sin embargo, fijó para la eternidad en su memoria el rostro pálido y sudoroso, la frente fría, la sombra del

cabello. Alejandra notó algo, porque abrió los ojos con un inconfundible gesto de pánico, como si hubiera perdido por unos segundos la consciencia y al despertar creyera que alguien apagaba la luz y la dejaban sola en la terrorífica invalidez de los desmayos, en caída libre hacia un abismo oscuro y muy profundo del que no sería fácil regresar. Comprobó que él seguía allí, apretó su mano y susurró:

—¿Por qué, si eres tan amable, siempre aparentas ser tan arisco?

Panal no respondió, se limitó a moverse un poco para que ella acomodara la cabeza sobre sus piernas como en una almohada. Sentía su peso, veía su rostro cara al cielo, con los ojos cerrados, pálido aún, pero ya sin sudor, y oía cómo su respiración se iba poco a poco serenando. Alejandra se humedeció con un atisbo de lengua los labios secos y entreabiertos y él pensó en las palabras de felicidad que podrían pronunciar.

Sentado en aquel banco, todo lo demás había dejado de importarle: la Vuelta, el Giro, el Tour y las clásicas, las carreras que ofrecían la gloria deportiva a los ganadores; y los hombres enchaquetados y poderosos que no se permitían, a pesar del calor, aflojarse ni un dedo el nudo de la corbata; y los medios de comunicación que elevaban a los corredores a la condición de semidioses; y sus compañeros de equipo, impulsivos, alegres y solidarios; y su propia familia, que había cambiado sus rígidos horarios de trabajo en el campo para no perderse ninguna de las transmisiones televisivas de las pruebas donde él participaba... Todo aquello pertenecía a una dimensión que le resultaba indiferente frente al prodigio de acariciar su mano fría, de templar su frente sudorosa y de sentir sobre sus piernas el leve peso de su cabeza, frente a la confianza con que ella reposaba, con los ojos cerrados, segura de que él nunca se apartaría. En ese momento no le faltaba nada, no necesitaba a nadie, estaba inmerso en una plenitud sin contornos ni límites por la que, además, no debía pagar ningún precio.

—¿Cuándo me vas a invitar a ir contigo a un paseo en bicicleta? —dijo Alejandra con voz baja.

—Mañana —respondió—. En cuanto hayas descansado lo suficiente.

No regresaron a la fiesta y después de aquella noche todo comenzó a ser fácil. El año ciclista terminó y se hundieron, sin apenas exigencias externas, en esa etapa inicial de pasión, derroche, entusiasmo y soledad de los amantes, como si el amor no fuera una fuente que se agota, como si fuera una materia prima inalterable como el agua, que siempre iba a existir en la misma cantidad. Lo útil no era todavía más importante que lo bello, ni el futuro era más importante que el presente, y vivían con asombro un fulgor que renovaban cada día. Estaban seguros de que serían buenos y felices, de que nunca les llegaría el tedio, de que nunca caerían en esas discusiones conyugales en las que vocifera más quien menos razón tiene.

Poco a poco fueron conociéndose. Se narraban, entre silencios y balbuceos, los

momentos más felices y trágicos de sus biografías, las personas que les habían influido, las decisiones que los habían llevado hasta allí, y escuchaban con expectación todos los datos, buscando una clave oculta del destino, porque su historia de amor no podía ser un simple fruto del azar.

De pronto, todo se precipitó. Sin haberlo buscado llegó el embarazo y decidieron casarse enseguida. En el equipo hicieron compatible el permiso con la agenda de competiciones y ellos eligieron el lugar de la ceremonia, el menú, los invitados a la fiesta, y aquella música de Schubert, la *Fantasía para piano a cuatro manos*, que era como su himno íntimo desde aquella tarde en la terraza y que sonaría mientras se juraban amor.

Y el día anterior a la boda, en una revisión médica, les dieron la noticia: los fetos gemelos que Alejandra llevaba en el vientre estaban muertos. A veces sucedía sin causa aparente, sin padecer enfermedad ni daño, dijeron los médicos. Lloraron, mezclaron sus lágrimas y sus besos y luego secaron sus ojos, porque su futuro estaba lleno de promesas y ningún accidente podría cambiarlo. A pesar de todo decidieron seguir adelante con la ceremonia, no sólo porque ya no podían alterar los planes del equipo, de sus familias, de los amigos e invitados que habían venido de lejos y modificado sus horarios y sus vacaciones, también porque él temía que si anulaban la boda ocurriría cualquier otra desgracia que la impediría definitivamente.

Cumplieron con la obligación de sonreír mientras se decían «Sí» y se juraban lealtad y respeto y amor eternos ante los familiares y amigos que les deseaban lo mejor. Y en el banquete Ungieron que tenían apetito e incluso parecía que eran tan felices al partir con la espada la gran tarta que nadie hubiera creído que ella llevaba dos cadáveres dentro de su vientre.

Y luego también el dolor quedó atrás, y una vez hecho el legrado y restablecido el organismo la tragedia no los había cambiado ni alterado su bienestar. El Tour fue la primera carrera en la que participó, y aunque no había llegado en la mejor forma ganó su etapa y al cruzar la línea de meta y besar la alianza todos vieron que llevaba en el manillar un pequeño crespón negro. Cuando los periodistas le preguntaron a quién estaba recordando se negó a dar explicaciones. Era su más íntimo secreto.

En aquellos primeros años junto a ella corrió mejor que nunca, tenía una punta de mayor velocidad en los finales y en las largas escapadas galopaba imparable para llegar el primero y ver su sonrisa en la meta mientras le brindaba el triunfo. El amor lo estimulaba, le hacía crecer, no lo desgastaba con tensiones inútiles. La echaba de menos cuando se marchaba a competir; pero su recuerdo y las prisas por volver junto a ella, decía, lo empujaban a correr más rápido. ¿Cómo no iba a añorarla? Amaba su larguirucha y delicada belleza, amaba sus leves gemidos mientras soñaba con algo que, a la mañana siguiente, no lograba recordar, amaba su costumbre de calzarse en

los días de frío, para dormir la siesta, los cortos calcetines de ciclista que le quitaba y que apenas le cubrían los tobillos. Amaba el tibio mechón de su pubis y los momentos en que ella apoyaba la cabeza en su pecho y parecía feliz.

Antes, se decía, Alejandra había ofrecido al mundo su belleza en lo alto del escenario, ante decenas de cámaras, sonriendo al besar a los ciclistas, al vestirlos con el maillot amarillo o al entregarles los trofeos. Había resplandecido como una diosa en los televisores de medio mundo. En millones de fotografías de prensa se había repetido su figura, tan atractiva que no sólo despertaba el deseo de los hombres, también su envidia al preguntarse quién sería su amante... Pero todo eso no era nada comparado con la belleza que le entregaba únicamente a él cuando se amaban, cuando se adormecía desnuda entre sus brazos después de hacer el amor. Durante aquellos siete años durmió todas las noches con ella, excepto en las ausencias causadas por los entrenamientos o las competiciones; durante siete años pensó todas las noches en ella, incluso cuando llegaba reventado por los duros entrenamientos o las competiciones.

Si era ella quien salía y él se quedaba solo en casa, a veces curioseaba entre su ajuar. Acariciaba su ropa, olía sus perfumes y cremas, también examinaba sus llamadas de teléfono. Escudriñaba en sus bolsos no por sospecha, sino porque le asombraban sus pequeñas manías, su afición a llevar siempre alguna golosina y algún regaliz, su tendencia a acumular, sin darse cuenta, monedas de escaso valor que nunca se detenía a contar, porque pagaba siempre con billetes. Cuando salían juntos de viaje, consideraba normal que ella necesitara una colección de maletas y un container de productos de belleza mientras que a él su austero equipaje le cabía en una bolsa deportiva.

El presente era satisfactorio, el futuro no le preocupaba. Sólo el pasado arrojaba algunas sombras cuando en cualquier conversación recordaba una anécdota sentimental que había compartido con terceros, o cuando citaba el nombre de un desconocido, o el título de una película que no habían visto juntos, o cuando creía que él la había acompañado a algún lugar cuya existencia él ignoraba. En la apacible superficie del lago en el que flotaban, pequeños remolinos agitaban el agua y hacían emerger hilachas de algas misteriosas y oscuras, con un fugaz olor a ciénaga. Mientras se debilitaban sus ondas, Panal se decía: «Sé mucho de ti, pero sé que lo que sé no es todo. Y quiero conocer tus deseos más ocultos, tus miedos, los secretos que a nadie has confesado nunca». En cambio, en otras ocasiones decidía que no tenía derecho a conocer ni a juzgar la vida que Alejandra había llevado antes de conocerse. Y entonces, a pesar de su curiosidad y su inquietud, empujaba hacia abajo aquellos detalles, les hundía la cabeza en el légamo oscuro y frío del pasado, les impedía emerger ocultándolos en las capas freáticas de la memoria.

—¡Aguanta ahora! ¡No te relajes! —oyó de nuevo a su lado la voz del director—.

No me importa que mañana no puedas moverte, yo haré que los otros corran por ti. ¡Pero ahora sigue, sigue, sigue!

La pancarta bajo la que estaba pasando indicaba que faltaban 8 kilómetros hasta la meta.

—¿Cuánto tiempo tengo? —le preguntó.

—Tres diez.

La ventaja era suficiente para ganar la etapa, pero ahora también estaba luchando por el liderato. ¡Vestirse de amarillo, aunque sólo fuera por un día! De la carretera apisonada por el sol se elevaba un calor negro que abrasaba. Oía el goteo del sudor en las sienes y notaba la ropa y el casco empapados. Tenía sed y se agachó a coger el bidón para beber un último trago antes de soltar todo lastre. Por la debilidad o el sudor, el bidón se le escapó de los dedos y cayó rodando por el asfalto.

—¡Mierda! —exclamó con la boca seca, con el filo de la lengua buscando las gotas de sudor que serpenteaban hasta las comisuras de los labios, porque en los últimos diez kilómetros ya no se podía recibir agua ni alimento—. ¡Mierda!

A falta de 5 kilómetros la pizarra de la moto le marcó la diferencia: 2' 20". El pelotón tiraría con más fuerza si advertían en él signos de debilidad. Miró hacia atrás, pero el terreno de curvas impedía verlo. Se puso en pie a pesar del cansancio, consciente del paso de los años, y aceleró con fuerza hacia el último punto visible de la larga recta, más allá de las motos, donde el sol parpadeaba en el asfalto. Era su última temporada como ciclista y se despediría del Tour con una victoria para dedicársela a Alejandra, que había venido a acompañarlo un par de días, como todos los años.

«Un esfuerzo más», les pidió a sus piernas fortísimas, llenas de huesos sólidos, de gruesos paquetes musculares, de venas anchas, limpias y caudalosas, de algunas cicatrices. Ellas habían sido sus más fieles compañeras durante aquella década y excepto alguna pequeña sobrecarga, que se curó con reposo, nunca lo habían traicionado. Les había pedido enormes sacrificios y siempre habían respondido con humildad y eficacia, sin excusas, sin lesiones graves.

Ya estaba en las calles de Toulouse, ya atravesaba el Pont Neuf, la rué de Metz y giraba hacia la larga recta de meta de la Rue d'Alsace-Lorraine que había recorrido en el entrenamiento y recordaba bien.

—¡Un esfuerzo más! ¡Un solo esfuerzo más! —volvió a pedir a sus piernas. A pesar de la sed sintió algo húmedo en las comisuras de los labios y al limpiárselos con el dorso de la mano, que a fuerza de apretar el manillar olía a goma caliente y a metal, vio pequeñas burbujas de baba blanca, como la de los caballos.

A su alrededor todo zumbaba, vibraba sin contornos, como las imágenes de los espejismos: el cartel de la meta que parecía muy lejano, los espectadores chillones y frenéticos, los silbatos de los gendarmes, los carteles publicitarios, en una confusión

de sonidos y luces que la fatiga aumentaba. Pero en algún lugar, muy cerca, en las vallas o en la tribuna de prensa, ella estaría viéndolo sufrir, pidiéndole también aquellas últimas pedaladas para la victoria.

Trescientos metros antes de la meta supo que ya no lo alcanzarían y que lograría la ventaja suficiente para vestirse de amarillo por primera vez en toda su carrera deportiva. Soltó el manillar, se ajustó el maillot y levantó los brazos. Por volver a disfrutar de ese instante había merecido la pena tanto sufrimiento, recorrer cada año los kilómetros suficientes para dar la vuelta al mundo, subir montañas y arriesgar bajándolas, pasar calor y frío y exigir a su cuerpo más y más cuando todos los músculos pedían reposo a gritos... Todo merecía la pena por ese instante en que cien millones de personas detenían lo que estaban haciendo, trabajar, o alimentarse, o hacer el amor, para contemplar su gesto de besar la alianza que llevaba en el anular y brindar por la felicidad que a veces regala la vida. A ella iba dedicado aquel último triunfo.

4.^a etapa

Toulouse - Col du Tourmalet, 204 km

Miércoles, 7 de julio

Fue una etapa apasionante, con una vertiginosa subida final al Tourmalet, con Tobias Gros lanzando feroces ataques para recuperar el maillot amarillo que había perdido tres días antes, pedaleando montaña arriba como succionado por las nubes, sin mirar atrás, a los cadáveres que iba dejando en las duras rampas de Baréges, con el ceño fruncido y enojado y la expresión de lobo, sorbiendo aire entre los dientes afilados mientras se descolgaban del grupo de cabeza corredores atufados y exangües a quienes se les encasquillaban las rodillas y se negaban a girar. Sólo redujo la velocidad cuando vio la carnicería que había provocado: únicamente seguían a su rueda, agonizando en los tres últimos kilómetros, Hamelt, Panal, Olivier Renaud, Rudolf Trölsch, Julen Leiz y el colombiano Omar Pacheco. Entonces se limitó a mantener el ritmo y a guardar fuerzas para imponerse sin dificultad en la cima del Tourmalet. Fue su segundo triunfo de etapa y recibió los trofeos con su habitual arrogancia, asomándose a la cornisa pirenaica por encima de los corredores que aún seguían llegando, cansados, sucios, consumidos, más viejos. Sin embargo, no logró vestirse con el maillot amarillo, que mantuvo la Avispa Panal por menos de un minuto.

El relato de la cuarta etapa ocupó la primera edición de los periódicos cuando cerraron esa noche. Dos horas más tarde las televisiones, las radios y las ediciones electrónicas comenzaron a cambiarla para dar en grandes titulares la última noticia: el asesinato de Tobias Gros.

Lo encontraron muerto el director de su equipo y un agente de seguridad del hotel de Argelés-Gazost donde pernoctaban, que se encargó de abrir la puerta de su habitación. Lo habían llamado repetidamente y le habían telefoneado por la línea interna y a su móvil sin encontrar respuesta. Estaba tendido en el centro de la habitación, entre la cama y el televisor, que seguía encendido, y le habían destrozado la cabeza con varios golpes propinados con un objeto agudo y contundente: la pesada estatuilla de hierro con la figura de un quebrantahuesos que esa misma tarde le habían entregado como ganador de la etapa. Había intentado protegerse con una mano y los golpes también le habían destrozado los dedos donde con tanta arrogancia llevaba tatuada la palabra TOUR, a la espera de un número.

Ésa fue toda la información ofrecida. Quienes pernoctaron toda la noche ante las pantallas del ordenador, conectados a las agencias de noticias, llegaron al alba sin haber conseguido más detalles, todavía perplejos, incapaces de asumir que un ciclista pudiera morir asesinado en julio, en Francia y en el Tour.

Ante la carencia de más datos, muchos medios repasaron con prolijidad el

desarrollo de la etapa del día, repitieron una y otra vez las imágenes en las que, unas horas antes, Gros levantaba un brazo al cielo en el Tourmalet al cruzar el primero la línea de meta, señalando con el índice que él era el número 1, el mejor, en un gesto que le gustaba repetir. Anticipándose a los investigadores de la Sureté, los redactores de programas deportivos y de la prensa amarilla calentaron las moviolas buscando en sus archivos un indicio, unas palabras de amenaza, una ofensa privada, una mirada de odio que pudiera señalar a un sospechoso. No encontraron nada sustancial, pero aquel repaso a un posible historial de agravios reveló que Gros tenía muchos motivos para ser odiado, y que esa noche en el hotel estaba rodeado de enemigos.

5.^a etapa (anulada)

Bagnères de Bigorre - Pau, 176 km

Jueves, 8 de julio

Los rumores continuaron durante toda la mañana y quienes esperaban un comunicado oficial que ofreciera datos reales se sintieron decepcionados cuando la juez de Toulouse encargada del caso decretó secreto del sumario para no revelar ni un solo detalle de la muerte, ni un solo nombre de sospechosos, ni un solo móvil que explicara el homicidio. Únicamente el robo quedó descartado desde el principio: no era fácil que un intruso hubiera logrado colarse en el hotel, ni resultaba creíble que hubiera matado para intentar robar un maillot, aunque ese maillot fuera amarillo y perteneciera a Tobias Gros.

También las informaciones sobre la continuación del Tour eran contradictorias, pero a las diez de la mañana, después de una noche en vela, los organizadores decidieron anular la quinta etapa como muestra de dolor y de respeto hacia la víctima. La prensa y los directores de todos los equipos recibieron la notificación oficial. El Tour no podía suspenderse, su continuidad sería el mejor homenaje a la memoria, y sin duda también a los deseos, del mismo Tobias Gros. Su anulación, en cambio, daría al culpable o a los culpables de su muerte una segunda satisfacción. La jornada sería destinada a rendir honores al recuerdo del ciclista. Pero una vez resuelto el caos, el propio desarrollo de la carrera ayudaría a superar la conmoción de sus compañeros de equipo y de todos los participantes. El Tour nunca permitiría que un malvado modificara su calendario, el Tour demostraría su *grandeur* elevándose por encima de las intenciones de un perturbado o de alguien sin escrúpulos.

LE LEADER EST MORT. VIVE LE LEADER, tituló *Le Monde* la noticia en su página web. Todos los medios coincidieron en alabar la decisión. Nadie protestó, aunque los escaladores resultaban perjudicados con la anulación de la etapa reina de los Pirineos, con cuatro puertos de primera categoría —el Tourmalet de nuevo, esta vez por La Mongie, Luz Ardiden, el Soulor y *el padre* Aubisque—, y, en cambio, los sprinters y los rodadores suspiraron con alivio.

Cupido tradujo algunas frases que el Alkalino no había comprendido de la declaración del director del Tour que transmitía un canal de televisión.

—¿Tú crees que por la muerte de un ciclista iban a suspender este enorme espectáculo? ¡Claro que no! —exclamó—. Además, este día de inactividad es imprescindible para la policía francesa, que necesitará tiempo para confirmar horas y movimientos de los posibles implicados antes de que la caravana se ponga de nuevo en marcha y todos se desperdigen por ahí.

A pesar de que en ocasiones maldecía de su trabajo y de sus consecuencias, la deformación profesional lo empujó a acercarse al hotel donde se había producido la

muerte. Era un edificio de cinco plantas, levantado en las afueras de la localidad, con unos cuidados jardines ante la fachada y un amplio aparcamiento en un lateral, donde Cupido distinguió cuatro autobuses y varios automóviles oficiales de equipos que participaban en el Tour. Junto a la puerta había tres coches de policía y, controlando la entrada y el aparcamiento, esperaban varios gendarmes cuyos chalecos fosforescían entre los fotógrafos y los reporteros, que, desconcertados, sin saber qué esperaban o qué buscaban, mantenían las cámaras y los micrófonos a punto. Alrededor se habían formado pequeños grupos de curiosos, algunos vestidos de ciclistas y sujetando sus bicicletas, que comentaban los rumores, vigilaban quiénes entraban o salían del hotel y sin ningún pudor arriesgaban hipótesis para señalar culpables de la muerte.

El detective oyó que alguien afirmaba que la policía se había llevado ya a un sospechoso, a un ciclista, y notó cómo de pronto se acrecentaba su interés y algo dentro de él se despertaba al contacto con el enigma y lo empujaba a preguntarse qué había ocurrido, cómo, por qué, quién era de verdad la víctima y quién había sido su verdugo. Estaba en los Pirineos de vacaciones para ver pasar el Tour, para disfrutar montando en bicicleta y para afrontar por fin su viejo desafío de subir el Tourmalet. Había ido hasta allí para olvidarse del trabajo y sin embargo acudía como un idiota más ante el reclamo del misterio.

Una buena parte de su vida había sido un largo conflicto entre esos dos impulsos y todavía no siempre era capaz de mantener el equilibrio. A menudo, cuando se entregaba a una investigación, cuando abordaba con ahínco un trabajo, la vida se convertía en una dura carrera de obstáculos cuyo desenlace lo dejaba exhausto, con deseos de retirarse al orden y al silencio de un monasterio budista. «Toda investigación es un descenso al mundo de los muertos y de allí siempre se regresa oliendo a fuego y a ceniza, un poco más sabio, sí, pero también más cansado e incrédulo», se decía. Sin embargo, ese pesimismo no lo incitaba a la ira ni despertaba deseos de castigar al culpable; al contrario, arraigaba su sentimiento de piedad hacia la debilidad humana, hacia la fugacidad de las buenas intenciones.

En cambio, cuando no tenía ningún encargo ni proyecto entre las manos, la vida se le llenaba de huecos, de hastío —*d'ennui*, ahora que estaba en Francia—, a los pocos días de inmovilidad y de descanso.

Iba a marcharse cuando vio que Luis Carrión salía por la puerta del hotel y se dirigía hacia un coche sin ninguna identificación. Al pasar junto a Cupido, el director del equipo Vetonia lo miró fugazmente antes de seguir andando. Luego, un segundo después, se detuvo y volvió a mirarlo.

—¿Ricardo Cupido?

—Luis Carrión —dijo el detective.

Carrión le estrechó con fuerza la mano y le palmeó el brazo con una alegría que

no parecía fingida.

—¿Veinte años? —le preguntó.

—Más —respondió el detective mientras una memoria en blanco y negro, pero muy vivida y detallista, ponía ante él un antiguo paisaje de recuerdos.

Cupido tenía entonces veintipocos años y, como única herencia familiar, un viejo camión, el duro DAF que había conducido su padre hasta su prematura muerte. No había otra cosa en Breda para llenar los días: ni un trabajo seguro, ni proyectos, ni —excepto su madre— nadie por quien mereciera la pena no hacerlo. Por otra parte, estaba aquella firme convicción familiar de que el contrabando no era un delito, sino una actividad comercial que contribuía a equilibrar el mundo sin necesidad de permisos oficiales y sin obediencia a las fronteras o a los aranceles que imponían desde lejos: faltaba un producto en algún sitio, pues se llevaba allí y de regreso se traía algo de lo que aquí se necesitaba. Había puesto a punto el fiel DAF, había sustituido la batería muerta y unos meses antes de que se borrarán las fronteras con la entrada en la UE se había traído de Portugal varias cargas de tabaco rubio de contrabando. Para camuflar los alijos y disuadir a los curiosos guardias de la raya, colocaba como pantalla en el remolque dos filas de colmenas layen donde varios miles de abejas zumbaban enfurecidas por el calor y el viaje y afilaban sus agujones. Eran frecuentes aquellos traslados de los colmeneros que, con el cambio de las estaciones, buscaban las anchas plantaciones de girasol de las llanuras portuguesas.

Había repetido varias veces el viaje y nunca había tenido problemas, pero en aquella última ocasión advirtió el peligro cuando ya no podía retroceder. En la frontera apartaron a un lado el camión, destaparon el camuflaje y, en el juicio posterior, Cupido fue condenado a dos años y medio de prisión por delito contra la Hacienda Pública. En algún sótano lleno de archivos dormiría bajo el polvo un legajo amarillo con la descripción de esos antecedentes penales que ya nadie recordaba.

El monitor deportivo de la cárcel se llamaba Luis Carrión. Era un hombre de unos treinta y cinco años, que se había ganado la confianza suficiente para gestionar todo lo relacionado con los deportes en una prisión provincial de poca importancia, de reducida población penitenciaria y de escasa conflictividad. A esa confianza habían contribuido un brillante expediente, un trato cordial, pero firme, y su aspecto atlético: era alto y fuerte y lucía una calvicie prematura y categórica sobre un cráneo impecable que le daba un aire honorable. Una buena parte del tiempo libre que le dejaban su familia y el trabajo en el centro penitenciario lo dedicaba a su gran pasión: el ciclismo, de cuya práctica era un entusiasta aficionado. Unos años antes había llegado a correr como profesional. Por entonces ya tenía licencia de entrenador y dirigía a un equipo de juveniles. Guardaba una bicicleta en la propia cárcel y, como el edificio se hallaba extramuros de la ciudad, desde allí mismo salía a la carretera para recorrer unas decenas de kilómetros cuando el trabajo se lo permitía.

También entrenaba, en ocasiones, en la pista que rodeaba el campo de fútbol de la prisión. Y de allí surgió la idea una tarde, cuando uno de los reclusos —un joven alto, espigado y tranquilo que cumplía una corta condena por contrabando de tabaco— abandonó el partidillo de fútbol que disputaban para preguntarle si no se guardaba en algún rincón de la cárcel alguna otra vieja bicicleta con la que también él pudiera dar unas vueltas por la pista.

Al monitor no le pareció mala idea, pero el proyecto de formar con los internos un equipo ciclista fue contemplado con ironía y desconfianza en los despachos superiores: la bicicleta era un vehículo, cualquier vehículo era sinónimo de velocidad, y la velocidad era sinónimo de fuga, al menos al alcance de un preso. Así que, en principio, no obtuvo el permiso, aunque sí estaban permitidos los equipos de fútbol o de baloncesto.

Sin embargo, quien lo solicitaba era Luis Carrión, un joven y brillante funcionario que ya en otras ocasiones, en algunas crisis con internos, había logrado soluciones satisfactorias aplicando métodos poco ortodoxos y demostrado que la imaginación era muy útil allí donde fracasaba la burocracia. Alguien consideró que, puesto que Carrión era un ciclista resistente y veloz, siempre podría él mismo perseguir y alcanzar al preso que tuviera la ocurrencia de intentar una fuga y seguir pedaleando cuando ya se hubiera dejado muy atrás la línea de meta. Además, esos gestos eran muy bien valorados por la opinión pública y mejoraban la imagen de la política penitenciaria. Así que al final decidieron que se le concediera una oportunidad a su proyecto, aunque eligiendo cuidadosamente a los participantes, sólo en carreras de un día y controlando el itinerario. Tal vez el proyecto funcionara: ningún interno tendría deseos de discusiones o reyertas después de haber pedaleado a buena velocidad durante ciento cincuenta kilómetros. Nunca se había demostrado que por practicar deporte alguien se volviera más conflictivo.

El grupo se formó con ocho corredores: el propio Carrión, el encargado de la biblioteca de la cárcel, que, aunque vivía entre libros, se reveló como un apasionado de la bicicleta, Cupido y otros cinco internos interesados en el ejercicio físico y seducidos por la posibilidad de salir a entrenar y a competir fuera de aquellos muros.

Como Cupido había sido el primero en tomar la iniciativa, a él le correspondió colaborar en la programación de los entrenamientos y en el cuidado y vigilancia de las bicicletas. Pronto surgió entre el monitor y él una cordialidad que influiría decisivamente en un informe favorable a la reducción de condena: días de redención a cambio de días de deporte y trabajo. Y meses más tarde, después de haber recorrido varios miles de kilómetros, salió en libertad. Se despidieron con una referencia al ciclismo:

—A ver si nos vemos por ahí, subiendo a los Lagos o en alguna carrera de aficionados.

—Disputaremos el sprint en igualdad de condiciones —replicó Cupido.

Pero no se habían encontrado desde entonces. Un día, sorprendido, leyó en la prensa deportiva un reportaje sobre Luis Carrión. Después de haber entrenado con éxito equipos juveniles y amateurs, había sido contratado para dirigir una escuadra de profesionales. Había solicitado la excedencia como funcionario para dedicarse a lo que más amaba: aquel deporte duro, sacrificado, complejo y apasionante, a pesar de la mala fama con que en los últimos años lo habían manchado los casos de dopaje. Su éxito como director se basaba —declaró— en un intenso entrenamiento y en una estrategia para cuyo cumplimiento exigía de los ciclistas primero respeto, después obediencia y por último fe.

—Más de veinte años —repitió ahora—. No has cambiado mucho. Te mantienes en forma.

—Porque salí —bromeó el detective—. Allí dentro hubiera envejecido muy rápido.

—Es una sorpresa verte por aquí —dijo, sin atreverse a ser indiscreto, como si estuviera recordando las rígidas frases judiciales de aquel expediente amarillento y temiera que todavía...

—Vacaciones, turismo... y un poco de deporte.

—¿Sigues pedaleando?

—Sí. Ya sé que tú ahora te mueves con más comodidad.

—¡Ah! Antes, mi lugar estaba encima de la bicicleta. Ahora está en conducir un coche detrás de las bicicletas.

—¿Y no lo echas de menos?

—¡Claro que sí! A veces me dan ganas de apartar a alguno de mis muchachos y de subirme yo. Y lo haría si no supiera que a los pocos kilómetros no les vería ni los culotes. Pero aquí estás en el lugar adecuado —continuó—. Buen clima y altas montañas. Mejor conducir una bicicleta que un camión con materiales delicados, ¿no? —preguntó con complicidad.

—Ya casi nadie fuma —dijo Cupido.

—¿A qué te dedicas?

—Soy detective.

—¿Policía? —Hizo un gesto de asombro.

—No. Detective privado.

—¡Supongo que no te enseñarían el oficio allí dentro!

—Sólo algunos trucos, no estuve el tiempo suficiente —bromeó, recordando algunas lecciones sobre cómo arrancar un coche con un puente, cómo abrir unas esposas con una horquilla o cómo borrar las huellas dactilares—. Tampoco yo imaginaba que te vería dirigiendo un equipo de profesionales.

—No hay tanta diferencia con trabajar en una cárcel, no creas —dijo

confidencialmente, con una sonrisa que se quebró de pronto—. Ya sabrás lo que ha ocurrido, ¿no?

—Todo el mundo lo sabe. No se habla de otra cosa.

Carrión miró alrededor, hacia los grupos de curiosos que los rodeaban. Pareció recordar algo y de nuevo le estrechó la mano para despedirse.

—Me alegra verte en tan buena forma.

—Suerte con todo —dijo Cupido.

El detective volvió a su hotel. En el televisor, el director del Tour confirmó que al día siguiente se reanudaría la carrera. Confiaban plenamente en la policía y estaban seguros de que se aclararía todo.

Poco después, durante la comida, el informativo reveló otro dato que acababa de conocerse: un corredor, de quien se ignoraba el nombre, estaba prestando declaración en unas dependencias judiciales ante la juez de Toulouse. Todos los comensales del hotel dejaron de masticar y de hacer ruido con los cubiertos y los platos para escuchar la noticia. Al terminar, la comentaron excitados, con tanto ardor como si se tratara de un magnicidio o de una declaración de guerra.

El hueco que quedó en la programación televisiva por la anulación de la etapa fue llenado más tarde por un informativo especial sobre Tobias Gros en el que se repasaba su biografía, sus datos personales, su controvertido carácter, su trayectoria deportiva, sus pocos fracasos y sus muchos éxitos. De nuevo, los aficionados comenzaron a manifestar sus sospechas, a arriesgar hipótesis sobre culpables de su muerte. Los fans de otros corredores, que odiaban su arrogancia en las victorias y su poca generosidad hacia los rivales vencidos, callaron con gestos ambiguos, puesto que su muerte abría las posibilidades de triunfo para sus ídolos.

Incómodo ante aquellos excesos de los aficionados, que cada vez con mayor virulencia hacían de un rival un enemigo, Cupido subió a su habitación. Además de por su práctica, el ciclismo le gustaba tanto porque era el deporte más alejado del fanatismo y de la violencia. Hasta ahora nunca había sido un reducto de ultras ni de barras bravas ni de *skins*, ni había servido de pantalla para organizaciones nazis o racistas. Los aficionados que invadían las cunetas de los puertos aplaudían con entusiasmo la llegada de sus ídolos, pero no insultaban a los rivales, no los agredían, no les lanzaban a la cabeza monedas ni mecheros ni botellas de agua congelada. Animaban a todos, al margen del equipo o del país al que pertenecieran, respetaban su sacrificio y admiraban el terrible esfuerzo que suponía escalar aquellas montañas gigantes, no los abucheaban mientras agonizaban sobre sus bicicletas. Valoraban la gratuidad del espectáculo, que no se desarrollara en un estadio o en un recinto cerrado, sino en carreteras al aire libre. Y apreciaban los nobles detalles de la tradición: el dinero que ganaba cada corredor en la carrera se guardaba en una bolsa común que, al terminar la prueba, se dividía en diez partes iguales: una para cada uno

de los nueve ciclistas del equipo, al margen de su rendimiento, y la décima para repartirla entre los mecánicos y los auxiliares.

Se estaba cambiando de ropa cuando sonó el teléfono fijo de la habitación. Sorprendido, oyó la voz de Luis Carrión contándole que había tenido que preguntar en tres hoteles hasta dar con él.

—Quiero proponerte un trabajo.

—¿Ahora?

—Sí. Me he informado. He hecho un par de llamadas a gente de allí abajo y me han hablado bien de ti. Aseguran que nunca has dejado a medias una investigación. ¿Podemos hablar?

—Vente al hotel —propuso.

—Mejor al aire libre. ¿Te apetece dar una vuelta?

—¿En bici?

—Sí —dijo Carrión.

—De acuerdo —aceptó—. Ahora mismo iba a salir a montar.

—En cinco minutos estoy ahí. Espérame en la puerta.

Llegó en el mismo coche sin identificación comercial que había usado por la mañana. Con ropa deportiva, gafas de sol y el casco que cubría su cabeza, ocultaba su calvicie y lo rejuvenecía, no lo reconocerían los periodistas. Descolgó de la baca su bicicleta, montaron y comenzaron a pedalear por una carretera local con poco tránsito.

—La policía francesa ha relacionado a uno de mis hombres, Santi Mieses, con la muerte de Gros —le contó en cuanto dejaron atrás las últimas casas.

—¿Qué significa «relacionado»?

—Que no hay una acusación formal, pero que hay sospechas. Hemos tenido que declarar esta mañana ante la juez. Mi muchacho estuvo en la habitación de Gros unos minutos antes de que alguien lo matara. Dos limpiadoras del hotel han declarado que oyeron algunas voces y que lo vieron salir de la habitación. Pero no ha sido él. Lo conozco bien y sé que no ha sido él.

Cupido no creía en la inocencia de alguien porque otro lo afirmara apelando sólo a su carácter, sin presentar pruebas, pero sabía que Carrión no lo hubiera dicho si no estuviera plenamente convencido. Su experiencia en las prisiones le habría proporcionado una especial sabiduría del delito y de los delincuentes, una sensibilidad para detectar la culpabilidad o la inocencia al alcance de muy poca gente.

—¿Qué tienen contra él?

—Lo que te he dicho: que estuvo en su habitación poco antes de la muerte. Fue a felicitarlo por su triunfo de etapa. Pero ellos no lo han creído.

—¿Por qué?

—A Mieses lo echaron del equipo Paradis hace un año por haberse peleado con

Gros. El chico tiene un carácter difícil y hay que saber manejarlo. No siempre se encontró con directores pacientes y en su historial figura más de un conflicto.

—¿De qué tipo?

—Antecedentes penales.

—¿Por peleas?

—Por robo, cuando era muy joven.

—¿Qué robó?

—¿Qué robaría un muchacho que quiere ser ciclista?

—Una bicicleta.

—Sí. Forzó la puerta de una tienda y lo sorprendieron cuando salía con la mejor máquina que encontró bajo el brazo... Los franceses necesitaban enseguida a un sospechoso y con esos antecedentes, con la pelea del año anterior y con la visita a su habitación tienen todo lo necesario... Pero él no lo hizo. En nuestro equipo está tranquilo y se siente querido —dijo mientras el detective recordaba la regañina que habían captado las cámaras en la primera etapa y, luego, el tono paternal, afectuoso, con que terminó—. Tiene mucho talento y ahora había vuelto al buen camino.

—¿Lo han detenido?

—No. Lo han interrogado durante varias horas, pero no hay pruebas contra él y de momento lo han dejado libre para que pueda seguir en la carrera. Pero lo mantendrán vigilado.

—En esas condiciones no creo que pueda rendir mucho.

—Por eso quiero que lo ayudes. Somos un equipo humilde y Mises es el mejor de mis corredores. Necesito que esté tranquilo, que sepa que vamos a resolverle cualquier problema. Y más ahora que... —dudó hasta encontrar la palabra neutra—, ausente Tobias Gros, tiene posibilidades de pelear por un puesto en el podio. Quiero que no piense en otra cosa, que se concentre en la carrera, porque nosotros estaremos ocupándonos de todo lo demás. ¡Cuidado!

De frente venía retumbando un camión que ocupaba la estrecha carretera y se orillaron para que pasara.

—¿Aceptarías el trabajo? —le preguntó—. Hemos contratado los servicios de un bufete de abogados de Toulouse, pero me temo que no será suficiente.

El detective reflexionó unos segundos.

—La mejor manera de protegerlo frente a esas sospechas es encontrar la verdad, descubrir quién mató a Gros.

—¿Te encargarías de eso? —insistió.

La carretera se había empinado en un repecho brusco y Carrión se quedó atrás, con dificultad para desplazar hacia arriba sus noventa kilos. Cupido esperó a que llegara hasta él para responder:

—Creo que harías mejor contratando a un detective francés.

—No me fio de los franceses —replicó, irritado—. Están deseando culpar a alguien de fuera. No podrían soportar que un compatriota les arruinara su mejor espectáculo deportivo. Y tampoco puedo pedir ayuda a la policía española. Aquí no tienen atribuciones.

—Ninguna policía da facilidades a los detectives privados... y menos aún si son extranjeros. Nada les molesta más que nos adelantemos a las preguntas que pensaban hacer ellos.

—Inténtalo —insistió.

—No me dejarían moverme con libertad. Por lo que sé, el Tour es un mundo cerrado que no permite injerencias.

—Eso podríamos arreglarlo: te contrataremos como si formarás parte de nuestro equipo. Te daremos una acreditación para que puedas trabajar desde dentro y acceder a los mismos lugares que nosotros.

—Necesitaré tiempo —arguyó todavía, pero ya había aceptado—. Nunca trabajo con prisas y en esta ocasión no sería diferente. Si los ciclistas con quienes tengo que hablar se pasan medio día en la carretera y el otro medio recuperándose, necesitaré tiempo. ¡No podré interrogarlos con todo el pelotón escuchando!

—De acuerdo, de acuerdo, tendrás el tiempo suficiente..., hasta que llegemos a París. Pero ahora..., deja de acelerar.

De nuevo, Carrión, falto de aire, se estaba rezagando.

Llegaron enseguida a un acuerdo económico y Cupido preguntó:

—¿Hay algo más que sepáis?

—No. Nadie imaginaba que en el Tour de Francia pudiera ocurrir algo así. Es cierto que siempre ha habido odios y peleas entre corredores: Manzaneque se lio a golpes con Vito Taccone, y yo vi la pelea de González Arrieta con Leonardo Sierra... Y hace décadas, un gigantón alemán llamado Stoepel le partió la boca a Vicente Trueba, la «Pulga de Torrelavega»... En las carreras crece mucho la tensión y a veces hay que soltarla a puñetazos. ¡Pero matar...! Ayer, en la salida, había un nerviosismo especial. El primer encuentro con la montaña siempre da un poco de miedo. Supone un choque doloroso para las rodillas, acostumbradas al llano. Pero en la etapa no ocurrió nada anómalo, nada fuera de lo previsible. Ganó Gros, aunque no pudo recuperar el maillot amarillo.

—Sí, seguí la transmisión por la tele. En la carretera todo sucede delante de las cámaras, a la vista de todo el mundo. ¿Se sabe qué hizo después? ¿A quién vio?

—Bueno, se sabe casi todo... Falta averiguar quién entró en su habitación alrededor de las diez y media. Nuestros abogados están recopilando toda la información para preparar la defensa. Ellos te informarán mejor que yo de todos los detalles.

Pronto dieron la vuelta, de regreso hacia Argelés-Gazost. Una vez allí, Carrión le

dio el teléfono del bufete. Daría instrucciones para que lo ayudaran en todo lo necesario. Y con la acreditación siempre tendría un hueco en el autobús o en uno de los coches del equipo para moverse por la caravana con toda libertad.

Carrión colocó la bicicleta en la baca y regresó a su hotel. El detective subió a su habitación, se duchó y llamó al Alkalino para que lo esperara en el vestíbulo cinco minutos más tarde. Allí le contó el encuentro con Carrión y la propuesta de trabajo que le había hecho.

—De modo que es cierta la leyenda de la que hablaban: que había trabajado en una cárcel.

—Es verdad.

—Y tú lo conocías de cuando estuviste allí dentro.

—Sí.

—Y sin embargo te ha ofrecido un trabajo.

—Sí. Y lo he aceptado.

—¿A pesar de estar de vacaciones y de haberte propuesto que nada te distraería de tu intento de subir hasta esa cumbre?

—Tendré tiempo para todo.

El Alkalino hizo un gesto de duda.

—Creo que no. Siempre que te enfrentas a una investigación dejas a un lado todo lo demás.

—La montaña no va a moverse de sitio. Estará ahí esperándome.

—Pero también a ti te convienen estas vacaciones. No puedes estar todo el tiempo preguntándote los motivos por los que la gente es desdichada, y odia, y mata, y... Seguro que incluso la policía francesa puede resolverlo.

—¡Claro que sí!

—Entonces, descansa un poco. No vas a mejorar el mundo por aceptar ese trabajo.

—No voy a mejorar en nada el mundo, pero... al menos no empeoraré yo por aceptarlo.

6.ª etapa

Pau - Arcachon, 190 km

Viernes, 9 de julio

A media mañana Cupido recibió una llamada en el móvil desde un teléfono fijo de Toulouse. Una voz de mujer preguntaba por él.

—Mi nombre es Carol Debray. Soy la abogada del bufete contratado por el equipo Vetonía. *Monsieur* Luis Carrión nos ha pedido que le entreguemos la información de que disponemos sobre el ciclista Santiago Mieses y que lo ayudemos en todo lo necesario.

—Sí, gracias.

—¿Cuándo podemos vernos?

—Cuanto antes —dijo Cupido.

—Yo saldré ahora mismo hacia Argelés-Gazost. A primeras horas de la tarde podré disponer de información importante. Me van a enviar el dossier preliminar de la autopsia y la documentación policial. Podríamos vernos después, en cuanto haya ordenado todos los datos.

—De acuerdo.

—He reservado una habitación en el hotel donde ocurrió la muerte. He pensado que le interesaría verlo por dentro, en detalle. El escenario del crimen —dijo, con un atisbo de ironía. Pero enseguida recuperó su frío tono profesional—: Tal vez sea conveniente para su investigación.

—Sin duda.

—Entonces, lo llamaré por la tarde para acordar la hora. Hablaba un español casi perfecto, con el acento teñido por la suavidad de las erres y por la profundidad de las nasales. Pero en las frases sencillas, funcionales, administrativas —ni siquiera le había preguntado si podían hablar en francés—, en las decisiones ya tomadas de antemano, ¿no había un levísimo, apenas perceptible tono de superioridad, de ese orgullo inocultable de una abogada experta, ciudadana de la nación que estableció las leyes fundamentales de la convivencia, frente a un anónimo detective privado de un país confuso? ¿O sólo había sido una falsa impresión? ¿Cómo lo imaginaba ella? ¿Como un tipo moreno, bajito, sudoroso, oliendo a tabaco y a cerveza, con esa astucia básica que a fuerza de ser entrenada llega a ser un eficaz sustituto de la inteligencia?

Por la tarde, mientras esperaban su aviso, Cupido y el Alkalino bajaron al salón a ver la transmisión de la carrera. El Tour había reemprendido la marcha y la caravana ya tenía a la vista las dunas de Arcachon, ya corría hacia la meta de una nueva etapa. Cinco días antes había comenzado en Barcelona mojando la rueda trasera de las bicicletas en las aguas del Mediterráneo y ahora las aguas del Atlántico ya estaban

salpicando sus manillares. Como había dicho el Alkalino, no iban a dedicar más tiempo a enterrar el cadáver de un ciclista. Francia entera volvía a vibrar con el Tour. Había visto con estupor que el asesinato —un hecho que parecía confinado en los ambientes de la delincuencia, de mafias y gánsteres— irrumpía con brutalidad en la vida deportiva y contaminaba uno de sus símbolos. Para los franceses el ciclismo era el sagrado deporte nacional, que anclaba su fortaleza en la tradición de un país llano. Aunque los abusos del dopaje habían distorsionado el espectáculo, el Tour seguía siendo una buena oportunidad de afirmación patriótica que por nada debía detenerse, del mismo modo que no se detiene el baile de la fiesta porque algún invitado se embriague o sufra un percance o porque los violines de la orquesta no suenen del todo afinados. Los ciclistas iban y venían, pero el Tour permanecía siempre.

No obstante, fue inevitable que el desarrollo de la sexta etapa tuviera algo de cortejo fúnebre. En la salida neutralizada por las calles de Pau, donde vibraba tanta tradición ciclista, no hubo sonrisas, ni fiestas, ni megafonía. Los corredores decidieron, además, que hasta la contrarreloj de Burdeos, al día siguiente, nadie se vistiera de amarillo.

El trayecto fue recorrido a un ritmo uniforme, con los compañeros de Tobias Gros siempre en los puestos de cabeza, al igual que en los entierros abren la marcha los deudos del finado, y siempre aplaudidos por los miles de espectadores que habían salido a las aceras y a las cunetas. Nadie se escapó, porque el final ya estaba pactado. Los ciclistas pedalearon los 190 kilómetros en dirección norte por el llano y ventoso paisaje de las Landas, de cuando en cuando mirándose con recelo, preguntándose si entre ellos corría un asesino. Agrupados por equipos, en las imágenes tomadas desde el helicóptero mostraban una disposición medieval de manchas de colores, de grupos en tregua, pero preparándose para la batalla. Desde las motos y desde el centro de control, la transmisión discurría con muchos momentos de silencio en los que no se oía otra cosa que el runrún de los motores, el susurro del viento y el siseo de las ruedas de las bicicletas por una carretera que parecía ir apartando la cortina de los pinos para que pasara la caravana.

Los ocho corredores del equipo Paradis entraron los primeros en la meta, todos en línea ocupando toda la calzada, con una mano sobre el manillar y otra sobre el hombro de un compañero, como un homenaje que la carrera añadía a los demás homenajes que ya se le habían rendido. En el centro de la fila, Marcel Duhameau desplegó sobre su manillar un maillot amarillo con el número 1 y el nombre de Tobias Gros. Detrás, dejando un hueco de varios metros, avanzaba mudo el pelotón.

Aunque *in absentia*, fue la última victoria de Tobias Gros.

A las siete, Cupido atravesó la puerta del hotel donde dos gendarmes mantenían una discreta vigilancia. La abogada estaba esperándolo, caminó hacia él y lo saludó dándole la mano.

—Podemos tomar algo en la cafetería —propuso.

Se sentaron a una mesa apartada y mientras ella se anticipaba a pedir las consumiciones en la barra, como si presumiera sus dificultades con el idioma, la observó unos segundos: una mujer atractiva, pero no con esa atracción explosiva y brillante de las mujeres que alcanzan la plenitud física demasiado pronto y con la misma rapidez se deterioran, erosionadas por la alimentación, el trabajo o la maternidad. Su atractivo no provocaba que, al verla, los hombres comenzaran a parpadear y a preguntarse cómo sería desnuda y olvidaran lo que estaban haciendo, pero a cambio la naturaleza parecía concederle un largo tiempo de esplendor. Decir de ella que tenía cuarenta años parecía exagerado, pero calcular treinta y cinco sería quedarse corto, aunque probablemente rondara la primera cifra. Los ojos pardos y una nariz muy bonita, con las ventanas pequeñas y de líneas muy puras, atraían la mirada sobre ella. Lucía una media melena de color castaño y una estatura media sobre unas piernas fuertes y limpias.

Carol volvió de la barra, se sentó frente a él, abrió una fina cartera de cuero y extrajo un portafolios.

A un comentario de Cupido sobre su buen dominio del castellano, le contó que lo había estudiado en el instituto y en la universidad, que luego había viajado bastante por España y que en Toulouse tenía amigos españoles que no le permitían que lo olvidara.

—Ya ves. Éste es el lugar —señaló luego alrededor—. Por supuesto, la habitación donde murió Gros sigue clausurada, aunque la policía ya ha sacado huellas y muestras de todo lo que había dentro. El resto del hotel está de nuevo abierto al público.

—¿Cuál es la situación de Mieses? —preguntó Cupido.

—Una situación... ambigua, legalmente ambigua. No hay una acusación oficial y, por tanto, está en libertad para seguir en la carrera, pero no puede desplazarse sin comunicar adónde va. Ya sabes que dos empleadas del hotel oyeron una discusión en la habitación de Gros y después lo vieron salir, al menos media hora antes del momento de la muerte. Como abogada suya, tengo el informe con que la policía lo implica. —Abrió el portafolios y mostró un puñado de hojas impresas—. Confidencialmente, he sacado una copia para ti. Pero ahora podemos analizar los datos.

—De acuerdo.

La abogada leyó para sí unos segundos, asegurándose de que recordaba todos los detalles, y comenzó a hablar:

—Ese día la carrera se ajustó al horario previsto. No hubo retraso, al menos no para el ganador. Tobias Gros subió a la tribuna a recoger sus trofeos como vencedor de la etapa, cumplió con las entrevistas obligatorias, con el control antidopaje y se

marchó enseguida a descansar al hotel. Entró por esa puerta a las seis y cuarto de la tarde, tomó la merienda, se duchó y se puso en manos del masajista mientras comentaba con su director las incidencias de la carrera. Al terminar pidió que lo viera el médico del equipo, porque sentía una pequeña molestia en el estómago.

—¿Cómo se llama el médico?

—Doctor Galea —respondió sin consultar sus papeles—. Al parecer, sólo se trataba de un leve ardor que pasaría con una cena ligera y un antiácido. El médico salió de la habitación a las siete y diez. Gros dijo que quería descansar una hora, que estaba fatigado después del esfuerzo en el Tourmalet. Al día siguiente se corría una etapa muy dura, la etapa reina de los Pirineos, y no concedería entrevistas porque quería concentrarse y descansar. Sólo recibió una visita: estuvo un cuarto de hora con sus hijos, que subieron a su habitación acompañados por su madre. Más tarde, a las ocho y media, bajó a cenar con todos los miembros de su equipo. Como solía hacer siempre, al terminar le pidió al director que nadie lo molestara y volvió a su habitación. No era un tipo muy sociable. Tampoco le gustaban los libros ni las videoconsolas. Solía ver resúmenes del desarrollo de la etapa y estudiaba a fondo el itinerario del día siguiente y lo ocurrido en años anteriores, las condiciones meteorológicas y los posibles lugares de peligro.

—¿Y ese control era fácil? La prensa, otros corredores podrían...

—No resultaba fácil llegar hasta él, tenía bien organizadas sus barreras. Antes, esos filtros los controlaba a la perfección su esposa..., su ex esposa —se corrigió—, pero se habían separado el año anterior y ahora esa función la ejercía el director del equipo. Y era muy riguroso. También en la recepción del hotel tenían la orden de no pasar ninguna llamada a su habitación. Y muy poca gente conocía el número de su teléfono móvil. Si alguien quería algo de él, primero tenía que hablar con sus ayudantes.

—Podrían llamarlo por la línea interna, desde otra habitación del hotel.

—Sí. Pero eso ya reducía considerablemente el número de intrusos. Además, para que nadie de fuera, ningún aficionado ni periodista, pudiera entrar sin autorización en el hotel, se había reforzado la seguridad de la puerta.

—¿Es que Gros temía algo concreto? ¿Había recibido alguna amenaza?

—¿Hay algún famoso que no tema a los fanáticos? ¿A un admirador despechado, a un fan de su rival, a alguien sediento de fama...?

—Bueno, quizás haya en todos ellos un poco del síndrome John Lennon —aceptó.

—Volviendo a Tobias Gros, se puede asegurar con una razonable certeza que aquí, en el hotel, estaba protegido. Que nadie de fuera podía entrar sin pasar los controles de seguridad.

—Según eso, su agresor fue alguien de dentro.

—Sí —dijo con rotundidad, consciente de que su afirmación era un avance fundamental. Volvió a mirar sus papeles, pasó algunas páginas y continuó—: Como ves, el hotel tiene cinco plantas. Cuatro de ellas estaban contratadas al completo por cuatro equipos diferentes. El Paradis ocupaba el último piso. Los corredores y, por su lado, los técnicos se alojaban en habitaciones dobles, como es habitual. Sólo el director, el médico del equipo, Antón Galea, y el propio Gros ocupaban habitaciones individuales. La de Gros, como exigía siempre, estaba al fondo del pasillo, donde llegaba menos ruido. Y él fue el único de su equipo que esa noche, entre las diez y las once, estuvo solo.

—Con la única compañía de alguien que le destrozó la cabeza —precisó el detective, que anotaba los datos importantes en su habitual y sencillo cuaderno de espiral.

—La inferior, la cuarta planta —continuó exponiendo la abogada—, estaba ocupada por nuestro cliente: el equipo Vetonia. ¡Por desgracia!

—Porque esa cercanía la habrá utilizado la policía para centrar en Mieses sus sospechas —dedujo Cupido.

—En efecto. A la hora de la muerte, todo el equipo estaba reunido con Luis Carrión analizando el desarrollo de la etapa del día y recibiendo las primeras indicaciones para la del día siguiente. Todo el equipo —precisó—, excepto Mieses.

—¿Y él por qué no?

—Porque una unidad móvil de televisión lo estaba entrevistando a esa hora en una sala del hotel para un programa deportivo. La grabación comenzó a las diez. Antes de bajar, Mieses pasó por la habitación de Gros para felicitarlo por su triunfo ese día en el Tourmalet.

—¿Por qué? —se extrañó—. Carrión me dijo que no mantenían relaciones muy cordiales.

—Precisamente. Es muy incómodo estar enfadado con el líder del Tour, no aporta ninguna ventaja. Su triunfo en la etapa le brindaba una ocasión estupenda para felicitarlo, olvidar lo pasado y volver a la cordialidad. Al fin y al cabo, habían sido compañeros el año anterior. Pero la conversación derivó hacia la primera etapa, cuando la intervención de Holley, otro corredor del Paradis, impidió el triunfo de Mieses. De nuevo terminaron discrepando. Fue entonces cuando las dos empleadas lo vieron salir de la habitación. Según la policía, pudo volver media hora más tarde. Sin embargo, no hay testigos para demostrar nada. Hay otra pequeña casualidad en su contra: su habitación estaba justamente debajo de la de Gros, pero él asegura no haber oído nada extraño.

—¿Quién ocupaba la tercera planta?

—El Helvetia, el equipo suizo de... —ahora sí consultó el nombre— Max Zaharia. Fieles a su fama, habían cumplido con sus horarios y a las diez ya habían

terminado las tareas del día. El director les dejó una hora libre para relajarse o divertirse, pero sin salir de la planta: telefonar a sus casas o a sus amigos, ver la tele, leer... De una forma espontánea, los corredores se reunieron en dos habitaciones, para charlar y ver la televisión. Sólo uno de ellos, Darko Hamelt, estuvo reunido con el director. Max Zaharia ha declarado que hablaron de ciclismo, de lo que esperaban de él, como líder del equipo, al día siguiente, en una etapa de montaña especialmente dura para un contrarrelojista.

—¿Y en la segunda planta?

—En la segunda planta estaba alojado el Baiae. Todos los equipos tienen horarios y hábitos similares, y también ellos se habían reunido para organizar el trabajo del día siguiente.

—¿No faltaba nadie?

—Sí —respondió la abogada—. Uno de los corredores, Álvaro Panal, abandonó enseguida la reunión. Tenía permiso para estar con su mujer, que había venido a visitarlo.

—Había ganado la etapa el día anterior —recordó Cupido.

—Supongo que una victoria así es mérito suficiente para recibir algún privilegio.

—De modo que, excepto Mieses, todos los demás miembros de los equipos tienen alguna coartada para la hora de la muerte.

—Así es. Aunque también Darko Hamelt y Álvaro Panal se movieron de un lugar a otro. Nadie cronometró el tiempo que tardaron... Pero nos quedan los huéspedes de la primera planta —añadió—. Sólo hay cinco habitaciones, porque el ala principal está destinada a salón de reuniones. Una quedó libre.

—¿Y las otras cuatro?

—Las otras cuatro están comunicadas entre sí de dos en dos. En las primeras se alojan un padre y su hijo. Han declarado que a las nueve ya habían cenado y estaban dentro, descansando, viendo la tele. Según el informe de la policía, el hijo tiene una deficiencia psíquica y exige un cuidado y una atención permanentes del padre.

La imagen de dos hombres pedaleando fatigosamente por una carretera que ascendía, una figura de centauro avanzando con dolor, ajena a la velocidad y al mundo de los hombres, se le apareció de pronto al detective: el gesto ofendido, terco, indomable del padre y el rostro abotargado del hijo, el hilo de baba colgándole de la barbilla, el pequeño y brillante aro en la oreja, los dos lagrimones brotando de los limpios ojos celestes y corriendo mejillas abajo al contemplar a un ciclista que los adelantaba.

—¿Montan en un tándem?

—¿En un tándem? —repitió la abogada.

—En una bicicleta de dos plazas.

—No lo sé. ¿Qué interés tiene? ¿Quieres que lo averigüemos? —ofreció, porque

era la primera pregunta del detective para la que no tenía una respuesta.

—No, todavía no. Tal vez no tenga importancia. ¿Sabes cómo se llaman?

—Sí. Los dos se llaman igual: Luis Calatayud.

—¿Quiénes se alojaban en las otras habitaciones?

—Se alojan. Todavía están ahí arriba. —Señaló con un gesto hacia el techo.

—¿Quiénes?

Carol cerró la carpeta con el informe, como si ya no necesitara consultarlo.

—En una habitación, Saba Bay, la ex mujer de Tobias Gros. En la otra, sus dos hijos y la institutriz que los cuida.

La recordaba bien. Todos los aficionados la habían visto en carreras de años anteriores: acompañaba siempre a su marido, lo esperaba en la puerta de la *roulotte* para ser la primera en recibirlo al terminar la etapa. Se fotografiaba con él y con sus dos hijos, cada uno con un niño en brazos, componiendo una estampa de compacta estabilidad familiar, lo que constituía, según Gros, una de las circunstancias que lo ayudaban a ganar. Había en ella una armónica mezcla de fragante sexualidad y de protección familiar: le pasaba el bidón para que bebiera, le abrigaba los hombros si hacía frío, le daba una toalla blanca para secarse cuando llegaba a la meta empapado en sudor, harto de sufrimiento. Una mujer rubia, muy hermosa, casi siempre embutida en pantalones vaqueros que ceñían unas piernas elásticas y sólidas, como si también montara en bicicleta en sus horas libres. Una mujer discreta que no hacía declaraciones, pero que tampoco se ocultaba a las cámaras, como sucedía con las anónimas esposas de los deportistas, siempre tan celosos de una posible notoriedad de sus parejas, siempre reservándose la fama y la publicidad para sí mismos.

Y luego, de repente, en el Tour del año anterior ya no estaba allí. Todo el mundo se preguntaba: «¿Y aquella mujer rubia, tan hermosa, que acompañaba siempre a Tobias Gros? ¿Adónde ha ido? ¿Ya no está con él? ¿Quién ha abandonado a quién? Sin ella, ¿tendrá la misma serenidad para ganar?». Y dos o tres días después de comenzar la carrera aparecieron sus declaraciones, que, concedidas a la prensa del corazón, enseguida saltaron a los periódicos deportivos. En una extensa entrevista habló con esa falta de pudor que se muestra cuando todo se sabe y ya no hay que ocultar el fracaso, dio rienda suelta a su despecho por el abandono y relató algunos detalles de la vida íntima: Tobias se comportaba en privado con la misma arrogancia con que lo hacía en público; las humillaciones frecuentes y la sugerencia de algún maltrato físico; la nula preocupación por sus hijos; la egolatría que le impedía valorar cualquier otra cosa que no fuera el ciclismo y sus éxitos personales... Los trámites de la separación, declaró, ya estaban en manos de los abogados.

—¿Aquí? Creía que estaban distanciados.

—Y lo están. Pero los niños habían venido una vez más, como era costumbre, a ver cómo ganaba su padre. Y ella los acompañaba —explicó.

—¿Dónde se encontraba ella a las diez y media?

—En sus habitaciones. Pero unos minutos antes había subido para hablar con su ex marido. Como no le abrió la puerta ni respondió, bajó pronto, sin llegar a saber si él estaba dentro. Había dejado a los niños con la institutriz y ésta ha confirmado esa breve ausencia —explicó—. Todos los detalles podrás preguntárselos tú mismo. Me he anticipado a pedirle una entrevista contigo. Y ha aceptado.

—¡Estupendo!

—Seguirá alojada en el hotel hoy y mañana. En cambio, Calatayud se ha negado a hablar. Quizá tú puedas convencerlo, pero en cualquier caso no será mañana, sábado. Deben ir a un médico para no sé qué revisión de la enfermedad del hijo... Como ves —concluyó—, a simple vista no ocurrió nada anómalo. Todo mantenía una aparente rutina.

—Hasta anteayer —dijo Cupido—. Nada hay menos rutinario que un asesinato.

—Hasta anteayer, cuando alguien estaba en su habitación alrededor de las diez y media. Alguien a quien él conocía, a quien dejó entrar y de quien nada temía, puesto que le dio la espalda sin sospechar nada. A las once y cuarto, después de quince minutos llamando a su puerta, al teléfono fijo y a su móvil, y de asegurarse en recepción de que no había salido del hotel ni dejado ninguna nota, su director de equipo y un guardia de seguridad abrieron la puerta y lo encontraron muerto, con la cabeza destrozada, en un charco de sangre. Llamaron inmediatamente al médico, que estaba en la misma planta, y pidieron por teléfono una ambulancia. El doctor Galea llegó enseguida, ordenó a los guardias que despejaran la habitación y el pasillo, que para entonces se había llenado con los compañeros del equipo y con algunos curiosos y empleados del hotel, atraídos por las voces y las carreras, y confirmó lo que era evidente: Tobias Gros estaba muerto y no había ninguna posibilidad de reanimación. El cuerpo aún seguía tibio y calculó que la muerte había ocurrido entre cuarenta y cincuenta minutos antes. Luego, el informe preliminar de la autopsia lo ha confirmado: puesto que no había comenzado a manifestarse ninguna rigidez, la muerte había ocurrido entre las diez y cuarto y las once menos cuarto. La víctima había realizado unas horas antes un esfuerzo físico prolongado y eso demoró la aparición del *rigor mortis*. Por último, el grado de digestión de la cena y de absorción de un antiácido que había tomado confirman esa hora.

—¿Con qué lo golpearon?

—¡Con el trofeo que las autoridades regionales le habían entregado esa misma tarde como ganador de la etapa! No sé si te fijaste durante la transmisión. Al recibirlo, Gros bromeó sobre su peso fingiendo que se le caía de las manos, que apenas podía sostenerlo. Era una estatuilla con la figura de un quebrantahuesos con las alas desplegadas, el ave típica de los Pirineos.

—¡Parece una ironía!

—Lo sería si no hubiera una muerte de por medio. Forjada en hierro y anclada en una peana de granito —continuó—, pesa mucho y tiene muchos picos. Es fácil hacer daño con ella y ni siquiera se necesita mucha fuerza para convertirla en un arma letal.

Volvió a abrir la carpeta y sacó una foto de la estatuilla.

—Quien la utilizó lo hizo a conciencia y con decisión. Le propinó varios golpes, todos muy violentos. En el informe se explica que con el primero, dado por la espalda, debió de derribar a Gros, que caería al suelo, pero aún con el instinto suficiente para intentar protegerse con las manos, puesto que tenía rotas dos falanges de la izquierda, la misma donde se había tatuado la palabra TOUR. Los siguientes golpes..., posiblemente ya no sentía nada. Sin embargo, su agresor, hombre o mujer, se aseguró de que todo terminara allí. Todos inciden en el mismo punto y fueron propinados desde la misma dirección, lo que indica que lo siguieron golpeando cuando ya estaba inmóvil.

Carol había explicado los violentos detalles de la muerte con una fría objetividad, con la limpia precisión del lenguaje forense. Ambos quedaron en silencio, afectados por la nitidez con que el cercano escenario de la muerte aparecía ante ellos. Dos días antes, a las diez y media de la noche, alguien había caminado por el desierto pasillo de la última planta, había entrado en la habitación de Tobias Gros, había hablado con él para que se confiara y le diera la espalda y luego lo había goleado encarnizadamente hasta hundirle el cráneo. Así, pensó el detective, había reeditado la eterna y aterradora fábula de la quijada que no pudre el tiempo, puesto que la naturaleza o los dioses equiparon al hombre para matar a quien considere su enemigo, de modo que ha tenido que ser el hombre mismo quien, a fuerza de dolor y de tiempo, ha tenido que inventar sus propias leyes para corregir la negligencia o la maldad de los dioses y prohibir lo que ellos o la naturaleza no prohibieron. Quienquiera que fuese, se había dejado llevar por la suficiente dosis de odio, de ambición, o de cólera para arriesgarse a hacerlo cuando apenas unos centímetros de cemento y ladrillo lo separaban de posibles testigos, por lo que podía deducirse que la agresión no había sido premeditada. Luego, había escuchado antes de abrir la puerta y salir al pasillo desierto para huir o refugiarse en su habitación durante el tiempo suficiente para limpiar una posible mancha, una gota de sangre, una esquirla de hueso o un pequeño mechón de cabellos, simulando enseguida que todo estaba bien, o haciendo algún ruido para denotar su presencia, o sonriendo a una broma mientras esperaba a que comenzaran las carreras por los pasillos, las llamadas de teléfono, las alarmas, los gritos.

—Recapitulemos —reaccionó Cupido—. Quien lo golpeó estaba alojado esa noche en el hotel, porque nadie de afuera podía haber llegado hasta allí sin pasar por los controles de seguridad.

—Así es.

—Había cuatro equipos alojados, pero sólo unos pocos corredores pudieron estar solos durante el tiempo necesario.

—Sí —asintió Carol—. Y eso facilita el trabajo, reduce las posibilidades. En el Tour, a los ciclistas se los controla de tal manera que se sabe lo que están haciendo cada minuto del día.

—Tendremos que hablar con todos ellos.

—Y con los huéspedes de la primera planta.

La abogada abrió las manos invitándolo a continuar la tarea. Ella había realizado su parte y lo que ahora procedía, lo más arduo, era labor del detective.

—¿Algo más? —preguntó Cupido.

—No, nada más..., al menos de momento. La policía ha recogido muestras biológicas en la habitación y en el cuerpo y en la vestimenta de Tobias Gros para buscar huellas y pruebas de ADN, pero ni ellos mismos parecen muy optimistas. Gros saludó a mucha gente en el comedor, durante la cena, en el ascensor y en su habitación... En todo caso, si se produjera alguna novedad que afectara a Mieses, nos la tendrían que comunicar. De momento, te dejo esta copia del informe —repitió—. Aquí dentro va también la composición de los equipos, los datos personales de Gros, las llamadas que hizo y recibió en su móvil y en el teléfono del hotel, los teléfonos que conozco de los implicados... y mi propia dirección de correo y dónde localizarme.

7.^a etapa

Burdeos - Burdeos, 47 km, CRI

Sábado, 10 de julio

El sábado, 10 de julio, los ciclistas ya estaban en Burdeos para disputar una larga contrarreloj individual. Tras la muerte del *patrón* de la carrera y claro favorito para el triunfo, se abrían posibilidades para corredores cuya máxima ambición hasta entonces había sido la de subir a algún cajón secundario en los podios de los Campos Elíseos. El Tour, de pronto, era un reino sin rey, y los aspirantes a ocupar el trono vacío afilaban sus espadas y preparaban sus pactos y estrategias. La carrera comenzaba de nuevo y de un modo apasionante, puesto que ningún equipo parecía capaz de controlar el pelotón y de imponer su liderazgo.

Cupido llamó por teléfono al hotel y le pasaron con la habitación de Saba Bay. Como le había dicho a Carol, aceptó hablar con él una hora más tarde, con una sola condición: puesto que se trataba de una conversación delicada, se desarrollaría sin testigos, sin micrófonos, sin cámaras.

Al Alkalino no lo sorprendió demasiado aquella imposición.

—En su caso, yo exigiría lo mismo. O tal vez ni siquiera aceptaría hablar con un detective privado. ¿Cómo dijiste que se llama?

—Saba.

—¿Saba? ¿Como la reina?

—Como su reino.

—¿Qué tipo de nombre es ése?

Cupido se tomó demasiado tiempo para responder a la pregunta, uno de aquellos comentarios que sólo al Alkalino parecían ocurrírsele.

—En efecto, es un nombre de reina —se corrigió—. Aunque luego haya sido destronada.

—¡Si al menos el tiempo en que estuvo sentada en el trono le mereció la pena!

—Te lo contaré cuando vuelva.

El detective tuvo que esperar diez minutos en el hall del hotel hasta verla salir del ascensor.

—¿Cupido? —preguntó cuando él le dijo su nombre—. Es un apellido extraño, nunca lo había oído. Aunque en todos los idiomas suena de forma parecida y en todos representa al mismo dios.

Había hablado en francés, dando por hecho que él lo comprendía. Cupido no supo por qué, pero en ese momento le pareció que era un idioma que sonaba mejor cuando lo hablaba una mujer que cuando lo hablaba un hombre.

Se sentaron a una mesa apartada y rechazaron el ofrecimiento de un camarero para servirles algo. Saba Bay iba vestida con una blusa oscura y pantalones negros,

pero, más que en la vestimenta, los indicios del luto se manifestaban en la discreción de su maquillaje y de los complementos: sólo llevaba un reloj con una pulsera de cuero, un anillo pequeño en cada mano y pendientes con una sencilla perla. Su rostro, tan hermoso como cuando aparecía en los televisores, mostraba una suave sombra en los párpados y, en los labios, un carmín sin brillo. No necesitaban nada más sus ojos azulados, llenos de matices, su tranquila boca y una perfilada barbilla que, antes de llegar a ser grande, se detenía en un remate limpio y fuerte, con el atisbo de un pequeño hoyo.

—Quiero agradecerle que haya aceptado hablar conmigo tan pronto —dijo Cupido después de expresar su condolencia.

—No, no tiene nada que agradecerme. No olvide que para la policía francesa yo también soy una sospechosa. Sin duda piensan de mí que tenía motivos para desear la muerte de Tobías. Así que si usted averigua qué sucedió y quién lo hizo, me habrá ayudado. Sería como si también hubiera trabajado para mí.

—Usted estaba aquí, alojada en el hotel el día de la muerte.

—Sí, con mis dos hijos. Ellos tenían derecho a ver cómo su padre ganaba las carreras. A todos los niños les gusta creer que su padre es el mejor de los hombres, el más fuerte, el más listo, el más valeroso. Mis hijos no son diferentes. Que Tobías y yo estuviéramos separados podría ser una razón para que yo no viniera, pero no servía de excusa para que no vinieran ellos, ¿no le parece? Y todavía son demasiado pequeños para enviarlos solos con la institutriz.

—¿Qué motivos aducen para acusarla? —le preguntó al hilo de sus palabras anteriores.

Una sonrisa que quiso ser irónica recorrió su rostro, pero no alcanzó sus hermosos ojos ni expulsó de ellos una indisimulable gota de tristeza.

—Anoche, en un programa televisivo, citaron mi nombre y no se recataron en utilizar dos argumentos.

—¿Cuáles?

—El económico... y el sentimental. Por supuesto, todo lo que sugirieron es absurdo, torpe y sucio. Y, en cambio, ninguno de los guionistas hizo referencia al único motivo por el que yo sería capaz de hacer daño.

Se quedó en silencio, sin ninguna prisa, esperando o bien que el detective lo adivinara, y así seguir hablando, o bien que tampoco él lo comprendiera y reducir entonces la conversación a un tópico y rutinario ajuste de coartadas, a un cuestionario sobre horas y lugares recitados con la misma indiferencia con que un telefonista informa sobre los horarios y los trayectos de los trenes.

Cupido evocó imágenes de Tours anteriores en los que ella, con sus dos hijos de la mano, esperaba a Gros al final de las etapas. Su marido, al llegar, levantaba en brazos a los dos niños y se dejaba fotografiar con ellos. Sin embargo, según había

declarado Saba Bay tras la separación, todo era teatro para dar una imagen amable a la opinión pública. Transcurridos unos minutos, de nuevo era ella la que se hacía cargo de los niños, de su educación, de sus amistades o peleas en el colegio, de sus pesadillas o alegrías, y Gros no volvía a saber nada de ellos hasta las fotos del día siguiente. Con un vigor inesperado recordó a otras mujeres que había conocido a lo largo de sus investigaciones y que estaban solas con sus hijos: una muchacha sumisa y silenciosa, de aspecto descuidado, que vivía en el corazón de la Reserva de El Paternóster, aislada del resto del mundo; una joven viuda que se quedó sola con un niño de dos años que padecía síndrome de Down; una desdichada asesina que había concebido a su hijo sin que el padre llegara a saberlo y lo amó y lo cuidó hasta verlo morir con quince años bajo las mandíbulas de un pit bull... Todas ellas habían despertado su simpatía, su piedad, un irrefrenable impulso de ayudarlas... y en ocasiones también un intenso deseo.

—¿Es por sus hijos, verdad?

—Sí —dijo.

—¿Por qué? —insistió en tono amable, antes de que la dureza de otras preguntas inevitables alterara la cordialidad.

—Tobías quería llevárselos consigo.

—¿Adónde?

—A Mónaco. ¡A un internado! —exclamó—. Cuando nos separamos, hicimos un pacto para acordar las condiciones. Yo me quedaba con la casa de París donde habíamos vivido siempre y con la custodia de nuestros hijos, aunque él podía verlos cuando quisiera. Nunca discutimos por ese tema, al fin y al cabo ambos vivíamos en la misma ciudad. Pero el invierno pasado Tobías se trasladó a Mónaco. Dijo que allí el buen clima le permitía entrenar mejor, con más continuidad, y que la orografía y el perfil de las carreteras se adaptaban perfectamente a sus necesidades de preparación. Además, allí los impuestos son muy inferiores, estaba harto de pagar tanto. Me sorprendió cuando dijo que también quería llevarse a los niños, porque nunca antes se había preocupado por ellos.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Por un momento pareció que no iba a responder. Miró por la ventana hacia el alto perfil de las montañas, como si consultara con ellas sus dudas, y al fin dijo:

—Yo también le pregunté la razón y nunca me dio una respuesta clara. Supongo que le molestaron algunas declaraciones que hice sobre él. Por otra parte, yo había cambiado algunas de mis costumbres. El invierno pasado decidí romper el habitual aislamiento de mi vida privada. Las noches de París están llenas de invitaciones sociales. Y algunas informaciones que le llegaron no le hicieron mucha gracia.

Era cierto. La prensa rosa había divulgado unas fotos nocturnas suyas con una copa en la mano y en actitud cómplice con un ex futbolista de la selección francesa

que tuvieron cierto eco y le dieron una imagen de frivolidad.

—Pero creo que todo eso fueron excusas. En realidad, nunca habíamos estado de acuerdo sobre algunos aspectos de la educación de los niños y él decidió imponer sus criterios. Como no los acepté, puso en marcha a sus abogados. Ya sabe el poder mediático de las estrellas deportivas y lo convincentes que pueden resultar sus discursos sobre el esfuerzo y el sacrificio, la disciplina, el orden de los horarios... Había posibilidades de que un juez aficionado al ciclismo —comentó con sarcasmo— se dejara convencer por la fama y el prestigio de Tobías y le concediera la custodia de los niños. Así que ese programa televisivo de anoche, aunque se equivocara en los motivos, no se equivocaba al citarme entre los sospechosos.

Había hablado con tanta seguridad que Cupido se preguntó si aquel modo tan tajante de incluirse en la sospecha no era una forma deliberada de desviar la atención de los otros motivos que había mencionado.

—¿Es cierto que perdería mucho dinero con el divorcio? —le preguntó.

—Sí, es cierto. El divorcio aún no se había firmado porque no estábamos de acuerdo en las condiciones económicas. Tobías no quería pagar a sus hijos todo lo que merecen. Y no quería pagarme a mí todo lo que me debía.

—¿Tan grande era la deuda?

—Sí, muy grande. Mucho más de lo que imaginan la prensa, la policía, los directores de los equipos. Estuve junto a él diez años: la década que necesitó para dejar de ser un prometedor ciclista amateur y convertirse en el número uno. Tobías me lo debía todo. ¡Todo! —repitió—. Él tenía una única obsesión: ganar carreras y aumentar su prestigio profesional. ¡Su leyenda!, como le gustaba bromear. Odiaba cualquier gestión o tarea familiar que lo distrajera de su objetivo. Relegaba todo lo demás a un segundo plano, apartaba como un estorbo todo lo que no contribuyera a sus éxitos. También a mí me apartó, y a nuestros hijos, sólo nos valoraba en cuanto que éramos una parte útil de la estructura en la que él se apoyaba para ascender. Sin mi apoyo no hubiera llegado hasta donde llegó. Cuando nos separamos exigí el pago de las deudas y no permití que me diera una limosna como saldo. Se lo diré yo antes de que lo hagan los demás con peores palabras: como no llegamos a firmar el divorcio, su muerte me beneficia económicamente —afirmó—. Pero no era con monedas como Tobías hubiera debido pagarme.

—¿Cómo, entonces?

Saba Bay empujó la sonrisa desde las mejillas a los labios, que se estiraron un momento, húmedos, sencillos y grandes bajo el carmín sin brillo.

—No crea que ignoro el valor del dinero —dijo—. Nací en una familia humilde y hace mucho tiempo que aprendí que el dinero de los pobres es sagrado. ¿Usted se atrevería a decirle a un pobre que no son sagradas las monedas con que compra la comida para los suyos, o con las que paga la hipoteca de la casa donde vive, o los

estudios de un hijo inteligente?

—No —respondió Cupido—. No me atrevería. Sé que cualquier moneda tiene un valor distinto según la mano que la toma.

—¡Claro que sí! Porque una vez satisfechas las necesidades elementales pierden esa cualidad intocable —continuó Saba—. El dinero de los ricos deja de ser sagrado, y un rico que mata o comete un delito para aumentar sus riquezas merece el desprecio de quienes lo rodean y un castigo lo suficientemente duro como para hacerle desistir la próxima vez que la tentación se le pase por la cabeza. Tal vez si me hubiera visto obligada a defender la salud o el bienestar de mis hijos, me hubiera atrevido a hacerle daño a Tobias. Pero, por fortuna, e incluso sin su herencia, ahora tengo lo suficiente para vivir con toda comodidad y para permitirme lujos innecesarios. No —concluyó—, el dinero nunca fue un motivo.

Aquella cuestión quedaba muy clara. Cupido aludió entonces:

—¿Y el despecho?

—También en eso se equivocan. Todos se equivocan al mencionar el rencor —repitió—. Porque no fue Tobias quien me dejó. Fui yo quien abandonó a Tobias.

—¿Por qué? —preguntó el detective suavemente, sin coacción.

—Ya no soportaba seguir más tiempo junto a él. No soportaba sus mentiras, su egolatría, sus aventuras con las *groupies* que lo perseguían como si fuera una estrella de rock.

—Nunca oí comentar nada de eso.

—¿No? —preguntó con extrañeza—. Quizá porque en el deporte, como en la política, ése es el único asunto sobre el que aún se guarda discreción. ¿Supone que los futbolistas, los tenistas, los propios ciclistas no...? Pero nadie escribe en la prensa deportiva las noticias que circulan por los vestuarios. ¿Cree que a Tobias lo apodaban «Depredador» únicamente porque quería ganar todas las carreras? Yo vi a algunos periodistas sonreír con malicia de confabulados cuando lo llamaban así.

—Sin embargo, desde fuera parece muy gratificante ser la esposa de un campeón famoso.

Saba asintió sin esperar a que terminara de hablar. El detective admiró la sabiduría que le habían dado los años, la serenidad que mantenía a pesar de lo amargo de sus palabras y que se manifestaba en todos sus gestos: en el lento parpadeo de sus hermosos ojos, en la claridad con que contestaba sus preguntas, en el austero desdén, durante la conversación, hacia cualquier excitante de nicotina, de cafeína o de alcohol: no fumaba y había rechazado el ofrecimiento del camarero.

—Sí, desde fuera podía dar esa impresión. Porque Tobias cuidaba mucho su imagen y sabía cómo comportarse en cada momento. Era arisco en el trato privado con su familia, era atento con los compañeros de su equipo y era encantador con los extraños. ¿Sabe lo que nunca le perdoné?

—No.

—Que fuera tan torpe con los sentimientos. Que para el amor le faltara toda la lucidez y astucia y sabiduría que demostraba en la competición. Tardó mucho tiempo en valorar lo que yo le ofrecía. Y cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Poco después de separarnos intentó reconciliarse conmigo. Quiso que volviéramos a estar juntos al advertir que entre toda la gente que lo rodeaba no tenía a nadie en quien confiar de verdad. Incluso para él, para alguien tan autosuficiente, debió de ser terrible encontrarse de pronto con esa soledad, comprender que no había nadie alrededor de quien pudiera asegurar que no iba a traicionarlo. Pero yo ya no podía perdonarle que hubiera sido tan idiota, y que por tan poco lo hubiera estropeado todo. —No especificó qué se refería, pero no era necesario—. No me considere una persona vanidosa —continuó—, pero a mis años he aprendido a conocerme y sé bien cuánta felicidad puedo dar, sé lo lejos que llega mi capacidad de ofrecer cariño y ternura, sé lo fácil que a todos les resulta la vida a mi lado. Tobias..., ¡bueno, él se lo perdió! Hace un minuto le dije que, tras la separación, enseguida se arrepintió de haber desdeñado eso tan firme que yo le ofrecía. ¡Qué triste!, ¿verdad? ¡Qué triste que la persona que tanto te ha amado nunca más en tu vida vuelva a decirte esas dos palabras que siempre nos estremecen de felicidad! ¿Usted no las echaría de menos?

—Sí —dijo Cupido, una vez más extrañado de que su capacidad de escucha y atención facilitara tanto las confidencias ajenas, tal vez porque no era fingida. Respetaba el ritmo de sus interlocutores, no despreciaba sus opiniones y procuraba no acosarlos a preguntas como un detective quisquilloso. Por eso a menudo conseguía en treinta o cuarenta minutos de diálogo una información que no hubiera logrado con varias horas de interrogatorios rutinarios.

—Tobias hizo que nunca más volvieran a salir esas palabras de mi boca. ¡Qué torpe fue! —repitió—. A veces, cuando yo comenzaba a sospechar sus mentiras, cuando veía acercarse la catástrofe, sentía deseos de advertirle: «Si destruyes mi amor, ¿acaso crees que me esforzaré por reconstruirlo? Si me haces daño, ¿de verdad crees que tendrás otra oportunidad?». Tal vez debí alzar la voz y decírselo, pero nunca me decidí y poco a poco nuestra relación fue languideciendo. Los silencios se hicieron cada vez más largos. Ni yo quise enfrentar los problemas, ni Tobias supo evitarlos. Y todo se fue volviendo triste y vulgar y nos hundimos en esa etapa de indiferencia, previa a la ruptura, en la que ya no hay amor, pero tampoco hay rechazo ni desesperación. Tobias pensaba que todo aquello no era motivo suficiente para separarnos, él vivía en su agitado mundo de entrenamientos, competiciones, viajes, éxitos, pero yo no tenía otra cosa a la que dedicarme y veía cómo semana a semana, día a día, iba desapareciendo la inocencia y avanzaba esa cruda apatía desde la cual ya no hay marcha atrás.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —repitió—. No hay nada que tuviera con él que ahora no tenga.

Todo el tiempo había estado erguida en el sillón, sin apoyarse en el respaldo, como si aquella postura, mientras hablaba de Gros, fuera un último gesto de respeto hacia él. Pero en ese momento suspiró profundamente y se echó hacia atrás como si deseara descansar.

—¿De qué hablaron cuando fue a verlo esa tarde?

—Fui a verlo para que nuestros hijos lo felicitaran y hablamos de lo que a él le gustaba hablar: de cómo había ganado la etapa. También, claro, en un momento aparte, volvieron a surgir las discrepancias sobre los niños. Sin embargo, yo no quería discutir delante de ellos y le pedí que nos viéramos por la noche, cuando ya estuvieran acostados. Le prometí que no lo entretendría mucho tiempo. Durante las carreras era muy obsesivo con sus horarios de comidas y de descanso. Le pedí que viniera a mi habitación, sólo nos separaban unos tramos de escaleras, o que me avisara por teléfono si quería que subiera yo a la suya.

—¿Y lo hizo?

—No, no lo hizo. Esperé a que viniera o a que me llamara, pero estaba claro que ya no deseaba hablar conmigo, prefería que lo hicieran sus abogados. Así que aguardé hasta las diez y veinte y, unos minutos después, decidí subir yo a su habitación.

—¿Sin avisarlo?

—Sí. Pensé que si no sabía quién llamaba a la puerta, no tendría oportunidad de esquivarme. Llegué, llamé y, como nadie respondía, escuché con atención, porque antes de golpear con los nudillos creí haber oído dentro dos o tres golpes sordos. Volví a llamar, pero el silencio era ya absoluto, en su habitación y en el pasillo. Entonces dudé sobre la conveniencia de estar allí, frente a la puerta de una habitación de hotel cuyo inquilino no deseaba abrirme. Como comprenderá, era una situación muy poco digna y, resignada, volví a mi cuarto, de donde no volví a salir en toda la noche. Mientras bajaba las escaleras se me ocurrió que también existía la posibilidad de que estuviera con alguien, tal vez con alguna de sus admiradoras, y de ahí los ruidos que me había parecido oír. Recordé que, cuando lo visité por la tarde, con los niños, recibió una llamada en el teléfono fijo. Tobias habló poco, pero la llamada fue larga, como si, quienquiera que fuese, le estuviera contando algo muy importante. Luego dijo que tenía que colgar, que hablarían después de la cena.

—¿Distinguió si era una voz masculina o femenina?

—No —respondió con sequedad, como si la pregunta fuera impertinente.

De esa llamada Cupido no podía extraer conclusiones, pero sí de la frustrada visita de Saba Bay a la habitación de Gros. Si era cierto lo que afirmaba, podía establecerse la hora de la muerte con bastante exactitud: alrededor de las diez y media. Los golpes sordos que creyó oír pudieron haber sido los golpes propinados

con la pesada estatuilla del quebrantahuesos. Eso significaría que, mientras ella esperaba en el pasillo, alguien esperaba al otro lado de la puerta, sin moverse, conteniendo el aliento, con un pedazo de hierro ensangrentado en las manos mientras, a sus pies, el poderoso corazón de Tobias Gros dejaba de latir.

Claro que también existía la posibilidad de que todo su relato fuera una perfecta mentira y al hablar de los golpes afirmara de un modo indirecto su propia inocencia.

—¿Quién cree que lo mató?

Despegó de nuevo los hombros del respaldo y se inclinó hacia delante.

—Es la policía quien debe responder a esa pregunta. La policía... y usted —matizó.

—Sí. Pero nadie de quienes se alojaban aquella noche en el hotel lo conocía mejor que usted, nadie había convivido tanto tiempo con él. Así que todo lo que usted piense es muy importante.

Negó varias veces con la cabeza, sin aceptar la responsabilidad que le atribuía el detective.

—Que sepa mucho de su vida no implica que sepa algo de su muerte —dijo al fin—. No sé quién pudo hacerlo, ni quién tiene coartada o quién estaba solo. Pero ya que pregunta mi opinión, creo que detrás de su muerte hay algún motivo profesional. Tobias era odioso como rival. El triunfo, que a cualquier ciclista hubiera hecho feliz, a él no siempre le parecía suficiente recompensa, y a menudo humillaba a sus rivales, les arrebatava pequeños éxitos que a él no le aportaban nada y que, en cambio, para un gregario podían suponer la mejora o la continuidad de su contrato. Creo que debería buscar por ahí.

—¿Seguirá a partir de ahora el itinerario del Tour?

—No. Ahora que ya no está Tobias no tiene ningún sentido. Los niños ya no tienen oportunidad de felicitarlo —dijo—. Y yo no soy tan aficionada. Si quiere volver a hablar conmigo, deberá ser en París. Vivo allí y allí volveré mañana, cuando haya acabado aquí con todos los trámites. Esta entrevista no ha sido desagradable.

—¿Esperaba que lo fuera?

—Temía que lo fuera —dijo tras pensarlo un instante—. Nunca había hablado con un detective privado.

Cupido anotó su dirección, se despidieron y volvió a su hotel. Durante la comida le contó al Alkalino la entrevista con Saba Bay, sus movimientos la noche de la muerte, sus opiniones sobre su ex marido.

—¿Cómo es? ¿Es tan hermosa como son las mujeres de los deportistas?

—Sí, lo es.

—Entonces, ella es ahora como una hermosa reina viuda. Ni puede volver a ser princesa ni posee reino, ahora que el rey ha muerto.

—Sólo le queda cuidar a los infantes y, mientras espera a que crezcan, confiar en

que la vida le ofrezca otras oportunidades.

—Según lo que has dicho de ella, no le faltarán.

—No, creo que no le faltarán. Pero espero que esta vez acierte y no caiga en manos de otro depredador.

—Le deseo suerte —murmuró sin ocultar su simpatía.

Al terminar la comida fueron a la sala de televisión. Ya estaban transmitiendo las imágenes de la contrarreloj de Burdeos. Todos los pronósticos apuntaban a Darko Hamelt como ganador, pero en esas etapas se producían con frecuencia sorpresas y se colaban en los primeros puestos corredores a quienes nadie había tenido en cuenta.

Hamelt ganó con autoridad y se vistió de amarillo, aunque no fue el último en tomar la salida y no podía contar con referencias de sus rivales directos. Durante cuarenta y siete kilómetros movió un brutal desarrollo de 55 x 11 y corrió con ese estilo de los grandes contrarrelojistas que, inmóviles sobre el sillín, acostados sobre el manillar de triatlón, parecen locomotoras por su redondo pedaleo. En Burdeos, por fin, el antiguo gregario de lujo de Tobias Gros ocupó el lugar que el líder había dejado vacío. En todo el recorrido dio la sensación de que no sólo sus músculos funcionaban mejor, también su cabeza parecía liberada de las dudas y las tensiones que antes la agarrotaban. Una vez más se confirmó la tesis de que, para liderar el Tour de Francia, no bastaba con tener las piernas más fuertes.

8.^a etapa

Blaye - La Roche-sur-Yon, 211 km

Domingo, 11 de julio

—Tenías razón —le había dicho Carol por teléfono a primera hora de la mañana, antes de regresar a Toulouse—. Los Calatayud salen todos los días a montar en un tándem. Me lo han confirmado en la recepción.

Pero se habían negado a hablar con ella de la muerte de Gros y Cupido pensó que tal vez había alguna posibilidad de convencerlos si los abordaba fuera del hotel. Para eso tendría que esperar hasta la tarde.

Era domingo. Tomó un fuerte desayuno y se preparó para salir en bicicleta. A esa hora, las nueve, aún estaban casi vacías las calles de Argeles-Gazost. Los pocos transeúntes llevaban bajo el brazo la prensa, los cruasanes, las crujientes y olorosas *baguettes*. Todo era apacible, civilizado, como si la sólida, racional y ordenada vida de la comunidad ya hubiera encajado la violencia del asesinato y la apartara a un lado, dispuesta a no dejarse perturbar por ella.

Sin embargo, la carretera estaba tan concurrida como cuando salía por las tardes, si bien el tipo de ciclistas era diferente: parecían mejor preparados físicamente, con menos aire de turistas, con bicicletas más modernas, mejores atuendos y gestos concienzudos de disposición a esfuerzos más largos e intensos.

Dejó que lo adelantaran pequeños grupos organizados y se adaptó a un ritmo cómodo. Si no alcanzaba la cima esa mañana, no tendría otra oportunidad. Había alterado su entrenamiento al aceptar la investigación y al día siguiente, aunque no lograra hablar con los Calatayud, abandonaría los Pirineos para incorporarse a la caravana del Tour a indagar en el entorno deportivo de Tobias Gros. De modo que no podía desaprovecharla. Aquel desafío que unos meses antes se había impuesto era mucho más que una diversión y algo más que una práctica deportiva. En el fondo, incluso resultaba secundario que el puerto elegido fuera el Tourmalet, o el Alpe d'Huez, o el Gavia, o los Lagos de Covadonga, porque lo sustancial era el reto, y no las armas con que lo enfrentaba ni el escenario donde se dirimía.

Desde Argelès-Gazost hasta Luz-St-Sauveur, inicio de la subida al Tourmalet por su cara oeste, discurre durante dieciocho kilómetros una sinuosa carretera a trechos excavada a pico en la pared casi vertical de la montaña, con galerías antiavalanchas y un piso estrecho pero bien asfaltado. Trazada junto al cauce de la Gave de Pau, sube una continua, suave y engañosa pendiente que en algunos tramos supera desniveles del cuatro por ciento, por lo que representa una primera dificultad que irá erosionando de forma imperceptible las fuerzas del ciclista poco preparado que aborde esos kilómetros previos como un simple calentamiento. Porque la ascensión al

puerto aún no ha comenzado. La ascensión comienza en Luz-St-Sauveur cuando, en el corazón mismo de la villa, se abandona la carretera D921 con un brusco giro hacia el oeste para tomar la regional D918, hacia la mole mayestática del Midi de Bigorre, cuya altura cercana a los tres mil metros, con el observatorio astronómico en la cima, se columbra a lo lejos como un premio y como una amenaza. A partir de ese momento esperan diecinueve kilómetros de subida con una pendiente media del siete y medio por ciento por una carretera estrecha, bien señalizada por los hitos que marcan los kilómetros que faltan hasta la cima y la inclinación en cada uno de ellos. El Tourmalet es un puerto largo, tendido, exigente y noble, abierto, más ondulado que retorcido, altivo y elegante, que entre la media docena de cumbres que lo rodean, algunas más duras y decisivas que él, ha sabido aureolarse del prestigio del mito. Un puerto así prohíbe su conquista al turista accidental de montaña, o al diletante de otros deportes que, confiado en su buena forma física, en la hondura de sus pulmones y en su solvencia como estratega, aborde precipitadamente su escalada. Y si, al conocer *in situ* el escenario, el ciclista renuncia al desafío y da la vuelta, arrepentido de un intento que es muy superior a sus fuerzas, nadie se lo reprochará. Siempre podrá justificar su deserción con la promesa de intentarlo en días futuros, con más entrenamiento, cuando su organismo se haya adaptado a la presión de la altura y a la carencia de oxígeno. En cambio, si resiste la tentación de abandonar y ajusta platos y piñones a sus fuerzas y respira profundamente y parte, si persiste sobre el sillín y deja atrás las últimas casas de Luz-St-Sauveur, tras cuyas ventanas sus habitantes ven reeditarse cada día pequeñas historias de esfuerzo y triunfo, pero también de decepción y retirada, al pasar junto al mojón del primer kilómetro podrá incluso sentir una engañosa sensación de euforia: el desnivel inicial es moderado, no mucho mayor que el que lo ha llevado hasta allí. «No tendré demasiadas dificultades para llegar si es así todo el puerto», se dirá. Pero se tratará de un espejismo. Ninguno de los dieciocho kilómetros restantes volverá a ser tan suave y el ciclista que afronte sin cautela esa primera parte con un desarrollo excesivo no tardará en pagarlo. Para cuando llegue al kilómetro cinco habrá tenido que rechazar tres tentaciones para desviarse del camino: los tres cruces de Viella, Viey y Betouey, unos grupos de casas de aspecto rústico al lado de la carretera, junto a establos o almacenes cerrados, en los que se diría que apenas vive gente, y donde encontrará la primera pared al trece por ciento. Pero si persevera, convencido de que el deporte más puro es aquel que se practica en soledad y silencio y contra uno mismo, sin esperar aplauso ni recompensa en el triunfo, ni consuelo ni apoyo del equipo en caso de derrota, y aprieta los dientes y continúa pedaleando, con los ojos clavados en el asfalto donde aún brillan pintados en blanco los nombres de los corredores profesionales que han pasado antes por allí, sabrá que ya ha ganado la primera batalla contra la montaña. El esfuerzo para ascender ese primer tercio es similar al que exigen los puertos de la geografía

regional donde se ha entrenado. Comenzará a notar los primeros signos de cansancio, pero a esa altura los negará y se aferrará a cualquier circunstancia —temperatura agradable, suave brisa a favor, el paso de otros corredores que le sirvan de referencia y estímulo— que lo ayude a mantener su optimismo. El ciclista mirará hacia atrás y comprobará que el punto de partida va quedando lejos. Luego mirará hacia la cumbre y comparará ambas distancias sin que la desproporción entre ellas logre menguar su decisión. Para entonces el Tourmalet ha comenzado a desenrollar sobre el paisaje abierto de sus faldas algunas rectas que, con una inclinación sostenida en torno al siete por ciento, mostrarán al ciclista todo lo que le espera, para provocar en su ánimo una debilidad que aún no han mostrado sus piernas. En esos tramos, el puerto sostiene con el ciclista un pulso lento, sin ninguna prisa, sabedor de que el tiempo corre a su favor. El paisaje es ameno y agradable: montes empinados donde se esconden los zorros y los ciervos, arroyos limpios, pequeños prados que se extienden mansos y brillantes hasta tropezar con los bosques de abetos y de pinos que desprenden olor a resina, con la corteza de cuero de los abedules. Aún no ha llegado a la mitad del trayecto y el corredor aficionado sentirá ya un claro desgaste de sus fuerzas y comenzará a poner en juego unos recursos reservados para la última parte de la subida, como el general que, para evitar una derrota prematura y vergonzosa, debe lanzar al campo de batalla el contingente de tropas que había guardado para el ataque final. Y cuando se pregunte por la conveniencia de su decisión, encontrará un estímulo a la salida de unas violentas curvas de herradura: ante él aparecerán las casas invernales de Baréges. Sin embargo, allí nadie le proporcionará ninguna ayuda. Acostumbrados sus habitantes al trasiego de los deportistas por la empinada calle principal, nadie le aplaudirá, nadie le lanzará un grito de ánimo, todo lo más lo mirarán con gesto apreciativo una mamá paseando a su hijo en un carrito o un anciano sentado al sol tras una amplia cristalera. Por un momento el porcentaje se suaviza, pero el ciclista, que recuerda el espejismo de Luz-St-Sauveur, ya no se hará ilusiones y así no lo sorprenderá a la salida del *village* el tramo más empinado de toda la ascensión: una dura, seca e instantánea rampa al trece por ciento con la que la carretera huye del último núcleo habitado antes de enfrentar definitivamente la alta montaña. Incluso el ciclista experto empezará a maldecir al inventor de ese bárbaro deporte y, obligado a conquistar cada metro con esfuerzo, se planteará entonces por primera vez la posibilidad del abandono. A la izquierda se levanta con orgullo geológico la mole del Midi de Bigorre, rodeado de nubes redondas y espumosas que parecen haber surgido de la propia montaña al ser agitada por la brisa. Mientras pedalea hacia un nuevo peldaño, el ciclista pensará que, frente al llano, que no impone objetivos absolutos, la montaña no admite grados ni componendas, sólo el triunfo o el fracaso: o logras coronar la cima, o no lo logras, no hay término medio. Absorto en sus reflexiones, advertirá de pronto que ya ha superado la mitad del

trayecto, que acaba de pasar por el kilómetro diez. La carretera se estrecha al dejar atrás la estación invernal de Superbaréges y tomar el desvío hacia la derecha. Al mirar el paisaje comprobará que está entrando de forma definitiva en los dominios del hielo. Los bosques de coníferas que soportan el cielo en sus espaldas han dejado su sitio al pasto y a arbustos de pequeñas hojas agrias que mordisquean unas puntas de vacas dóciles y pensativas, de color canela, que, cómodamente tumbadas en las cunetas, rumian con movimientos oblicuos de las mandíbulas mientras contemplan sin espantarse al ciclista que pasa, se diría que más interesadas en el espectáculo que los propios paisanos. Enfrascado en su esfuerzo y distraído por la grandiosidad del paisaje, se verá atravesando el puente de La Gaubie. A partir de la cota 1600 descubrirá que el suelo, escabroso, severo y hostil, ha endurecido su faz de granito para indicarle al hombre que ése no es su lugar, que no es bienvenido en las alturas y que sólo se tolera su presencia porque su estancia allí no durará mucho tiempo. Habrá cruzado a la margen derecha del Bastan y, con un sentimiento de ánimo, sabrá que la cima no está lejos, que comienza el último y más duro tramo. Esquivará las piedras sueltas que el viento y la lluvia han arrastrado hasta el asfalto y mirará con frecuencia hacia la cumbre, buscando referencias en unas tierras altas, ya casi desnudas de vegetación, sin paredes ni lindes, de las que no se sabe el uso, ni quién es su propietario, ni qué animales alimenta aparte de unas manadas de caballos cimarrones y de algún águila que las cámaras de televisión siempre se afanan en captar para cerrar sus transmisiones, como una metáfora poco sutil de los propios ciclistas. Con la boca seca y el bidón vacío, de vez en cuando oirá el murmullo de una pequeña corriente de agua enérgica, oxigenada y saltona que se esconde entre rocas desnudas y piedras de aristas afiladas, clavadas al suelo en espera de siglos de erosión que las redondeen y las hagan rodar hasta los dulces valles, para dormir en un blando lecho de aluvi3n, de tierra oscura y esponjosa como lana negra. Pero todavía no, aquí arriba todo es duro, áspero y frío. Cansado, el ciclista apelará a otros recursos diferentes, a esas virtudes menores que entran en juego cuando escasean las fuerzas: el orgullo para no aceptar la rendici3n, el prestigio ante quienes han entrenado con él, la superaci3n de la fatiga y del dolor, el pundonor, el afán de demostrar que aún no es viejo ni débil para esas expediciones. Con tal de superar las rampas, que se hacen eternas, aceptará que la línea recta no siempre es el camino más eficaz entre dos puntos y trazará algunas eses que faciliten sus pedaladas, para comprobar a la postre que de esa forma ni mengua el desnivel ni mengua el sufrimiento, y que los mojones de los hectómetros no terminan de pasar. Es en esa zona cuyo desnivel nunca baja del ocho por ciento, entre los kilómetros trece y dieciséis, donde más abandonos se producen, porque el ciclista ya habrá exigido a su organismo lo suficiente para no sentir vergüenza si claudica y, al mismo tiempo, aún falta una distancia considerable hasta la cima. A casi dos mil metros de altitud el oxígeno, liberado de la presión, se

expande, y en cada inspiración los alvéolos absorberán menos moléculas y notarán su carencia. La hipoxia obligará al corazón a aumentar la frecuencia cardiaca y cada tramo que se asciende es un tijeretazo que recortará los pulmones, que comenzarán a arder encendidos por una respiración volcánica. A partir de ahí el ciclista aficionado contemplará la cercanía del peligro. Notará los párpados hinchados por el golpear de la sangre y creará que las venas se le han llenado de gusanos que devoran toda su energía, roban el oxígeno destinado a los músculos y lo dejan vacío, exánime, sin fuerzas. El cansancio desplegará ya todas sus artimañas, el organismo fatigado se volverá inteligente y utilizará argumentos para acabar con el sufrimiento. Y si no puede luchar contra la rocosa voluntad de las piernas, buscará otros lugares por donde atacar y susurrará palabras dulces al oído: «¿Por qué tienes que seguir adelante? ¿Quién te obliga? ¿Qué ganarás con llegar hasta la cima, si allí arriba nadie te espera, nadie te dará un premio, nadie pondrá sobre tu frente una corona de laurel ni ungirá tus piernas con aceite para calmar el dolor enquistado en tus rodillas? ¿Crees que aún no has hecho lo suficiente? Ni le debes a nadie un homenaje ni tienes una promesa que cumplir. ¡Baja ya de la bicicleta o da la vuelta! ¡Ya no tienes edad para estos excesos!».

Hasta allí había llegado Cupido, hasta ese tramo donde asusta más el desnivel que los kilómetros. Se sentía agotado. Por experiencia, sabía que respondía mejor a un esfuerzo dilatado, si era suave, que a un esfuerzo intenso, aunque fuera corto. Sin entrenamiento ni adaptación suficientes, se había precipitado al abordar la subida con un ritmo fuerte, del que ahora pagaba las consecuencias. Sus fuerzas habían ido menguando y había visto cómo lo adelantaban ciclistas jóvenes y ardorosos que pedaleaban con fe, con la vista puesta en las alturas, como fieles fanáticos en peregrinación hacia el Tabernáculo.

Sin agua en el bidón, gastado el aporte de la galleta energética que había tomado en Luz-St-Sauveur, transido, dudaba en dar la vuelta y emprender el regreso cuando advirtió que pedaleaba con menos esfuerzo. La carretera suavizaba su desnivel durante un trecho de la gran Z final y concedía una tregua antes de afrontar la pared de los dos últimos kilómetros. Respiró hondo, buscando más oxígeno, pensando en los diminutos conos rojos que lo transportaban por sus venas y en su bajo porcentaje de hematocrito. De pronto se vio solo en la carretera, sin nadie por delante y sin nadie que se acercara por detrás. En ese momento, ante él se alzaba únicamente la montaña, la montaña eterna, pura, indomable, iluminada por un sol indulgente, ajena a la fatiga de los hombres, a sus ambiciones, a sus sueños, a sus miserias, a los esfuerzos que él mismo hacía para subirla. Recordó otras cumbres que había escalado mientras se decía: «Todas las montañas son distintas y al mismo tiempo todas se parecen en una única cosa: en todas vibra el mismo silencio». Con el corazón calmado en aquel

tramo más suave, olvidó por unos instantes la fatiga y admiró lo que veía alrededor, en completa soledad, con la misma actitud de recogimiento y espera con que un amante de la música se dispone a escuchar una maravillosa melodía... Aquel descanso duró muy poco tiempo. Al girar una cerrada curva a la derecha la carretera se empinaba de nuevo y aumentaban las piedras sueltas en el asfalto. La brisa que antes lo empujaba por la espalda y lo ayudaba a avanzar ahora soplaba contra él y, con la altura, se iba convirtiendo en un viento frío que adquiría velocidad espoleado por los cambios de temperatura y lanzaba contra su cara la humedad que había ido recogiendo en las umbrías de La Mongie. Cupido se encogió sobre el manillar y, al buscar una corona mayor, comprobó con desaliento que estaba utilizando la última desde hacía algún tiempo. Pero ya no iba a parar, cuando faltaba un kilómetro y medio para llegar a la cornisa. Con un gesto de rabia se puso en pie y, sin levantar la vista, dio unas enérgicas pedaladas para no pensar que sus fuerzas se reducían con mayor rapidez que la distancia. Giró a la izquierda la última curva de herradura, se pegó a la cuneta para protegerse del viento bajo la pared vertical sujeta con una malla de acero y pedaleó despacio. La tensión y el esfuerzo hacían crujir los músculos y ligamentos dentro de sus piernas. Pero al fin, exhausto, llegó. Echó el pie a tierra junto a la estatua y la señal del puerto, satisfecho, emocionado, agradecido y humilde y orgulloso ante la montaña. Aunque había tardado dos horas desde Luz-St-Sauveur, tenía la sensación de haber llegado el primero.

Cuatro días antes, Tobias Gros sí había llegado el primero a la meta, en aquel mismo lugar que ahora él pisaba, y había levantado el dedo índice al cielo no para homenajear a nadie, sino para afirmar que él era el número 1, el más rápido y fuerte, el mejor. Cupido se preguntó hasta qué punto había influido en su muerte aquel gesto de arrogancia, aquella actitud de quien cree que por ser una estrella ya todo le está permitido.

Se abrochó el maillot y se dejó caer de regreso hacia Argelés-Gazost. Llegó al hotel a la hora de la comida y, como estaba muy cansado, su reposo se convirtió en una siesta de una hora de la que se despertó abotargado, con dolor de cabeza. Una ducha con agua fría y una aspirina lo despejaron y bajó al salón del televisor. La etapa ya había terminado, pero estaban emitiendo el resumen de una carrera desquiciada, sin ningún equipo que lograra imponer orden dentro de un pelotón indisciplinado, nervioso por todo lo anómalo que estaba sucediendo. No fue extraño, por tanto, que a pesar de la habilidad de acróbatas que tenían todos los ciclistas se hubieran producido varias caídas, la última en la misma recta de meta, cuando los corredores buscaban las mejores posiciones para el sprint final. Entre el bullicio de los espectadores, los carteles, la trompetería de la llegada y el hervidero de luces y sonidos, emitieron varias veces las imágenes de la brutal caída: bicicletas por el aire y ciclistas por el suelo, en una confusa montonera que logró esquivar un italiano, Amedeo Vico, para

ganar la etapa.

Cupido y el Alkalino fueron al hotel de los Calatayud y preguntaron en recepción por ellos. No estaban en su habitación. Salieron y esperaron a que regresaran sentados en la terraza de una cafetería frente a la puerta del hotel.

Media hora más tarde los vieron llegar caminando despacio por la acera, vestidos con ropas muy limpias, de una moda vigente dos décadas atrás, con pesados zapatos no menos anticuados. El hijo llevaba el pelo húmedo y peinado hacia un lado con una raya muy recta, incongruente con el pequeño aro que brillaba en su oreja. El padre tenía en las manos una pequeña bolsa con la cruz verde de las farmacias. Los abordaron y Cupido explicó quién era y por qué quería hablar con ellos.

—Ya le dije a la abogada que no tengo nada que contar —replicó el padre—. La policía francesa nos ha interrogado y todo está claro. ¿Por qué habría de repetírselo a usted?

Apenas lo había mirado y ahora, al hacer la pregunta, se detuvo en la acera y lo observó con curiosidad. No lo había reconocido sin la ropa deportiva, sin el casco y sin las gafas de sol.

—¿Usted es el ciclista con quien nos hemos cruzado algunas veces?

—Sí —dijo Cupido—. Ustedes salen a correr todas las tardes.

—Casi todas —contestó con tono menos áspero. Señaló hacia el hijo—: El tiene demasiada fuerza y de alguna forma debe gastarla. Si no saliéramos con el tándem, no sé en qué la emplearía.

El detective asintió con leves movimientos de cabeza. También para los Calatayud el ciclismo no era sólo un ejercicio físico saludable, sino una condición para sobrevivir.

El hijo emitió un débil gemido, pero representaba una clara señal de reconocimiento. Miró a Cupido fijamente, tan cerca de él que el detective notó el hálito de aquella blanda aleación de incomodidad, compasión y desconcierto que le producían las personas con deficiencias psíquicas. En sus investigaciones siempre sabía qué decir y a menudo encontraba las preguntas adecuadas que los demás no podían dejar de responder. Pero en aquel momento no habría sabido qué preguntarle, ni cómo, al hombre niño de ojos azules, acuosos, insondables, que respiraba ruidosamente a su lado y de quien ignoraba si comprendía sus palabras.

—Puedo asegurarle que lo que diga no será mal utilizado —arguyó al fin.

—No. No tengo nada que contar —repitió—, porque no tengo confianza en nadie. Ni en un investigador privado, ni en la policía, ni en la ley, ni en los jueces que la aplican.

Cupido se preguntó si los gendarmes les habrían formulado todas las cuestiones que a él se le ocurrían en aquel momento, al margen de las repetidas sobre el lugar y

el tiempo. Sobre todo deseaba hacerles las preguntas que no pertenecían a las leyes de la física, sino al reino de la conciencia y de las emociones, del amor y del odio, de los deseos y de las pesadillas: si conocían a Tobias Gros y qué opinaban de él, por qué habían elegido aquel hotel, si seguirían el itinerario del Tour, qué relación tenían con el ciclismo, de dónde venía aquella incapacidad del muchacho... Pero su determinación de callar era tan firme que la insistencia sólo encontraría su obcecación. Se limitó a darles su número de teléfono, por si cambiaban de idea. En la información de la policía francesa que Carol le había proporcionado no figuraban muchos datos sobre ellos. Tendría que buscar por su cuenta.

El Alkalino había asistido con profundo interés a aquel encuentro y, cuando se quedaron solos, dijo:

—Se diría que en cada investigación tropiezas con gente sorprendente.

—¿Sorprendente? ¡No! Es gente normal a quien la cercanía de la muerte vuelve sorprendente. Tendremos que indagar en España si hay algo sobre ellos relacionado con el ciclismo —añadió—. Sobre alguien con ese apellido, Calatayud.

—¿El padre? ¿Ciclista?

—El hijo. Aunque lo veas así, con treinta kilos más de lo que sería natural, yo lo he visto pedalear en el tándem. Tiene maneras de ciclista..., o de haberlo sido —dijo recordando las rodillas duras, las piernas musculadas, en contraste con el tronco, la fuerza dormida bajo la grasa y la letargia.

—¿Dónde buscaremos?

—Primero en internet. Si no hay datos, habrá que remover los archivos de prensa, preguntar en las federaciones..., en todos los sitios que se te ocurran.

—¿Insinúas que me encargaré de eso?

—Nadie lo haría mejor que tú. El hotel está pagado y a tu salud todavía le conviene seguir aquí unos días, mientras yo voy corriendo con la lengua fuera detrás del pelotón. Te aburrirás un poco menos si tienes trabajo que hacer —bromeó.

El día siguiente, lunes, era la primera jornada de descanso del Tour y él lo aprovecharía para alcanzar la caravana y comenzar la investigación entre los ciclistas.

Llamó a Carrión, lo puso al corriente de los pasos que había dado, sin ningún resultado efectivo, y acordaron verse la tarde del lunes, cuando él llegara a La Roche-sur-Yon. Allí lo incorporarían al equipo para que pudiera moverse libremente por la caravana.

9.^a etapa

La Roche-sur-Yon - Circuito Bugatti-Le Mans, 221 kms

Martes, 13 de julio

El lunes 12 de julio Cupido aprovechó la jornada de descanso para viajar en tren hasta La Roche-sur-Yon, adonde llegó de noche, menos cansado de lo que había temido. Aun así, agradeció el detalle de Carrión de enviarle un coche para recogerlo en la estación y llevarlo hasta el hotel donde se alojaba el equipo Vetonia. Hablaría con el director a la mañana siguiente.

Sin ganas de quedarse en la habitación, salió a pasear por las calles tiradas a cordel, por la amplia plaza en el centro del pentágono urbano. Comió un bocadillo en un bar, se bebió una cerveza y poco más tarde volvió al hotel. Al contrario que en los Pirineos, se sentía muy lejos de casa en aquella perezosa ciudad napoleónica. Solo en la habitación, dudó por primera vez de la conveniencia de haber aceptado aquel trabajo. A las dificultades propias de cualquier investigación se unían las derivadas de hacerlo en un país extranjero, durante los días que había reservado para sus vacaciones y en un escenario móvil y fatigoso que lo obligaba a recorrer tantos kilómetros.

En el televisor, el mapa del tiempo estaba cuajado de pequeños soles fijos, brillantes y furiosos sobre toda España, y la presentadora hablaba de canícula y de ola de calor. Aunque eran más de las once, muy tarde para telefonar, llamó a su madre, en Breda. Se encontraba bien y le aseguró que no necesitaba nada. Siempre había alguien cerca a quien acudir en caso necesario y seguía asistiendo a las sesiones de gimnasia, pero lejos del ritmo de los enérgicos *jubilators*, bromeó, capaces de agotar al monitor en mejor forma.

—Llámame ante cualquier novedad —insistió antes de colgar.

Cuando bajó al comedor, a la mañana siguiente, vio dos largas mesas dispuestas para el servicio, y dedujo que en el hotel se alojaba otro equipo además del Vetonia. Pero aún no habían bajado, los ciclistas nunca madrugaban, se quedaban muchas horas en la cama recuperándose del cansancio. Desayunó despacio y, al terminar, pasó por la recepción y cogió el periódico *L'Équipe*. En el ascensor leyó el titular que ocupaba toda la primera página: **TOBIAS GROS DOPÉ**. El asombro lo paralizó de tal modo que, cuando se dio cuenta, alguien lo había subido tres pisos más arriba del suyo. Se encerró en la habitación y leyó la crónica muy despacio, deduciendo el significado de algunas palabras que no conocía. La sangre de Gros había sido enriquecida con EPO y su nivel de hematocrito superaba lo permitido. Luego encendió el televisor y escuchó la noticia y los comentarios que hacían sobre ella.

En eso estaba cuando sonó el móvil.

—¿Has leído la prensa? —El Alkalino lo llamaba desde Argelés-Gazost.

—Sí.

—¿De modo que era Tobias Gros el ciclista que en la etapa de Barcelona a Perpignan había dado positivo?

—Sí. La tasa de hematocrito en su sangre era superior al cincuenta por ciento.

—¿El mismo que presumía de haber sido sometido a todo tipo de controles sin que nadie demostrara nunca que hacía trampas?

—Hasta ahora... Aunque ya nadie podrá sancionarlo.

—Si eso ocurrió hace ocho días, ¿por qué han esperado tanto para contarlo?

—Porque así lo indican las normas. Antes de hacerse público, debe confirmarlo un contraanálisis para evitar cualquier posible error.

El Alkalino se quedó unos segundos en silencio.

—Esta noticia te complicará el trabajo.

—Sí, abre un nuevo frente sobre el que nadie había investigado. Para la policía también ha sido una sorpresa y no pueden disimular su malhumor y su desconcierto, porque el mundo entero mira hacia ellos, esperando resultados, y ellos no avanzan nada.

—Tendrás que echarles una mano —bromeó antes de despedirse.

Media hora más tarde llamó a Carrión, también sorprendido por la noticia. Estaba con los corredores en el gimnasio del hotel, dirigiendo el calentamiento. Carrión le dijo que le había reservado sitio en el segundo coche y que estuviera preparado para salir. Al terminar la etapa podría hablar con Mieses.

Poco más tarde un ayudante del Vetonía fue a buscarlo, le colgó en la solapa de la camisa una identificación y lo acompañó hasta el segundo coche del equipo, junto al mecánico, un hombre callado, de dedos anchos y uñas duras y orladas con un hilo de grasa negra. Asistieron desde un lateral de la plaza al control de firmas, en una tribuna levantada frente a la *Mairie* de la ciudad, entre el agitado barullo previo a la salida de los corredores. Cupido escuchó con expectación los chasquidos de los automáticos al encajar en los pedales cuando el pelotón se puso en marcha.

Desde el coche, incrustado en la cola de la larga caravana, la visión de la carrera no era tan privilegiada como había imaginado. No alcanzaba a ver a los ciclistas, que ocupaban la cabeza, y no tuvo otro contacto directo con ellos que las dos ocasiones en que el mecánico se vio obligado a intervenir para cambiar, en unos pocos segundos, una rueda a causa de un pinchazo y para ajustar una roldana del cambio. Pero sí pudo seguir la transmisión íntegra de la etapa en el monitor que llevaban en el salpicadero, y oír los comentarios internos, y oler el Tour desde dentro, y contagiarse del entusiasmo de los espectadores que aguardaban y aplaudían a su paso, en las cunetas o en las aceras de las poblaciones, asomados a las ventanas, o corriendo a

caballo por el campo o encaramados en los remolques de los tractores o en las palas de las excavadoras. A ratos, y como no conducía, se olvidó de la investigación y admiró el paisaje de los valles del Loira y del Maine que atravesaban. El Tour dejaba a la izquierda la Bretaña de espadas de granito y tumbas de *chouans* y se adentraba en una comarca llana y muy fértil donde todo se veía cultivado, como si no existiera ninguna simiente que no aceptara aquella tierra. Daba la impresión de que allí, en las vegas de pastos suculentos y flores silvestres, en los campos de trigo incendiados de amapolas, ningún ser vivo, ni carnívoro ni herbívoro ni hombre, tendría que caminar durante más de un kilómetro para encontrar algún tipo de alimento. Las onduladas colinas no mostraban ningún gesto agresivo, ninguna arista, ningún color estridente. A veces, tras los prados que lindaban con la carretera se veían al fondo los compactos pinares y abetales, que sugerían que los bosques se cuidaban ellos solos, que no necesitaban ninguna ayuda del hombre.

El cielo azul, los ríos, los castillos, la caravana entera brillaba bajo un sol apacible, seco, sin corona ni adornos, y alrededor la naturaleza ponía un reflejo verde en todos los espejos, nimbaba de tinte vegetal el titanio, el carbono y el aluminio de las bicicletas.

Para mantener el liderato de Darko Hamelt, el Helvetia de Max Zaharia por fin había logrado imponer orden, y en ciclismo el orden siempre se transformaba en ganancia de tiempo. Por aquel terreno llano, muelle y limpio, espoleados por una suave brisa, los ciclistas galopaban como potros, las bicicletas retozaban por la carretera, sus finísimas ruedas se deslizaban por el asfalto suavizado por el paso de miles de automóviles como si acariciaran la superficie de la tierra. Y así llegaron con un adelanto de media hora sobre el mejor horario previsto al circuito Bugatti-Le Mans, en cuya recta de tribuna se había instalado la meta. Ningún escenario era más propicio al sprint que un circuito de velocidad. Con el pavimento en perfecto estado, sin peligro de vallas ni de rotondas que obligaran a frenar, la llegada masiva de los ciclistas desbocados sobre la ancha pista fue un estupendo espectáculo durante el cual nadie recordó la muerte de Tobias Gros. Después de dar una vuelta al circuito, Jean Légear, el velocista francés, consiguió el triunfo que llevaba varios días buscando.

Sus armas eran la resistencia y el sacrificio. Había corredores rapidísimos, como aquel Légear que acababa de ganar lanzando su bicicleta a una velocidad punta que él nunca alcanzaría, y había escaladores que se deprimían en los llanos interminables y sólo despertaban cuando ante ellos aparecían las montañas, y había contrarrelojistas de pies grandes que movían desarrollos brutales sin apenas despeinarse en su aerodinámico estatismo. Pero unos perdían horas en las cumbres, otros agonizaban en las ventosas etapas de las costas y otros eran indiferentes a la clasificación general con tal de lucirse en los tramos cronometrados. Él no era especialista en nada, pero

sabía esquivar todos los peligros.

Había tardado un tiempo en aceptar sus limitaciones. Cuando aún era adolescente y soñaba con ser ciclista, quería llegar el primero en todas las disciplinas. Salía a correr solo por carreteras estrechas y desiertas, y a veces, en cualquier tramo entre pinos y prados, con un rebaño de vacas como únicos testigos, desafiaba a un grupo imaginario de rivales a ver quién llegaba antes hasta cualquier señal. Aceleraba y los dejaba atrás con tanto margen que levantaba los brazos al aire festejando la victoria ante la mirada indiferente del rebaño o de alguna rapaz curiosa que en el cielo modificaba el itinerario de su vuelo para contemplar sus ensueños. O, si subía hacia la sierra, al alcanzar la cumbre miraba hacia atrás y, al no ver a nadie, convertía aquella soledad real en la soledad del campeón. Luego se imaginaba en lo alto de la tribuna recibiendo la felicitación de los organizadores, de los periodistas y de alguno de sus ídolos, que lo trataban como a un igual y le entregaban la copa del vencedor. Dos azafatas muy hermosas lo vestían con el maillot de líder y lo besaban mientras estallaban los flashes de las cámaras de fotos...

—¿Otra vez has salido toda la tarde a correr con esa bicicleta que nadie sabe de dónde has sacado? —le preguntaba su padrastro por la noche, en la cena, al volver de la obra donde trabajaba como albañil.

—Sí. He subido a la sierra.

—¡Un día te vas a romper la crisma! —le decía su madre con cierta preocupación al verlo con alguna herida provocada por las caídas en las que iba dejándose trozos de piel aquí y allá, pero sin prohibírselo, porque en el fondo no veía con malos ojos aquella afición con la que tal vez podría escapar del destino familiar. En casa era muy poco lo que podían enseñarle más allá de cómo colocar ladrillos a plomada, preparar cemento y manejar la radial.

Otras veces, si en las tardes del verano español salía de casa muy pronto, cuando todos dormían o reposaban sudorosos con la galbana de la siesta, huyendo de los feroces coágulos de calor que un sol vertical derramaba desde el cielo, su madre le reñía:

—¡No salgas tan pronto! ¿Adónde vas con este calor? Un día te va a dar algo.

Pero él seguía adelante con el entrenamiento que se había propuesto, marcando en una agenda los kilómetros que recorría cada día y tachando con una cruz las jornadas de descanso. A los diecisiete años se afeitó las piernas por primera vez, con la misma emoción con que por primera vez se había rasurado el rostro. Era un detalle de profesionales, que facilitaba las curas tras las inevitables caídas que dejaban tiras de piel en el asfalto o los masajes con las cremas reparadoras al terminar la carrera. Ya se había federado y participaba con la selección juvenil de su comunidad en pruebas en las que iba forjándose cierto prestigio.

Sin embargo, nunca logró los éxitos con que soñaba cuando recorría en soledad

las carreteras de su comarca: ser el líder a quien se eximía de esfuerzos y se reservaba para el sprint de la victoria. A pesar de sus dotes, desde el principio le atribuyeron la función de gregario que se mata a tirar cuando hay que anular una escapada, que baja al coche del equipo a recoger bidones y sube a repartirlos entre los jefes, que sirve de pantalla protectora contra el viento de cara, que espera en la cuneta a que llegue el mecánico, porque ha prestado su bicicleta al líder, que ha pinchado. Le adjudicaron el papel de corredor oscuro, anónimo y laboral a quien se le agradecen los servicios prestados, pero que terminará hundido en la clasificación general. Todas sus infantiles quimeras de grandes triunfos fueron quedando enterradas bajo labores de segundón que sólo consigue unas migajas de éxito en pruebas de tercera categoría.

El tránsito de juveniles a seniors fue una época llena de ansiedad y de incertidumbre por el futuro. Sin embargo, y a pesar de su fama de corredor irascible y complicado, fue contratado por un equipo de Continental Profesional durante dos años, en los que alcanzó la madurez como ciclista y consiguió algunos triunfos de etapa, como si, al relajarse, se hubiera hecho más fuerte en la carretera y más lúcido en la estrategia. Tenía veintitrés años cuando, de manera imprevista, fue fichado por el Paradis. Allí desempeñó una labor eficaz hasta que estalló el enfrentamiento con el propio Tobias Gros, no tanto por una causa justificada cuanto por el hecho mismo de que él era Santi Mieses, un corredor rebelde y conflictivo a quien nadie lograba mantener alejado mucho tiempo de las peleas por mucho que se le amenazara. Y cuando creía que ningún equipo importante volvería a llamarlo, allí estaba en la puerta Luis Carrión. El Vetonía no era el Paradis y no podían pagarle una ficha alta, pero podría ser el líder del equipo si acataba la disciplina y soportaba la responsabilidad.

Ésa había sido su trayectoria profesional. Y ahora, cuando ya había olvidado los sueños adolescentes, de pronto se veía en el quinto lugar de la clasificación general del Tour, a tres minutos de Hamelt, el líder, y se sentía más fuerte y más optimista que nunca. Se hallaba a un paso del podio sin haber ganado ninguna etapa, fiel al uso de sus únicas armas: el sacrificio y la resistencia. La muerte de Gros lo había facilitado todo, pero el recelo de la policía podría estropearlo todo.

Al terminar la etapa en el circuito de velocidad fue el primero en subir al autobús del equipo que los llevaría al hotel. Desde el interior, tras los cristales tintados, observó a los fans que acechaban a la caza de autógrafos, a los curiosos, a los ciclistas aficionados... Al fondo, dentro de un coche con la ventanilla abierta, reconoció a uno de los policías franceses encargados de su vigilancia, como si él tuviera intenciones de huir y abandonar el Tour, ahora que veía la gloria al alcance de la mano, ahora que acreditaba de una vez por todas su solvencia como corredor y podía restregar su éxito por el rostro de quienes nunca habían creído en él y lo habían postergado siempre.

El autobús arrancó hacia el hotel en cuanto llegaron los otros corredores. En el vestíbulo estaba esperando Carrión.

—¿Los has visto? —le preguntó.

—Sí, siguen ahí, ya sin disimulo. Como si yo fuera a escaparme.

—No te preocupes por ellos. Vamos a resolverlo pronto. Ha llegado el detective que hemos contratado. Quiere hablar contigo.

—¿Ahora?

—No. Después de la ducha y el masaje. Sin prisas.

—De acuerdo.

—Un detalle. —Carrión lo cogió del brazo, comprobó que nadie los oía y susurró —: Cuéntaselo todo.

—¿Todo? ¿A un detective?

—Sí. Él no es policía. Necesitará toda la información para poder ayudarte. Además...

—¿Qué?

—Ahora ya no hay problema. Ahora ya puedes contárselo.

—De acuerdo —repitió—. Todo.

Como era el mejor clasificado del equipo, también era el primero en recibir los cuidados de los preparadores y el primero en irse a descansar. Estaba mirando el televisor cuando llamaron a la puerta.

—Ricardo Cupido —se presentó el detective.

—Pasa —dijo tuteándolo.

El corredor vio ante sí a un tipo alto, delgado, con el pelo espeso de color castaño oscuro, casi negro. Mostraba una buena forma física y en los últimos días había montado en bicicleta: en la frente y en los pómulos se notaban las marcas de piel más blanca que habían dejado el casco y las correas. No parecía detective, no había entrado en la habitación mostrando una placa, ni observando qué detalle no encajaba en el cuadro, ni husmeando para detectar algún olor extraño. Lo había mirado a los ojos como si lo único que le interesara fuera la persona que tenía delante.

Mieses le indicó uno de los sillones frente al televisor encendido donde se repetía la llegada a la meta.

—Una etapa bonita —comentó—. La he seguido desde el coche de los mecánicos.

—Ahí llego yo. —Mieses señaló con el dedo en la pantalla a uno de los últimos ciclistas del pelotón.

—¿No te gusta esprintar?

—No. Demasiado peligro. Eso queda para los especialistas. Se corre el riesgo de acabar precipitadamente la temporada por una caída.

—Conocías a Tobias Gros —dijo Cupido, y vio cómo Mieses asentía con

movimientos lentos y amplios, como si se alegrara de hablar por fin de lo que tenían que hablar.

—Corrí dos años con él. Lo ayudé a ganar un Giro y un Tour.

—¿Qué opinión te merecía?

—¿Opinión? ¡Que era un hijo de puta!

—¿Discutisteis?

—No... mientras lo ayudaba a ganar carreras. Gros mantenía una relación muy cordial con todo el equipo siempre que se obedecieran sus instrucciones. Discutimos un día, en la penúltima etapa del Tour. Él ya tenía segura la victoria, aventajaba en varios minutos a todos los rivales. Yo me metí en una escapada y, casi por azar, de pronto me vi con posibilidades de ganar la etapa. Y ya sabes lo que significa un triunfo así para cualquier ciclista.

—Sí. Un antes y un después. Te cambia la vida.

—¡Te asegura la vida! —matizó—. Sin embargo, a pocos kilómetros de meta me ordenó parar, aunque no me necesitaba para nada. Cuando, ya en el hotel, le pregunté por qué lo había hecho no quiso darme ninguna razón. Me dijo que yo era un gregario y que tenía que limitarme a callar y a obedecer. Que debía estar contento y dar las gracias por el simple hecho de correr en el Paradis.

—¿Y no lo estabas?

—Ningún ciclista es gregario por naturaleza. Todos queremos ganar. ¿Tú has conocido a alguien que compita en algún deporte y no quiera ser el primero?

—No.

—Comenzamos a discutir y poco a poco nos fuimos encrespando... Gros era así: te golpeaba y tenías que darle las gracias y decir que no sentías dolor... Ya sabrás lo que pasó luego. Al día siguiente, al terminar el Tour, me rescindieron el contrato y dejé de ser uno de los suyos —contó mientras Cupido escuchaba sin interrumpirlo. Luego añadió—: Tobias Gros era un hijo de puta con los rivales... Aunque quizás eso no sea un defecto. En un deportista, como no se cansa de repetir Carrión, la bondad es un obstáculo. Para triunfar en la competición se necesita cierta maldad —precisó. Se acercó al mueble bar y sacó una botella de agua mineral—. ¿Quieres? —ofreció—. Es lo único que tenemos.

—No, gracias —rechazó Cupido, mientras recordaba las opiniones del Alkalino sobre el deporte como una lucha donde los débiles y los ingenuos son avasallados por los fuertes y los bandidos.

Miseses bebió de un trago la mitad de la botella.

—Nos enseñan la malicia desde que empezamos a competir.

—¡Ya! —dijo Cupido—. En el fútbol, mete tú los tacos antes de que un defensa central te rompa la rodilla. En las motos, en el circuito donde habéis terminado hoy, embiste al contrario que pretenda echarte fuera de la pista. En el baloncesto, no dejes

que el rival te golpee, porque te temblará la mano cuando vayas a lanzar a canasta.

—Así es.

—¿Y en el ciclismo?

—En el ciclismo, que sepan todos que si alguien te mete el codo en un sprint lo derribarás de la bicicleta... No, no existen campeones beatos que no sepan dar una patada o un cabezazo. Pero Tobias Gros iba un paso más allá, él no se limitaba a defenderse. Para ganar, no le importaba ser él el agresor. Tampoco le importaba ni se detenía porque alguien se cayera delante de él y se rompiera el cráneo, con tal de que no lo arrastrara a él en la caída. No creo que haya muchos corredores, ni siquiera dentro de su equipo, que lo echen de menos.

—Sin embargo, esa noche subiste a su habitación para hablar con él. ¿Lo habías llamado antes por teléfono para concertar la cita?

—No.

—¿Por qué fuiste a verlo?

Mises volvió a levantar la botella de agua hasta los labios con esa sed de los deportistas deshidratados y de los adolescentes que toman pastillas.

—Para quitarme el miedo —dijo. Apuró el último trago, arrugó el envase y lo tiró a la papelera. Volvió a mirar a Cupido—. Porque estaba asustado.

—¿Por qué?

Subió un punto el volumen del televisor y bajó un punto el volumen de su voz.

—Carrión me ha dicho que te lo cuente todo. Dijo que sólo lo usarás para ayudarme.

—Puedes estar seguro —prometió.

—Cuando salgas de aquí esta conversación no habrá existido. Lo que ahora te diga no lo habré dicho nunca —insistió. —Nunca.

—Fui a ver a Tobias Gros porque tenía miedo.

—¿A quién?

—¿A quién? No, no, miedo a nadie. Tenía miedo de que me acusaran de haberme dopado —explicó—. Eso sería definitivamente el fin de mi carrera como ciclista.

—¿Y era cierto?

—Sí —dijo—. No sé si lo recuerdas, pero en la primera etapa me escapé en una larga fuga con otros corredores, entre ellos Holley y Vicini, que terminó ganando. Vinieron los vampiros y nos sacaron sangre y orina a los tres. Y dos días más tarde apareció la noticia. En ese control, uno de los corredores había dado «No negativo», como dicen ellos. Alguien había tomado algo y lo habían detectado, aunque no dijeron de quién se trataba.

—Y eras tú.

—Esa noche creí que era a mí a quien se referían. Porque hay algún momento en que cualquiera podría dar positivo.

—¿Todos los corredores?

—Muchos —corrigió tras dudar unos instantes—, si bien unos con productos permitidos en ese momento y otros con productos ilegales. Unos cumpliendo las reglas de juego vigentes y otros saltándoselas. Unos con un tanque de café, o con un puñado de pastillas de Pharmaton Complex, o con corticoides y vasodilatadores para asmáticos, porque se lo permite un certificado médico, y otros con EPO. ¿Nunca te ha llamado la atención que, en un deporte tan duro, haya tantos ciclistas asmáticos, con tantas alergias y dificultades respiratorias?

—¿Tanto influye en el rendimiento? —preguntó Cupido, que consideraba que, por encima del dopaje, lo fundamental era la condición física del deportista.

—¡Tanto y más! El dopaje hace que de pronto marches a la par con corredores a quienes siempre habías visto por delante, porque eran más fuertes y veloces que tú, y que aquellos que antes eran tus iguales de pronto se queden rezagados detrás de ti. ¿Te parece poco?

—¡Me parece mucho! —respondió el detective—. ¿Ibas dopado el día de la escapada?

Mieses lo miró con fijeza y dijo, sin demorar la respuesta:

—Con EPO. Con una dosis mínima para aumentar la oxigenación de los músculos sin superar el cincuenta por ciento permitido en la sangre.

—Pero cuando surgió la noticia no estuviste tan seguro.

—No, porque siempre hay un riesgo —explicó—. El cuerpo no funciona como una máquina, toma sus propias decisiones, y puede que en algún momento, a pesar de tus cálculos, superes ese nivel.

—Y tú creías que aquel «No negativo» se refería a ti —insistió Cupido.

—¡Estaba seguro! Apenas dormí en toda la noche. Imaginaba la noticia unos días más tarde, cuando lo confirmara el contraanálisis: «Santi Mieses, dopado». Me expulsarían de la carrera y del equipo como a un apestado, sin ningún otro que quisiera contratarme, porque la sanción mínima es de dos años. Nunca volvería a correr, nunca me readmitirían en el Tour y en las carreras profesionales, en el pelotón de los doscientos mejores ciclistas del mundo. No sé hacer otra cosa, y el castigo supondría un duro golpe, se irían al traste todos los proyectos en que me había embarcado para cuando dejara la bicicleta. Además de las multas y de los inconvenientes económicos tendría que soportar la vergüenza, la acusación de fraude, la decepción de la familia, de los amigos, de todos los que me conocían y habían confiado en mí y me habían apoyado en los momentos duros y felicitado en los triunfos. ¿Con qué cara mostraría a partir de entonces las fotos en el podio que cuelgan en las paredes de mi casa? ¿Cómo presumir de los triunfos? ¿O de mi camiseta del equipo Paradis, firmada por el propio Tobias Gros tras ganar el Tour, con sus palabras escritas en la tela: «Para Santi, con mi agradecimiento eterno.

Tobias»? Un solo control donde das positivo y toda tu carrera profesional, todos tus éxitos, quedan contaminados por la sospecha...

—Comprendo tu miedo —dijo Cupido.

—Yo sé cuánto he sufrido sobre la bicicleta —continuó—, durante cuántos miles de kilómetros he pedaleado, cuántas carreteras he recorrido, por cuántas ciudades he pasado sin apenas ver nada, siempre de prisa para no descolgarme del pelotón, siempre sudando. He desfilado por paisajes y montañas espectaculares sin poder contemplarlos, y a veces me decía: «Un día, cuando ya no compita en carreras, volveré para disfrutar muy despacio de todo esto que ahora me estoy perdiendo. Volveré sin nadie que me meta prisas, parándome el tiempo que quiera donde yo quiera y como yo quiera». Yo sé bien todos los sacrificios que he hecho para llegar hasta aquí y una sola muestra de dopaje los anularía, me convertiría en un tramposo, en un falsario.

—Entonces, ¿por qué arriesgarlo todo?

—¿Por qué? —Se rascó con furia la cabeza antes de responder—: ¡No lo sé! ¡Por ambición, por vanidad, por miedo a no rendir lo que esperan de ti...! Porque ni siquiera se trata de ganar, lo que quieres sobre todo es no perder.

—¿Pero qué relación tenía todo eso con Gros? ¿Por qué fuiste a verlo? —repitió.

Miseses miró durante unos segundos la puerta del pequeño frigorífico, como si no hubiera aplacado su sed y dudara en abrir otra botella de agua. Tras el silencio, prolongado hasta hacerse incómodo, replicó:

—¿Cómo no iba a tener relación si Tobias Gros era el primero en doparse? ¿Si fue en su equipo donde aprendí a inyectarme? —Suspiró profundamente, como quien llega al fin a un refugio en la montaña y descarga un peso que lo hubiera aplastado durante toda la ascensión.

Ahora que su encuentro con Gros se hacía comprensible, Cupido apenas necesitó un gesto para que continuara hablando, con la voz más ronca, agravada por el cansancio o los recuerdos:

—Estaba solo en su habitación y lo sorprendió mi visita. No la esperaba. Me miró con recelo hasta que lo felicité por su triunfo esa tarde, en el Tourmalet. Luego dijo que me veía bien, y comentamos la primera etapa, con final en Perpignan, que yo podía haber ganado sin la intervención de Holley, uno de sus corredores, puesto que Vicini y yo habíamos pactado. Yo había ido con el propósito de evitar cualquier discrepancia, pero ahí surgió la primera. Le molestó que cuestionara una de sus decisiones. «Tú ya no corres en mi equipo. No eres de los nuestros», me dijo. Tuve que contenerme para no responder, porque necesitaba su ayuda. Ya te lo dije antes, con Gros no había término medio: o estabas con él o estabas contra él. Y al salir de su equipo, yo me había pasado al adversario. «¿Por qué has venido a verme ahora?», me preguntó, aunque ya lo intuía, sabía que en la primera etapa me habían hecho análisis.

Le conté mi miedo y le pedí que me ayudara, porque cuando corría en su equipo a todos nos preparaban en las semanas previas a la competición, cuando todavía no había controles, para prolongar el tiempo de entrenamiento y mejorar nuestra forma. Nos inyectaban y nos medían los niveles hasta que se ajustaban a las tasas permitidas... No sé si conoces ese tema —dijo.

—Sí, estoy informado.

—Cuando cada corredor alcanzaba el nivel adecuado, desaparecían las inyecciones y nos dejaban afinados, a punto para competir.

—Era un equipo imbatible —recordó Cupido con ironía.

—Éramos los mejores. Cualquier gregario del Paradis era tan bueno como el líder de otros equipos. Y Gros era, de todos, el corredor más controlado, para que estuviera siempre a tope sin sobrepasar nunca la legalidad.

—Y por eso fuiste a verlo.

—Sí, porque ellos siempre lograban eludir las sanciones. Ellos sabían cómo gestionar los controles, con qué argumentos apelar, cómo utilizar los antídotos para engañar a los vampiros. Yo lo había visto.

—¿Lo sabían? ¿Quiénes?

—Gros y el médico del equipo.

—¿El médico? —volvió a preguntar.

—El doctor Galea.

Cupido contuvo el aliento ante todo lo que asomaba ante él. Con aquellos datos Mises entreabría la puerta de un recinto secreto en el entorno deportivo de Tobias Gros, sobre cuya existencia todo el mundo especulaba, pero de la que nadie había presentado pruebas fehacientes. Recordó los rumores que había leído en la prensa sobre la vigilancia a que los sometían, sobre los registros efectuados en sus botiquines y equipajes sin encontrar nada.

—Pero los tenían controlados —dijo—. Y nunca se demostró nada.

—No buscaron en el sitio adecuado. Ellos no se manchaban las manos. Galea nunca nos dio nada personalmente, pero era consciente de lo que tomábamos. Tenía un ayudante..., o colaborador, no sé cómo era su relación ni quién llevaba la iniciativa. Lo llamaban doctor Román, o Romain, o Romano... Pero nadie sabía si ése era su nombre verdadero, yo nunca lo vi escrito en ningún sitio. Tampoco se sabía con certeza cuál era su nacionalidad.

—Sigue.

—Era un hombrecillo extraño. Utilizaba dos o tres jeringas de oro que no permitía que nadie tocara. Una vez le oí decir que no le gustaba trabajar con material desechable y que por eso llevaba siempre encima su propio instrumental, que desinfectaba cuidadosamente. Era muy hábil. Te sacaba la sangre o te inyectaba cualquier líquido sin que notaras más molestia que la que produce la picadura de un

mosquito. Un tipo misterioso —explicó—. Sólo lo veíamos un par de veces en la temporada, antes de competir. Él nos enseñó cómo administrarnos el alimento nosotros mismos. Si luego lo necesitábamos, bastaba con comentárselo a Galea. No decía nada, pero uno o dos días más tarde Román se ponía en contacto contigo, porque no teníamos ni un teléfono, ni una dirección de correo electrónico. Nada.

—¿Qué te contestó Gros?

—Me dijo que debía de haberlo soñado en una pesadilla. Dijo que todo era una mentira, una fábula. ¿Quién iba a creer una historia así, sobre un médico que trabaja con jeringas de oro?

—Y de ahí surgieron las voces, los gritos.

—Sí —reconoció—. Algunas palabras duras que ahora los franceses utilizan como excusa para considerarme sospechoso y para estar siempre alrededor... Vestidos de paisano, como si todavía no los conociera...

—¿Hubo amenazas?

—No lo sé —dudó—, no sé dónde termina la discusión y dónde comienza la amenaza... ¡Pero todo quedó en palabras! Me estaban esperando para una entrevista de televisión y salí de su cuarto. Lo dejé sonriendo con burla, seguro de que ni yo ni nadie podríamos hacerle daño, convencido de que ganaría de nuevo el Tour.

—¿Le contaste a la policía todo eso?

—No, no se lo conté. Les dije que discutimos por enviar a Holley a meterse en la escapada, pero no mencioné el dopaje. Les habría dado otro argumento contra mí. Podrían considerar la negativa de Gros a ayudarme como un motivo más para que yo... ¡No! Ni siquiera te lo habría contado a ti si Carrión no me lo hubiera pedido.

—¿Él sabía todo esto?

—Hasta hoy, no. Se lo conté esta mañana, cuando apareció la noticia de que el positivo en los análisis correspondía a Tobias Gros.

—Lo del dopaje —precisó Cupido—. ¿Lo sabía Carrión?

Miseses lo miró dudando si sus palabras podrían perjudicar a su director. Al fin dijo:

—Aunque no supiera los detalles, todo el mundo sospechaba que la farmacia era una sección importante dentro del equipo Paradis. Los ojos de un director distinguen bien entre el corredor con fuerzas propias y el corredor con fuerzas prestadas por el laboratorio. Carrión tal vez lo intuyera, pero nunca lo comentó. Lo único cierto es que en su equipo no permite absolutamente nada que no esté permitido en el reglamento. Lo hice a sus espaldas, antes de empezar el Tour, porque tenía miedo de defraudarlos. Quería responder con triunfos a la confianza que habían depositado en mí. Fue un error —concluyó.

Cupido se despidió de él con las pequeñas, a veces útiles recomendaciones de siempre:

—Si recuerdas algún detalle, si ocurre algo nuevo, no dudes en llamarme, estaré cerca.

En su habitación ordenó en el cuaderno los datos que Mises le había dado y abrió una nueva página con dos nombres escritos en lo alto: Galea y Román. Tendría que ir llenando aquella hoja en blanco, que abría una nueva ruta en la investigación. Pero antes, al día siguiente, aún debía hablar con Darko Hamelt y con Álvaro Panal, los otros dos ciclistas que se alojaban en el mismo hotel y no estaban reunidos con sus equipos a la hora en que murió Tobias Gros.

10.^a etapa

Le Mans - Caen, 156 km

Miércoles, 14 de julio

Francia entera era una fiesta y los corredores franceses contagiaban su efervescencia al resto del pelotón, donde convivían ciclistas de treinta países diferentes. Las banderas, ondeadas por los aficionados o colgadas en ventanas y balcones, lucían su patriotismo mientras los acordes de *La Marsellesa* retumbaban por las emisoras de radio y de televisión.

Con su identificación prendida en la solapa, Cupido entró temprano en la zona reservada a los corredores. Vio llegar a Panal y esperó a que firmara antes de abordarlo.

—¿Podría hablar con usted cinco minutos?

Panal miró su tarjeta y, al comprobar que no era de la prensa, un gesto de recelo le asomó al rostro endurecido por las arrugas, con ese envejecimiento peculiar de los ciclistas veteranos.

—¿Sobre qué?

—Sobre Tobias Gros. Soy investigador privado. El equipo Vetonía me ha contratado para ayudar a su corredor Santi Mieses.

—¿Ahora? —se extrañó, porque aquel ambiente festivo y bullicioso que los rodeaba era el más opuesto al de una investigación.

—Cinco minutos —repitió—. Falta media hora para la salida.

—Ya he contestado a las preguntas de la policía francesa —dijo.

—Bueno, tal vez no sean las mismas que yo le haga.

—De acuerdo. Cinco minutos —aceptó.

—Según ha declarado, la noche de la muerte estuvo usted todo el tiempo en su habitación.

—Sí, estuve en mi habitación, con mi mujer. Había venido a verme el día anterior, cuando gané la etapa en Toulouse. Me habían dado permiso para no asistir a la reunión general del equipo —explicó, pero al ver un gesto de duda en el detective, añadió—: No es un privilegio que me concedan sólo a mí. A todos los corredores nos permiten esas visitas algunos días de carrera.

—¿Su mujer sigue con usted?

—No, ya no. Regresó a España desde los Pirineos. Volverá al final, cuando lleguemos a París.

Un corredor pasó junto a ellos y saludó a Panal antes de alejarse hacia el control de firmas. Iban llegando todos los ciclistas y con ellos aumentaba la agitación. En pocos lugares podría concentrarse tanta energía dispuesta a estallar como en aquella

plaza: la fuerza acumulada de doscientos atletas impacientes por saltar a la carretera, excitados por el inminente comienzo de la batalla, la pasión avivada por la edad, la ambición y el orgullo.

—Sus compañeros estaban reunidos preparando la etapa del día siguiente. Pero usted, ¿no oyó nada desde su habitación? ¿No vio nada anómalo en los pasillos o en el ascensor? En los hoteles, sólo una puerta o un tabique nos separa de la intimidad de los otros. Y su habitación estaba debajo de la de Tobias Gros.

—He intentado recordar, pero no vi ni oí nada extraño. Tampoco me voy fijando en lo que sucede alrededor. Sólo soy un ciclista: me paga mi equipo, me da una bicicleta y yo pedaleo lo más deprisa que puedo, intento no quedarme detrás del pelotón y no caerme. Nada más. No miro otra cosa que la carretera. No atiendo a detalles superficiales.

—Cuando alguien muere asesinado ya no hay detalles superficiales. Todo se vuelve importante. Y a veces más tarde se recuerda algo que antes de conocer la muerte era anecdótico y nos pasó inadvertido —insistió.

—He repasado lo ocurrido aquella noche y no hubo nada anómalo. Sin embargo, si algo cambiara, iría corriendo a contarlo.

—Usted había ganado la etapa el día anterior.

—Sí.

—Y se colocó de líder. El equipo de Tobias Gros, que controlaba la carrera, no pudo impedirlo —recordó—. ¿Lo conocía?

—No éramos amigos, pero lo conocía. Llevo diez años en el ciclismo y conozco a mucha gente.

—¿Qué opinión le merecía?

—¿Gros? Ninguna especial. No sentía por él simpatía, pero tampoco el odio o la envidia que despertaba en muchos. Él y yo no perseguíamos los mismos objetivos, así que no había rivalidad directa.

—¿No?

—No. Él quería ganar todas las carreras; yo me conformo con ganar alguna etapa.

Su propio aspecto confirmaba lo que acababa de decir. Entre el brillante griterío que los rodeaba, entre los chillones maillots y los reflejos metálicos de las bicicletas, Panal parecía un opaco campesino —el pelo espeso y duro sobre el rostro enjuto, tostado por el sol, la frente pequeña y aviejada, los finos labios escondidos entre una barba sin apurar— colocado en una fiesta cosmopolita en la que no se sentiría cómodo.

—No todos sus compañeros son tan conformistas —dijo Cupido—. Han surgido varios candidatos a ocupar el puesto que Gros ha dejado vacante.

—¡Claro que sí! La prensa, los directores, los patronos..., todos te exigen que seas el primero. O eres el número uno... o no eres nadie.

—¿Quiere decir que alguien quiso arrebatarse a Gros ese primer puesto que parecía de su propiedad? —sugirió.

—No lo sé. Su muerte resulta incomprensible.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

Panal reflexionó unos instantes, consciente de la importancia de la pregunta: qué ocurrió en el último encuentro entre alguien que moriría al día siguiente y alguien que le sobreviviría.

—La víspera de su muerte, Gros me llamó por teléfono al acabar la etapa en Toulouse para felicitarme por el triunfo, pero no pudo hablar conmigo, porque yo estaba ocupado, y me dejó un mensaje. Más tarde lo llamé yo. Charlamos un par de minutos. Lo habitual: enhorabuena por el triunfo y suerte en adelante.

Cupido vio cómo se replegaba después de hablar, sobrio y parco, sin dar más detalles. Uno de sus compañeros fue a llamarlo para que comenzaran a agruparse en la salida.

—Ya voy —le dijo. Se dirigió al detective—: Siento no poder ayudarle. Pero le deseo suerte a Mises. Es un buen compañero.

—Sólo es un sospechoso —dijo Cupido—. Uno más. Nadie lo ha inculpado directamente.

—Me alegro. Es un buen compañero —repitió.

Creció unos centímetros al subir a la bicicleta y el detective lo vio marchar y confundirse entre los corredores prestos para la salida: un tipo oscuro, discreto, poco agraciado, fibroso, más que fuerte endurecido como una piedra, a quien —daba la impresión— sólo podría derrotar una mujer, pero por quien, al mismo tiempo, ninguna mujer giraría la cabeza para seguir mirándolo. Sin embargo, al subirse al sillín parecía unirse a su bicicleta como un soldado a su espada y adquiría una prestancia inesperada. Tal vez era eso lo que había conquistado a su esposa, una antigua azafata de la Vuelta a España de una impecable belleza, con quien aparecía en una fotografía del dossier elaborado por Carol.

Cupido volvió al hotel, recogió el equipaje, compró la prensa y ese día subió al autobús del equipo, y no al coche de los mecánicos. Aunque salieron un poco más tarde de Le Mans, tomaron la autopista hacia el norte y ya estaban esperando en Caen cuando llegó cabalgando el pelotón. En el televisor del autobús había seguido la carrera, los ataques sucesivos, en oleadas, que lanzaron los corredores franceses hasta consolidar una fuga de tres cuyo mayor interés residía en comprobar quién de ellos ganaría la etapa. De vez en cuando interrumpían la transmisión para ofrecer breves noticias de la actualidad: un nuevo récord de temperatura, aunque esta vez la ola de calor no afectaba a los países del Mediterráneo, sino que parecía anclada bajo un sol lanzallamas en la cuenca del Danubio; continuaba el sufrimiento de la biota y a las agresiones de sus inquilinos la ofendida Tierra respondía con nuevas y más graves

calamidades climáticas y con tumultos geológicos; se repetían los atentados en los países árabes; con la bonanza del verano, los inmigrantes seguían colándose en una Europa que sólo encontraba noticias felices rebuscando entre pequeños acontecimientos comarcales.

Los periódicos que hojeó dedicaban cada vez menos columnas a repetir detalles y conjeturas sobre la muerte de Tobias Gros y a criticar la inoperancia policial que a los resultados de otras competiciones. Y el interés que aún persistía no surgía de la indignación colectiva por el asesinato, puesto que Gros nunca había sido uno de esos personajes tan queridos por la gente común que una agresión hacia ellos era considerada como una agresión personal, sino de una morbosa curiosidad por conocer quién se había atrevido a golpear a un campeón mundial hasta destrozarle la cabeza.

La etapa terminó en las calles de Caen, entre la euforia de los aficionados franceses, y fue ganada por Olivier Renaud, el líder del equipo Hexagone, que se había manifestado repetidamente contra las prácticas de dopaje. Por cuarto día consecutivo, Darko Hamelt mantuvo el maillot amarillo que había conseguido en la contrarreloj de Burdeos.

Cupido esperó en el alojamiento del Helvetia —un hotel pequeño, apartado y discreto, donde no se alojaba ningún otro equipo— a que Hamelt terminara con la ducha y el masaje y, con la identificación en la solapa, no tuvo dificultades para llegar hasta él. Hamelt aceptó una entrevista en la cafetería media hora más tarde.

Mientras lo esperaba advirtió que casi todos los encuentros con los implicados en la investigación tenían lugar en hoteles con los mismos o parecidos decorados, con las mismas luces, los mismos búcaros de flores secas en los mismos rincones, los mismos perfumes femeninos flotando suavemente en los pasillos desiertos, los mismos rostros de hombres solitarios que no parecían felices. Y muchos de sus interlocutores iban vestidos con ropa deportiva que nada personal decía sobre ellos. Le hubiera gustado conocerlos en su ambiente privado, desenvolviéndose entre sus familiares, con su atuendo habitual, al volante de sus coches, entrando en sus casas y observando no sólo sus pertenencias, sino también cómo las habían dispuesto —cuáles estaban a la vista, y de las que, por tanto, se enorgullecían, y cuáles ocultaban, de las que podrían avergonzarse—, de modo que le aportaran indicios sobre su carácter, sus gustos, sus obsesiones. El Tour era un escenario móvil que recorría toda Francia y allí sólo contaba con sus rostros y sus palabras para conocerlos.

Se sentaron alejados de la barra y, cuando llegó el camarero, Cupido, imitando a Hamelt, también pidió una botella de agua mientras pensaba en aquella paradoja: ciclistas que sólo bebían agua mineral, que sólo ingerían alimentos en perfecto estado y de gran calidad y que, sin embargo, con frecuencia tomaban productos que podían machacar sus corazones y sus hígados.

—Mieses es un buen tipo y me alegro de que haya alguien de su propio país que

lo defienda.

—¿Lo conoce?

—Sí. Coincidimos un año en el equipo Paradis. Los dos éramos... gregarios. — Hablaba despacio, en un francés casi perfecto en el acento, aunque con algún titubeo en el vocabulario.

—Él terminó peleándose con Tobias Gros.

—Yo dejé el Paradis para no pelearme.

—Sin embargo, he oído decir que Gros siempre protegía a los suyos.

Hamelt sonrió con facilidad. Era delgado, alto y, al mismo tiempo, muy fuerte, con una constitución atlética que le permitiría triunfar en cualquier deporte.

—Le ocultaron la otra parte de la verdad. Tobias protegía a los suyos siempre que sirvieran a sus intereses y contribuyeran a su leyenda. Su protección era... paralizante. Como le ocurrió a Mieses, no permitía que los demás tuvieran iniciativas, que evolucionaran, que...

Se interrumpió bruscamente, con dificultad para encontrar las palabras precisas.

—Usted no lo apreciaba —arriesgó Cupido.

—No, no lo apreciaba. Reconozco que era un gran corredor, sí, el mejor que he conocido nunca, pero no lo admiraba como... un ejemplo a imitar. Sentía hacia él demasiado rencor como para tenerle también admiración. ¡Pero de ahí a imaginar su muerte! ¡Y esa manera de morir!

—¿Por qué el rencor?

—Cuando comencé a correr en el Paradis firmé un contrato largo, para cuatro años. Estaba seguro de haber llegado al lugar adecuado: un equipo prestigioso que pagaba bien a sus corredores, que aspiraba a triunfos deportivos y que era respetado internacionalmente. Me bastó una temporada para saber que me había equivocado. Cuando hablaban de mí como sucesor de Gros, estaban pensando en un plazo muy largo, que sólo llegaría con su retirada. Porque él no admitía compartir con nadie ni una migaja de sus triunfos. En su equipo, ningún corredor podía crecer, progresar. Junto a él todos éramos gregarios.

Al tercer año intenté escapar de allí. Les ofrecí renunciar a una parte de mi ficha a cambio de recuperar mi libertad, y aunque los patronos podían haber cedido, Gros no lo aceptó y me retuvieron hasta que terminó el contrato...

—Si usted se marchaba a otro equipo, podía convertirse en un rival peligroso — sugirió.

Hamelt se tomó unos segundos antes de responder.

—Creo que no. Él era demasiado fuerte para temer a nadie. Si hubiera impedido mi marcha por miedo..., yo lo habría entendido. Pero se debió a su afán por controlarlo todo, por sentir que todos dependíamos de él. Cuando al fin salí, ya era demasiado tarde, había entregado demasiado tiempo a alguien que no lo merecía,

había perdido la oportunidad de alcanzar algunos éxitos que cada día resultan más difíciles... La vida de un deportista es demasiado corta.

—¿Cómo reaccionó Gros?

—Mal. Había repetido tantas veces que yo era su heredero, como si fuera para mí un padre y se lo debiera todo, que consideró mi marcha como una traición. No estaba acostumbrado a que alguien lo dejara, siempre era él quien prescindía de los demás. Desde entonces no volvimos a hablar.

Durante la conversación Hamelt había mirado varias veces hacia la barra, que tenía enfrente. Con el pretexto de mirar a un huésped que pasaba, Cupido giró la cabeza: una mujer reía las palabras de un hombre gordo y sudoroso.

—Luego me fui al Helvetia y hasta ahora no me he arrepentido. Es un buen equipo, muy ordenado, como buenos suizos. —Intentó una broma sin demasiada gracia—. Y tiene a Max Zaharia como director deportivo. Para mí, él sí es como un padre.

—Creo que la noche de la muerte usted estaba reunido con él.

—Sí, como todos los días. Hablamos de la etapa, de cómo se ha desarrollado y de cómo será la del día siguiente. Y hablamos de cómo me encuentro yo. Zaharia quiere que todos los días tengamos una conversación a solas, sin la presencia del equipo. Está convencido de que puedo ganar este Tour.

Cupido recordó lo que la prensa afirmaba de él: sus supersticiones, la fragilidad de su moral, sus dudas en los momentos decisivos, la falta de confianza en sí mismo, que, en un deporte que exigía tanta resistencia y sufrimiento, le impedían convertirse en un ganador.

—¿Quién podía desear su muerte?

—Todos —respondió sin dudar.

—¿Gros no tenía amigos en el pelotón?

—Ya se lo dije antes: los corredores de su equipo... mientras eran corredores de su equipo. Y Marcel Duhomeau, claro, a quien él nombró su heredero cuando yo salí del Paradis. A propósito, ¿sabe ya que se ha retirado de la competición?

—¿Duhomeau? ¿Cuándo? —se sorprendió Cupido.

—Hoy. A mitad del recorrido se ha bajado de la bicicleta.

—¿Por qué?

—Desde su equipo dicen que por las molestias físicas que le provocó la caída de ayer, cuando hizo el afilador con alguien de delante. Dicen que ha pasado una mala noche y que no se ha recuperado.

—¿Y fuera de su equipo?

—Fuera dicen que está desconcertado desde la muerte de su jefe. Resulta extraño que, siendo el heredero oficial, sea el único que parece rechazar su herencia.

Cupido pensó en otra posibilidad menos inocente. El día anterior se había

conocido el positivo de Gros y unas horas más tarde su lugarteniente se bajaba de la bicicleta.

—Cuando estaba en el Paradis, ¿había dopaje? Hamelt se irguió en el asiento, sorprendido por la pregunta.

—No.

—¿Ninguno de sus compañeros?

—No —repitió—. Nunca vi que alguien del equipo tomara algo ilegal. Y si lo hubiera visto, nunca lo diría.

—Creo que yo haría lo mismo —aceptó.

Aquél era el gran tema tabú y Cupido no tenía poder para romperlo. Mieses lo había contado por voluntad propia, y sólo a él, porque necesitaba explicar por qué fue a ver a Gros la noche de su muerte. Pero ningún otro corredor lo reconocería espontáneamente.

Hamelt miró su reloj.

—No tengo más tiempo. Debo irme. —Amagó un gesto de levantarse que no llegó a culminar—. Le deseo suerte con su investigación. Es imposible que Mieses... Es un tipo... combativo, pero nunca le vi hacer trampas. Usted podrá ayudarlo.

—Lo intentaré. No soy más que un detective privado en un país extranjero.

—Ustedes ya no son extranjeros en ningún país de Europa —dijo con gravedad, desviando de nuevo la mirada hacia la barra.

—Pero su país también...

—Yo no tengo país —lo interrumpió con una voz cruda, casi dolorosa—. Mi país es el ciclismo.

—Usted es dálmata, ¿no? —dijo Cupido, recordando de pronto de qué lugar de los Balcanes procedía. Había admirado su forma de correr: una pedalada larga, elegante y elástica, una fortaleza superior a la que su aspecto hacía suponer y una gran resistencia a los esfuerzos prolongados.

—No sé bien lo que soy —murmuró—. Nací en Dalmacia, en una nación desaparecida..., si es que alguna vez existió realmente como nación. Mi padre era serbio y lo mataron los croatas. Mi madre era bosnia y, después de quedarse viuda, convivió con un bosnio que huía de los serbios. Así que no sé bien qué soy, ni cuál es mi país, ni dónde quiero terminar viviendo. Mi país es el ciclismo —repitió—, y tal vez por eso me gusta tanto este deporte, porque en cualquier equipo podemos correr veinte ciclistas de veinte lugares diferentes, que hablamos veinte idiomas distintos y a quienes nos da igual qué región atravesamos o a qué nación pertenece la montaña que subimos...

Volvió a mirar su reloj y ahora sí se levantó. Se despidió del detective y desapareció en el ascensor.

Cupido abrió el móvil, que durante la entrevista había vibrado un par de veces en

su bolsillo. Había dos llamadas perdidas: una de Carrión y otra del Alkalino. Respondió en primer lugar a la del director del Vetonía.

—¿Te has enterado? —le preguntó Carrión sin detenerse a saludarlo.

—¿Te refieres a lo de Duhameau?

—Sí. Ésa es la primera noticia. Ha abandonado alegando molestias físicas que nadie termina de creerse. Abandona cuando se revela que fue Gros quien dio positivo.

—¿Quieres decir que tiene miedo?

—Mucho miedo. Tú has hablado con Mieses y ya sabes cómo funcionaba ese equipo, ¿no?

—Sí.

—Si han pillado al jefe, podrían ir a continuación contra su lugarteniente. ¿No te parece un motivo razonable para apartarse a un lado? Fuera de la carrera resultará más difícil controlarlo.

—¿Dónde está ahora Duhameau?

—Desaparecido. Su equipo ha emitido un comunicado: no quiere ver a nadie, no quiere hablar con nadie.

—Pues sería conveniente cruzar unas palabras con él.

—He supuesto que te interesaría.

—¿Eso significa que sabes dónde está?

—He preguntado por ahí, a gente de su entorno. No sé el lugar exacto, pero hablan de una casa familiar en algún lugar perdido de la Charente.

—Bueno, ya es algo. ¿Y la segunda noticia?

—Los periodistas empiezan a preguntarse si hay alguna relación entre la muerte de Gros y su positivo. En unas horas todo está cambiando... Y beneficia a Mieses. Parece que ya no es el único sospechoso. La policía francesa está interrogando ahora mismo a Galea, el médico del Paradis. Se lo han llevado a la comisaría. Nadie sabe cómo terminará todo.

Acababa de colgar y estaba marcando el número del Alkalino cuando él se anticipó.

—Vi la transmisión del final de la etapa. Mucha gente en las aceras, en las cunetas, en los tractores. Vi a un diablo corriendo en una rampa, con su tridente, su disfraz rojo, con unas barbas que no lograban ser malignas... Pero no te vi a ti saludando ni agitando una bandera de las nuestras —bromeó en voz demasiado alta, como si desconfiara de la eficacia del móvil. Y luego, sin esperar su respuesta, preguntó—: ¿Cómo va tu trabajo?

Cupido resumió las conversaciones con Mieses, Panal y Hamelt y mencionó la sorpresa que le había causado la noticia del dopaje de Tobias Gros, después de diez años sin que nadie pudiera demostrar algo en su contra, y la retirada inmediata de Duhameau.

—Demasiados datos que aún no sirven para nada. Demasiado ruido alrededor para poder reflexionar. Demasiado movimiento, demasiadas prisas, todos los días corriendo de un sitio a otro. Si no es la investigación más difícil con que me he encontrado, sí es la más fatigosa —se quejó. La rapidez con que se sucedían los acontecimientos, el ruidoso espectáculo del Tour, la agitación y velocidad del pelotón, que, una vez en marcha, hacía pensar que no se detendría nunca, habían alterado su ritmo de trabajo, le impedían ordenar sus pensamientos y le causaban una sorda irritación.

—Los Calatayud —dijo el Alkalino.

—¿Aún siguen ahí?

—Sí. Pero he sabido que se marchan mañana hacia las etapas de los Alpes, de modo que tal vez te los encuentres de nuevo. Me he preocupado de averiguar algo más: la ciudad, Grenoble, y el nombre del hotel al que han facturado el tándem, para tenerlo allí cuando lleguen.

—¡Estupendo! ¿Has encontrado algo sobre ellos?

—Muy poco, a pesar de quemarme las pestañas ante la pantalla del ordenador, buscando de arriba abajo en archivos de ciclismo, en foros de aficionados.

—¿Qué?

—Que era ciclista.

—¡Lo sabía! —exclamó Cupido—. Lo sabía. A pesar de su actual gordura, había algo en su aspecto, en sus piernas, que sugería tensión y dureza.

—El padre —corrigió el Alkalino.

—¿El padre?

—Fue ciclista profesional desde 1969 hasta 1976.

—¿El padre? —repitió, sorprendido.

—Sí. Un corredor humilde, poco conocido, que no alcanzó ninguna victoria de resonancia, pero que era apreciado por los líderes de sus equipos.

—Un gregario —comentó.

El Alkalino se quedó unos segundos en silencio.

—Sí. Uno de esos tipos admirables que están diez años corriendo al servicio de un líder sabiendo que nunca ganarán una etapa, que nunca levantarán los brazos por llegar el primero a la meta, que nunca verán su nombre escrito entre los ganadores ni lo oirán resonando por la megafonía que los reclama a lo alto del podio. Uno de esos tipos anónimos, como la mayoría de nosotros —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Que sólo dos o tres podéis presumir de independientes. La mayoría...

—De acuerdo, de acuerdo —concedió, imaginándolo en el hotel de los Pirineos, solo, apático, aburrido entre gentes que hablaban otro idioma, bajo y moreno, oscuro, sin que ni siquiera la pancreatitis de la que se recuperaba hubiera vuelto pálida su

piel. Pero no era el mejor momento para entretenerse—. Los Calatayud.

—El padre. Un gregario que corrió con el «Tarangu», con Ocaña. En algunas pruebas, también con Eddy Merckx, con Poulidor... He encontrado un pequeño reportaje que alguien escribió sobre él en un periódico de Aragón. Había montado en bicicleta desde niño, pero nunca adivinarías dónde se forjó como ciclista.

—¿Dónde?

—En el Sahara, cuando aquello era todavía una colonia española. Lo destinaron allí dos años en el servicio militar, en un puesto de enlace o de transporte. A cada uno de ellos le daban un camello y una bicicleta para llevar mensajes entre los puestos o los destacamentos. Debió de ser un buen entrenamiento, porque un año después de licenciarse lo ficharon como profesional. Si es verdad lo que cuenta el reportaje, aún eran los tiempos heroicos del ciclismo, cuando se alimentaban con pasta y carne roja y se dopaban con café, porque de química sabían poco más que las leyes de la fermentación del vino. Corrió siete años como profesional, desde los veinticuatro hasta los treinta y uno, y se retiró con discreción, sin dejar huellas. No consiguió ninguna victoria importante y nunca lo llamaron para la selección. Tampoco, al retirarse, se convirtió en manager ni en entrenador. He buscado. Ni siquiera aparece una tienda de venta o arreglo de bicicletas con ese apellido, Calatayud, donde un viejo ciclista combate la nostalgia mostrando catálogos, recomendando modelos, arreglando frenos o marchas mientras narra sus aventuras a aficionados de domingo. Nada, no hay nada más.

El móvil emitió un quejido con el que la batería avisaba de su cansancio, como si también ella fuera incapaz de soportar el ritmo de las palabras del Alkalino.

—¿Y sobre el hijo?

—Menos aún. He encontrado el apellido, Calatayud, en las actas de un campeonato infantil de la federación aragonesa, en 1988.

—Coinciden el lugar y la edad —calculó Cupido. —Se cita a un niño que, con diez años, ganó varias carreras seguidas.

—¿Qué más?

—Hay otra mención. En las fiestas locales de Zaragoza, al año siguiente, el mismo niño vuelve a ganar. El premio era una bicicleta. Luego, el apellido desaparece.

—¿Así? ¿De repente?

—Sí. Pero he dado otro paso.

—Dime.

—He telefoneado a la federación de ciclismo de Aragón. Guardan los archivos de aquella época, pero no los tienen informatizados. Se pueden consultar. Zaragoza está cerca. Voy a bajar, buscaré en ellos y, si es necesario, en la prensa de entonces. Se me ha despertado la curiosidad.

Cupido apenas tuvo oportunidad de agradecerse, porque el móvil, agotado, se negó a seguir funcionando con varios pitidos de enérgica protesta. Necesitaba la información que los Calatayud se habían negado a darle y que los vinculaba al mundo del ciclismo, pero no tenía tiempo para dedicarse a esa búsqueda. Desbordado por los desplazamientos, que apenas le dejaban unas horas al día para las entrevistas, la ayuda del Alkalino le venía en el mejor momento.

También era necesario hablar con Duhamel, escondido en algún pueblo profundo de la Charente, según había dicho Carrión. Pidió línea en recepción y tecleó el número de Carol. Descolgaron al segundo timbrazo.

—¿Carol?

—*La mere ou la filie?* —preguntó una voz femenina adolescente.

—*La mere.*

—*Ne quittez pas* —y luego, alejándose—: *Maman, au téléphone.*

Carol reconoció su voz en cuanto dijo las primeras palabras. Acababa de leer en internet las últimas noticias sobre el Tour y sobre Duhamel.

—Hay que encontrarlo y hablar con él. Carrión sospecha que no se trata de una lesión, que se ha retirado para prevenir cualquier problema con los controles antidopaje. Parece que se esconde en algún lugar de la Charente.

—¡Ah! No está lejos de aquí.

—¿Podrías intentar localizarlo?

—Si se ha escondido, no será fácil.

—Los abogados tenéis muchos recursos, conocéis a mucha gente —insistió.

—Lo intentaré. Mañana haré algunas gestiones. Ahora mismo, a las siete y media, en Francia, ya es tarde para todo —aludió a los tardíos horarios españoles, a la costumbre de telefonar a cualquier hora—. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Esperaré.

Después de colgar siguió pensando en ella. Durante la investigación la había recordado algunas veces. Su trato había sido agradable, distinto al de otros abogados con quienes había trabajado, tipos que siempre alardeaban de su dominio de las leyes y que se las repetían una y otra vez como si él estuviera incumplíendolas. Si el primer día que hablaron por teléfono creyó advertir un atisbo de suficiencia, luego no había detectado en ella ningún afán de acaparar méritos y protagonismo. Al contrario, al solicitar su ayuda, Carol había aportado su oficio con rapidez y eficacia, y sin duda esperaba de él la misma colaboración, pero no le había exigido nada extraordinario que rompiera el equilibrio. Y también había recordado que era Una mujer hermosa y que su cercanía le resultaba cálida y relajante. Ahora que había oído por teléfono la voz de su hija, se preguntó cómo sería en la intimidad de su hogar, si vivía sola o si tenía una pareja que la hiciera feliz, razonablemente feliz.

Al terminar la entrevista con el detective, Darko Hamelt volvió a su habitación, que ocupaba él solo desde que un compañero abandonara el Tour a causa de una caída.

Se tumbó en la cama, colocó los brazos bajo la nuca y se desperezó, arqueándose como los perros, oyendo cómo encajaban algunas articulaciones cargadas por la tensión y los esfuerzos. Pensó en la mujer que, sola en la barra, bebía a pequeños sorbos de pájaro algunas gotas de refresco. Después de tanto tiempo viviendo en hoteles había aprendido a reconocer la sugerencia en cada uno de sus gestos: en la aparente indiferencia con que elegían un asiento discreto, donde no cayera la luz directa y cruel de un foco; en la lentitud con que sacaban de un bolso pequeño y brillante la cajetilla de tabaco, siempre rubio, y alzaban hasta los labios pintados un cigarrillo, para descubrir enseguida que no tenían con qué encenderlo y mirar alrededor esperando la mano cortés del caballero; en la perfecta coordinación de humo y palabras de agradecimiento; en la calculada demora para ofrecer la primera sonrisa. Mientras hablaba con el detective había observado la repetida secuencia, sin talento para ser original, sin necesidad tampoco de serlo, porque los hombres que se acercaban también parecían exigir siempre los mismos, torpes reclamos.

Sin embargo, esta vez había en ella algo inconfundible y dulce que ahora se esforzaba en evocar, una mayor convicción al officiar la ceremonia, un resto de indomable orgullo al sonreír al hombre gordo, la burlona seguridad de saber que aquél con quien hablaba se sentía de pronto un tipo irresistible. Ella también lo había mirado cuando el otro no la veía, y había mantenido la mirada para decirle: «Si tú quieres, ahora mismo...». No había aceptado su invitación, pero había seguido sus risas, su paciencia para soportar la cercanía sudorosa, el peso de la mano redonda y anillada en el hombro desnudo, su farsa al mostrarse alegre y promisoria. Había seguido su expresión burlona y aburrida cuando el otro fue al servicio o le daba la espalda. Y cuando al final, aceptado el pacto, el gordo le besó el hombro y abrazó su cintura, la vio sonreír ocultando el asco.

Ahora la imaginó vistiéndose en alguna habitación cercana, lavándose los dientes, perfilando con carmín la línea de los labios, cerrando el bolso pequeño y brillante, su peso aumentado con unos pocos billetes. Luego, subiéndose sobre los zapatos de tacón y acentuando la burla —«Ha sido estupendo»— al despedirse del hombre que esperaba, impaciente y húmedo, a que se marchara.

Podría haber sido él. En el pelotón no eran extrañas las aventuras con algunas de las fans y *groupies* que seguían a los ciclistas, con alguna azafata, y en ocasiones también se habían organizado fiestas con profesionales. Podría haber sido él, porque en el fondo no se diferenciaba de los hombres de negocios que pasaban en hoteles la mitad de sus vidas. Él era un nómada que viajaba de ciudad en ciudad arrastrado por

su trabajo y porque no tenía un hogar fijo de reposo. Cuando terminaba la temporada, en octubre, tras el mundial de ciclismo, y sus compañeros regresaban a descansar a sus remotos y cálidos cuarteles de invierno, él se encontraba vacío, sin ningún deseo de volver a la casa de su madre en un pueblo cercano a Dubrovnik, sin ninguna querencia hacia un país que era el mismo donde había nacido y al mismo tiempo ya era otro. Allí se sentía extranjero entre sus paisanos, y en cambio en el pelotón no se sentía incómodo entre los extranjeros. No compartía la nostalgia de corredores que plañían por el retorno a su tierra, puesto que él no tenía patria, como le había dicho al detective. Su patria era el ciclismo, y los hoteles eran su territorio, a cuyo ecosistema se había adaptado sin dificultades. Hasta alojarse en uno de ellos no había conocido el privilegio de sentirse servido a cualquier hora, de que otros limpiaran su acomodo, hicieran su cama y se preocuparan de que tuviera agua caliente en el baño y la temperatura adecuada en todo momento del día o de la noche. El precio se pagaba con sufrimiento sobre la bicicleta, pero no era demasiado alto.

¡Qué diferente aquella vida de lujos a lo que había sido su infancia! Después de unos años en que la memoria había mantenido oculto el pasado, enterrado bajo las urgencias de las competiciones, en los últimos meses sus recuerdos volvían galopando y aumentaban su claridad. Sin esfuerzo reunía ante sus ojos imágenes aisladas que enseguida se organizaban en secuencias. Le bastaba apagar la luz al acostarse y aparecía allí el niño de once años que un día, asustado, corría hacia su casa montado en bicicleta, apenas menos rápido que los coches y los camiones militares que retumbaban por la carretera. Cuando llegó, ya estaba allí el jeep, delante de la valla. Un soldado fumaba en la puerta y le cortó el paso obstruyendo la entrada.

—¡No! —dijo.

—Es mi casa —protestó.

Esperaba oír algún grito, algún golpe, la concreción de las amenazas que había oído durante las últimas semanas: el temor de su madre a los hombres de la guerra, la preocupada bondad del padre.

—Vete a dar una vuelta. Coge la bici y vete a dar una vuelta —dijo el soldado.

—Es mi casa —repitió.

Desde fuera oyó los pasos que avanzaban por el pasillo, por delante de los dos militares con galones en las hombreras. Entre ellos venía su padre, con el pantalón del uniforme de cartero, pero sin la chaqueta ni la gorra, como si no le permitieran protegerse tras su condición de funcionario. Le habían esposado las manos a la espalda.

—¡Papá! —Intentó avanzar hacia él para abrazarlo, pero el aire caliente, espeso del miedo resultaba infranqueable y las rodillas no lograron que se moviera.

—No te preocupes, volveré pronto. Ve con tu madre y cuídala hasta que yo regrese.

Entró y avanzó por el pasillo hasta la cocina. Allí, otro soldado vigilaba para que ella no saliera, como si tuvieran miedo a su reacción en la calle, al contagio de sus gritos, de su dolor. Su madre abrió los brazos y él se cobijó dentro. Sonó el claxon y el soldado se marchó.

—No te preocupes, tu padre volverá pronto —repitió en voz baja y dócil, acunándolo como a un niño pequeño.

Su madre no había querido llorar delante de los soldados croatas, pero tenía los ojos llenos de lágrimas cuando lo separó de ella, le acarició la cabeza y le dijo:

—Ahora yo voy a salir. Hay gente que puede ayudarnos. Vas a quedarte en casa, con la puerta cerrada, sin abrir y sin hablar con nadie, ¿me entiendes?

—Sí.

Pasó fuera toda la mañana y él estaba dormido en el sofá cuando lo despertaron sus dedos acariciándole el rostro. Ya era por la tarde y vio que ella había vuelto a llorar.

—¿Dónde está? —le preguntó.

—Serán sólo unos días. Se han llevado a todos los serbios porque temen que se unan a los *chetniks*. Pero a tu padre no le pasará nada. El conoce todos sus nombres y todos lo conocen a él. Es funcionario, les ha llevado la correspondencia durante quince años y saben que nunca falló, que nunca se enfrentó a nadie, que sólo cumplió con su deber. Serán sólo unos días —repitió.

—Sí —dijo.

Su madre sacó un poco de fiambre, un trozo de pan.

—Come algo. Quiero que vuelvas a quedarte aquí, como has hecho antes. Yo tengo que ir a la estación, a llevar y recoger —dijo apretando la cuerda que pasaba por las anillas metálicas del saco de lona.

—¡Voy contigo!

—No.

—Voy contigo. A papá lo acompañé muchas veces —repitió con firmeza.

Era media tarde cuando salieron. Sin pensarlo, fue a buscar su bicicleta y su madre dijo:

—No, la tuya no. La de tu padre.

Cogió la bicicleta oficial y cargó el saco de la correspondencia en la ancha cesta delantera. Era la primera vez que se subía en ella y el cuadro grande, pesado, le resultó extraño, pero no tuvo ninguna dificultad para manejarla. Aunque su madre caminaba deprisa, pedaleó despacio para no dejarla atrás. No pasaba nadie por el camino de la estación, ningún viajero, ningún campesino que regresara de sus tierras. Poco después oyeron a lo lejos disparos de fusiles. Su madre se detuvo asustada y él tuvo que poner el pie en el suelo para no caer. Siguieron adelante, pasaron ante los dos soldados que controlaban el acceso a la estación, entregaron la correspondencia

de salida y regresaron con el nuevo saco en la cesta. La lona dura, encerada, llena de cartas comunicando alegrías, dolores, negocios, nacimientos o defunciones pesaba más de lo que nunca había imaginado. En su primer día de trabajo estaba aprendiendo la importancia que adquirirían las cartas en los tiempos de guerra.

No hablaron en el camino de regreso, temiendo oír nuevos disparos. Al entrar en el pueblo los sorprendió el sonido tristísimo y funeral de una guzla surgiendo de un lugar indeterminado. Cuando llegaron a casa, ella preparó para él la misma cena que preparaba para el padre. Luego la oyó derramar sobre la mesa de la oficina las cartas y los paquetes y ordenarlos para su reparto al día siguiente, rellenando los avisos, estampando con golpes débiles el sello con la fecha: 14-Julio-1991.

Cuando se levantó, al amanecer, su madre estaba preparándose para salir. El primer sol que entraba por la ventana comenzaba a buscar su rostro y, en la naciente claridad, sus ojos desprevenidos no habían tenido tiempo de ocultar el miedo. Le dio un beso y le ordenó de nuevo que no se moviera de casa. Desde el umbral la vio colocar en la cesta la cartera de cuero del reparto, empujar la bicicleta por el manillar, sin montar en ella y salir a la calle. Atravesó corriendo el pequeño jardín y llegó junto a ella cuando cerraba la puerta de la valla.

—Voy yo a hacer el reparto —dijo.

—No.

—Voy contigo. Ya fui muchas veces con papá —repitió, como si el permiso ocasional del padre siguiera vigente.

—No. Tú te quedas aquí, esperando. Tal vez regrese tu padre y no debe encontrar la casa vacía. Además, al entregar las cartas podré llegar hasta los despachos y hablar con ellos, con los que mandan. Quizá me dejen verlo.

Debería haber insistido o, al menos, haberla acompañado, pero aquella mañana sólo tenía once años y alrededor todos los croatas se habían convertido en soldados que, encorajinados por los sucesos de Krajina, encarcelaban o fusilaban en las cunetas a los serbios que intentaban impedir la independencia. Así que su madre estaba sola cuando le dieron la noticia, y sola tuvo que recoger el cadáver en un claro del bosque, y sola tuvo que organizar su entierro. Ella era bosnia y aún no habían comenzado los conflictos de los croatas con los bosnios.

Unas semanas más tarde había sustituido a su madre y ya conocía los nombres de las calles, los itinerarios, los trámites y firmas. Por las mañanas, mientras ella atendía la oficina y organizaba el correo saliente, él cargaba la cartera en la cesta y, sin apenas ayuda, desempeñaba el reparto diario, con un pedaleo continuo que iba fortaleciendo su corazón y sus piernas y desarrollaba una capacidad que por entonces no podía imaginar hasta dónde lo conduciría. A veces dejaba la bicicleta apoyada en una pared o en un árbol y entregaba a pie las cartas de una calle. Pero además tenía que recorrer cada día treinta y cinco o cuarenta kilómetros para llegar hasta las casas

diseminadas por la campiña, hasta pequeños grupos de viviendas, hasta las fincas donde esquivaba la desconfianza de los perros. Negándose al cansancio, movía los pedales de la pesada bicicleta para subir a las colinas y atravesar los charcos y las zonas embarradas en los días de lluvia.

Repartía las cartas, los paquetes con el nuevo nombre del país en los nuevos sellos, indiferente a la identidad del destinatario. Distinguía los apellidos croatas de los serbios o de los bosnios, pero no manifestaba simpatía, ni desprecio, ni odio. Mostraba la misma expresión impasible y fría para entregar una carta de amor a la adolescente que se adelantaba a la esquina de la calle para recibirla a escondidas que un sobre enlutado con la orla negra de las esquelas, un paquete contra reembolso en el domicilio de quien podía haber sido uno de los asesinos de su padre que un certificado con sellos extranjeros en el barrio bosnio a una mujer que salía de prisa a la valla, anhelante, en cuanto oía el ruido de las solapas de los buzones. Quienes tenían a un desaparecido en la familia mostraban mayor ansiedad por recibir cartas.

Alrededor, aquel extraño conflicto que no llegó a ser guerra abierta, pero que tantas víctimas produjo, había terminado con la independencia de Croacia. El nuevo país, con la forma de un bumerán dirigido hacia Europa, establecía sus fronteras del sur en una larga lengua costera sobre el Adriático. Los serbios habían regresado a su territorio natural, a las montañas, donde históricamente habían conseguido sus mayores victorias, y las batallas se desplazaron a Bosnia, donde había nacido su madre. Y unos meses más tarde, ella, sola, desamparada, abandonó el luto y aceptó primero las visitas, y la convivencia luego, con un refugiado bosnio con el que aceptó casarse.

Su madre le comunicó su decisión un mediodía, al volver del reparto, y él recibió la noticia sin rebelión y sin protestas, conteniendo unas lágrimas que, cerrado el paso hacia los ojos, le hinchaban la garganta hasta impedirle respirar. Antes de ocultarse en el baño, murmuró unas palabras confusas de obediencia, avergonzado de su voz adolescente, que aún resbalaba en el escalón de los graves y podía ser confundida con el llanto. Su desesperación no surgía del miedo a un padrastro, al poder otorgado a otra sangre, ni de la dolorosa sensación de que otra vez a su padre lo estaban matando, sino del atroz descubrimiento de que el amor es efímero, de que ella podía ser feliz de nuevo. Con trece años tuvo que aprender a mentir, con catorce dejó de creer en la felicidad como un estado factible de la vida. El nuevo marido era más joven que su madre: un tipo apuesto, haragán y creyente, que repartía las tardes entre el café y la mezquita. Desde el primer momento dijo que no sabía montar en bicicleta y nunca mostró intención de aprender.

Fue poco después cuando le propusieron participar en una carrera ciclista, representando a su comarca en la categoría de cadetes. Con asombro, comprobó lo poco que pesaba la bicicleta que le prestaron y lo fácil que le resultaba mantenerse en

cabeza mientras todos sus rivales iban cediendo. No tuvo excesiva dificultad para ganar. La vida, esa cosa incomprensible y difícil en contacto con los otros, se volvía sencilla y simple cuando se afrontaba desde una bicicleta en marcha. Subido en el sillín no necesitaba pensar, se limitaba a pedalear con mayor rapidez que sus rivales y se abandonaba a sus efectos benéficos: le parecía que sus pies perdían contacto con el suelo, que se elevaba por encima de aquella tierra caótica, confusa y conflictiva y que, al llegar a la cima de los puertos, podría seguir volando hasta marcharse muy lejos.

Un entrenador italiano lo vio ganar una carrera, una competición dura, con un itinerario semiprofesional, donde participaba una selección de ciclistas aficionados de los cascos azules que había enviado la ONU para pacificar la región. Observó su constitución, la manera en que se repartía su peso —la fina cabeza, el tórax estrecho y alargado, las piernas poderosas— y su forma de correr arqueando la espalda, con un pedaleo elástico y redondo, como si hubiera aprendido imitando la carrera de los perros dálmatas. El italiano se interesó por su trayectoria deportiva, le preguntó su nombre y le pidió sus datos. Y unas semanas más tarde, al regresar del trabajo, lo encontró sentado a la mesa ante su madre y su marido, compartiendo el té y las esperanzas en el futuro.

—Ven. Siéntate. Hoy es el mejor día de tu vida —dijo el bosnio—. Tu madre ha firmado por ti el contrato. Te vas a Italia, a Venecia. Muy cerca. Él —señaló al entrenador italiano— te enseñará lo que te falta para ser un campeón.

En la mesa, junto a las tazas de té, había un puñado de papeles escritos. Al lado, la cartilla del banco.

El italiano le estrechó la mano y le dijo, prescindiendo de la untuosa amabilidad del bosnio:

—Si tú quieres y te esfuerzas, podrás llegar muy lejos.

Miró a su madre, que esperaba en silencio su respuesta. Ella asintió, conforme con que se marchara lejos de la pobreza, del ambiente hostil, del odio étnico, del país destrozado, de la guerra que no parecía terminar nunca. Comprendió que para ellos ya no estaba allí, que lo veían lejos, en la Europa rica, poderosa y en paz, desde donde les enviaría parte del dinero que garantizaba el contrato. Luego miró al italiano y sintió miedo a irse a otro país, a hundirse en otro idioma, a sonreír a los desconocidos. ¡Pero era tan difícil rechazar una oferta que todos le aconsejaban que aceptara!

—Sí quiero —dijo.

Se marchó unos meses después, con dieciocho años y el pasaporte en regla. En Venecia llegaron los reconocimientos médicos, las pruebas físicas, los tests de rendimiento, la academia donde estudiaba idiomas en las horas libres. Llegó también la bicicleta personal, el cuadro hecho a su medida.

Al principio no le exigían nada, no tenían prisas con él. Esperaban su momento, porque sabían que muchos corredores con dotes extraordinarias reventaban antes de tiempo por exigirles triunfos rápidos, que muchas grandes promesas terminaron convertidas en prematuras tragedias. Pero al fin también quedó atrás la etapa de adaptación y pronto consiguió las primeras victorias en la categoría de aficionados. Con asombro, comenzó a oír su nombre repetido por las megafonías, a subir a la tribuna de premios, a ver su rostro en las fotografías de la prensa deportiva.

En Italia todo era más rígido que en su tierra, todas sus horas estaban ocupadas y no le quedaba demasiado tiempo para pensar en su madre, en las colinas de Dalmacia, en los sabores de las comidas, en las canciones de la niñez o en los recuerdos de la escuela. En invierno, al terminar la temporada ciclista, lo dejaban regresar a su casa durante dos meses para celebrar con los suyos una Navidad en la que no creían. Todavía ayudaba en el reparto del correo y hallaba cierta complacencia en responder a los saludos, a las felicitaciones de quienes habían oído hablar de sus primeros éxitos. Pero del mismo modo que el reparto se había motorizado, arrinconando la vieja bicicleta de su padre, se sentía cada vez más ajeno a las costumbres y a las gentes del pueblo. Los compañeros de equipo que habían quedado en Italia le resultaban ya más cercanos y afines que los amigos de la infancia. Su madre había dado a luz a un niño y él comprobaba que aumentaban las dificultades para hablar con ella a solas, para contarle cómo era la Europa por la que viajaba, para sonreír al mostrarle algunas fotografías subido en el podio. Su nuevo marido seguía repartiendo su tiempo entre el café y la mezquita.

Y por fin llegó el contrato como profesional y con veintidós años corrió su primer Giro. Una caída lo obligó a retirarse en la decimotercera etapa, pero ya sabía que podía aguantar tres semanas compitiendo, que también era un corredor de fondo.

En la siguiente edición ganó una contrarreloj y alcanzó el octavo puesto en la clasificación general. Esos resultados lo condujeron al equipo de Tobias Gros.

Firmó con el Paradis un contrato para cuatro años, pero sólo los dos primeros fueron satisfactorios. Le prometieron que, aunque en el Tour trabajaría de gregario, también habría botín para él en otras competiciones y en otros momentos de la temporada. Esa fue la primera promesa incumplida, porque toda la preparación y todos los esfuerzos del equipo iban exclusivamente enfocados a los éxitos y a la gloria de Tobias Gros. El líder estaba obsesionado con la carrera francesa y en torno a ella se organizaba el calendario de todo el equipo. Antes del Tour había que entrenarse para el Tour, durante el Tour no existía otro interés que el Tour y después del Tour había que recuperarse para ganarlo también al año siguiente. Las amables declaraciones en las que lo nombraba su heredero no eran más que un argumento para prolongar el engaño y mantener su obediencia. Durante esos años fue un gregario de lujo que tiraba del pelotón para anular las fugas de rivales peligrosos, que imponía un

ritmo fuerte en la montaña para impedir los saltos, que levantaba una pantalla contra el viento frontal, que guardaba su rueda y le prestaba su bicicleta si pinchaba en un momento delicado, que en circunstancias de peligro ponía por delante su mandíbula para recibir los golpes. Fue una sombra anónima y un número olvidable en el pelotón mientras el nombre de su líder se movía arriba y abajo, cada vez en mayor tamaño, por todas las portadas de la prensa. Fue el soporte que lo empujaba en los puertos hasta los últimos kilómetros, hasta que Gros desencadenaba el ataque definitivo que le daba la victoria. Él llegaba exhausto unos minutos después, mientras las cámaras ya enfocaban el podio, y sólo recibía las repetidas, gastadas palabras de agradecimiento y la palmada en la espalda de la misma forma que el jockey palmea el cuello sudado del caballo sobre cuyo esfuerzo ha basado su triunfo.

Sin embargo, su labor no pasó inadvertida entre los técnicos y los directores. Recibió ofertas para liderar otros equipos y cuando quiso marcharse del Paradis, porque veía pasar en vano sus mejores años, Gros se negó a la rescisión de su contrato. Y así fue surgiendo la rebelión y acumulándose el rencor. La última temporada, al negarse a renovar, lo condenaron a una temporada de ostracismo, porque Gros sabía que estaba más fuerte que nunca y que, si la suerte lo favorecía, sería un rival difícil de batir.

Pero también pasó aquel año, y luego vino a buscarlo Max Zaharia y le ofreció el primer maillot del Helvetia. Lo patrocinaba una empresa suizo-alemana dedicada a las energías renovables, que fabricaba paneles solares y molinillos eólicos. Había iniciado una etapa de expansión con una nueva imagen y pretendía ser asociada a corredores inagotables, enérgicos, brillantes y veloces. Pagaban bien, pero exigían por lo que pagaban. A menudo recordaba el momento en que Zaharia le puso el contrato delante y le dijo:

—Firma sólo si estás convencido de que puedes ganar el Tour.

—Lo estoy —replicó.

Intentó no decepcionarlos, pero en su primer Tour con el nuevo equipo no pudo luchar contra Gros. Después de cuatro años a su sombra, sus piernas se encogían cuando competía contra él, las dudas lo agarrotaban mientras se decía: «No podré ganar hasta que él muera, no podré ganar hasta que él muera». Las palabras de Zaharia para convencerlo de su capacidad no lograban desbloquearlo.

Pero ahora que Gros estaba muerto él había desplegado al fin todo su potencial físico y toda su capacidad de sufrimiento. Sin él no le había resultado difícil alcanzar el liderato en la larga contrarreloj de Burdeos y ahora no dejaría que nadie se lo arrebatara. En todos los periódicos del mundo aparecía vestido de amarillo, el color de la felicidad que había perseguido tanto tiempo y a la que ahora, por fin, daba alcance. Cuando su equipo iba en cabeza del pelotón, con cuatro hombres abriéndole el paso y otros tres vigilando como perros para que nadie se acercara a su rueda y

podiera provocar una caída, sentía que todos sus esfuerzos habían sido reconocidos y recompensados. Incluso el presidente del que ahora era su país le había enviado su enhorabuena y una invitación a cenar con él, en Zagreb, cuando terminara la carrera.

Había aceptado, pero su estancia allí no se prolongaría mucho tiempo. No volvería a vivir en su tierra. Se domiciliaría en París, o en Ginebra, o en Venecia, y para eso necesitaba ganar el Tour, por el prestigio y el orgullo, sí, pero también por el dinero que conllevaba el triunfo. No se resignaría a volver a Dubrovnik, a comprar un local comercial y gestionar una tienda de material deportivo y de bicicletas donde cobrara en kunas. No. Abriría algún negocio moderno y brillante en una ancha avenida de una gran ciudad donde se comerciara en euros, en los sólidos euros de la Europa rica. Y para cumplir todos esos sueños la muerte de Tobias Gros había sido una buena noticia, aunque no pudiera declararlo en voz alta.

—Cena en cinco minutos. —El ayudante llamó a la puerta y le pasó el aviso.

Bajó al comedor y cenó con todo el equipo, una de las normas para cuyo incumplimiento Max Zaharia no admitía ninguna excusa. Luego se reunieron para preparar la etapa del día siguiente, de Caen a Dieppe. Vieron en imágenes el perfil del itinerario, analizaron los puntos peligrosos, calcularon los riesgos de emboscadas. Podía soplar viento de costado en las costas normandas, pero todo el equipo estaba eufórico con el liderato y nadie temió una desgracia. Zaharia permitió algunas bromas que hubiera prohibido en otras circunstancias y la charla se alargó con cuestiones ajenas a la competición, tanto que esa noche no tuvieron la charla particular que solían mantener.

—¡A descansar todos! —ordenó el director—. Mañana os quiero bien despiertos sobre la bicicleta. Como mucho, os permito una hora de televisión o de jueguitos de ordenador. Luego, a la cama, con la prensa o con un libro, si es que alguno aguanta más de dos páginas sin que se le cierren los párpados.

Fueron marchándose a sus habitaciones, bromeando en voz alta por el pasillo, contando los días que faltaban, hablando del cansancio de hoy, del cansancio de mañana.

Hamelt se tumbó en la cama sin desprenderse del chándal del equipo. El televisor lanzaba en todos los idiomas las mismas imágenes de concursos estúpidos, de debates que no le interesaban, de películas que ya habían comenzado. Cerró los ojos y se dejó acunar por un aburrimiento dulzón y sin remedio. La soledad pudría la noche. La imagen de la mujer en el bar no lo abandonaba, su forma de mirarlo a espaldas del hombre gordo.

A medida que pasaban los minutos se sentía más inquieto, las piernas se le movían con un imperceptible temblor de impaciencia. Sabía que no le resultaría fácil dormir, que el sueño se resistiría como un enemigo. Era el líder del Tour y sin embargo estaba solo en un hotel y la noche no le ofrecía ninguna recompensa. En la

habitación de al lado se oía muy débil el rumor de la tele, pero lo demás era silencio. Sus compañeros debían de estar dormidos y serenos. Ellos eran transeúntes que pasaban unas semanas en los hoteles antes de regresar a sus hogares, él vivía en los hoteles, no tenía hogar.

Se levantó de la cama y sin hacer ruido abrió la puerta y se asomó al pasillo, con una torpe excusa en los labios por si lo sorprendían —iba a buscar la prensa deportiva, que aún no había leído—, porque temía los reproches de Zaharia. En una ocasión similar había trasnochado durante una concentración del equipo en los Alpes y de alguna forma el entrenador se había enterado de su escapada. No le dijo nada, pero a la mañana siguiente se colocó tras él con el coche y lo tuvo pedaleando ocho horas por los puertos sin permitir que se bajara de la bicicleta. Cuando hubo recorrido doscientos cincuenta kilómetros y llegaron de vuelta al hotel, le dijo:

—Los buenos ciclistas deben vagabundear menos por las noches y correr más durante el día.

No había nadie en el pasillo. Avanzó con pasos rápidos y silenciosos hacia los ascensores. Uno estaba abierto, pero prefirió tomar las escaleras.

Ella estaba de nuevo en el bar, sentada en un taburete ante la barra, aburrída, bostezando sin sueño. Avanzó mirando a los demás clientes: una pareja de mediana edad enfrascada en sus asuntos y tres hombres que parecían hablar de negocios y que lo miraron un instante sin ningún reconocimiento. Nadie más, nadie que perteneciera a la caravana del Tour.

Se sentó en un taburete cerca de la mujer y pidió una botella de agua. Esperó a que el camarero dejara el vaso con dos hielos para girar la cabeza. La mujer no lo miraba, abstraída en algo que le hacía sonreír, ajena a su presencia.

Se sirvió el agua, chocando cristal contra cristal, bebió el primer trago y, cuando apoyó el vaso sobre la barra, notó sus movimientos, la leve inclinación hacia su lado, el cruce de las piernas sin medias, bronceadas, los pies en zapatos de tirantes y tacón que le hicieron pensar en lo inapropiado que, en la noche, resultaba su atavío de chándal y deportivas. La vio sacar del bolso un paquete de cigarrillos, encender uno sin ayuda, con un movimiento tranquilo y perezoso, y, tras una primera calada, mostrar una sonrisa amistosa, unos centímetros por debajo del humo. Luego miró hacia él y alzó las cejas, reconociéndolo, antes de hablar:

—¿No es un poco tarde para que un ciclista esté despierto?

—También los ciclistas tienen, algunas noches, dificultades para dormir.

—¿A pesar del cansancio?

Para no hablar desde lejos acercó unos pasos el taburete hacia ella, que apagó el cigarrillo para que el humo no lo molestara. Entonces llegaron los comentarios que esperaba: su admiración hacia los deportistas, la coincidencia en los mismos ídolos, su propia práctica del atletismo en la infancia. Su risa, cada vez más franca, mostraba

la amplitud de la boca, la seguridad de ser hermosa y de que la noche era su aliada. La escuchó hablar y mentir mientras crecía el deseo latente desde la tarde. Estaban tan cerca que él pudo mirar sus hombros, su cuello, buscando en vano alguna huella del hombre gordo.

Se habían quedado solos en la cafetería y, poco después, llegó un hombre que se acodó al fondo de la barra. Su rostro le resultó vagamente conocido y desconfió de las prestaciones del teléfono móvil que había colocado junto a su copa. Cuando lo vio manipularlo, la desconfianza se convirtió en temor y pensó en problemas, en la prensa, en Max Zaharia y los patronos del Helvetia.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Ya? ¿Ahora que...? —La mujer notó su recelo, sus dudas, su resistencia a escucharla.

—Tengo que irme —repitió.

Lo miró en silencio, con una sonrisa sumisa y dócil, dándole tiempo para cambiar de opinión, para explicar su propuesta. Pero él agotó el último sorbo de agua y llamó al camarero con un gesto.

—Lo anota en la cuenta de la habitación 217 —dijo, consciente de la atención con que el hombre del fondo escuchaba.

El camarero se fue a teclear la consumición en la caja y él buscaba las palabras de adiós para marcharse cuando notó la mano apoyada suavemente en su antebrazo. Estaba dolida, dulce, triste, cuando le preguntó:

—¿No puedes dedicar ni siquiera un minuto a explicarme por qué no te gusto?

—Sí me gustas —murmuró—. No se trata de eso. A tu espalda... El hombre con el móvil, si es de la prensa... No me dejarían en paz mañana.

No fue necesario que ella mirara hacia atrás para saber a quién se refería.

—Hay formas de arreglarlo —propuso, amable y sabia.

—De acuerdo —aceptó.

—Vete ahora. Espérame diez, cinco minutos. Habitación 217.

11.^a etapa

Caen - Dieppe, 165 km

Jueves, 15 de julio

El doctor Galea había sido interrogado durante toda la noche en las dependencias policiales de Caen. Sin embargo, a la mañana siguiente salió a la calle libre y sin cargos, sin que se hubiera podido demostrar nada contra él. Ante el acoso de un grupo de periodistas que lo esperaban en la puerta, los convocó a una rueda de prensa para dos horas más tarde, en cuanto desayunara y se diera una ducha para eliminar el olor a comisaría, dijo.

Cupido se confundió entre los periodistas y se sentó en una de las últimas filas, con el cuaderno de notas de la investigación entre las manos. La sala cedida por el hotel estaba abarrotada de reporteros, de cámaras, de micrófonos. Por primera vez en un Tour el médico de un equipo despertaba más atención que los ciclistas, la sangre interesaba más que las bicicletas y el laboratorio generaba más noticias que la carretera. Quizás ése era el signo de los tiempos, pensó el detective, que el deportista importe menos que el entrenador o el equipo, que en el combate el soldado influya menos que la tecnología, que sea más decisivo el marketing que el libro, más la galería que el cuadro.

Galea entró en la sala sin mirar a nadie y con un gesto de aburrimiento y desafío observó a los periodistas, que habían comenzado a juzgarlo antes que la juez y la policía. Esperó a que terminaran los murmullos, los ajustes de las cámaras y de las grabadoras, para empezar a hablar con palabras secas, llenas de desdén, sin apenas esforzarse en disimular la mentira:

—Aquí me tienen. Pregunten lo que quieran.

Un periodista de *L'Equipe* se anticipó a otras voces:

—Usted era el médico de Tobias Gros. ¿No sabía que tomaba EPO?

—No.

—Pero posiblemente nadie conocía mejor que usted sus capacidades, su estado de forma... ¿Nunca le extrañó su rendimiento? —insistió.

—No. Físicamente, Tobias Gros era un privilegiado. Podía haber llegado hasta donde llegó sin necesidad de tomar ninguna sustancia prohibida.

—¿Cómo era su trabajo con él? —intervino otro periodista.

—El mismo que con el resto del equipo. Vigilaba su salud, su alimentación, su peso, sus constantes cardíacas y su rendimiento en relación con su esfuerzo... Las tareas normales del médico de cualquier equipo. Si no fuera así, yo no estaría hablando con ustedes, seguiría dentro de la comisaría. Ni he administrado productos prohibidos a ningún deportista, ni he traficado con estimulantes, ni he practicado transfusiones de sangre. Mi trabajo nunca ha sobrepasado los límites legales: poner

tiritas, aplicar desinfectantes o analgésicos, controlar la tensión y las pulsaciones — repitió con una ironía que se acercaba al sarcasmo.

—¿Se lo ha pedido algún ciclista?

—¿Qué?

—Un producto prohibido.

—Sí. Más de un corredor. Pero nunca he dado nada. Ya se lo he dicho. No me dedico a eso.

—¿Qué corredores?

—¿Cree que voy a decirle los nombres? Sé guardar el secreto profesional. Me pidieron algo que yo ni tenía ni quería tener. Ignoro si lo encontraron en otro sitio. No sé nada más.

—¿Era Tobias Gros uno de ellos?

—No.

—¿Conoce a algún médico que suministre esas sustancias? —preguntó otro periodista, sin apenas dar tiempo a que respondiera. Parecían organizados para llevar a cabo un interrogatorio más duro que el que había soportado durante toda la noche en la comisaría.

—No. Quien suministra sustancias dopantes ilegales es un delincuente. Pero si se trata de un médico que ha pronunciado un juramento hipocrático es, además, un traidor a su profesión.

—¿Va a continuar en el Tour?

—¡Por supuesto! ¿Por qué iba a marcharme?

—El *affaire* Gros ha desencadenado muchos rumores. Y algunos aluden directamente a usted.

—¡Rumores! Ni siquiera el Tour puede tomar decisiones basándose en rumores. Hasta el Tour necesita evidencias para tomar decisiones —precisó, exhibiendo en una sonrisa los dientes blancos, bien cuidados, indiferente a la sospecha, a la hostilidad general de los periodistas que llenaban la sala, a los titulares que extraerían de sus palabras y que al día siguiente llenarían las portadas de los periódicos deportivos.

—Todos los aficionados al ciclismo se hacen una pregunta: «¿Quién?» —intervino una conocida periodista de televisión—. Si los directores de los equipos, los entrenadores y los médicos no están implicados, ¿quién les suministra esas sustancias a los corredores? Porque no se venden en los supermercados y sin embargo no parece que les resulte difícil conseguirlas.

Galea forzó un centímetro más la sonrisa, acercándola a la burla, los ojos cargados de paciencia, la voz respondiendo con el mismo tono terco y suave con que habría respondido a la policía, pero un poco menos convincente cada vez que mentía:

—Pregúnteselo a los corredores que las han consumido. Yo no las necesito para desempeñar mi oficio.

—¿Cómo se encuentra Duhomeau?

—Tiene inflamada una rodilla a consecuencia de la caída y no puede pedalear con soltura. En esas condiciones era aconsejable abandonar la carrera para evitar una lesión más grave.

—¿Adónde ha ido?

—A algún lugar donde no haya periodistas que le impidan descansar.

Las preguntas duraron diez minutos más, pero ninguna logró extraer información del médico, que se limitó a repetir una y otra vez lo mismo. Al fin, se levantó de la mesa llena de micrófonos y soportó con paciencia las últimas fotos, antes de desaparecer.

Faltaba poco tiempo para la salida de la etapa y todos los periodistas y fotógrafos se marcharon de prisa hacia el control de firmas. El hotel quedó vacío de clientes relacionados con el Tour. Cupido se sentó en un rincón del vestíbulo desde donde controlaba la entrada y los ascensores, pidió un café y esperó a que apareciera Galea para intentar hablar con él. Sabía por Carrión que los médicos de los equipos solían acompañar a sus corredores en la carrera, pero que no era imprescindible su presencia, puesto que el médico del Tour atendía cualquier emergencia. Así que, después de la noche pasada en la comisaría y de la rueda de prensa, no era extraño que Galea tardara un poco en reincorporarse a la caravana.

Sin embargo, comenzó a impacientarse cuando, dos horas más tarde, con el hotel vacío, seguía sin aparecer. En recepción, el empleado miró su identificación antes de informarle:

—Monsieur Galea debe de estar a punto de bajar. Tenía que haber abandonado su habitación a las doce.

Cupido subió a buscarlo. Al llegar a la bifurcación que en el desierto pasillo conducía hacia el cuarto de Galea vio que un hombre de pequeña estatura, calvo, salía por una de las puertas. Sorprendido al verse iluminado por las luces activadas por los detectores volumétricos, miró con recelo al detective y cambió de pronto el sentido de sus pasos para alejarse hacia las escaleras de servicio, al fondo del pasillo. Al avanzar, Cupido vio que la habitación de la que había salido era la de Galea. Le vino a la cabeza el recuerdo del extraño hombre de quien le había hablado Mieses, a quien llamaban doctor Román, o Romain, o Romano, y dudó en ir tras él, pero desistió porque no estaba seguro de nada.

Llamó a la puerta y Galea abrió enseguida, como si acabara de cerrarla y aún no se hubiera alejado de ella. Antes de mirarlo ya estaba hablando:

—¿Qué se te ha olvidado?

Y enseguida, al ver al detective, buscó en los dos lados del pasillo.

—Acaba de marcharse. —Cupido señaló las escaleras de servicio.

—¿Y usted...? —El médico lo miró con cautela, pero sin fuerzas ya para la ironía

que mostraba en la rueda de prensa, como si por fin lo hubiera alcanzado la fatiga.

—Mi nombre es Ricardo Cupido. Soy detective privado. Me han contratado para ayudar a Mieses. Me gustaría hablar con usted.

—¡Ya! Luis Carrión me comentó algo, me pidió que lo escuchara. Al fin y al cabo, conozco a Mieses. Un chico nervioso, rebelde, buen ciclista. Corrió un año con nosotros en el Paradis, antes de aquella discusión con Gros... Usted estaba antes ahí abajo, ¿verdad?

—Sí.

—Pero como no es periodista, no hizo las preguntas que ahora quiere que le conteste.

—¿Delante de todos? Usted no hubiera respondido.

—¡La prensa! —exclamó con desdén—. Prefiero un interrogatorio de policías a un interrogatorio de periodistas.

Las luces del pasillo se apagaron de pronto y quedaron envueltos en una penumbra desleída por la débil claridad que salía de la habitación. Cupido se movió unos centímetros y el encendido automático volvió a activarse.

—¿Y a usted por qué tendría que responderle? —preguntó el médico.

—Porque yo no voy a utilizar sus palabras para vender mañana más periódicos con un titular venenoso. Sólo quiero hacer mi trabajo y ayudar a Mieses. Basta escucharlo unos minutos para saber que él no mató a Gros. Tal vez su muerte tenga alguna relación con el dopaje, pero me gustaría descartar ciertas cosas. Creo que usted puede darme esa información.

—¿Por qué yo?

—Porque Mieses afirma que usted sabía lo que se inyectaban en el Paradis —dijo bruscamente.

—¿Eso ha dicho?

—En una conversación confidencial. Sin testigos. Ni siquiera Carrión.

El médico negó con la cabeza.

—Mieses no debería ir diciendo por ahí cosas que luego no podría demostrar. Sería su palabra contra la mía.

—¡Claro que sí! Palabra contra palabra. Pero también a usted le conviene que la policía francesa lo deje en paz y no tenga que verse obligado a alzar la voz en público. Tal vez la juez de Toulouse podría creerlo... y volverían a llamarlo a declarar. A usted... y a ese hombre delgado y bajo que acaba de salir de esta habitación —añadió Cupido sin saber adónde lo llevaría aquella apuesta.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó el médico, empujando hacia el pasillo una sonrisa más vieja, pero aún afable, como si no hubiera escuchado la amenaza—. Hablemos. Pero no aquí, ya debería haber abandonado la habitación. Espéreme abajo, en los jardines del hotel.

El detective esperó sentado en un banco, bajo un enorme abedul que daba una sombra perfumada y compacta. Recordó que, a la hora de la muerte de Tobias Gros, Galea estaba reunido con algunos corredores del equipo. Pero nadie había preguntado por el hombrecillo calvo.

Al cabo de unos minutos lo vio acercarse y mirar alrededor antes de sentarse junto a él.

—Quince minutos —impuso—. No tengo más tiempo.

—Serán suficientes —dijo Cupido—. Usted sabía que Gros tomaba EPO.

—Supongamos que sí.

—¿Desde cuándo?

—Supongamos que desde hacía varios años.

—¿Quiere decir que cuando ganaba...?

—¡No sea ingenuo! —lo interrumpió—. ¿Cree que Gros podría haber ganado esos Tours con una superioridad tan aplastante sólo porque tenía piernas más fuertes y más capacidad pulmonar que sus adversarios? ¡No! Gros ganó en la carretera y en el laboratorio —afirmó con rotundidad, seguro de que allí, en el jardín, nadie los oía.

—¡También él hacía trampas! —insistió Cupido. Había admirado sus victorias, sin dar crédito a rumores y sospechas, y ahora notó crecer la decepción, el asco hacia los fulleros, hacia la incorregible tendencia de los hombres a la estafa.

—¡Claro que sí! Entre todos lo empujábamos a hacer trampas. En eso hemos convertido el deporte. ¡En espectáculo! ¡Que el espectáculo continúe siempre, que las luces sigan brillando en el escenario y que los atletas interpreten el papel que el público demanda! ¡Cada día un número un poco más difícil, cada día un salto mortal más arriesgado! Pero al mismo tiempo la prensa y el público protestan contra el dopaje y engolan las voces exigiendo honradez y juego limpio. ¡Hipócritas! A muy pocos les interesan de verdad las miserias de los camerinos, el olor a farmacia que hay tras las bambalinas.

Cupido hizo un gesto de discrepancia, pero Galea continuó hablando:

—En eso hemos convertido entre todos el deporte. Usted también, detective, usted y yo y todos los que nos sentamos ante el televisor y aplaudimos con entusiasmo cuando se bate un nuevo récord e insultamos a los ciclistas cuando, exhaustos, se toman un día de tregua. ¿No ha oído a algunos comentaristas deportivos acusándolos de perezosos si en una etapa no alcanzan una media de cuarenta kilómetros? ¿No los ha oído? Se escandalizan si toman sustancias que los ayuden a correr y al mismo tiempo les reprochan que no vuelen por las carreteras. ¿En qué quedamos?... ¿Usted monta en bicicleta? —preguntó de pronto, observando su aspecto.

—Sí.

—Y sabrá lo difícil que resulta ascender cuatro puertos de montaña en un día, a

esa velocidad.

—¡Sé lo difícil que resulta ascender uno solo! —Recordó lo que había sufrido en la subida al Tourmalet, la fatiga de los dos últimos kilómetros, con el frío viento de La Mongie soplando contra su cara.

—Entonces comprenderá lo que deben de sentir ante la exigencia de que suban esprintando el Aubisque, o el Mortirolo, o el Angliru... Sí, sólo nos interesa el espectáculo, que nuestros deportistas sean cada vez más rápidos, más hábiles, más fuertes. ¡Que en cada olimpiada o campeonato se batan nuevos récords! Ante eso, todo lo demás resulta secundario. Si el mundo del deporte se detiene, muere. Necesita generar espectáculo para seguir vivo. Todos, todos nos entusiasmos cuando aparece un nuevo campeón al que adorar. Le ofrecemos todos los lujos, queremos verlo y oírlo en todos los medios, vamos corriendo a las tiendas a comprar la marca de ropa o de perfume que él usa... Creamos un ídolo, lo elevamos a un pedestal y ponemos una enorme distancia entre él y todos los demás, aunque luego no haya diferencias entre el segundo y el tercero, y entre el tercero y el cuarto... Ésos ya apenas nos interesan: ¡los desdeñamos como a un grupo de mediocres sin mayor relieve!

Cupido asintió ahora, recordando las palabras de Panal el día anterior: «La prensa, los directores, los patronos..., todos te exigen que seas el primero. O eres el número uno... o no eres nadie».

—Durante los años que llevo trabajando en medicina deportiva —continuó— he visto renunciar a muchos ciclistas frustrados porque no podían llegar a ser estrellas cuando podían haber sido estupendos gregarios.

—Pero hay otros que ni abandonan ni se resignan.

—¡Cierto! En una ocasión un padre vino a rogarme que le inyectara dos dosis de Urbason a su hijo de catorce años una hora antes de una carrera. ¿Sabe qué es la EPO?

—He oído hablar de ella.

—La EPO es un milagro que te hace volar sobre la bicicleta, como los chicos en aquella película del extraterrestre. ¡Te inyectas unas dosis... y ¡bum!, empiezan a crecerle alas! Eritropoyetina. Un producto barato de producir en un laboratorio, pero muy difícil de generar dentro del organismo. Entonces, ¿por qué no tomarlo?

—Por el juego limpio. Por la salud —contestó el detective.

Galea hizo un gesto con el brazo espantando su respuesta.

—¡A la mierda con la salud! Si por vestirse de amarillo en los Campos Elíseos cualquier ciclista vendería su alma al diablo, ¿cómo no va a vender, no su cuerpo, sino una lejana posibilidad de dañarlo por un exceso de hematocrito o de testosterona? ¿Cuántos ciclistas han muerto por doparse? Tom Simpson... y algunos más que no supieron controlarse. Así que no les hable a ellos de salud. ¿Sabe cuánto

dinero valdría ganar un Tour y entrar en la gloria del ciclismo utilizando un producto como la EPO?

—Muy poco.

—Unos miles de euros. Dígame entonces si todos los ciclistas resistirán la tentación cuando una voz les susurre: «¿Por qué no vas a hacerlo? ¿Quién te lo impide? Con un puñado de euros empleados en esto que te ofrezco ganarás lo mismo que con cien años de esfuerzo».

—De acuerdo, de acuerdo. Los deportistas son gente joven, ambiciosa, y a menudo los aturde el ardor de la sangre. Puedo imaginar que cedan a la tentación o a las presiones externas. Pero quien me interesa, como a la periodista de ahí abajo, es el dueño de esa voz que susurra. ¿Quién se esconde tras ella? —preguntó, aludiendo al visitante que salía de su habitación media hora antes.

Galea abrió las manos con las palmas vueltas hacia arriba y negó varias veces con la cabeza.

—No hay ninguna relación entre la muerte de Gros y su dopaje.

—¿Por qué está tan seguro? Si le habían hecho análisis y podría dar positivo, el suministrador podría tener miedo de que hablara y acabara con un tráfico que mueve mucho dinero. Ya sabe que las federaciones son generosas con los ciclistas que colaboran. Y la información que diera Gros tendría una doble resonancia: ¡El número uno del ciclismo, arrepentido, denuncia una trama internacional de dopaje! —enfaticó la noticia.

—¿Gros arrepentido? —preguntó resucitando la sonrisa fácil tras la que se había fortificado en la rueda de prensa—. ¡Cómo se ve que no lo conocía! Sería como esperar que un lobo se arrepintiera por haber devorado una oveja. Gros no se arrepentía de nada que le hubiera ayudado a ganar. Y, por otro lado, si a alguien no le interesaba que muriera es a quienes le suministraban su alimento. Su muerte sólo acarrea complicaciones. ¡No! Con hipótesis tan vagas no libraré a Mieses de las sospechas. Estoy ayudándole al decirle que busque por otros caminos. Gros despertaba mucha antipatía, se había ganado enemigos personales. Como deportista tenía unas cualidades extraordinarias y las desarrollaba al máximo nivel gracias a una rígida disciplina. Su carácter era el de un triunfador. No soportaba a los perdedores, le parecía que se quejaban demasiado, que inventaban excusas torpes y que recurrían en exceso al azar para justificar su debilidad, su torpeza, su falta de sacrificio y sus fracasos. Y mucha gente no le perdonaba esa arrogancia.

Ante su segunda negativa, Cupido comprendió que no le sacaría más información. Como todos los médicos, Galea sabía guardar secretos. Había sido elocuente en aquel rumbo extraño que había dado a la conversación para sugerir que todo el mundo era culpable si los deportistas se dopaban, pero negaba radicalmente cualquier relación entre el dopaje y la muerte de Tobias Gros.

El médico se levantó del banco de repente, sin haberlo avisado con ningún gesto. Miró su reloj y le tendió la mano al detective.

—Han pasado más de los quince minutos prometidos. Ahora tengo que irme. El Tour, ya sabe, no espera a nadie, va demasiado deprisa. Le deseo suerte con su investigación, se la deseo a Mieses. Si sigue en la caravana, tal vez nos encontremos de nuevo antes de llegar a París. Espero que, para entonces, todo esté resuelto.

Por hablar con Galea, Cupido había perdido la posibilidad de marcharse con los mecánicos o en el autobús del Vetonía, que habían partido ya hacia el nuevo destino, Dieppe. Si quería alcanzarlos, tendría que alquilar un coche y salir corriendo, pero desechó la idea y decidió quedarse ese día en Caen. Ya tendría tiempo para recuperar terreno. Cuando en alguna investigación se había dejado llevar por las prisas, por las urgencias, había terminado cometiendo errores. Y en este caso tenía la sensación de que siempre iba por detrás de los acontecimientos, de que lo llevaban con la lengua fuera, como a un ciclista a punto del abandono o con grave riesgo de llegar a la meta fuera de control.

Se encerró en la habitación, esperó en vano las llamadas de Carol y del Alkalino y, al fin, abrió el cuaderno para ordenar los datos de que disponía. Dos aspectos diferenciaban aquella investigación. Por un lado, la información estaba demasiado dispersa. La historia profesional e íntima de Tobias Gros, de sus éxitos, de los afectos y los odios, del miedo o de la admiración que despertaba entre quienes lo habían conocido, le había ido llegando en pedazos aislados que provenían de personas que no compartían amistad entre sí, ni un pasado común, ni una misma ciudad, ni siquiera un mismo país. Únicamente los unía el mundo del ciclismo. Y esa fragmentación de datos y de perspectivas dificultaba la nitidez de su retrato. Entre el miedo de Saba Bay a perder la tutela de sus hijos, el despecho de Hamelt por los años dedicados en vano a su servicio, la indiferencia de Panal, los turbios manejos e intereses de Galea y de su extraño colaborador, y el enigma de los Calatayud, entre todo aquello, quedaban sombras negras y huecos en blanco que debía completar.

Por otro lado, Cupido nunca había encontrado en sus investigaciones una víctima que concitara un desprecio tan unánime de cuantos lo habían conocido. A Tobias Gros nadie parecía haberlo querido. Había hecho del éxito profesional el único objetivo de su vida y a su logro había subordinado todo lo demás, hasta que alguien ofendido, utilizado, dañado o humillado por él había decidido responder.

Distraído en sus reflexiones, el tiempo se le habría echado encima y otra vez estaban cerrados los restaurantes cuando salió a comer. Tuvo que conformarse con unos sandwiches comprados en la tienda de una gasolinera. Volvió al hotel y vio en el televisor el final de la etapa. Los nervios por el corto trayecto y por el viento del Canal de la Mancha que pateaba la costa normanda rompieron en dos el pelotón.

Ninguno de los favoritos perdió tiempo, pero salieron damnificados los escaladores y quienes iban en las últimas posiciones. Ganó la etapa Michael Stangerup, un corredor danés del equipo Oresund.

A las siete, el móvil trino dentro de su bolsillo. Era Carol.

—Creo que he encontrado a Duhaméau —dijo, sin especificar cómo había conseguido la información—. ¿Podrías bajar a Angoulême?

—¿Ahora?

—Sería conveniente. Así iríamos mañana por la mañana a buscarlo.

—Estoy en Caen. ¿Cuánto tiempo tardaré hasta allí?

—¿Tienes coche?

—Lo alquilaré.

—Unas cuatro horas de carretera.

Como llegaría ya avanzada la noche, acordaron que Carol saldría de Toulouse y se encargaría de reservar una habitación para él en un hotel de Angoulême. A la mañana siguiente partirían hacia el escondite de Duhaméau: un pequeño pueblo de la Francia profunda y provincial llamado Maigret.

12.^a etapa

Lens - Breda, 207 km

Viernes, 16 de julio

Había dormido con la ventana abierta y el amanecer fue despertándolo dulcemente. La claridad entró acompañada por el canto lejano de un gallo que esponjaba su garganta, por los mugidos de seda de un ternero que exigía a su madre su ración de leche, por los silbos de los pájaros. Luego oyó los golpes sordos, húmedos de la azada de su abuelo dirigiendo el agua de la acequia con que regaba el huerto.

Se vistió con la ropa deportiva, anónima, neutra, comprada en un Carrefour, sin marca ni colores de equipo, y fue a desayunar a la cocina. En la cafetera goteaba el café caliente y en la mesa había pan, mantequilla, mermelada, queso y salchichón: todo lo que sus abuelos y todos los que vivieron antes con el apellido Duhomeau consideraban el alimento necesario para cumplir con el trabajo de una jornada. Cortó dos rebanadas del pan entero, no fileteado, y llenó un tazón de café y leche. Desayunó despacio y en silencio, con la seguridad que le daba su escondite y el sosiego por hallarse muy lejos del bullicio del Tour, de las prisas en que pronto se verían inmersos sus compañeros de equipo que aún continuaban en la carrera. Por último, fue al aseo, se lavó y arrojó la orina densa, de un amarillo muy oscuro.

En el garaje descolgó la bicicleta y revisó si todo estaba a punto. Hizo algunos ajustes con un cariño inesperado hacia aquella máquina ligera con la que había obtenido sus primeros triunfos como profesional. Comprobó la presión de las ruedas y escuchó el agradable sonido de los rodamientos. Luego, con el casco y las gafas anchas y oscuras, salió de la casa. En el huerto, delimitado por una cerca de piedra, su abuelo escardaba malas hierbas y encauzaba el agua para las hortalizas: las tiernas judías sujetas en los rodrigones, los tomates que maduraban en las matas, los puerros, las acelgas, las patatas, las cebollas. El rumor del agua le impedía oír sus pasos.

—¡Abuelo! —lo llamó.

—¿Ya te vas? —le preguntó al verlo equipado.

—Sí. Estaré fuera unas tres horas.

—Quizá no me encuentres aquí cuando vuelvas. Iré al pueblo a hacer unas compras.

—No tengas prisas. Sé dónde se guardan todas las cosas —le dijo, porque sabía que su abuelo a menudo se quedaba a jugar una partida de petanca. Ya estaba sentado en el sillín cuando de nuevo lo llamó—: Abuelo.

—Sí.

—Si en el pueblo...

—No te preocupes. Diré que no te he visto desde hace mucho tiempo.

—Si en el pueblo alguien te hablara de mí —precisó—, no creas nada de lo que te

digán.

—No me hablarán de ti. Pocos saben que soy tu abuelo. Vete tranquilo, disfruta con la bici y olvídate de todo. No merecen que te preocupes por ellos.

Pedaleó despacio los cien metros del camino de tierra y aceleró al llegar a la carretera, alejándose de Maigret. Con aquel atuendo nadie lo identificaría. Allí, en la vieja casa de su abuelo materno, cuyo apellido nadie relacionaba con él, había entrenado a veces, lejos del alcance de los vampiros de la UCI o de la AFLD, cuando llevaba en el cuerpo testosterona suficiente para medio gimnasio. Aquél era su escondite y tampoco podrían encontrarlo los vampiros no menos voraces de la prensa que ahora lo buscaban por toda Francia.

Muy pocos recordaban al abuelo materno que le había regalado su primera bicicleta infantil, que lo mimaba y lo protegía porque era lo único que le quedaba de su hija muerta. Aunque el abuelo vivía en Angoulême, pasaba en la finca la temporada que va de abril a octubre. Los pocos amigos que conocían la existencia de un lugar de retiro ignoraban su localización exacta. Por otro lado, al morir su madre, su padre había vuelto a casarse y vivía en París con su segunda esposa. Tenía la consigna de no dar detalles sobre la vida de su hijo y, en cualquier caso, sólo conservaba una vaga idea de una pequeña finca de la familia de su difunta mujer ubicada en la Francia provinciana e interior, en un paisaje atractivo, con poca densidad de población y unas buenas gentes rurales afectas al salchichón, al foie, al brie y al pineau, que no morían de colesterol sólo porque las exigentes tareas agrícolas mitigaban los efectos nocivos de las calorías que engullían.

Si los periodistas pudieran verlo ahora, corriendo de aquel modo, adelantando a los tractores y apenas más lento que los pocos coches que circulaban por la estrecha carretera local, habrían comprobado que la lesión de rodilla sólo era una excusa para abandonar el Tour...

—Y tal vez lo abandone definitivamente —murmuró en voz alta.

El ciclismo era un deporte hermosísimo que permitía al hombre desplazarse a buena velocidad y recorrer amplias distancias sin utilizar una fuerza motriz externa, pero se había pervertido en manos de algunos profesionales. Él mismo había contribuido a ensuciarlo. Sí, quizá se retirara. Si no quería quedarse en París, su abuelo estaría encantado de que viviera con él. La ampliación de la finca sería un buen destino para limpiar el dinero y podrían instalarse en ella a vivir del ganado, de las cosechas, de la madera. Algunas veces lo habían comentado. A su abuelo le gustaba repetir que Francia era un buen país para la vida agrícola. Ni padecía el frío del norte, encharcado bajo el hielo invernal, ni se asfixiaba bajo los soles del sur, donde las nubes se burlaban del campesino que esperaba la lluvia: llegaban por el cielo, lo encapotaban y al día siguiente se iban sin haber dejado una gota con que la tierra se mojara los labios. Con maquinaria y tecnología adecuadas podría organizar

cómodamente las tareas agrícolas, de manera que cada día le sobrara tiempo para salir a montar en bicicleta. ¡Quizás una vida así, regida por las estaciones y las horas del día, con sus carencias pero con un sencillo bienestar, no estuviera muy lejos de la felicidad...!

El contador marcaba tres horas y noventa kilómetros cuando regresó a la casa. Como siempre, el portón del garaje permanecía abierto, pero la puerta que comunicaba con el interior estaba cerrada. Su abuelo se había llevado el coche para hacer las compras en Maigret y ahora se apreciaba mejor el profundo orden que mantenía: la leña apilada contra la pared, las herramientas colgadas en su sitio. Junto al pequeño tractor se veía una escalera de mano, un saco de abono, unos botes de pintura, unas macetas vacías, la caja de Coca-Cola donde acumulaba los vidrios para reciclar... Antes de irse, su abuelo había tendido en una cuerda la sucinta colada: dos camisas, un pantalón, ropa interior, calcetines.

Al levantar la bicicleta para colgarla en la percha notó una oscilación del reflejo de la luz sobre la pared, como si alguien se moviera a su espalda sin hacer ruido.

—¿Abuelo? —preguntó sin volver la cabeza.

Nadie contestó y él aún mantuvo las manos en la bicicleta, intuyendo la amenaza, como si por el simple hecho de seguir de espaldas a la luz, viendo sólo sombras, pudiera prolongar su feliz, ignorante estancia sobre la tierra. Porque ya no había ninguna duda: en la pared se reflejaba más nítida una sombra, más cercana, vagamente antropomorfa. «Me han encontrado», pensó, «a pesar de todo me han encontrado. Han llegado hasta aquí cuando no los esperaba, para beber mi sangre, para asegurarse de que yo también...».

Terminó de colgar la bicicleta, sonrió amargamente y, al volverse ofreciendo los antebrazos, un seco resplandor le cegó los ojos. En el pecho, una brusca opresión le impidió respirar, como si algo lo hubiera golpeado desde dentro. De pronto, sin saber cómo, estaba tumbado en el suelo, con la rueda delantera del tractor junto a su cabeza. Creyó oír, muy lejos, que alguien hablaba de él e intentó moverse hacia las voces, pero el dolor junto al corazón le hizo encogerse de costado. Sintió un desvanecimiento y, al despertar, se vio vestido de ciclista, pero ya no supo ni quién era, ni qué camino recorría, ni adónde pretendía llegar. El dibujo del caucho de la rueda era un laberinto negro por donde se deslizaba hacia las tinieblas, con un infinito cansancio en la nuca y un sabor a sangre entre los dientes. La gorda sonrisa de Bibendum le pareció una broma tristísima.

Carol y Cupido llegaron a Maigret, una compacta aldea asentada con pies firmes en la ladera de una pequeña loma. Las casas de dos plantas y buhardilla, los edificios públicos, los huertos, los jardines donde algunos grupos de jubilados jugaban a la

petanca mostraban un aspecto sólido y antiguo. Los árboles no parecían ramajes de un decorado ni las fachadas de piedra vista y de cemento, con las contraventanas grises, parecían una piel postiza.

Siguieron las indicaciones de un paisano y tomaron una estrecha carretera local que serpenteaba hacia el este. A unos cinco kilómetros identificaron la casa, hasta donde conducía un corto camino de tierra en el que creyeron percibir, flotando, una estela de polvo, como si algún vehículo acabara de pasar por allí un minuto antes.

Atravesaron la cancela abierta y se detuvieron frente a la casa.

Un viejo cerezo retorcido prolongaba la sombra del porche que protegía la puerta. Salieron del coche y Carol elevó la voz:

—*Bonjour!*

No respondieron y Cupido miró alrededor buscando a alguien en el huerto donde se oía el leve rumor de aguas de un azud, entre los frutales de los que colgaban algunos cedos para espantar con sus reflejos a los pájaros, en el prado verde que se extendía más allá, subiendo la ladera, con una hierba tan alta, a punto de acamarse, que parecía esperar impaciente a que llegara la guadaña. Todo estaba limpio, cuidado, en su sitio, cada parte separada por paredes de piedra, y todo puesto en producción, mecanizado, sin una sola huella de pezuñas de animales de carga. No se veían alrededor bidones, ni viejos cubos de plástico, ni esqueletos de muebles o de electrodomésticos, ni oxidados somieres a manera de vallas, como a veces el detective había visto en casas de labor en España, de gente que cree que por ser rural está permitido ser descuidado, en fincas con menos inquilinos que perros que siempre ladran a los ciclistas y a los transeúntes que pasan al lado.

—*Il n'y a personne?* —volvió a gritar Carol, avanzando unos pasos hacia la izquierda, donde se veía abierto el garaje.

—Parece que no hay nadie —dijo Cupido.

Pero ya la abogada se había quedado parada frente al portón con un gesto de alarma, con esa tensa inmovilidad de quien está a punto de saltar, aunque el detective no hubiera podido decir si hacia delante o hacia atrás, para huir de lo que estaba viendo.

—Hay alguien dentro, tendido en el suelo —susurró en voz tan baja que Cupido apenas pudo entender lo que decía.

El detective avanzó hasta ella, que ya estaba marcando un número en su móvil, entró en el garaje y se agachó junto al cuerpo tendido de costado, al lado del tractor. Lo había visto en una entrevista por televisión y lo reconoció enseguida. Era Duhameau. Puso la mano en su cuello y aunque por un instante creyó notar que aún latía el pulso en las venas, enseguida lo perdió. La piel todavía estaba tibia, el disparo había sido hecho unos minutos antes, pero era evidente que ya no podían hacer nada por él.

—Acaba de ocurrir —dijo.

Mientras oía a Carol hablando por teléfono se puso en pie y observó la escena: el orden del garaje, el pequeño tractor, el cuerpo tendido en el suelo, bajo la bicicleta colgada en una percha. Al caer, un pie de Duhamneau había quedado bajo la rodilla de la otra pierna, extrañamente doblado. En la mano derecha empuñaba una pistola, por lo que el casquillo debía de estar por allí, tal vez bajo el cuerpo. El rostro conservaba una expresión de angustia tan intensa que no parecía causada únicamente por el disparo en el pecho. Pero todo estaba en su sitio, sin ninguna señal de lucha o de violencia. Lo único extraño y discordante era el cuerpo caído y, junto al pecho, el horror del pequeño charco de sangre aterciopelada y espesa. Vestido con la ropa deportiva, parecía más muerto que otros cadáveres que había contemplado en su trabajo. Por tratarse de un deportista de élite, a quien había visto correr y ganar una etapa unos días antes, haciendo gala de fuerza y de velocidad, de una deslumbrante energía, su muerte en pleno esplendor parecía arrebatarse más vida que a cualquier otra persona.

Tocó las ruedas de la bicicleta y descubrió con asombro que las cubiertas aún conservaban el calor de la fricción por el uso reciente. Aquella evidencia, que desaparecería en unos minutos, antes de que nadie más pudiera comprobarla, era contradictoria con la apariencia de un suicidio, con la mano que empuñaba la pistola. Pensó en sí mismo y en los relatos de otros deportistas: cuando volvían de hacer deporte notaban el cansancio físico, pero en la misma proporción las endorfinas beta ya estaban haciendo su profunda y benéfica labor y expandían un optimismo, una confianza y una seguridad en uno mismo incompatibles con una idea suicida. Sabía lo misteriosas que son las razones que impulsan a matar y a matarse, pero no terminaba de aceptar lo que le mostraba el escenario.

Desconcertado, apartó los ojos del cadáver y miró hacia el paisaje exterior que encuadraba el portón: el huerto, la pradera y, más allá, el archipiélago de pinos y de robles que cerraba el horizonte. Dio unos pasos hacia fuera para respirar a fondo y liberar la opresión del pecho. No terminaba de acostumbrarse a los cadáveres, quizá porque no los veía con frecuencia: a él solían llamarlo más tarde, cuando no estaban claras las circunstancias o el autor de la muerte. Ante los cuerpos inertes, ensangrentados, siempre le parecía muy pequeño y delicado el tamaño de la vida, e inmenso y desconcertante el reinado de la muerte. Ante la efímera fragilidad de la carne, la muerte era lo normal, lo excepcional era estar vivo.

Carol lo siguió y salieron del garaje, como si hablar delante del cadáver fuera algo indiscreto, obscuro, y se quedaron guardando la puerta mientras esperaban.

—Parece un suicidio —dijo la abogada.

—Creo que no —respondió, y le contó que las ruedas de la bicicleta aún estaban calientes y lo que ese detalle inducía a pensar.

—Según eso, había más gente que conocía su escondite —dijo Carol.

—Sí.

Unos minutos después oyeron acercarse las sirenas y enseguida un coche de la gendarmería y una ambulancia aparecieron por la curva de la carretera y tomaron el camino de tierra hasta llegar junto a ellos. Del coche descendieron dos agentes y un inspector vestido de paisano. Carol los condujo hasta el cadáver mientras les explicaba brevemente la situación, quiénes eran ellos y cómo lo habían encontrado. El inspector ordenó a los agentes que, sin tocar nada, comprobaran si había alguien o algo extraño en la casa.

Poco más tarde llegaron el juez y el médico forense y con ellos se puso definitivamente en marcha la poderosa maquinaria oficial de la justicia. Se tendieron cintas para impedir el paso a las zonas reservadas, se encendieron potentes focos en el garaje, vibraron los teléfonos móviles y cada hombre, guardián o perito, comenzó a ejecutar su trabajo. El inspector abrió un cuaderno, copió los datos de la identificación de Carol y de Cupido y los interrogó por separado, transcribiendo sus declaraciones. Cuando miraron hacia el coche de la abogada, vieron que un agente también estaba registrándolo.

Habían terminado de responder a sus preguntas cuando llegó un gendarme acompañando a un anciano ágil y vigoroso que caminaba deprisa hacia la casa.

—Es el abuelo de Duhamel —oyeron comentar.

Al ser informado por el inspector, que había salido a su encuentro, el anciano levantó al cielo la cabeza con un contenido gesto de desesperación. Intentó entrar en el garaje, pero el policía lo sujetó con firmeza. Hubo un corto diálogo hasta que intervino el juez y, tras cruzar una mirada con el médico forense, lo dejaron avanzar.

Todas las actividades se suspendieron unos instantes ante la dignidad del viejo, ante el dolor con que se arrodilló junto al cadáver y acarició su rostro. Desde la entrada, el detective observó cómo se inclinaba a besar su frente y se quedaba así, inmóvil, como si escuchara su último mensaje. Cuando el juez tocó suavemente su hombro, se levantó y salió hacia la luz. Sus ojos estaban llenos de agua que no se derramaba, y sus pupilas grises parecían flotar dentro de las lágrimas. El dolor le pesaba tanto en el rostro y en los labios que la barbilla le temblaba por el esfuerzo de sostenerlos.

Miró alrededor, aturdido, y al ver a la abogada y a Cupido se acercó a ellos.

—¿Ustedes lo encontraron?

—Sí —respondió Carol—. Avisamos enseguida, pero ya era demasiado tarde.

—Gracias —les dijo, estrechando sus manos.

—Ya pueden marcharse, si quieren descansar o comer algo —les indicó el juez una hora después—. Pero no se alejen del pueblo. Déjenle al inspector sus números de teléfono y la dirección del hotel donde están alojados.

En la plaza de Maigret encontraron una pequeña *brasserie* llamada Dauphine donde les calentaron una excelente *blanquette de veau*. Estaban tomando café cuando sonó el móvil de Carol. Era el inspector, que les preguntó dónde estaban y les comunicó que en diez minutos un agente los recogería para llevarlos a la gendarmería. Al conocer la muerte de Marcel Duhaméau, presumiblemente relacionada con la de Tobias Gros, la desconcertada y joven juez de Toulouse se había declarado competente para asumir el caso y en unas pocas horas se había presentado en el pueblo.

Mientras esperaban, Cupido comprobó que, al igual que en España, también allí la intervención personal de un juez despertaba a los policías bajo su mando, que comenzaban a moverse con una diligencia, un malhumor y un nerviosismo especiales. La juez los interrogó por separado y les hizo firmar la transcripción de sus declaraciones. Les indicó que no podrían comentar con nadie ningún detalle de la investigación, puesto que había extremado el control sobre el secreto del sumario para evitar las injerencias y especulaciones que sobre la muerte de Tobias Gros habían terminado filtrándose a la prensa. Al fin permitió que se marcharan, con la orden de encontrarse siempre localizables, pero Cupido estaba seguro de que todo habría resultado mucho más difícil sin la presencia y la ayuda de Carol. Por una vez se había encontrado en el lado desagradable de la investigación y había recibido las miradas de recelo. No había sido él quien hacía las preguntas, quien creía o dudaba, quien distribuía la culpa o la inocencia.

Ya era de noche cuando salieron a la calle y, aunque detectaron la presencia de algún periodista, lograron escabullirse sin ser abordados, como si fueran funcionarios o ciudadanos de a pie. De nuevo subieron al coche y se dirigieron a Angoulême. Por las noticias de la radio supieron que también la mayoría de los reporteros se había marchado hacia las dependencias forenses de la ciudad, donde estaban practicando la autopsia al cadáver y adónde habían llegado el padre y la madrastra de Duhaméau.

Después de aquel intenso día había surgido una especial complicidad entre Cupido y la abogada, que conducía deprisa por la autopista, sus manos sujetando el volante con firmeza y su hermoso rostro suavemente iluminado por los pilotos del salpicadero. La muerte, que todo lo corta y lo separa, pensó en silencio el detective, que hace irremediable la ruptura, a ellos los había unido con un extraño vínculo. Al contrario de lo que se afirmaba, la muerte no siempre endurecía a quienes alcanzaba su contacto; a menudo humanizaba, suavizaba la arrogancia y la dureza de los vivos. Carol y él habían asistido juntos a los últimos latidos de Duhaméau y se habían compadecido del dolor del abuelo. Eran cómplices de una experiencia que les pertenecía a ellos dos en exclusiva.

—¿Cansada? —le preguntó.

—Un poco. Pero Angoulême está cerca, no tardaremos en llegar.

Media hora más tarde estaban cenando en la terraza de un pequeño bar todavía abierto.

—Durante todo el tiempo —contó Cupido— notaba que iba muy por detrás de los acontecimientos, que siempre llegaba tarde y que no alcanzaría a comprenderlos ni a identificar a sus autores. Pero esta mañana, cuando llegamos al camino de tierra que iba hasta la casa y parecía que aún flotaba en el aire el polvo de un coche que acabara de pasar, he tenido por primera vez la sensación de que estaba alcanzando a alguien y de que ya pisaba sobre sus huellas recientes, aunque aún no viera su rostro ni su sombra.

—¿Entonces no crees que se trata de un suicidio? —insistió.

—No. No parece coherente que alguien elija el garaje de su casa para dispararse un tiro en el pecho cuando acaba de llegar de un entrenamiento en bicicleta.

—¿Quién comprende las razones de un suicida? —Carol hizo un gesto de escepticismo de letrado, aferrándose a los hechos.

—¡Ya lo sé! Y a juzgar por lo pronto que la juez nos ha dejado en paz, se diría que también ella está convencida de que nadie ha intervenido en la muerte.

—Es lógico. ¡A cualquier francés nos cuesta asumir que hayan matado a dos ciclistas en nuestro Tour! —exclamó—. Muchos de ellos son nuestros invitados y están en nuestra casa. Aunque quizás alguno ha abusado de la hospitalidad.

—¡No! —Cupido negó con firmeza—. Esta mañana todos los ciclistas que corren el Tour se encontraban a varios cientos de kilómetros de aquí, en la etapa que ha terminado en Breda, en Holanda. Ninguno de ellos podía estar en Maigret al mismo tiempo.

—Entonces, eso confirmaría también la inocencia de Mieses —dijo Carol.

—A menos que...

—¿Qué?

—Que sobre Duhameau hubiera disparado una persona distinta a la que mató a Gros. Hay detalles que no coinciden en las dos muertes —dijo Cupido.

—¿Cuáles?

—Se diría que la muerte de Gros fue imprevista, fruto de un impulso o de un momento de ira de alguien a quien él conocía y a quien abrió la puerta de su habitación. La persona que lo mató no iba armada, cogió el primer objeto pesado que encontró a mano: la estatuilla del quebrantahuesos que le habían regalado a Gros unas horas antes. En cambio, con Duhameau la puerta del garaje estaba abierta y pudo entrar cualquiera...

—Siempre que conociera la existencia de la finca. No es fácil llegar hasta allí —lo interrumpió Carol.

—Tienes razón. Además, iba armado, lo que sugiere premeditación. Casi nadie lleva encima una pistola.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Carol de pronto.

—¿Miedo? —repitió el detective, sorprendido por la pregunta. En realidad, muy pocas veces en su trabajo se había encontrado en situaciones de peligro. Nunca se había enfrentado a mafias, ni a bandas de delincuentes, ni a sicarios. La mayoría de muertes y delitos que había investigado se había producido en ámbitos privados de la vida cotidiana. Sin duda en el entorno de su oficio podía aparecer la violencia, y conocía a algunos colegas demasiado enérgicos que no tenían ningún reparo en utilizarla, pero a él su empleo no le garantizaba ningún éxito. Siempre la había eludido y estaba satisfecho de ser un hombre que no ha tenido que matar—. No, no siento ningún miedo a una posible agresión.

Terminaron de cenar y salieron a caminar por la parte antigua de la ciudad, por las calles empedradas y oscuras cuyo vacío magnificaba los ruidos. Habían dejado atrás la investigación y hablaban de su oficio y de sí mismos, de su presente y su pasado, cautelosos para no descubrir demasiado. Carol le contó que vivía sola con su hija, de trece años. No estaba separada porque nunca había estado casada. Siempre había querido tener hijos y, al quedarse embarazada de modo involuntario, decidió seguir adelante sin exigirle al padre ninguna responsabilidad ni compromiso. Nunca se había arrepentido. La maternidad era una de las experiencias más gratificantes de su vida.

Por encima de las tapias medievales saltaba el aroma de las trepadoras, el desasosiego del canto de un pájaro nocturno que no encontraba un aseladero. La noche era dulce, fragante y oscura, con una mínima luna creciente, como si hubiera un acuerdo entre la apacible temperatura y la carencia de luz para favorecer las complicidades de los humanos.

Carol se detuvo pensativa y dijo de pronto:

—No te había imaginado así.

—¿Cómo me habías imaginado?

—De otra forma..., no sé...

—¿Como un tipo bajito, moreno y sudoroso que se esconde tras unas grandes gafas de sol y que no logra desprenderse de un olor a tabaco y a cerveza? —bromeó.

—¡No! —Carol sonrió dejando escapar la tensión acumulada en el largo día.

—¿Cuál de las dos versiones te gusta más?

—Me gusta mucho más la que ahora veo.

Allí, en la tenue oscuridad de las murallas donde la ciudad vieja terminaba, estaba hermosa. Cupido retrocedió un paso y le cogió las manos para ayudarla a descender un alto escalón. «No parece la abogada del primer día», se dijo, «cuando llegó caminando con firmeza por el hall del hotel, eligió la mesa en la que nos sentaríamos y le tradujo al camarero lo que íbamos a tomar, como si yo no entendiera su idioma. Esto que ahora brilla en sus ojos lo enciende el temor que le ha causado la violencia, pero también el deseo de que la abracen, tal vez de que la amen».

Un segundo después estaban besándose, los labios desnudos y sabios cumpliendo su oficio mejor que con palabras. Se abrazaron protegidos por la noche que apoyaba su cansancio en los tejados de los viejos palacios medievales, en la muralla que los separaba del ruido comercial, de las luces excesivas, de la aspereza del tráfico. De vuelta en el hotel subieron a la habitación de Carol y comenzaron a amarse sin prisas, sin exagerar el deseo. El detective comprobó con feliz asombro que acertaba en lo que había imaginado y que todo encajaba entre ellos, entre lo que uno ofrecía y el otro andaba buscando. No encontró las palabras adecuadas para decirle cuánto le gustaba y, en silencio, le hizo las caricias que ella —sin nombrarlas, apenas sugeridas con la inmovilidad o con un gesto— estaba esperando que le hiciera. Luego todo fue común y compartido, y se cansaron hasta quedar inmóviles, las caderas en reposo, pensando en lo que les acababa de ocurrir. Cuando Cupido comenzó a buscar sus ropas para marcharse, ella le pidió:

—¿Por qué no te quedas a dormir conmigo?

El sueño le llegó antes a Carol y se quedó dormida, apoyada contra él. Cupido sintió que lo rejuvenecían la caricia de su melena en el hombro, la peculiar mezcla de olores —a sudor, a perfume y a sexo— que exhalaba su piel satisfecha, su respiración cálida y profunda que, al espirar, se detenía en un atisbo de ronquido. Se irguió un poco para verla mejor: el sueño había despojado de máscaras su rostro y en la penumbra mostraba una expresión limpia, sosegada, que no sería difícil de querer.

Llevaba mucho tiempo durmiendo solo, y advirtió cuánto había echado de menos el bienestar que sigue a los actos de amor. Estaba desconcertado por cómo había sucedido, con una facilidad que creía olvidada. Con los ojos fijos en el techo, en aquel momento era ajeno a todo lo que sucedía fuera de la habitación, hasta donde sólo llegaba el tenue reflejo de los faros de los coches que pasaban por la calle y un lamento repetido y prolongado, lejano: no sabía distinguir si era un gato o un niño quien lloraba.

En su trabajo había observado con frecuencia el comportamiento de hombres y mujeres enamorados y había contemplado hasta qué punto el amor los desquiciaba, hasta qué cimas de felicidad o de devastación los arrastraban la pasión o el rechazo. En ocasiones, los conflictos amorosos los habían llevado a convertirse en homicidas o en víctimas. Había observado sus efectos con un análisis distante, frío y compasivo, y sin embargo habían bastado un día de intensa complicidad y unas horas de amor para que él mismo sintiera removerse en su estómago las raíces del afecto. En realidad, no tendría que haberle sorprendido porque, con mayor o menor intensidad, las mujeres que amaba le seguían produciendo una sacudida emocional que desbordaba la cama, iba más allá del sexo y terminaba desconcertándolo. Una vez, en medio de una de sus aventuras, había soñado que iba caminando dentro de una intensa niebla. Llevaba las manos atadas a una cuerda, pero no podía percibir quién era la mujer que estaba al

otro extremo y, por tanto, ignoraba si tendría que tirar de la cuerda para ayudarla a avanzar, si ella caminaría a su lado, al mismo ritmo, o si él sería conducido al paraíso o arrastrado al fondo de un barranco. A pesar del tiempo y la experiencia, cada vez que conocía a una mujer de nada servían las lecciones del pasado y ninguna antigua ley permanecía vigente. En todas las ocasiones en las que fue feliz y en las excepciones en que fue desdichado, ¡qué complicado le había parecido siempre el amor! ¡Qué contradictorio el uso de los mezquinos recursos de la seducción, del halago, de las promesas incumplibles al servicio de un fin tan noble! Y cuando todo terminaba, ¡qué doloroso el paso del entusiasmo a la desilusión, qué lacerante la pregunta final de los amantes desencantados: «¿Por qué le di tanta importancia antes de haberlo conseguido?»!

Se preguntó qué ocurriría con Carol, pero se quedó dormido sin haber hallado una respuesta.

13.^a etapa

Amberes - Sedan, 214 km

Sábado, 17 de julio

Por la mañana temprano, con Carol todavía dormida, Cupido volvió a su habitación. Se duchó y bajó a leer la prensa mientras la esperaba para desayunar juntos.

Cuando ella llegó, le mostró una página de un periódico regional de la Charente.

—¡Mira esto!

La esquila ocupaba la mitad superior de la página.

MARCEL DUHAMEAU

Mort á Maigret, le 16 juillet

Je n'ai plus de forces pour continuer ici.

Je suis fatigué.

Je vais reposer pour toujours.

—¿Él mismo escribió su propia esquila? —preguntó Carol, desconcertada.

—Según está redactada se diría que sí. Pero creo que debemos comprobarlo.

Después de desayunar llamaron al periódico, al número de teléfono donde se gestionaban aquellos anuncios. El editor les explicó que casi siempre la contratación de una esquila la tramitaban directamente los tanatorios, que la ofrecían como un servicio más de la gestión de la muerte. Pero también podía contratarse en persona o por teléfono, sin necesidad de mostrar ningún certificado de defunción. Bastaba con indicar el texto y pagar en efectivo o hacer un ingreso en la cuenta bancaria del periódico o indicar un número de cuenta donde cargar el gasto. La tramitación de la esquila de Marcel Duhameau había sido hecha el día 16, a las diez y media de la mañana. Una voz de hombre llamó por teléfono para dictar el texto y para comunicar que ya había sido ingresado el dinero en el banco.

—Según eso, el propio Marcel Duhameau pudo tener tiempo para hacer todas las gestiones —dijo Carol, todavía intentando reponerse del asombro.

—Sí. Pero también podría haberlas tramitado cualquier otra persona. Aunque se trate de la muerte, al fin y al cabo todo se reduce a la contratación comercial de un espacio publicitario en un periódico.

—No creo que la juez contemple esa posibilidad —reflexionó Carol—. Si necesitaba alguna evidencia para convencerse del suicidio, ahora la tiene en esa esquila. Es como una confesión.

Cupido no respondió. Debían volver a Maigret para hablar con el abuelo de Duhameau. Tal vez él les ayudara en algo. Montaron en el coche alquilado. En la

radio la locutora leía con voz emocionada la esquila con la que el propio Duhomeau anunciaba su muerte. Los tertulianos comentaban el suicidio y nadie parecía cuestionarlo. No era el primer ciclista que se quitaba la vida.

—¿Quién ganó ayer la etapa? —preguntó Carol poco después.

—¿Te gusta el ciclismo?

—¡Claro! Soy francesa.

—Ganó Albert Clumeck, un belga del Atomium. Estaba en su terreno y conocía bien el itinerario, el paso por algunas de las localidades de las clásicas y esos terroríficos tramos de pavés que los ciclistas atraviesan cabeceando como si fueran pájaros, a saltos rápidos y nerviosos —contó Cupido, que, mientras la esperaba, había leído en la prensa la crónica de la etapa.

—¿Cómo es el recorrido de hoy?

—Similar al de ayer, pero de regreso a Francia. Amberes-Sedan. La prensa dice que, si no hay escapadas, será una de las últimas oportunidades para los velocistas, porque enseguida llegarán los Alpes.

Carol debió de advertir algo en el tono de su comentario, porque le preguntó:

—¿Te gustan las etapas de montaña?

—Sí. Las más hermosas batallas de ciclismo han tenido por escenario las montañas, no las llanuras —opinó.

—*Bon!* Puede que sea más hermosa una victoria escalando un puerto que una victoria en llano, pero los minutos cuentan lo mismo para el triunfo final —discrepó.

—Pero yo no estoy hablando de victorias, sino de derrotas —dijo Cupido—. La agonía de un ciclista que se arrastra subiendo una montaña, pero no se baja de la bicicleta, tiene mayor dignidad que la de quien pierde en una contrarreloj.

—¡También en eso se nota que eres español! —exclamó sonriendo, tras reflexionar unos instantes—. En esa preferencia que sentís por la tragedia.

Llegaron al desvío hacia la casa y un gendarme los detuvo y se acercó al coche. Era uno de los agentes del día anterior, que los reconoció y los dejó pasar cuando le dijeron que querían saludar al abuelo de Duhomeau.

—Le vendrá bien hablar con alguien —les dijo—. Está solo. No ha querido ir a Angoulême, donde están haciendo la autopsia.

Aparcaron en el propio desvío y fueron caminando hasta la casa. La puerta del garaje estaba precintada, pero todo lo demás tenía el mismo aspecto, si bien algunos indicios parecían dar cuenta de la tensión: el retorcido cerezo del porche proyectaba una sombra más dura, los pájaros asustados volaban muy alto y el canto de los grillos era más nervioso.

Encontraron al anciano en el huerto, escardando las hortalizas y dirigiendo el agua del riego. Los miró con atención cuando Carol le preguntó:

—¿Podemos hablar con usted?

—Sí —respondió. Los había reconocido. Dejó la azada en un surco y se lavó las manos en la acequia.

—Estamos investigando la muerte de Tobias Gros —explicó Cupido—. Ayer vinimos hasta aquí para hablar con su nieto, porque creíamos que podría darnos algunos datos.

—Marcel era muy discreto, no le gustaba hablar de nadie.

—Pensamos que las dos muertes están relacionadas —dijo Carol.

—¿Ustedes creen que fue una misma persona quien...?

—Tal vez —respondió Carol, a quien el anciano escuchaba con mayor interés que a Cupido—. Si averiguamos qué ocurrió con Tobias Gros, quizá sepamos mejor lo que ocurrió con su nieto. ¿Usted lo conocía?

—¿A Tobias Gros? Sí, estuvo dos o tres veces aquí, en la casa. No se quedaba mucho tiempo: cinco días, una semana. Él y Marcel salían a entrenar juntos. Decía que éste es un lugar perfecto, que las carreteras son tranquilas, con poco tráfico, y que nadie podría reconocerlos ni molestarlos.

—¿Sólo venía Tobias Gros?

—En alguna ocasión hubo también otros ciclistas.

—¿Recuerda sus nombres?

—No, yo apenas trataba con ellos. Siempre eran muy discretos. Además, la casa está cerrada desde octubre a finales de marzo. Marcel tenía llaves y algunas veces vino en esos meses.

—Aquí se aislaban del mundo —comentó Cupido.

—Sí. Decían que no los encontraría nadie, ni amigos, ni admiradores, ni prensa.

—¿Recibían visitas?

—No... Espere... Una vez —corrigió— vino un hombre que no era ciclista.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era de baja estatura, calvo, creo que extranjero. Un entrenador, o un médico, o algo así. Marcel me comentó que les hacía controles de salud, que medía su rendimiento.

Cupido pensó de nuevo en el hombrecillo a quien había visto salir con gesto furtivo de la habitación de Galea. Aunque no tenía ninguna evidencia contra él, con su presencia todo parecía agitarse: el positivo por dopaje, la necesidad de ocultarse para eludir los controles de la UCI mientras durara el tratamiento, la implicación de Tobias Gros y de Galea, la propia huida de Duhameau.

—¿Su nieto mostró algún temor durante estos últimos días?

—No —respondió sin dudar—. No le gustaba que se supiera que estaba aquí, pero no era por miedo. Quería que lo dejaran tranquilo. Ayer por la mañana, al salir con la bicicleta, me pidió que, si oía hablar mal de él, no lo creyera.

—¿Alguien preguntó por él? ¿Vio a alguien merodeando por la finca? —insistió.

—He pensado en eso, pero no vi nada extraño.

—¿Podemos ver su habitación? —preguntó Carol.

—Sí, ¿por qué no? Los gendarmes ya la han registrado. Se han llevado su ordenador y algunos papeles. Vengan.

Lo siguieron hasta la casa, decorada con una sólida austeridad campesina. No había caído en la tentación de convertir los viejos útiles y herramientas agrícolas en adornos colgados de las paredes. La amplia cocina era el lugar más importante, más cálido. Al pasillo daban cuatro puertas y el abuelo de Duhomeau abrió una de ellas. Un maillot del equipo Paradis colgado en la pared era la única referencia explícita al ciclismo. En lo demás, la habitación parecía la de cualquier hombre joven: una cama individual, una mesa de estudio en la que se veía el hueco de un ordenador, un juego de pesas, una estantería y un armario.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Carol.

—Adelante —dijo, y los dejó solos.

La ropa estaba bien ordenada en el armario: un par de chubasqueros, camisas, pantalones, jerséis, cazadoras, en cuyos bolsillos no encontraron ningún objeto de interés, ningún papel. A un lado colgaba la ropa de entrenamiento: los culotes negros, los maillots anónimos, discretos, sin marcas. En el suelo del armario varias cajas contenían unos pares de zapatos y de zapatillas deportivas.

En las baldas de la estantería había adornos y varios timbales e instrumentos de percusión de origen africano. También, un pequeño y potente equipo de música, cedés y algunas novelas y libros de viaje. La policía debía de haberse llevado su agenda, su móvil y cualquier documento que pudiera relacionarse con personas, con lugares o fechas, con proyectos de carreras o planes de entrenamientos. No encontraron nada que les fuera de utilidad para la investigación.

El anciano los esperaba sentado en una mecedora bajo el cerezo, mirando hacia el huerto y los frutales, hacia los bosques lejanos con un profundo gesto de cansancio. Ante sí tenía el periódico regional, abierto por la página de las esquelas.

—¿Ustedes también creen que se suicidó? —les preguntó.

—No —respondió Cupido.

—Yo tampoco lo creo. A pesar de lo que cuenten los periódicos.

—¿Quién pudo hacerlo? —preguntó Carol.

—Creo que a Marcel lo mató el ciclismo —respondió con voz triste—. ¡La ambición de ganar, la obsesión por el éxito...!

—Sí —asintió Cupido recordando las palabras de Galea sobre la creación de ídolos y la exigencia de récords y de espectáculo.

—Sin embargo, no era eso lo que intenté inculcarle cuando le regalé su primera bicicleta, cuando le enseñé a montar y lo animé a participar en sus primeras competiciones. Siempre he creído que hay dos juguetes imprescindibles para

cualquier niño: un balón y una bicicleta. El balón para jugar en equipo y aprender a respetar al adversario, a cumplir las reglas pactadas y a evitar tanto la humillación como la arrogancia, y la bicicleta para aprender el valor del sacrificio individual y del esfuerzo y del dolor y para conocerse a sí mismo. Sin embargo, ahora me pregunto si no fue un error... Si Marcel no se hubiera dedicado al ciclismo profesional, tal vez ahora viviría en esta finca, se habría casado con una muchacha de la comarca, como era su madre, una mujer de piernas fuertes y de sonrisa fácil, con la que tendría dos o tres niños. Conduciría un tractor cinco días a la semana y el sábado y el domingo estaría cazando o enseñando a sus hijos a montar en bicicleta. Algunas noches se entretendría en un bar de Maigret protestando por el bajo precio de las cosechas y por la reducción europea de las ayudas al campo, o charlando sobre la mejor opción para comprar un coche, o sobre las virtudes y defectos del viejo que acababa de morir...

—No, no fue un error —negó Cupido cuando el anciano detuvo su charla—. Nadie puede saber si con esa forma de vida hubiera sido más feliz.

—Encuéntrenlo —les dijo con una voz más dura y más joven—. Encuéntrenlo y que pague por el mal que ha hecho.

—Sí —dijo el detective.

—Sólo tuve una hija y murió. Y ella sólo tuvo a Marcel. Así que ahora todo esto —señaló alrededor— no tendrá heredero.

—Falta mucho para eso —dijo Carol apoyando la mano en su hombro.

Cuando volvían en el coche, Cupido le contó todo lo que sabía del hombre a quien llamaban doctor Román, que hasta entonces había sido poco más que un fantasma.

—Es necesario encontrarlo —dijo Carol—. No puede estar muy lejos del pelotón, por si alguno de los corredores requiere sus servicios.

—Y como nadie lo controla, puede moverse con total libertad. Su testimonio es imprescindible, porque ahora ya sabemos que el dopaje de Tobias Gros no fue un hecho aislado. Parece que todo estaba organizado: los suministros y lugares discretos, como la finca de Duhameau, donde aplicarlos en los momentos adecuados para escapar a los controles de la UCI y de la AFLP.

Volvieron al hotel y se amaron en la siesta mientras el televisor, sin volumen, emitía imágenes del desarrollo de la etapa, que en esta ocasión no fue anulada. El pelotón entero, desconcertado, no supo reaccionar ante aquella segunda tragedia. Aceptó la versión oficial del suicidio mientras los corredores más vinculados a Duhameau manifestaban su perplejidad y su tristeza. Los dirigentes del Tour emitieron un comunicado lamentando la muerte y solidarizándose con el dolor de la familia, pero su responsabilidad los obligaba a mantener la carrera. La *grandeur du Tour* consistía en elevarse en momentos así por encima de todas las adversidades. El

Tour había sobrevivido a dos guerras mundiales, a crisis de la nación, a accidentes, escándalos y dopajes, y tampoco ahora iba a modificar su desarrollo. Ni siquiera se le concedió de nuevo a un diezmado Paradis la victoria de equipo como homenaje a la víctima, como había sucedido en Arcachon en la sexta etapa. La sombra del dopaje contaminaba el ambiente y nadie olvidaba que después de haber rendido honores a Tobias Gros se había descubierto que no estaba limpio. En la línea de meta, en Sedan, se impuso Vincent Aimeur, un joven ciclista del equipo Occitanie que logró colarse entre los codazos de los velocistas. La clasificación general apenas varió.

Cansados por haber dormido poco la noche anterior, perezosos entre las sábanas, Cupido la acariciaba como si fuera su mano la que iba modelando el paso de la cintura a la cadera.

Cada uno de ellos partiría en distinta dirección una hora más tarde.

—¿Tienes... una mujer en España? —le preguntó Carol de pronto.

—La tuve, pero todo aquello terminó.

—¿Y ahora?

—Ahora no.

—No te creo.

—Pues es cierto.

Carol se dio la vuelta para mirarlo, extrañada de que no tuviera una pareja. Desde que lo vio por primera vez, había tenido la certeza de que había hecho llorar a más de una mujer y, al mismo tiempo, de que era afortunada la mujer que estuviera a su lado. Sintió una enorme curiosidad por conocer qué había pasado, por qué «todo aquello terminó», como acababa de decir, pero la seca brevedad de sus respuestas no la animaba a indagar más. El oficio de abogada le había enseñado cuándo hay que callar y cuál es el momento adecuado para hacer preguntas. Ese momento no había llegado... y tal vez nunca llegaría. El detective parecía uno de esos hombres herméticos convencidos de que revelar intimidades de las mujeres que han amado sería la peor traición que podrían cometer contra ellas, un firme poseedor de secretos que nunca contaría. ¡Cómo le gustaría sentirse querida de un modo tan fiable! El detective podía gustar o no gustar, pero era imposible permanecer indiferente ante la armonía de su rostro y ante la firmeza de sus manos, grandes y de dedos fuertes, pero no toscos, que no dejarían caer ningún objeto delicado, pero tampoco lo romperían por torpeza o exceso de brío. Se había fijado en ellas cuando tocó el cuello de Duhameau buscando un latido, cuando servía el vino en las comidas, cuando la abrazaba. Admiraba su tranquila solidez, que no podía ser sólo fruto de la práctica del deporte, sino de una firme actitud al tocar las cosas del mundo, como si estuviera muy seguro de cuáles queman o manchan o envenenan y cuáles pueden ser acariciadas. ¡Cómo le gustaría seguir sintiendo el contacto de su mano en la cadera y prolongar esos dos intensos, extraordinarios días en los que habían compartido tantos

acontecimientos terribles y felices: una muerte violenta, una gestión brillante ante una juez recelosa en la que había dado lo mejor de sí misma como abogada, unas dulces horas de amor como no recordaba! En su trabajo como abogada nunca le habían sucedido hechos semejantes y temía que, arrastrado por el vértigo de la caravana del Tour, después de esa tarde no volviera a repetirse.

Cupido retiró de pronto la mano de la cadera desnuda, como si hubiera despertado y descubriera lo tarde que se había hecho.

—Tenemos que irnos —dijo.

—¿Tan pronto?

—Sí. Queda trabajo por hacer.

Se vistió y luego se tumbó de nuevo en la cama, junto a ella, y se abrazaron antes de despedirse. Volvió a su habitación, se duchó y recogió el equipaje. Antes de salir llamó al Alkalino. Acababa de llegar a Zaragoza en autobús, pero hasta el lunes no abrían las oficinas y los archivos de la federación aragonesa de ciclismo. Mientras tanto, buscaría información en los treinta y dos números de teléfono que figuraban en la guía correspondientes al apellido Calatayud.

Pagó la cuenta del hotel y subió al coche alquilado. Tenía bastante combustible, de modo que repostaría más adelante. Eran las ocho de la tarde. Abrió el mapa y calculó que tardaría unas seis horas hasta Nancy, donde terminaría la etapa del día siguiente, domingo, porque no tenía sentido subir hasta Sedan. Volvería a hablar con Mises y con Galea hasta encontrar el modo de ponerse en contacto con el doctor Román.

Relajado, sin la molestia del sol, que moría a sus espaldas, avanzó hacia el nordeste por una autopista libre de atascos.

Las luces de Troyes habían quedado atrás cuando tomó una carretera nacional para enlazar más adelante con la N-4 que lo llevaría directamente a Nancy. El piloto del nivel de gasolina se había encendido unos kilómetros atrás y paró a repostar en una estación de servicio abierta veinticuatro horas. Llenó el depósito, aparcó en la zona reservada a los turismos, semidesierta a esas horas de la noche, y entró en la cafetería. Sin prisas, comió un bocadillo, bebió agua sin gas y estiró las piernas enmohecidas por las horas que llevaba conduciendo. Había dormido muy poco la noche anterior y estaba cansado, con ganas de llegar al hotel y abandonarse al sueño antes de reemprender la investigación. Cuando terminara con aquel agotador trabajo volvería a Breda y durante varias semanas nadie le haría moverse de su casa.

Caminó despacio hacia el aparcamiento, buscando el coche, tapado por una furgoneta blanca que había aparcado delante, por el lado del conductor. Los cuatro intermitentes parpadearon al pulsar el mando. Se coló por el estrecho pasillo que había quedado entre los dos vehículos y oyó a sus espaldas el ruido de la puerta corredera de la furgoneta. No tuvo tiempo de mirar hacia atrás. Sintió un abrazo que

lo inmovilizaba y, enseguida, un golpe agrio en la cabeza. Aturdido, notó el rechinar de los dientes, el dolor, la rudeza con que lo introducían en la furgoneta y el ruido de la puerta al cerrarse. Concentró sus fuerzas en los párpados y logró abrir los ojos. Tumbado de cara, giró la cabeza y vio a los dos hombres: un tipo grande, robusto, que le clavaba una rodilla en la espalda, y el hombre pequeño, calvo, sentado en el único asiento de atrás, cuyo rostro había visto fugazmente cuando salía de la habitación de Galea.

—Lo estaba buscando —jadeó el detective.

—Imposible —le respondió una voz delgada, llena de fatiga—. No se puede buscar a quien no existe.

El hombrecillo levantó del suelo un maletín negro, lo colocó sobre sus piernas y lo abrió con dos chasquidos. La tapa impedía que Cupido viera qué manipulaba allí dentro con pequeños ruidos de metal y de cristales.

—Átalo —ordenó, sin levantar los ojos.

—¿Con las esposas? —preguntó el gigante en un francés teñido de acento extranjero.

—Sí.

Aumentó la presión de la rodilla contra la espalda del detective hasta impedirle respirar y cerró las esposas sobre sus muñecas. Al apartarse, Cupido vio el brillo dorado de una jeringa, los pequeños dedos que manejaban con suavidad el émbolo, la aguja que expulsaba al aire una gota de líquido transparente.

Lo estremeció un escalofrío e intentó en vano revolverse contra la pierna que le aplastaba la espalda y soltar sus manos de los hierros, pero las aristas le hacían mucho daño y se quedó quieto, con la suficiente lucidez para decirse: «Va a ocurrir, esa jeringa va a clavarse en mi brazo y lo único que puedo elegir es que sea con suavidad o con daño. De modo que debo controlar el miedo, reducir el dolor y guardar las fuerzas para otro momento».

Pero no pudo evitarlo. Cuando el hombrecillo se agachó junto a él y levantó la manga de su camisa, se le endurecieron los músculos del brazo. A pesar de sus esfuerzos, notó la suavidad con que penetraba la aguja, la ausencia de dolor, la frialdad del líquido inyectado en la carne.

—¡Felices sueños! —dijo el hombrecillo.

Un minuto más tarde sintió que iba caminando hacia una brillante luz negra y a cada paso descendía un escalón que no había visto y que lo iba hundiendo en el fondo de la tierra.

14.^a etapa

Sedán - Nancy, 172 km

Domingo, 18 de julio

Cupido no supo qué fue antes, el abrir los ojos o el lento regreso a la consciencia. Sostuvo con esfuerzo los emplomados párpados y miró alrededor: una habitación sin ventanas, de paredes lisas de hormigón mal pintado de blanco y con una única puerta metálica. Un tubo fluorescente en el techo, sin apenas revoco, en el que se adivinaban las vigas de la estructura, expandía una luz nerviosa con una pequeña vibración. No se veía ningún interruptor. El mobiliario se reducía a la vieja colchoneta de espuma donde estaba tumbado, colocada sobre un ancho tablero de madera para aislarla del suelo, y a un cubo de plástico despojado del asa cuya visión le despertó deseos de vomitar.

Inmóvil, con la cabeza dolorida por el golpe, asoció el cansancio, la sed y el malestar general a la inyección que le había administrado el hombrecillo en la furgoneta. Intentó llevarse las manos a las sienes y notó el dolor que el tirón le produjo en la muñeca izquierda: como a un caballo, le habían esposado la mano a una gruesa anilla atornillada a la pared, de modo que podía sentarse, moverse y manejar el cubo, beber y comer, si es que se lo permitían, pero siempre alrededor del brazo preso. Al pensar en la comida le volvieron las náuseas, acompañadas por un sabor ácido en la boca. Muy despacio, removi6 la lengua para desprender la costra de cieno solidificada en el paladar.

Se sent6 y se frot6 las piernas, que sentía pesadas, adormecidas. Por la ausencia de ventanas, por la humedad del aire y de las paredes, por el olor carcomido de los recintos sin ventilación, el olor a la vejez de la Tierra, dedujo que se hallaba en un sótano. La ausencia de sonidos y de vibraciones, el pesado silencio que lo envolvía sólo podían ser subterráneos.

¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí encerrado? En el brazo observó la huella del pinchazo, pero no lo molestaba. Si le habían administrado un narcótico, podía haber estado durmiendo doce, catorce horas. Podría ser el mediodía o el inicio de la tarde del domingo. ¿Qué había ocurrido en ese tiempo? Evocó los últimos minutos en el solitario estacionamiento de la gasolinera, el golpe en la cabeza y el brillo de la jeringa, e intentó extraer del sueño posterior alguna imagen, alguna palabra perdida que le diera una pista sobre su situación actual, pero no encontró ninguna información. Únicamente recuperó los flecos de una pesadilla en la que un niño aterrorizado por las agujas de las jeringas ocultaba a su madre el malestar y la fiebre para evitar que el médico le administrara una inyección.

Oyó un ruido más allá de la puerta metálica, parecido al de una llave al girar en una cerradura. Luego escuchó unos pasos y, unos minutos después, unos suspiros

profundos, como la respiración de algún animal grande y poderoso.

Sus piernas se habían recuperado y se sentía más despejado. Observó con atención los detalles de su cautiverio. Las esposas que anillaban a la pared su muñeca izquierda eran de un modelo antiguo y eficaz, el mismo que había sufrido muchos años antes, de acero brillante y gancho de sierra para ajustarse a la anchura de las muñecas. El gigante tenía experiencia en su uso, puesto que había colocado el hueco de la llave en la cara exterior. Con la mano libre se registró los bolsillos. Lo habían despojado de todo: del teléfono, de las llaves, de la cartera, del reloj, del cinturón y de los zapatos. Estaba inerte ante cualquier amenaza, aunque no sabía de qué tendría que defenderse.

No le resultaría fácil salir de allí por iniciativa propia, puesto que no tenía nada a lo que agarrarse ni modo de pedir ayuda a los de fuera. Debían ser los de fuera quienes vinieran a ayudarlo. Pensó en el Alkalino, vagando en la tarde del domingo por las calles de una Zaragoza que le pareció muy lejana. No le gustaba demasiado hablar por teléfono, de modo que no era probable que lo llamara hasta el día siguiente, lunes, si encontraba algún dato sobre los Calatayud. Pensó en Carol y la imaginó llamándolo en cualquier momento para saber cómo estaba, cómo había hecho el viaje, quizás esperando de él unas palabras de cariño, una alusión tierna a lo sucedido la noche anterior. Al principio tal vez no le extrañaría encontrar el teléfono apagado, pero terminaría preocupándose si no daba señales de vida tras repetir sus llamadas. De Carrión no esperaba ninguna iniciativa inmediata. Ya tenía suficiente tarea dirigiendo a su equipo en la carrera y sólo confiaba en que el detective hiciera bien y pronto el trabajo por el que le pagaba. Imaginó a su madre, en España, siempre convencida de que todo le iría bien, porque lo creía sabio e invulnerable.

Tumbado en el camastro, con los ojos fijos en el techo, se dio cuenta de que no tenía mucha gente alrededor que lo echara de menos. Por segunda vez se arrepintió de haber aceptado aquel trabajo cuando estaba de vacaciones, de haberse dejado llevar por el viejo afecto hacia Carrión para implicarse en una investigación que nunca había llegado a controlar, que se le escapaba cada vez que se acercaba a algo concreto.

En el silencio distinguió de nuevo un profundo suspiro de fatiga o de dolor. Luego oyó de forma clara un chasquido metálico, como si algo se cerrara o encajaran dos piezas. ¿Qué estaba ocurriendo allí fuera? Con cierta ironía, Cupido se imaginó como el condenado que desde la celda oye los golpes y martillazos de la construcción del patíbulo donde será ejecutado al amanecer. Entonces distinguió los pasos que se acercaban a la puerta. Esperaba oír el ruido de una llave en la cerradura, pero estaba abierta, tan seguros se sentían sus carceleros de la eficacia de las esposas y de su vigilancia exterior.

La puerta se abrió hacia afuera y en el hueco apareció el gigante, que lo observó

sin hablar, manoteándose el sudor con una toalla de color indefinible. Vestía una camiseta de tirantes que dejaba al aire unos brazos inmensos, capaces de estrangular a un toro. Tenía el pelo rapado, las grandes orejas carnosas muy separadas de la cabeza, los ojos profundos y muy juntos y huesos anchos que le tensaban la piel. No había nada blando dentro de su rostro. Cupido dedujo que había estado levantando pesas en un banco que se veía tras él, junto a una bicicleta estática y a una barra colgada del techo, y que a sus esfuerzos se debían los resoplidos y los ruidos metálicos que había oído.

La segunda habitación era amplia y, aunque desde el jergón no la abarcaba por completo, vio una mesa sobre la que estaban sus pertenencias. Distinguió el pie de una estrecha cama, otra mesa auxiliar con un ordenador apagado y carteles de mujeres desnudas pegados en las paredes. También, un sofá hundido delante de un viejo, pesado televisor de tubo. Al fondo se veía otra puerta metálica. Tampoco allí había ventanas y la luz cruda caía de los fluorescentes, lo que confirmaba que se trataba de un sótano y que él estaba encerrado en un pequeño habitáculo auxiliar, parecido a una bodega, de modo que, aunque gritara, sus gritos no atravesarían las dos puertas.

—Agua —pidió.

El gigante pestañeó con una mirada plana, sin profundidad, sin comprender lo que decía. Cupido lo repitió en francés.

—Tendrás que esperar —respondió a tropezones, con un acento duro—. Son las órdenes.

Las gotas de sudor seguían empapando su piel, brotando de los músculos tan definidos que parecían engordados por la química, tan lustrosos que repelían. Le dio la espalda y cerró la puerta, pero de nuevo sin echar la llave, y el detective oyó los pasos alejándose y, luego, el ruido de una llave en la segunda puerta.

Se tendió en el camastro mirando las paredes desnudas, el suelo, el techo, buscando en vano una grieta, un pequeño clavo, cualquier cosa que posibilitara una salida, una esperanza. Observó las esposas y recordó aquel tiempo que pasó en la cárcel que dirigía Carrión, muchos años antes. Allí dentro había conocido a gente buena y a gente mala, y había aprendido algunas habilidades. Sus dedos se movieron en el aire recordando la forma de abrir unas esposas con un alambre, con una horquilla, con cualquier hierro fino y resistente.

Permaneció así un tiempo, tendido en el camastro, con la boca seca, notando cómo aumentaba la sed, cómo desaparecían los residuos de la anestesia y las piernas exigían su tiempo de ejercicio. Calculó que debía de estar llegando la noche del domingo.

Más tarde, sin que ningún ruido ni señal lo hubiera anticipado, oyó abrirse la segunda puerta y el murmullo de un diálogo. Identificó los pesados pasos del gigante

acercándose, pero delante venía el hombrecillo calvo. A un gesto suyo, el otro avanzó con una botella de agua, llenó un vaso de plástico y se lo tendió al detective.

—Perdónelo —dijo mientras Cupido bebía—. Tenía órdenes de no darle nada y cumple bien las instrucciones. ¿Más?

—Sí.

El detective extendió el brazo con el vaso, que el gigante volvió a llenar.

—No era necesario que sufriera sed. Tampoco el golpe. Pero entonces no nos hubiera acompañado.

—¿Qué día es? —preguntó, indiferente a sus excusas.

—Domingo.

—¿Qué hora?

—Está anocheciendo. Ha dormido mucho tiempo.

—Suéltense. Quiero salir de aquí.

—Eso no va a ser posible.

Sacó un paquete de cigarrillos de un bolsillo de la chaqueta, encendió uno y expulsó unas rosquillas de humo gris hacia el fluorescente del techo. Resultaba extraño verlo aspirar con tanta fruición, hundiendo las mejillas y avivando la brasa, en aquel entorno deportivo de los últimos días en el que nadie fumaba. Luego sonrió con amabilidad, lamentando todo lo ocurrido. Los labios, apenas visibles, desaparecían entre los paréntesis de dos profundas arrugas en las comisuras, como si fueran algo secundario en el rostro, como si nunca besaran ni apenas comieran y sólo encontrarán utilidad en hablar y en aspirar el humo del cigarrillo. En cambio, su nariz, grande, crecida como la de un viejo, como si los cartílagos llevaran treinta años de adelanto sobre las mejillas, destacaba en el rostro, en la pequeña cabeza calva, astuta, segura de ganar.

—Ha ido usted demasiado lejos. Durante estos días lo hemos visto dar vueltas, acercándose poco a poco a nosotros, preguntando y escuchando en silencio, no como la prensa o la policía, que preguntan y no escuchan si no se les da la respuesta que están esperando. ¡Hay tanta gente que no escucha cuando le hablas! —exclamó dolido—. ¿Por qué ha tenido que meterse en esto?

—Por dinero. Es mi trabajo.

—¿Por dinero? —preguntó, escéptico—. Nosotros le habríamos pagado más dinero... Y ahora ya es tarde. Después de haber llegado tan lejos, ni siquiera nos queda la posibilidad de un pacto de silencio.

—No es sólo tarde para mí. Suéltense y contribuiré a que su condena sea la menor posible por la muerte de Duhameau.

—Duhameau se suicidó —replicó sin convicción—. Él mismo escribió su esquila anunciándolo.

—¡Nadie se suicida en un garaje, vestido de ciclista e inmediatamente después de

haber montado varias horas en bicicleta! Cuando llegué al garaje aún estaban calientes las ruedas. He hablado con su abuelo y él también lo sabe. Me contó que usted había pasado por la casa un par de veces. Y lloraba al hablar de su nieto.

—Los viejos lloran fácilmente.

—Porque él sabía que lo mataron. Suéltense y no lo estropeen más. Todo les ha salido mal con Duhomeau, pero creo que no mataron a Tobias Gros.

El hombrecillo miró al detective con una divertida extrañeza, sorprendido de su insistencia. Al sonreír, en su boca asomó una dentadura que mostraba más oro que marfil, éste sólo un poco menos amarillo.

—Él nos obligó —reconoció al fin.

—¿Nos? ¿Cuál es el papel de Galea en todo esto?

—Un papel pequeño. Galea no tiene importancia.

—¿Por qué les obligó Duhomeau?

—No quiso creemos —respondió. Las palabras salieron de su boca envueltas en humo—. Puedo contárselo, porque no tendrá oportunidad de repetírselo a nadie.

—Duhomeau —insistió Cupido, desdeñando la amenaza.

—Duhomeau no nos creyó cuando le dijimos que no teníamos nada que ver con la muerte de Tobias Gros. ¿Por qué íbamos a atentar contra uno de nuestros mejores clientes? Le explicamos que su muerte sólo nos había traído complicaciones, que ahora teníamos en alerta a toda la policía de Francia, muy enfadada, amenazando con arruinar nuestro negocio. —Al ondear con las manos en un gesto que abarcaba alrededor, dos centímetros de ceniza del cigarrillo cayeron al suelo.

—¿Negocio? ¡Todo eso que venden para que sus clientes estén satisfechos cuando hinchan los músculos mirándose a los espejos! —Cupido señaló con la cabeza al gigante, que en la otra habitación había levantado del suelo unas mancuernas y hacía ejercicios en silencio, los músculos absurdos rebosando por los bordes de la camiseta.

—Todo eso que ellos nos piden que les vendamos —corrigió suavemente—. No sólo los ciclistas, también profesionales de otros deportes. Y no se imagina cuántos aficionados a los gimnasios.

—Un buen negocio, con una amplia cartera de clientes ricos —ironizó Cupido—. Hormonas, anabolizantes, EPO. Una demanda sin límites, porque el que empieza no puede detenerse, ¿verdad?

—No, no puede detenerse. ¡Mírelo! ¡Idiotizado de orgullo por sus bíceps! —Sonrió de nuevo, la boca mostrando el oro—. Por nada del mundo renunciaría a sus ampollas.

—A él tal vez no le cuesten dinero, pero para los demás el precio es alto. ¿Cuánto le pagaba Tobias Gros por el tratamiento?

—Mucho, porque también compraba el silencio. Pronto podremos retirarnos y hasta este noble bruto de ahí atrás podrá vivir tranquilo media vida.

—¿Pronto? Es difícil parar cuando las cuentas van engordando en los bancos sin demasiado esfuerzo —dijo Cupido con sarcasmo—. ¿Le contó eso a Duhameau antes de dispararle?

—No quiso creernos —repitió—. La muerte de Gros lo había asustado y nos amenazó con contarlo todo. Dijo que estaba arrepentido. ¡Ah, el arrepentimiento! ¡Qué fácil es usarlo! ¡Qué cómodo resulta arrepentirse y creer que con una disculpa se soluciona todo! Duhameau quería obligarnos a todos a que también nos arrepintiéramos. Teníamos que impedirle que hablara.

—¡Déjese de eufemismos! Lo mataron —dijo Cupido, atado a la pared mientras el hombrecillo lo miraba desde arriba—. Suéltense ahora e intentaré que su condena no sea la peor posible.

El doctor Román lo miró con seriedad y tristeza.

—¡Una condena! ¿Cree que merecería la pena vivir si hubiera que soportar una condena? Usted mismo, ¿tanto aprecio le tiene a la vida? ¿Tantas cosas buenas ha dejado ahí fuera?

Era como si hablara para sí, acunando despacio las palabras, y no esperara respuesta. Una chispa de locura le brillaba en la calva sudorosa, en las dos pequeñas burbujas de saliva que habían aparecido y explotado en sus labios casi invisibles. Cupido no respondió y por primera vez desde la noche anterior, cuando lo golpearon en la gasolinera, notó un soplo de miedo. Aquella indiferencia del hombrecillo, su incapacidad para incluirse en el mundo podía ser más dañina que la pertenencia a un negocio, a una mafia, a una fe.

—Sólo tienen miedo a morir las gentes felices. A quienes todo lo importante les ha ido mal, ¿cree que les importa morir? —continuó después de apurar el cigarrillo y aplastarlo con el pie. La última confesión le ennobleció la boca pequeña, poco besada, miserable.

Le dio la espalda y, sin cerrar la puerta, salió a la habitación grande, donde el gigante, ajeno a la conversación, pedaleaba despacio en la bicicleta estática. Al ver que el hombrecillo se acercaba, le pidió con su francés rudo, pedregoso:

—Es la hora de mi inyección.

—Sí.

Abrió el maletín que había dejado en la mesa, extrajo sus útiles entre fríos brillos de metales y llenó el cilindro con el contenido de un pequeño frasco. El gigante se acercó a él y le presentó el brazo anchísimo, lleno de venas, engordado por la testosterona. Inyectado el líquido, se frotó con un algodón durante unos segundos y enseguida se tumbó en el banco a levantar pesas.

El hombrecillo desinfectó varias veces con cloro la jeringa dorada y la secó con mimo antes de guardarla. Luego, como si hubiera olvidado algo, volvió a la habitación desde donde Cupido lo había contemplado todo.

—Hoy es domingo y las carreteras y los caminos aún están llenos de gente. Ya sabe, la fatigosa felicidad obligatoria de los *weekends* —murmuró—. Mañana, lunes, estarán vacíos. Lo invitaremos a dar un paseo en bicicleta por un solitario sendero de montaña. No se preocupe por la falta de entrenamiento, le daremos algo que lo ayude a pedalear, aunque su sangre será tan roja y tan espesa que su corazón correrá un grave peligro.

—Con eso no engañarán a nadie —dijo Cupido.

—¿Eso cree? Lo haremos de forma que parezca un accidente. Necesitamos tranquilidad para poder trabajar, este Tour está siendo demasiado... agitado y no soportaría una nueva muerte violenta. Pero no tema, no resultará doloroso. Será un accidente común entre los hombres de su edad, que creen que aún pueden practicar deporte como si tuvieran veinte años. ¡Qué ingenuos! Algunos no se resignan a dejar atrás la juventud, toman estimulantes y el corazón maduro, ¡plaf!, se desboca y revienta de pronto en cualquier camino de montaña.

Se dio la vuelta y caminó unos pasos hacia la puerta dejando ver la espalda estrecha, el cráneo huesudo donde, en unos pocos días, parecía haber avanzado la calvicie, el aspecto anodino y acromático de esos hombres que se ven detrás de un mostrador o de una ventanilla para tratar algún asunto y cinco minutos después nadie recuerda haber visto. De pronto se detuvo y se volvió hacia el detective.

—¡Ah! Un último detalle que tal vez le interese: el resultado de la etapa de esta tarde. Se produjo una caída masiva y Rudolf Trölsch, del equipo Lorelei, se metió en una fuga con los de delante. El pelotón reaccionó demasiado tarde para poder anularla. La etapa la ha ganado un holandés, pero Trölsch es el nuevo líder.

Cuando cerró la puerta, la última imagen que avistó el detective fue la del gigante levantando pesas, resoplando, forzando los músculos anchos y redondos, las nudosas articulaciones de caballo.

Volvió a tumbarse en el camastro, con una mano aherrojada a la anilla y otra bajo la nuca, mirando el cemento del techo y de las paredes, la trémula luz del fluorescente, la estrechez del habitáculo, que le parecía el lugar más hundido de toda la Tierra. Sólo oía los suspiros de esfuerzo y, en un momento, creyó percibir el eco lejano de un vehículo marchándose. «Cuando vuelvan será para golpearme, para utilizar esa jeringa de oro repleta de algo para dormir muchas horas, para dormir siempre», se dijo.

De nuevo pensó en los casos que había resuelto, en el agradecimiento de los inocentes y en el odio de los condenados, en la piedad por quien se condenó a sí mismo, en aquella profesión que ni siquiera había elegido, a la que había llegado por azar y por falta de otro oficio mejor. Nunca había sentido la vocación de ser detective, pero con el paso del tiempo había descubierto cuánto le debía a su trabajo, cuánto le había enseñado sobre la felicidad y la desgracia y con qué intensidad le había

permitido vivir. Estaba convencido de que no había nada más que este mundo y este presente, que los años llegan y pasan y todo acaba pronto, y, por tanto, siempre había intentado llenar su vida con lo que le ofrecían el mundo y el presente. Aunque a veces había maldecido aquel oficio de ladrón de intimidades, ahora, encerrado en aquel sótano, bajo una seria amenaza de muerte, comprendió que ya no le gustaría ejercer ningún otro. A pesar de las dificultades que suponía trabajar con la materia prima del dolor y del daño, no había encontrado el mal absoluto en ningún ser humano, sólo la maldad concreta en personas y en momentos determinados, una maldad que, por tanto, podía ser contrarrestada y corregida por el sistema judicial. Había llegado a la convicción de que el hombre debía ser juzgado con las leyes de los hombres, no con las leyes feroces de los animales ni con las leyes absurdas de los dioses, y que con su aplicación podía alcanzarse una moderada paz colectiva, una felicidad razonable.

De nuevo pensó en Carol y en su inquietud al no localizarlo, en el tiempo que se concedería antes de denunciar su desaparición. Pensó en las rampas del Tourmalet, y se dijo que no había podido rechazar la propuesta de Carrión porque no sabía no pagar deudas y estaba agradecido por los beneficios que le concedió en aquellos dos años en la cárcel, donde había aprendido algunas lecciones sobre la lealtad, el valor del silencio y la defensa del propio territorio que sólo pueden aprenderse en un lugar así. Pensó en el peligro, en el maletín negro con la jeringa dorada, llena de un líquido que imaginó ámbar y dulzón entrando en sus venas... Y a pesar de todo, no sentía un miedo franco y definitivo, no lograba imaginarse como una víctima de la violencia bruta, como lo habían sido Gros y Duhaméau. No lograba imaginarse no siendo.

La sed había vuelto y con ella el hambre por no haber comido nada en todo el día.
—¡Eh! —gritó.

Oyó los pasos arrastrándose y el gigante abrió la puerta y se acercó a él. Llevaba en la mano una de las mancuernas con que estaba entrenando.

—Tengo sed y hambre —dijo Cupido.

Miró el vaso y la botella vacía, en el suelo. Se agachó a recogerlos y dejó la mancuerna al lado antes de salir del cuartucho. El detective lo vio abrir con la llave la segunda puerta y desaparecer tras ella. Sus ojos se fijaron en la pesa que había olvidado cerca del camastro y, un instante después, ya estaba irguiéndose, preguntándose cómo había tardado tanto en advertirlo. Los dos discos de cinco kilos se sujetaban a la barra con dos pequeños topes metálicos para evitar que se salieran. Extendió el brazo libre, cogió la mancuerna y extrajo la horquilla con una sencilla presión mientras ya estaba pensando en el siguiente movimiento: levantó la colchoneta de espuma y se agachó hacia el tablón. Mordió con fuerza una arista. Creyó que los incisivos iban a saltar de sus encías, pero sólo notó el sabor de la sangre cuando la astilla se le clavó en la lengua. Tragó saliva mientras colocaba el trocito de madera en lugar de la horquilla metálica y la ocultaba a la vista.

Ya estaba tumbado en la misma postura cuando unos minutos después regresó el gigante con dos sandwiches, un vaso y otra botella de agua. Sin prevención ni cálculo, sin sospecha, lo dejó todo en el suelo, junto al camastro, y se quedó mirándolo con curiosidad, como un mozo de cuadra miraría al caballo de cuyo cuidado y vigilancia lo han hecho responsable.

—Comida —dijo con una mueca amistosa, como si tratara de reír.

El detective no se movió hasta que recogió la pesa y salió. Cupido escuchó temiendo que continuaran los ejercicios y descubriera el cambio de la horquilla, pero al prepararle la cena debía de haberse abierto su apetito, porque enseguida oyó la llave de la segunda puerta.

En la comida y el agua no parecía que hubiera nada extraño y, a pesar de la molestia de la herida en la lengua, comió con apetito para calmar el hambre de todo el día, dando tiempo a que el gigante cenara y se hundiera en el sueño bruto del cansancio físico. Luego oyó el ruido del agua corriendo por las cañerías, el único eco que llegaba hasta el sótano de la existencia de un mundo exterior. Fuera ya sería de noche y el mundo estaría refugiándose bajo las sábanas en busca del sueño, del descanso para afrontar la amenaza del lunes.

De nuevo recordó los consejos, la astucia, la paciencia carcelaria, las lecciones de un preso que ganaba todas las apuestas sobre su capacidad para abrir cualquier cerradura mecánica que funcionara con una llave. Sacó la horquilla de la espuma y calculó la longitud, la dureza. Palanqueando en el propio ojo de la llave, dobló un extremo y luego la introdujo en la ranura. Poco después lo sorprendió el chasquido con que se abrieron las esposas.

Se levantó del camastro y salió a la segunda estancia, que seguía con la luz encendida. En silencio, se acercó a la mesa y recuperó la cartera, las llaves, el reloj y el móvil. El cinturón y los zapatos lo reconfortaron con una agradable sensación de seguridad. Tal como había advertido, la segunda puerta estaba cerrada. En una estantería descubrió una porra de goma, quizá la misma con que lo habían golpeado en la gasolinera.

Por última vez miró alrededor, pensando en los siguientes movimientos. Volvió al cuartucho y con la porra comenzó a golpear la pared, en la zona en que había percibido el ruido de cañerías, hasta que hizo el ruido suficiente para despertar al gigante. Luego volvió hasta la segunda puerta y se escondió tras ella. Desde allí oyó los pasos que bajaban por la escalera y la llave girando en la cerradura. La ancha cara encajó el golpe en el pómulo con un ofendido y colérico gesto de asombro y de estupidez. Cupido tuvo que esforzarse para que su brazo no se encogiera por propia voluntad antes de alcanzar de nuevo el rostro y oír la blasfemia y el crujido de algo que se astillaba dentro, extrañado de aquella desconocida capacidad de violencia en él, que no recordaba haber iniciado nunca una pelea porque nunca había reunido esa

conjunción de decisión y maldad que se necesita para lanzar el puño contra un rostro ajeno, que nunca había necesitado golpear a nadie para obtener información, que nunca había estado seguro de que al usar un arma lograra alguna ventaja sobre su adversario. El gigante se mantuvo todavía un segundo en pie antes de arrodillarse y caer de bruces, la dura cabeza chocando contra el suelo.

La puerta daba directamente a una escalera. La cerró desde fuera, dio dos vueltas a la llave que seguía en la cerradura y la dejó girada a medias, por si se daba el caso improbable de que el gigante tuviera otra copia. Subió con sigilo, aunque suponía que el hombrecillo no estaba allí. Había oído el ruido de un coche alejándose y lo imaginaba cerca de sus clientes.

Las luces estaban encendidas y Cupido avanzó deprisa hacia la puerta de salida. En un colgador junto al perchero había varias llaves y enseguida encontró la adecuada. Al abrir comprobó que era una casa de campo, aislada entre lomas cuyas siluetas se recortaban a la luz de una luna creciente. Ignoraba dónde se hallaba, en qué comarca o cerca de qué ciudad, pero supuso que en algún lugar del centro o del nordeste del país, no muy lejos de donde lo asaltaron.

La furgoneta blanca donde lo habían traído estaba aparcada en un lateral. Creía haber visto en el colgador una llave de coche y regresó a la casa: en efecto, allí estaba. Arrancó y condujo por el camino de tierra, clareado por la luna, entre lomas de bosques, atento a cualquier luz que pudiera acercarse, de cuando en cuando mirando por el retrovisor, aunque era improbable que el gigante hubiera podido escapar y saliera a perseguirlo en otro automóvil. Abrió el cristal de la ventanilla y respiró el aire fresco, limpio como un relámpago, que, después del encierro, le pareció el aire de la felicidad.

Resultaba extraño que sintiera miedo ahora que había escapado. El temor a ser bloqueado en medio del monte y otra vez anestesiado, y muerto, y su cadáver abandonado en el interior del bosque que lo rodeaba, aceleraba su corazón.

No sabía hacia dónde conducía el camino que, lleno de baches y de piedras sueltas, avanzaba por un terreno quebrado. Llegó a una bifurcación y eligió la vía más ancha. Un poco más adelante vio las luces de una casa aislada y frenó dudando en pedir ayuda, pero conocía la desconfianza campesina hacia el extranjero que llega en mitad de la noche y oyó los furiosos ladridos de unos perros, que lo empujaron definitivamente hacia delante. El camino terminaría por llegar a alguna población.

En un tramo llano encendió el teléfono móvil. Enseguida comenzaron a sonar los pitidos anunciando mensajes, llamadas perdidas, pero no tenía tiempo para detenerse a leerlos.

Diez minutos después, al alcanzar lo alto de una loma, vio las luces de lo que le pareció un pueblo grande. El asfalto donde desembocaba el camino lo llenó de optimismo. Encendió los faros y aceleró. En los pocos kilómetros que recorrió hasta

llegar al pueblo creyó advertir que uno de los tres coches con los que se cruzó frenó más de lo conveniente, pero el detective continuó deprisa hacia la población. En la plaza, junto a la *Mairie*, brillaban las luces de la gendarmería. Aparcó delante, abrió la puerta y se dirigió hacia el agente a quien habían despertado sus pasos.

15.^a etapa

Grenoble - Col du Galibier, 161 Km

Martes, 20 de julio

El lunes 19 de julio, segundo día de descanso para los ciclistas, se convirtió en una dura jornada para la policía francesa y para la juez de Toulouse encargada de la investigación. Advertida desde el momento en que Cupido apareció en la gendarmería, comprendió que ya no podía permitirse más sorpresas y ordenó el asalto a la casa mientras se desplazaba hasta allí en helicóptero para coordinar la operación e interrogar personalmente al detective.

En medio de la noche Cupido montó en un automóvil de la policía, los guio hasta encontrar la casa y dibujó un plano básico de la distribución de los espacios que conocía. Luego lo alejaron de allí. Con rapidez fue organizado el operativo policial y antes de la llegada del día se procedió al asalto, ignorando la ley, porque el prestigio del Tour estaba incluso por encima de dos siglos de garantía republicana. Una vez resuelta la toma de la casa, durante la cual murió el gigante, que había embestido contra los gendarmes como un acorazado, como si las balas no pudieran dañarlo, lo llevaron de nuevo a la gendarmería, donde comió y le permitieron descansar una hora, antes de que vinieran a hacerle un reconocimiento médico. A pesar de asegurarle al doctor que se encontraba bien, midieron sus constantes básicas y analizaron su sangre para determinar qué le habían inyectado. El resto de la mañana y parte de la tarde lo dedicó a declarar ante la juez.

Desde el primer momento restó protagonismo a su papel y procuró aparecer como una víctima circunstancial atrapada en el desarrollo de la investigación. La joven juez procuraba ocultar su desconcierto, pero se la veía aplastada por la complejidad de unos acontecimientos cuya lógica y desarrollo no acababa de comprender. Durante varias horas Cupido sufrió la antipatía apenas disimulada de los agentes de la ley hacia los intrusos que invadían sus competencias, el miedo a verse superados por ellos, el desdén hacia sus opiniones, el recelo hacia un tipo que durante su estancia en la cárcel había aprendido a abrir las esposas con una horquilla. Después de escuchar su relato, la juez siguió mostrándose convencida de que el dopaje y el tráfico de sustancias ilegales eran los móviles que habían desatado toda la violencia. Cuando el detective se atrevió a manifestar sus dudas de que a Tobias Gros lo hubieran matado por esa causa, replicó que delincuentes así no merecían la mínima credibilidad al proclamar su inocencia en esa muerte, aunque, por supuesto, no dejarían de investigar esa posibilidad. Cupido no hizo ningún esfuerzo por modificar su opinión, que favorecía a Mieses y lo liberaba definitivamente de sospechas. Aprovechó el momento en que la juez le agradecía su colaboración para pedirle un favor:

—Me gustaría mantenerme alejado de la prensa. Solicito que no se difunda mi

nombre, ni mis datos, ni los detalles del secuestro. Tengo familia que se preocuparía en exceso.

—No es necesario que lo pida. No olvide que sigue decretado el secreto del sumario. Por otro lado, manténgase siempre localizable... y no se confíe. Aún no hemos encontrado al segundo hombre.

Ya era de noche cuando le entregaron el equipaje que habían recuperado al localizar el coche alquilado en el aparcamiento de la gasolinera. Lo sacaron de la gendarmería de forma discreta y lo llevaron hasta un hotel en una localidad vecina. Agotado, se tumbó en la cama, pero la tensión le impidió relajarse. Si hasta ese momento en aquel trabajo había tenido la certeza de que iba muy por detrás de los acontecimientos, ahora tenía la sensación de que se había adelantado tanto que había dejado atrás, sin resolver, detalles fundamentales, y de que corría el riesgo de que las claves del enigma quedaran enterradas para siempre.

Aunque había llamado a Carol por la mañana para tranquilizarla, ahora le contó los detalles del secuestro y de su declaración ante la juez. Llamó luego al Alkalino y lo puso al corriente de todo lo sucedido desde el sábado. Ya había pasado el peligro y de nuevo lo importante era aclarar definitivamente la muerte de Tobias Gros y liberar así a Mieses de un rebrote de la sospecha ante cualquier imprevisto. El Alkalino le contó que había encontrado en Zaragoza información muy interesante sobre los Calatayud, pero que quería mostrarle los documentos, porque él no se atrevía a sacar conclusiones. También llamó a Breda, a su madre, para decirle que todo iba bien, en prevención de que le llegara alguna noticia preocupante. Al colgar sonó el teléfono. Era Carrión, que se interesó por él y le agradeció todo lo que estaba haciendo. A la espera de lo que ocurriera con el llamado doctor Romain o Romano o Román, Mieses quedaba al margen, aunque nadie le había comunicado nada. Como estaban en un momento clave del Tour, ante la recta final donde todo se decidiría, esperarían a llegar a París para cerrar el trabajo sin desconcertar más al corredor.

Cuando colgó el teléfono, por fin se relajó y tuvo la sensación de que llevaba una semana sin dormir. Abrió la ventana de la habitación y respiró el aire fresco y maduro del verano. Luego se desnudó, se tumbó en la cama, acomodó la nuca en la almohada y un minuto después el cansancio acumulado por la tensión, el miedo y la noche en vela lo hundieron en un sueño cálido y profundo.

El sol ya calentaba en la ventana cuando se despertó, tarde, a la mañana siguiente, la del martes 20 de julio. Se miró al espejo y vio su rostro con barba de dos días, con el pelo sucio y los ojos hinchados por las horas de sueño. Tenía apetito y pidió que le subieran el desayuno.

Puso la bandeja en la mesa y encendió el televisor. Varias cadenas daban la misma noticia: había aparecido muerto en los servicios de la estación de tren de Troyes un hombre con una jeringa de oro clavada en el brazo. Era la persona a quien se le

atribuía toda la violencia desencadenada alrededor de aquel trágico Tour. De momento todo era confuso, no se conocían las circunstancias precisas de su muerte, aunque los primeros datos apuntaban a un suicidio.

Cupido se preguntó cuánto tardarían en venir a buscarlo para que asistiera a su identificación. ¿Quién más lo conocía? Seguramente algunos ciclistas del pelotón, algunos deportistas ambiciosos, de los que no se conformaban con las marcas que les permitían sus cualidades y su entrenamiento, pero ninguno lo admitiría. Se los imaginó buscando con desesperación a un médico especialista en limpieza de venas y drenaje de hígados, temblando ante la posibilidad de que hubiera dejado una agenda de clientes, un libro de entregas, de pagos y de fechas. Recordó las palabras que el hombrecillo le había dicho dos días antes acerca de que sólo la gente feliz ama la vida, que no merece la pena vivir si es bajo condena, y al recordarlas su suicidio no le pareció una farsa. Se terminó la tostada, bebió el café y se metió bajo la ducha, con la seguridad de que no tardarían en venir a buscarlo.

En efecto, media hora más tarde dos policías de paisano llamaron a la puerta con discreción, tan interesados como él en mantenerlo alejado de la prensa. Esta vez no lo llevaron a la gendarmería, sino a los sótanos de un hospital. La juez, con aspecto fatigado, estaba esperándolo, pero ya no mostraba desconfianza.

—¿Ha sido como dicen las noticias? —preguntó Cupido mientras avanzaban por el pasillo.

—Sí. Lo descubrieron esta mañana unas empleadas de la estación cuando fueron a limpiar los retretes. Tenía una jeringa de oro clavada en la vena de un brazo. Todavía quedan algunos análisis que hacer, pero todo apunta a un suicidio. Anoche se había intensificado la vigilancia en la estación con una mayor presencia de gendarmes. Se sentiría acosado y... Creo que con esa muerte se acaba todo.

Llegaron a una sala iluminada con luces blancas y duras que rebotaban en las bandejas y herramientas quirúrgicas de las vitrinas, en el acero inoxidable de los cajones mortuorios. El frío parecía concentrarse alrededor de la mesa central donde una tela cubría el bulto de un cadáver. A un gesto de la juez, un ayudante la retiró hasta la cintura.

—Es él —confirmó Cupido.

La intensa luz blanca destacaba la calvicie, los huesos mal soldados del cráneo, la nariz grande, la ausencia de labios. En el interior del codo izquierdo estaba marcada con un pequeño círculo de tinta la huella del pinchazo, pero a lo largo del brazo se veían más señales, los diminutos puntos rojos de una larga práctica.

—¿Heroína?

—No. La jeringa contenía restos de morfina. Parece que murió de una sobredosis.

Así que era eso, pensó, nadie mejor que él para montar aquel negocio del dopaje, para elegir a los posibles clientes, para adivinar quién necesitaba ayuda de los

paraísos químicos. Nadie mejor que quien se inyectaba para soportar las exigencias de la vida podía comprender que otros se inyectaran para soportar las exigencias de la competición.

—Antes de irse tendrá que identificar también al otro —dijo la juez cuando Cupido hizo un gesto para marcharse. Apenas podía disimular que se alegraba de perderlo de vista. Por fin, todo encajaba: Duhaméau había matado a Gros por motivos de ambición o dopaje y luego, al revelarse el positivo y verse señalado, no pudo soportar la tensión y se pegó un tiro. Para la juez, que lo hubiera hecho vestido de ciclista reafirmaba su teoría. La posterior muerte de los dos hombres que suministraban los productos prohibidos cerraba el círculo definitivamente.

Un operario abrió uno de los cajones lo suficiente para mostrar el rostro del gigante. Le habían limpiado la sangre, pero se apreciaban las huellas negruzcas de los golpes.

—Sí —dijo Cupido con una extraña incomodidad.

En la jornada de descanso del día anterior, lunes, los corredores habían tomado un tren que los trasladó hasta Grenoble, para afrontar desde allí la dura recta final del Tour que culminaría el domingo en París. Durante el trayecto habían conocido los detalles de la operación policial. Se daba por hecho que la investigación por fin había aclarado todos los enigmas. Los corredores dejaban de ser sospechosos y la carretera volvía a ser la única protagonista.

Todo eso debió de influir para que la etapa del martes fuera apasionante. Los ciclistas quisieron volver a atraer la atención sobre sí mismos, sobre sus esfuerzos y su sacrificio, en una edición en la que el mayor interés había estado en las comisarías y en los laboratorios, en las huellas dactilares y en los controles de orina. Desde que se levantó la bandera se lanzaron oleadas de ataques temerarios, a un ritmo que no podría mantenerse durante los durísimos 161 kilómetros de recorrido. Los días de descanso siempre eran peligrosos y lo que se tomaba como una jornada de recuperación a menudo se convertía en una bajada del tono muscular de la que no resultaba fácil recuperarse. Pero en esa etapa el miedo era mayor, porque se enfrentaban de golpe a la alta montaña. Desde la salida en Grenoble comenzaba un terreno exigente que subía hacia la Croix de Fer y el Télégraphe antes de afrontar sin apenas descanso la ascensión final hasta la meta colocada en la cresta del Galibier: en total 55 kilómetros de subida nerviosa, agotadora. Las diferencias de tiempo entre los primeros clasificados eran muy pequeñas y cualquiera de ellos podía vestirse de amarillo. Tras el actual líder, Rudolf Trölsch, acechaban Hamelt, un contrarrelojista que había aprendido a soportar la montaña; Panal, un corredor solvente que en ningún terreno perdía tiempo; el italiano Grimaldi, que llegaba a la última semana en una forma espléndida; el nuevo escalador colombiano Omar Pacheco; el siempre

competitivo Olivier Renaud, que corría en casa... Por otra parte, muchos equipos no habían conseguido ninguna victoria y necesitaban al menos un botín parcial para no irse de vacío.

Cupido bajó a la cafetería del hotel para ver el final de la transmisión. En la pantalla del televisor, un rosario de corredores descolgados, incapaces de soportar la velocidad a la que se corría la etapa, se retorció en las rampas alpinas cuando el grupo de cabeza llegó a la pancarta que indicaba los diez últimos kilómetros. Nadie se atrevió a atacar y a la postre el ganador fue Omar Pacheco, el fibroso escalador colombiano que no pesaba más de cincuenta y cinco kilos.

—¡Estos colombianos tan delgados! Parece imposible que puedan correr así. No tienen más que huesos y fibra —comentó un aficionado.

—Al contrario que las colombianas —bromeó otro.

Tras la ceremonia de entrega de premios, el comentarista anunció una conexión en directo con la multitudinaria rueda de prensa que iba a dar el portavoz de la policía de Troyes, una vez levantado por la juez el secreto parcial del sumario, para relatar lo ocurrido y cortar especulaciones. Con el fin de escuchar con mayor atención, Cupido subió a su habitación. Desde las primeras declaraciones comprobó que su nombre y los detalles de su intervención eran silenciados, lo que al mismo tiempo favorecía el protagonismo de la policía.

En respuesta a las preguntas de los periodistas, el portavoz fue contando cómo en la noche del domingo les llegaron informaciones —cuyas fuentes y circunstancias aún se mantenían en secreto por motivos de seguridad— sobre una casa de campo cerca de Troyes en la que se alojaban personas relacionadas con la trama de dopaje y tal vez con las muertes producidas en el Tour. Enseguida se puso en marcha un operativo especial y las fuerzas policiales, con su habitual contundencia y eficacia, llevaron a cabo las acciones necesarias. Localizada la casa, el asalto se produjo antes de la madrugada. Dentro sólo había una persona, que reaccionó con una gran violencia al intento de detención. Hirió de gravedad a un gendarme antes de ser abatido por varios disparos.

En el registro de la vivienda se halló un ordenador que podría contener información importante, pero los técnicos de la policía aún no habían logrado abrir los blindajes y contraseñas de los archivos. También habían encontrado un surtido arsenal de productos dopantes cuya composición se estaba analizando en profundidad, pero la primera impresión era que desde allí se suministraba material a los clientes. Y huellas de los dos fallecidos, de quienes aún no sabían mucho más, puesto que sus datos no coincidían con ningún antecedente de los archivos policiales.

—Todavía no conocemos sus nombres —explicó el policía ante la insistencia de los periodistas por recabar más detalles—. Tenemos sus huellas, tenemos sus ADN..., pero no tenemos sus identidades. Sólo sabemos que el hombre que dirigía se

hacía llamar «doctor Román». Por lo demás, cuando lo encontraron en los servicios de la estación, no llevaba encima ningún documento, ninguna tarjeta de banco. El teléfono móvil era de prepago y había sido comprado en España un mes antes.

—¿Disponen de sus fotografías? —preguntó un periodista.

—Sí. Estamos sacando copias y se las entregaremos en unos minutos.

—Entonces, ¿consideran cerrada la investigación?

—Sí —respondió mirando a la cámara, esforzándose por ser convincente—. Aunque no hemos llegado hasta los laboratorios que suministraban las sustancias prohibidas y aunque puede quedar alguna ramificación, tenemos una seguridad razonable de haber aclarado las muertes de Gros y de Duhaméau y de haber anulado la red de distribución a los ciclistas.

Cupido apagó el televisor. Sabía que eso sólo era la mitad de la verdad, aunque a la policía francesa le interesaba aquel desenlace.

El teléfono móvil sonó en su bolsillo. Era el Alkalino, que ya había regresado de Zaragoza y estaba de nuevo en el hotel de Argelés-Gazost.

—¿Estás viendo el televisor? —le preguntó.

—Sí —respondió Cupido.

—Eso que dicen no es lo que me contaste ayer.

—¡Claro que no! Pero a ellos les interesa esta versión —dijo. No quería seguir hablando por teléfono, y añadió—: Son las seis y media de la tarde. ¿Crees que podrías hallar el modo de estar mañana en Grenoble?

—¿A los pies de los Alpes?

—Sí.

—Creo que podré llegar mañana —dijo.

—Nos veremos allí. Llévate toda la información.

16.^a etapa

Briancon - La Plagne, 194 km

Miércoles, 21 de julio

—Sube —le indicó una vez que él hubo ocupado el puesto delantero.

Su hijo se apoyó en el segundo manillar, levantó con esfuerzo la pierna ancha y afeitada y buscó el pedal. Al acomodarse en el sillín, las ruedas se aplastaron bajo su peso. Un hombre que pasaba junto a la puerta del garaje ralentizó el paso para observar la extraña figura, los examinó con curiosidad y advirtió el parecido entre ambos. Envidió el coraje del padre para no rendirse y arrastrar todo aquello, se alegró de estar sano y vivo, de no ser como ellos.

—¿Vamos?

No esperó respuesta y comenzó el lento pedaleo por la calzada. Dejaron atrás algunas rotondas entre la respetuosa lentitud de los automóviles y enfilaron la carretera de la Grande Chartreuse que ascendía por las laderas del parque natural, sin los duros porcentajes de los Alpes que se veían hacia el oeste. Esa tarde no tenía fuerzas para subirlos. Tres días antes habían hecho el largo viaje desde los Pirineos, conduciendo el monovolumen, y aún no había terminado de recuperarse. Al llegar a Grenoble se había sentido enfermo y, aunque alivió el malestar con unas aspirinas, aún le molestaba una llaga dentro de la boca que no terminaba de cicatrizar y el estrés se le amontonaba en las cervicales y le impedía relajarse.

Detectaba enseguida la fuerza que aportaba su hijo y advirtió que estaba excitado, que movía los pedales más rápido que él, como si tuviera prisa por abandonar la ciudad y enfrentar la carretera. Con agrado notó la vieja fuerza que reaparecía y lo llevaba en volandas.

Sin embargo, aquella sensación no duró mucho tiempo. Cuando dejaron atrás las últimas edificaciones, su hijo se había cansado o aburrido y de nuevo tuvo él que apretar los dientes para arrastrar el tándem por la carretera que ya picaba hacia arriba.

Esa tarea era su felicidad y su condena. En los primeros días tras el accidente, cuando aún temían que quedara parálítico, sujeto a una silla de ruedas, los llenó de esperanza el diagnóstico de que podría moverse, y pensar y sentir y hablar con frases cortas, porque tras el coma su cerebro había quedado herido, pero no yermo. Lo importante era que estaba vivo, aunque tuvieran que acompañarlo para siempre en su rehabilitación, porque su hijo no aceptaba el gimnasio ni los ejercicios en la clínica con monitores. Sólo el ciclismo removía sus piernas... y sus emociones, según atestiguaban las lágrimas que derramaba cuando algún corredor los adelantaba. Ésa era su felicidad, salir con él, sentirlo vivo en el tándem, oír su respiración áspera y dulce al esforzarse en el pedaleo, tocar su alegría como algo sólido y contable cuando se deslizaban deprisa por el asfalto o cuando alcanzaban una cumbre. Era su felicidad

porque amaba a su hijo enfermo y dependiente con una entrega más devota, incondicional, intensa y emotiva que si estuviera sano y fuera autónomo. Pero ésa era también su condena, porque el paso del tiempo le iba anquilosando las rodillas, disminuía sus fuerzas y cada año le hacía emprender el regreso en una cota más baja de los puertos.

Estaba solo y nadie podía ayudarlo en su tarea. Su mujer no había podido soportarlo y murió dos años después del accidente. No aceptó que todos sus sacrificios nunca lograrían la curación de su hijo, sólo detener su deterioro. Los adoraba a ambos. «Mis chicos», solía llamarlos con dulzura cuando se colocaba entre ellos, dos tipos de ochenta kilos de peso y de uno ochenta y cinco de estatura, demasiado altos para ser ciclistas, rodeando, sumisos y fieles, a una figura femenina que apenas les llegaba a las axilas. Se iba muriendo cuando lo miraba, cuando le limpiaba la boca, cuando lo oía balbucear, cuando lo comparaba con lo que había sido y ya no era. Y él no podía soportar también su desesperación y la animaba las primeras noches de llanto en que le pedía: «Déjame morir. Cuida tú de él y déjame morir». Sin embargo, fueron pasando los meses y parecía que estaba aprendiendo a hablar de él sin llorar cuando una mañana amaneció muerta y los dejó solos, despiertos para el luto y la rabia, para que resistieran lo que ella no había podido resistir.

A veces había pensado que su hijo comenzaría a mejorar el mismo día en que Tobias Gros muriera, que su desaparición les devolvería lo que les había quitado y demostraría que a pesar de todo la vida es buena y al final se impone la justicia. Pero ya habían transcurrido dos semanas desde que lo sorprendió mirando en el televisor un reportaje sobre el asesinato, con un doloroso gesto de comprensión, y nada había mejorado en su cabeza, no era más ágil el balbuceo de su lengua ni sus ojos habían dejado de lagrimear. Todo había quedado reducido a una hora gritando contra la montaña, lanzando alaridos que no supo si eran de dolor o de alegría. La muerte de los otros no cura a quien la espera, se dijo entonces, deja vacío a quien hace de ese deseo el centro de su vida.

Su hijo, cansado, ya no empujaba y le dejaba a él la mayor parte del esfuerzo.

—¿Quieres que volvamos? —le preguntó por encima del hombro.

—No.

—Vale, seguimos un poco más.

Llenó el pecho de aire, se puso en pie y tensó las piernas que habían corrido contra Merckx, contra Poulidor, contra Ocaña. La frente se le llenaba de sudor y las gotas caían y le escocían los ojos. En los fiordos de cielo que se abrían entre las nubes brillaba a ratos un sol caliente, limpio y caudaloso que elevaba la temperatura y dificultaba la subida. ¡Qué lento debía de parecerle a su hijo aquel ritmo cansino, a él, que desde niño había sido el más rápido en las carreras en que competía! Apretó los

dientes y renovó el esfuerzo, a pesar de la dificultad del corazón para mantenerlo durante mucho tiempo. Notaba que los glóbulos rojos, aplastados por la carga de azúcar y oxígeno, avanzaban tropezando por dentro de sus venas y entregaban los suministros con retraso. Hacerse viejo, pensó, es ir perdiendo velocidad, demorar cada movimiento, reaccionar con tardanza, hasta que un día te quedas inmóvil para siempre.

Las fuerzas se le habían agotado, sentía las piernas acorchadas y decidió de pronto:

—Volvemos.

Con la pendiente favorable, frenaba con cautela antes de entrar en las curvas para controlar el centauro mecánico que podía derrapar por el peso del corpachón de atrás. Tenía miedo a un posible descalabro. A su edad ya sería muy difícil recuperarse de una lesión o de una caída.

Cuando llegaron al hotel, en la puerta del garaje vio, esperando, a aquel detective y al ayudante que lo habían abordado en los Pirineos.

Unas horas antes, al mediodía, sin mucho tiempo de diferencia entre uno y otro, Cupido y el Alkalino habían llegado al hotel donde habían reservado habitaciones. El Alkalino, cansado por haber pasado la noche entre trenes y autobuses, pero ya aseado al bajar al vestíbulo, con ropa limpia y recién afeitado el rostro de madera tostada, se sentó a escuchar al detective. La fatiga fue desapareciendo de sus ojos mientras escuchaba el relato del secuestro y fuga, de la seca violencia imprescindible, de las palabras y suicidio del doctor Román, del interrogatorio de la juez, de sus prisas por sacar conclusiones y tranquilizar a la opinión pública.

—Pero no fue el doctor Román quien mató a Tobias Gros. Me lo contó él mismo y no tenía razones para mentir. ¿Por qué iba a matar a su mejor cliente y a su mejor publicidad? A cualquiera que dudara en aceptar sus productos le podría poner como ejemplo los triunfos de Gros: «Mira hasta dónde podrías llegar tú también con las sustancias que te ofrezco».

—¿Entonces?

—Su muerte desató el miedo y el arrepentimiento de Duhameau. Creyó que ellos lo habían matado y los amenazó con revelar todo lo que sabía sobre el suministro de esteroides y de EPO. Y el arrepentimiento es peligroso. ¿Cómo vas a negociar con alguien que no teme al castigo, puesto que cree que con la condena recuperará la paz? Duhameau no les dejó otra salida... y de ahí vino todo lo demás. Pero la muerte de Tobias Gros sigue sin resolverse. Estamos como al principio.

—¡Como al principio no! —exclamó palmeando la carpeta que traía—. Ahora tenemos más información.

—¿Qué has encontrado?

El Alkalino abrió el portafolios, buscó entre fotocopias y recortes de periódico y seleccionó un documento que le tendió a Cupido.

—¡Lee!

Era una noticia de prensa fechada catorce años atrás. La foto en blanco y negro mostraba a un ciclista en el suelo, inconsciente, con el rostro machacado y cubierto de sangre, entre tres hombres arrodillados junto a él, uno de ellos mirando hacia arriba con gesto preocupado, pidiendo ayuda. Al lado se veían el manillar y la rueda delantera de una bicicleta, combada por el golpe. El detective leyó en el pie de la foto: «Luis Solana, inconsciente en el suelo tras sufrir una durísima caída mientras disputaba el sprint».

—¿Luis Solana? —preguntó.

—¡Lee! —repitió el Alkalino señalando el texto, pero enseguida se anticipó a explicar—: En efecto, el chico era ciclista, pero no encontrábamos nada sobre él porque corría con el apellido materno, tal vez para que no lo confundieran con el padre, que, como te dije por teléfono, había sido ciclista profesional. Ambos tienen el mismo nombre, Luis. O tal vez lo cambió como un pequeño homenaje hacia la madre, a la que ambos adoraban. Si lees todo esto —palmeó la carpeta—, verás con qué frecuencia le dedicaban sus victorias y declaraban que era ella quien los empujaba hacia el triunfo. Imagínatela, una mujer pequeña, con una expresión dulce sólo para ellos, dura y orgullosa e indómita para todos los demás hombres, abrazando como si fueran gigantes a dos tipos que podrían levantarla en vilo como a una muñeca y llevarla por todo el mundo sentada en el manillar de la bicicleta, dispuestos a todo por hacerla feliz. ¿No es eso el amor?

—Bueno, tal vez sea más que amor —especuló Cupido—. Tal vez para una mujer se acerque a la felicidad: un hombre que la admire, que la quiera, que la mime y con quien se sienta protegida, y un hijo a quien querer, a quien mimar y proteger. El amor filial y el amor conyugal rodeándola por todos lados.

—A ella sí le hubiera gustado ir montada en esa bici doble...

—Tándem.

—... en ese tándem, con el sillín bajado para poder llegar a los pedales, segura de que nunca le exigirían más esfuerzo, de que nunca la dejarían caerse, de que nunca la abandonarían en mitad del camino, sintiendo las poderosas vibraciones de la cadena que moviera uno de sus chicos, a quienes ella cuidaba, alimentaba, depilaba las piernas antes de lanzarlos a ganar carreras por el mundo.

—¿Todo eso lo has leído en los archivos? —preguntó, irónico, Cupido.

—Todo eso lo he deducido de sus declaraciones, de su presencia en la meta de todas las carreras, esperándolos para limpiarles el sudor y aliviar su cansancio, para felicitarlos por el triunfo o para consolarlos por la derrota. Todo eso lo he visto en las fotografías en que aparece junto a ellos.

—Entiendo que no pudiera soportarlo —aceptó el detective. Señaló con el dedo la foto de la caída y preguntó—: ¿Qué ocurrió en el sprint?

—Tobias Gros.

—¿Tobias Gros? —Cupido, a quien ya pocas cosas sorprendían, levantó las cejas, extrañado—. ¿Ya estaba por ahí?

—Sí. Tenía dieciocho años, los mismos que el joven Calatayud..., o Solana, como prefieras llamarlo. Tenían la misma edad y eran dos de los corredores juveniles más prometedores del pelotón internacional. He buscado en los archivos y en las hemerotecas, he leído los periódicos y las revistas de aquellos años. De Tobias Gros ya destacaban su ambición personal y su capacidad para correr en todos los terrenos. De Luis Solana hablaban de potencia, de velocidad explosiva, de que nadie en igualdad de condiciones podría ganarle en los últimos metros, de que también sería difícil batirle en otros terrenos en cuanto adelgazara cinco kilos y terminaran de definirse sus músculos. Algunas veces, muy pocas, coincidieron en carreras juveniles. Parecía que se evitaban. Pero cuando se enfrentaron y llegaron en grupo a la meta, siempre terminó ganando Solana. Ya dominaba una técnica sencilla e infalible que, según declaró en una entrevista, había entrenado con su padre: se pegaba a su rueda y esperaba al acecho con todo el desarrollo, sin precipitarse, hasta que llegaban a los últimos cincuenta o sesenta metros. Entonces se levantaba sobre la bicicleta, se apartaba a un lado buscando un hueco y aceleraba... Tú entiendes más de eso.

—Sí. Un esprinter puro. Como un caballo.

—Era una carrera de un día, en categoría juvenil, allí, en España. Algunos corredores habían intentado escapadas que no fraguaron y al final se llegó en grupo a la meta. No hay muchos detalles de cómo ocurrió, pero en la llegada el joven Calatayud chocó con alguien o lo empujaron contra una valla y terminó volando por los aires. Lee. —Señaló de nuevo el recorte de prensa, pero de nuevo no le dio tiempo y continuó hablando—: El chico quedó en el suelo, con una cadera rota y traumatismo craneoencefálico. Permaneció en coma una semana, hasta que el corazón tan poderoso que tenía terminó empujando chorros de sangre hasta el cerebro y se recuperó... en parte. Salió de allí como lo hemos visto luego. Los periodistas —volvió a palmear la carpeta con los documentos— describen la caída como escalofriante, terrible, mortal. En los adjetivos todos están de acuerdo. Es en las circunstancias en lo que discrepan. Unos hablan de accidente, otros advierten de los riesgos del deporte, alguno sugiere juego sucio. El equipo del joven Calatayud puso una reclamación ante la organización de la carrera. El comité estudió las únicas y confusas imágenes que había, porque entonces no se disponía de tantas cámaras para una prueba de aficionados, interrogó a los implicados y sentenció que la caída no fue provocada ni hubo mala intención, que todo se debió a un trágico accidente como consecuencia de la velocidad y del afán de los corredores por el triunfo. ¿Sabes quién

ganó?

—Tobias Gros —dijo Cupido en voz baja y ronca.

—Sí. Las siguientes temporadas siguió ganando pruebas y poco después dio el salto a profesionales, aunque no participó enseguida en carreras importantes.

—¿Qué más? —preguntó el detective.

—El final.

El Alkalino rebuscó entre los documentos y sacó un recorte original y amarillento de periódico. La fotografía mostraba a un muchacho intubado y dormido en una cama de hospital, y a su lado, cogiéndole la mano, a una mujer pequeña y pálida.

—Léelo. He tenido que robarlo de los archivos de una biblioteca, porque no está informatizado. Es de un periódico pequeño, de la provincia donde se desarrolló la carrera. Un periodista, quizá sin nada mejor que hacer, recordó lo ocurrido unos días antes, se acercó al hospital y tomó esa fotografía. También le hizo algunas preguntas a la madre que velaba al joven ciclista en coma. Léelo —repitió, y se quedó en silencio, consciente de que esta vez sus palabras no podrían sustituir el testimonio de la mujer.

Cupido leyó despacio la noticia hasta que encontró aquella respuesta: «No fue un accidente. Fue Tobias Gros. Empujó a mi hijo contra la valla. No fue un accidente».

El Alkalino esperó a que terminara de leer y levantara los ojos.

—No hay mucho más. O, al menos, yo no lo he encontrado. El chico salió del coma con graves secuelas, la madre murió poco después y se quedaron los dos solos, cumpliendo todos los años el mismo rito: el viaje al Tour como una peregrinación, a los Pirineos y a los Alpes, o al revés, antes de subir los últimos días a París, para hacer en coche la carrera que tantas veces soñó hacer en bicicleta y nunca hizo. Esa carrera es el único sitio donde el muchacho parece feliz, aunque llore en silencio cada vez que los adelanta un ciclista, como tú me dijiste. Todos los años se repite el ritual con que el padre le afeita las gruesas piernas y lo viste con ropa de ciclista y lo va arrastrando por los puertos con la bicicleta doble..., con el tándem —se corrigió enseguida—, como si todo siguiera igual... Todo, excepto que Tobias Gros, con una progresión imparable, se convirtió más tarde en el número uno del ciclismo.

—Y el viejo Calatayud...

—El viejo Calatayud esperó pacientemente, durante muchos años, a que llegara el final de la historia. El desenlace se produjo hace quince días, en un hotel de los Pirineos, a los pies del Tourmalet.

—¿Quieres decir que tú crees que fueron ellos quienes...?

—No... No lo sé... Tal vez. Después de catorce años de sufrimiento podían pensar que se habían ganado alguna recompensa y que un buen premio era el derecho a golpear precisamente en la cabeza al culpable de todo lo ocurrido con la pesada estatuilla del quebrantahuesos que se le entrega al vencedor.

—Sí, podría haber ocurrido así —aceptó Cupido—. ¡Has hecho un magnífico trabajo! Pero queda una pregunta —dijo, y como el Alkalino no se atrevió a hacerla, añadió—: ¿Intervino el viejo en el desenlace o se limitó a esperar a que alguien le presentara el cadáver de su enemigo?

—¿Cuándo vamos a preguntárselo? —replicó el Alkalino.

—Ahora mismo —decidió—. Vamos a su hotel.

Como la vez anterior, les dijeron que habían salido y tuvieron que esperar más de una hora para verlos regresar y abordarlos en la puerta del garaje donde iban a guardar el tándem.

—¿Podemos hablar con usted? —le preguntó Cupido.

—Ya les dije que no tengo nada que contar.

—Creo que sí —replicó Cupido. Dirigió una mirada de afecto a la figura gruesa, deshuesada, del sillín posterior—. Creo que usted sabe muchas cosas sobre Tobias Gros. Lleva catorce años siguiendo su trayectoria, las noticias sobre sus muchos éxitos y sobre sus pocas derrotas. Catorce años viniendo al Tour, corriendo por las mismas carreteras, viviendo en el mismo ambiente... ¿Y no sabe nada? Catorce años desde aquel veintidós de junio en que Tobias Gros...

—¡Basta! —lo interrumpió.

Cupido lo vio ensanchar el corpachón poderoso, interponiendo una barrera entre aquel nombre y su hijo. Luego agachó la cabeza, pensativo, la lengua moviéndose como si algo lo molestara dentro de la boca.

—Dentro de una hora. En la cafetería.

Lo esperaron hojeando los periódicos y una revista de ciclismo que contenía una exhaustiva información sobre el Tour.

Llegaron vestidos con una ropa de calle que les quedaba estrecha y anticuada y se les notaba esa incomodidad de la gente acostumbrada a vestir chándal. El viejo Calatayud sentó a su hijo ante una mesa, pidió para él un refresco y le entregó un pequeño juego electrónico que, al encenderse, activó en la pantalla una carrera de coches con chasquidos frenéticos y ruido de motores. Luego los tres se apartaron hacia otros asientos, donde él no podía oírlos.

—Sí —dijo entonces—. Catorce años.

—¿Qué ocurrió aquel día?

—Aquel día comenzó a levantarse la carrera triunfal de Tobias Gros sobre el cuerpo herido de mi hijo —explicó con palabras roncadas, oxidadas por no haber sido usadas durante mucho tiempo.

—¿Qué ocurrió? —repitió el detective.

Calatayud les fue detallando lo que ya sabían, les confirmó lo que habían imaginado: la rivalidad entre ellos desde la etapa de juveniles, la llegada en grupo a la meta aquel día, la sucia maniobra de Tobias Gros. Había intentado cerrarle el paso y

cuando el chico logró colarse entre él y las vallas metió el codo y lo empujó contra los hierros. La caída fue brutal: toda la energía aplicada a moverse a sesenta kilómetros por hora se convirtió en fuerza para golpearlo. El casco no lo protegió cuando la barbilla golpeó contra el suelo.

—¿No lo denunciaron? —preguntó Cupido mientras recordaba las palabras de Mises: «Pero Tobias Gros no se limitaba a defenderse. Para ganar no le importaba ser él el agresor».

—¡Por supuesto que sí! Pero todo fue inútil. La única grabación no mostraba con claridad lo ocurrido. Los testigos a quienes pedimos ayuda dijeron que no habían visto nada. El juez sentenció que fue un accidente propio de una disputa deportiva, un trágico accidente sin voluntad de hacer daño. Tobias Gros ni siquiera fue sancionado.

—No había pruebas contra él. Nadie lo vio —objetó Cupido.

—¡Lo vi yo! —replicó enseguida—. Lo vimos mi mujer y yo. Estábamos en la meta, en primera fila, como hacíamos siempre, y lo vimos todo claramente, junto a otros espectadores a quienes luego no pudimos localizar... o que prefirieron no meterse en líos. Nadie nos hizo caso... Mi mujer murió, incapaz de...

Giró la cabeza para mirar a su hijo, absorto en la partida de la maquinita, conduciendo con dedos gruesos y torpes los coches virtuales. De nuevo removi6 la lengua dentro de la boca con un gesto de dolor, tocando la llaga o el diente herido.

—Se habían enfrentado antes en otras carreras y Luis le había ganado siempre. Gros no podía soportarlo y aquel día se lo impidió. Al verlo pegado a su rueda supo que otra vez iba a perder y se desentendió del sprint para evitar que mi hijo lo adelantara, aunque una cámara podía haberlo grabado con claridad y él podía haber sido condenado. Hay gentes así, que dedican una buena parte del esfuerzo que necesitarían para triunfar ellos a impedir que triunfen los demás.

—Hace catorce días usted no contó a la policía nada de eso.

—¡Se lo conté hace catorce años! Y no me creyeron.

—¿Cree que, si ahora lo supieran, habrían aceptado tan fácilmente lo que usted declaró, que aquella noche no salieron ni un momento de sus habitaciones, que estuvieron todo el tiempo encerrados viendo el televisor?

La cara de Calatayud se endureció al oír aquello, los músculos parecieron aferrarse a los huesos y estirar la piel, como si la blindaran frente a la amenaza de fuera.

—¿Qué quiere decir?

—La policía. Les molesta que alguien les oculte información, que intente engañarlos. Usted dijo que él —señaló al hijo que en ese momento había detenido la partida de la maquinita y los observaba como si adivinara de qué hablaban. El detective se sintió incómodo bajo aquella mirada fija, silenciosa, intolerablemente limpia e inocente—, puesto que ha sido deportista de élite, tiene demasiada fuerza y

debe gastada de algún modo. Que no sabe en qué la emplearía si no saliera con usted a montar en bicicleta.

—Sí, lo dije.

—Según eso, no parece muy lógico que aquella noche estuvieran encerrados tantas horas, con tanto ruido y ajeteo alrededor, sin salir de una habitación de doce metros cuadrados. A la policía le interesaría revisar toda esa vieja historia.

—¿Cree que la policía me preocupa? No tengo nada que temer de ninguna policía. Tampoco nada que agradecerles.

A pesar del tono áspero, las dudas aparecieron en su rostro y se debilitó su gesto de desafío. El detective adivinó que con un paso más vencería su silencio y, al mismo tiempo, supo que no se alegraría por eso. Pero no encontraba otro modo para que hablara. A su lado se removió el Alkalino y carraspeó sin necesidad. Cupido lo miró y notó su extrañeza, sus esfuerzos por permanecer en silencio y no decirle: «Cállate, no sigas hablando, ése no es tu estilo. Sabes bien que hay cosas que no se pueden hacer ni siquiera para averiguar la verdad. Cállate o te arrepentirás luego de lo que ahora estás a punto de decir». Pero no escuchó su advertencia, era como si otro moviera su lengua, sus labios, y él no tuviera voluntad para impedirlo. Se sintió triste, tramposo, miserable, cuando añadió:

—Si supieran toda esa historia, se llevarían a su hijo para interrogarlo.

Calatayud lo miró con desprecio y cansancio, mostrando unas arrugas que no habían sido marcadas sólo por los años.

—De acuerdo, le contaré eso que busca. Pero a él déjenlo en paz luego. Ustedes no son policías. No tienen obligación de repetir a nadie lo que voy a decirles.

—A nadie —aceptó Cupido—. ¿Qué ocurrió aquella noche?

—Cuando reservé habitación en el hotel, en mayo, no podía imaginar que allí se alojarían también varios equipos del Tour, entre ellos el Paradis. Al saberlo, el mismo día en que llegamos, busqué otro alojamiento, pero todo estaba completo.

—¿Por qué no quería quedarse?

—Por él —señaló de nuevo hacia su hijo—, por el miedo que le tenía desde que ocurrió la caída. En una ocasión cruzamos casualmente a su lado y apenas pude contener su pánico... Gros ni siquiera lo reconoció.

Cupido asintió con pequeños movimientos de la cabeza.

—Por las noches, después de cenar, cuando el día ha terminado y no queda nada por hacer, tengo la costumbre de salir al jardín o al patio del hotel, o a la terraza solitaria, si nos alojamos en el último piso, a fumar un pequeño habano. —Se anticipó a responder a la pregunta que sabía que el detective le haría—: Quince, veinte minutos para estar solo y en silencio, y descansar. Él lo sabe y espera tranquilo mi regreso. Pero esa noche, cuando volví del jardín no lo encontré en la habitación. La puerta estaba abierta y las luces encendidas, como si hubiera salido de repente. Pensé

que se habría inquietado por algo, o que me necesitaba para alguna urgencia y había bajado a buscarme. Podíamos habernos cruzado, porque nunca utiliza el ascensor cuando está solo. Tal vez yo me había demorado un poco más que otras veces, la cercanía de Tobias Gros nos ponía nerviosos y lo desordenaba todo.

—¿Alguien lo vio en el jardín?

—No, creo que no. O, al menos, yo no vi a nadie. Cada vez hay menos fumadores. Volví abajo —continuó—, pero no estaba allí, ni en el hall, ni en la puerta de la calle. Comencé a inquietarme, pero antes de preguntar a los conserjes y tener que dar explicaciones regresé a la habitación. Él no había vuelto. Como el hotel no era grande, subí la escalera principal buscándolo por los pisos superiores, llamándolo en voz baja. Así llegué a la última planta, donde se alojaban Tobias Gros y su equipo. En el rellano no vi a nadie y tampoco se movía el ascensor. Eran las once menos cuarto y pensé que era tarde para los corredores, que ya debían de estar metiéndose en la cama. No había nadie en el pasillo, no se oía nada. Yo he sido ciclista y sé que a esa hora todos descansan, que está prohibida la vida nocturna, porque una de las faltas más graves de un ciclista es no consagrar al sueño las horas de la noche. Me asomé a la escalera de servicio sin elevar la voz. «Luis», llamé, «Luis». Vi abrirse una puerta con el rótulo ALMACÉN y apareció él. Se había escondido en un cuartucho donde guardaban la ropa del hotel, los materiales de limpieza y de aseo. Estaba temblando y tuve que abrazarlo para que se calmara. Volvimos a la habitación y le pregunté qué había ocurrido. Fue contándome que de pronto se sintió inquieto y bajó a buscarme. Miró en el hall, pero no encontró la salida lateral al jardín. Entonces subió a la terraza, pero yo tampoco estaba allí. Al regresar, vio que alguien subía por las escaleras de servicio. A él no le gusta encontrarse con alguien cuando está solo, se intimida y no sabe responder a sus preguntas, no acepta su interés ni su curiosidad. Se escondió en un recodo y cuando asomó la cabeza descubrió a Tobias Gros, de espaldas, caminando hacia su cuarto. Aterrorizado, se aplastó contra la pared y, al asomarse de nuevo, lo vio al fondo del pasillo, entrando en la última habitación de la izquierda.

—¿Por qué está tan seguro?

—Al principio no lo estaba. Pensé que lo habría imaginado o confundido con algo soñado en una pesadilla. Pero lo comprobé dos días más tarde, cuando todos se fueron de allí y el hotel quedó casi vacío. Subí con él. Repitió todos los movimientos y señaló sin ninguna duda la habitación. Era la misma que había ocupado Tobias Gros. Él no podía saberlo de otro modo, nadie se lo podía haber dicho.

—¿Cuánto tiempo había pasado desde que él subió hasta que usted lo encontró?

—Exactamente no lo sé... Entre veinte y veinticinco minutos.

También ese dato coincidía con la hora, las diez y media, en que Tobias Gros había muerto.

—¿Está seguro de lo que dice su hijo? —insistió.

—¡Por supuesto! Él no miente..., no sabe mentir —precisó, y todavía—: No puede mentir, no tiene capacidad para inventar algo que no ha visto.

—Pero si lo vio de espaldas, ¿cómo supo que era Tobias Gros?

—¿Cómo no iba a saberlo si lo conocía desde quince años antes, si habían corrido juntos, si le había visto el dorsal por delante del pelotón, si lo identifica en todas las imágenes de televisión, en todas las fotografías de prensa? ¡Luis! —lo llamó.

El joven Calatayud levantó los ojos del juego electrónico y miró hacia los tres hombres con un torpe y dócil gesto de asombro. Al elevar las cejas, su frente se redujo a cuatro pliegues. Cupido se preguntó cómo sería su rostro si todo funcionara bien en el interior de su cabeza; tal vez el de un tipo fuerte, atractivo, seguro de sí mismo, y se preguntó si el viejo no se haría a diario esa misma pregunta.

—Ven un momento, anda.

Se acercó a la mesa mirando únicamente al padre y se sentó ante ellos.

—Quiero que me cuentes otra vez lo que viste aquella noche en el hotel donde estábamos antes, en los Pirineos —le pidió cogiéndole la mano—. La noche en que saliste a buscarme.

—Tobias Gros —dijo. El nombre brotó de sus labios de una forma tan nítida y rotunda que no dejaba ninguna duda, ninguna puerta abierta a la mentira. Se hacía imposible suponer el engaño en el rostro tierno, simple, inocente, en la limpia mirada azul celeste.

—¿Viste a Tobias Gros? —le preguntó Cupido.

—Sí, sí —respondió acompañando a sus palabras con un cabeceo afirmativo.

—¿Dónde estaba?

—Me escondí —dijo.

Miró asustado a su padre, que le apretó la mano gorda, infantil, demasiado pequeña para su corpulencia. Una luminosa corriente de cariño iba y venía entre ambos. Tras el gesto protector del padre, la expresión de miedo retrocedió en su rostro, volvió a refugiarse en las brumas de su cabeza.

—¿Dónde estaba Tobias Gros? —precisó Cupido.

—En el pasillo. Luego... entró en su habitación.

—¿Sabes de dónde venía?

—Por las escaleras —respondió. Volvió a mirar al padre, ahora con el atisbo de una lágrima brillando en los ojos, pidiéndole ayuda ante el apremio de un desconocido.

—¡Basta! —dijo el viejo—. El no sabe nada más. ¿Es que todavía no lo cree?

—Lo creo —dijo el detective.

—Sólo un detalle —terció el Alkalino, que había estado en silencio todo el tiempo. Le sonrió, puso una mano cordial en su antebrazo antes de abrir la revista de

ciclismo que leía mientras los esperaban y mostró una página en la que se veían alineados los veintiún rostros de los líderes de los equipos que participaban en la carrera.

—¿Quién es Tobias Gros?

Con rapidez, Calatayud hijo apretó un dedo gordo, maleable, contra la foto correcta.

—Muy bien —aplaudió el Alkalino, que pasó unas páginas y mostró una foto del podio en los Campos Elíseos el último día del Tour anterior, donde se veía de espaldas a los tres primeros clasificados.

—¿Quién es Tobias Gros?

De nuevo sin ningún titubeo señaló con el dedo la figura central vestida de amarillo, con el dorsal número 1, sobre el fondo del Arco del Triunfo, como si desde allí le ofrecieran un tributo.

—Basta —repitió el padre. Puso el juego electrónico en las manos de su hijo—. Espera otra vez allí, en tu mesa. Nosotros tenemos que hablar todavía.

El joven Calatayud se levantó, pesado y obediente, volvió a su sitio y de nuevo oyeron los chasquidos de la carrera de coches.

—¿Ya se han convencido?

—Sí —dijo el detective.

—Ahora que Tobias Gros ha muerto, siento que alguien ha hecho justicia. Me da igual quién lo hizo. Tal vez yo mismo hubiera terminado matándolo si no fuera porque me encerrarían en algún sitio y eso me impediría cuidarlo. —Señaló hacia su hijo sin mirarlo.

—No hubiera sido una buena idea —dijo el detective.

—¡Ya sé que no! —exclamó con ese acento hosco y resignado de quien, sabiendo qué actos son los justos, no está facultado para ejecutarlos—. Sé lo que puedo pedirle al mundo y sé lo que el mundo puede darme: un puñado de billetes cada mes, un puñado de medicinas y un poco de compasión. Pero nada más, nada que de verdad pueda consolarme. Así que no espero su consuelo. Sólo exijo que me dejen cuidarlo y tener a mano una bicicleta para salir a gastar toda esa fuerza que se le acumula en las piernas y que de otro modo... —no terminó la frase. Se echó hacia atrás, cansado, y la silla gimió bajo su peso como si fuera a romperse.

—Creo que lo entiendo —dijo el Alkalino.

—¡No, nadie puede entenderme! Para entenderme tendría que haberlo conocido cuando era niño. Apenas sabía caminar y ya montaba en un triciclo que le compramos. Se pasaba las horas en la calle, recorriéndola una y otra vez, pedaleando a una velocidad que asustaba, porque creíamos que no podría frenar a tiempo. Y luego, cuando era adolescente y comenzó a correr en serio y a ganar carreras... Tendrían que haberlo visto. Cuando esprintaba parecía que entre las ruedas de su

bicicleta y el asfalto había un centímetro de aire que lo despegaba del suelo y le hacía volar... ¡No! Para comprenderme tendrían que conocer todo eso y...

Se quedó en silencio y apoyó en ellos una mirada mansa y torturada que los desconcertó por su brusca aparición. Cupido y el Alkalino se limitaron a soportar sus ojos, que habían abandonado el desafío para ser implorantes, para pedir algo que ellos no tenían, no podían darle.

—Hay días —continuó— en que no haría daño a una cucaracha. Apenas tengo fuerzas para levantarme por la mañana, no sé qué me pasa, lloro por cualquier cosa y descubro de pronto que estoy pensando en la forma más rápida y adecuada para acabar con todo. Pero lo miro y sé que tengo que esperar... En cambio, hay otros días en que siento ganas de golpear y hacer daño. Para evitarlas, cojo la bicicleta y salgo yo solo a la carretera. Aprieto los dientes y empujo en cada pedalada hasta que empieza a faltarme el aire y noto el corazón a ciento cuarenta, a ciento cincuenta pulsaciones... y sé que puedo reventar sobre el sillín. Sólo entonces me detengo y me digo que si no tuviera un hijo a quien cuidar, ésa no sería una mala forma de morir.

No les dio oportunidad de hacer más preguntas. Cupido y el Alkalino salieron del hotel y ya anochecía. Las farolas encendidas en las calles de Grenoble competían con la última claridad del día y de su mezcla surgía una luz de una textura triste, enferma. Caminaron en silencio unos minutos hasta que el Alkalino dijo:

—Nadie podría avergonzarse de tener un padre así.

—¿Avergonzarse? Todos estarían orgullosos de tenerlo.

Aunque las oían rebotar dentro de sus cabezas y les cosquilleaban en la lengua y entre los dientes, evitaron las palabras de admiración, las frases solemnes de piedad y sacrificio. Se abandonaron al impulso de andar y estaban llegando a su hotel cuando el Alkalino volvió a hablar:

—¿Crees que miente?

—¿Quién?

—El..., el hijo a quien no sé si llamarlo hombre, o muchacho, o minusválido, o...

—Estoy seguro de que no miente —respondió Cupido.

—De acuerdo. Déjame hacerte la pregunta de otra forma: ¿crees que se equivoca? El detective reflexionó durante unos segundos.

—No, no se equivoca —respondió—. Reconoció enseguida su rostro y lo reconoció de espaldas en las fotografías. Si puede identificar a alguien, es a Tobias Gros.

—Eso implica...

—Que el padre no lo hizo —concluyó—, a pesar de la oportunidad que se le ofrecía al estar alojado en el mismo hotel. Si hubiera salido aquella noche con la intención de matar a Tobias Gros, al no encontrarlo en la habitación no parece probable que se dedicara a buscarlo por el hotel ni que se escondiera a esperarlo cerca

de su cuarto sin cruzarse en algún momento con su hijo, que a su vez lo buscaba a él por los mismos pasillos. No hubiera podido controlar al mismo tiempo a su hijo, que no estaba en la habitación, y a Tobias Gros, que no estaba en la suya.

—¿Entonces?

—Entonces, si creemos lo que el muchacho dice y Gros había salido y regresaba por la escalera de servicio —explicó despacio, con una intensa concentración—, es lógico deducir que lo hizo para ver a alguien o para hablar con alguien sin que nadie más lo supiera. No se hubiera movido a las diez y media de la noche por cualquier cosa que hubiera podido pedir en recepción, a un camarero o a uno de los ayudantes del equipo.

—Sí —aceptó el Alkalino.

—Gros había salido para ver a alguien —repitió—, aunque una hora antes le había pedido al director del equipo que nadie lo molestara, que quería estar solo y descansar de cara a la dura etapa del día siguiente. Recuerda que sentía molestias en el estómago y que Galea le había administrado un antiácido.

—Eso supone que quien lo recibió se ha cuidado de ocultar la visita.

—¿Por qué? Porque de alguna forma teme verse comprometido —se respondió a sí mismo con voz rápida y clara—. Tobias Gros no salió del hotel, ni llegó a la planta baja, donde lo habrían visto los recepcionistas o los guardias de seguridad. Creo que tendremos que hablar de nuevo con los inquilinos del hotel aquella noche.

El Alkalino se detuvo de pronto en mitad de la acera, pensativo.

—¿Sí? —le preguntó Cupido.

—Sólo logro adivinar dos razones para que el líder del Tour saliera de su habitación como un furtivo.

—¿Cuáles?

—Que su sangre necesitara alguna ayuda extra para superar la dureza de los Pirineos.

—¡No! —negó Cupido con rotundidad—. No podía ser tan sencillo ni tan obvio. Conocí al doctor Román. No encaja que se vieran así, como quien va a comprar una aspirina. Además, tenía muy cerca a Galea para servirle de correo, en la misma planta. ¿Cuál es el segundo motivo?

—Una mujer. Se diría que actuaba como los amantes que acuden a una cita clandestina.

—¿Una mujer? —repitió, escéptico—. En el hotel se alojaban dos mujeres relacionadas con su mundo. Con una de ellas, Saba Bay, había estado casado. Unas horas antes se habían visto y habían discutido por la custodia de sus hijos. ¿Por qué tendría que esconderse para ir a verla de nuevo? Era él quien, cuando tenía algo que decirle, le pedía que fuera a verlo. Sabía que ella acudiría. ¡No, tampoco me parece creíble!

—¿Y la segunda?

—La mujer de Panal. Pero recuerda que estaba con él en la habitación, como premio a su victoria en la escapada del día anterior. ¡El premio y el descanso del guerrero! No hay ninguna duda: un camarero le sirvió la cena en la habitación.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero se me ocurre una tercera posibilidad. Podría haber concertado una cita con alguna admiradora. No faltan alrededor de estos acontecimientos y yo diría que un tipo a quien apodaban Depredador sabría cómo...

—No —negó Cupido por tercera vez—. Tú lo has dicho, él era el líder del Tour. Se limitaría a esperar en su habitación, donde lo tuviera todo controlado. No podía arriesgarse a cualquier sorpresa desagradable. No —repitió—. Hay algo que no conocemos o que se nos escapa.

Cenaron en una terraza, oyendo el murmullo de las aguas en el cauce donde envejecía el Isére, bajo los lentos campanazos que a intervalos exactos caían de las torres de la catedral. Estaban en un barrio comercial y a su lado, por las aceras, paseaban familias y parejas felices que vivían y se amaban, y el detective los miraba vivir y amarse con un sentimiento de admiración y asombro. Pero también caminaban, vestidos con ropa de verano, viandantes solitarios que no querían dormir solos en la dulce noche que abrazaba a la Tierra, y mujeres con trajes de fiesta, exhalando perfumes, midiendo sus fuerzas, convencidas de poder comprender y manejar el deseo de los hombres.

Era tarde cuando llegaron a su hotel. Cupido no esperaba verlo hasta la mañana siguiente, pero encontró a Carrión en el vestíbulo, despidiéndose de un periodista.

—Sabía que no me equivocaba al contratarte —le dijo—. Ahora ya todo está claro y Mises quiere darte personalmente las gracias. No hemos querido llamarte hoy, para que descansaras. Ya sabes que puedes seguir con nosotros hasta París si te apetece. Y cuando quieras arreglamos el finiquito. Has hecho un buen trabajo. ¿Sabes quién ha ganado hoy la etapa?

—¿Quién?

—¡Mises! —exclamó—. Se sentía tan liberado, tan suelto y con tanta rabia por todo lo que se había dicho de él estos días, que ha corrido como nunca. Quería reivindicarse y nada mejor que una etapa tan dura, con un final brutal en La Plagne. Llegó al pie del puerto con los favoritos. Demarró en el último kilómetro y nadie fue capaz de alcanzarlo.

—¡Me alegro mucho por él! ¿Ya no tiene detrás a un par de policías?

—No. Han desaparecido. Sólo falta que nos pidan disculpas por habernos tratado como sospechosos. Pero aunque no lo hagan no iremos a exigirselas. Nos conformamos con que nos hayan dejado en paz —bromeó.

El detective dudó en contarle que no todo estaba tan claro, que la investigación sobre la muerte de Tobias Gros se había cerrado en falso, pero decidió callar. No

podía aguarles la fiesta en un momento de alegría y de concentración.

—¡Qué par de tipos! ¡El gigante y ése a quien llamaban doctor Román! No sólo has ayudado a Mises. A todo el ciclismo le vendrá bien esa limpieza. Ahora no lo tendrán tan fácil los tramposos.

—Quizá no tarden en encontrar un sustituto —dijo Cupido.

—Pero ya no será en estos días. Faltan tres etapas para llegar a París. —Miró el reloj y alzó las cejas, sorprendido—. ¡Es muy tarde, es hora de dormir!

17.^a etapa

Bourg-en-Bresse - Nevers, 208 km

Jueves, 22 de julio

El Tour no había terminado de dar la vuelta a Francia en el sentido de las agujas del reloj cuando en las dos últimas etapas hizo un tirabuzón alrededor de las montañas de los Alpes y se impulsó para lanzarse definitivamente hacia París, atravesando en línea recta las fértiles llanuras de Borgoña. Ya no quedaban puertos ni llegadas en alto para los escaladores y la contrarreloj del sábado sería la última oportunidad para ganar o perder tiempo entre los favoritos. Las diferencias entre ellos eran tan apretadas que la tensión continuaría durante aquellas dos etapas llanas. Un pinchazo, una caída, un abanico contra el viento, una escaramuza en la lucha por las bonificaciones de los sprints intermedios podían alterar el orden del pelotón y se corría el riesgo de perder unos segundos que, en un final tan disputado, resultarían trascendentales.

Sin haber ganado ninguna etapa, Rudolf Trölsch, el duro alemán del equipo Lorelei, había logrado mantener su liderato en las montañas alpinas. A su sombra, Panal acechaba a 34 segundos, Renaud a 56, Hamelt a 1'47, Grimaldi a 2'13 y Mieses a 2'49. Pocas veces se había dado un final tan reñido, con tanta incertidumbre. Sin la supremacía de Tobias Gros en todas las disciplinas de la carrera, cualquiera de ellos podría ganar el Tour con una última actuación sobresaliente, cualquiera de ellos podría perderlo por un desfallecimiento. Cualquier combinación podía darse en el podio de los Campos Elíseos.

Cupido ojeaba la prensa del día recostado en la cama del hotel, todavía cansado, porque otra vez no había logrado dormir lo suficiente. Una pesadilla lo había despertado en mitad de la noche: soñaba que competía en una carrera y que, al comenzar una nueva etapa, el pelotón partía sin él. Entonces salía corriendo con todas sus fuerzas tras los corredores. Cuando se acercaba y creía que iba a alcanzarlos, un nuevo acelerón lo alejaba de ellos y otra vez tenía que esforzarse hasta el límite, tanto que las ruedas comenzaban a arder. La pesadilla lo desveló y cuando, al amanecer, acababa de conciliar de nuevo el sueño, las primeras conversaciones de los huéspedes más madrugadores, las cisternas, los teléfonos lo despertaron por segunda vez. Volvió a dormirse y ya no abrió los ojos hasta las diez. Se levantó tan cansado como si de verdad hubiera estado toda la noche pedaleando en una prueba de persecución y decidió que durante ese día no haría nada con prisas. Había ido a Francia de vacaciones y sin embargo no había dejado de correr en todo el tiempo. Así que era el momento de parar. Aún disponía del coche alquilado y no tenía por qué subirse al autobús del equipo. Aunque sabía que la diferencia entre un buen profesional y uno mediocre es que aquél hace bien su trabajo incluso cuando está agotado y alrededor todo se le pone en contra, no sentía ninguna urgencia. Tras la muerte del doctor

Román la investigación había quedado paralizada y aquellos a quienes debía interrogar no iban a alejarse del Tour. Quien mató a Tobias Gros seguía agazapado y en silencio, seguro de su inmunidad, y no podría destruir pruebas ni modificar lo ocurrido, de modo que también el detective, como los ciclistas, podía permitirse una jornada de descanso. La necesitaba para reflexionar y para ocuparse de esas tareas opacas, rutinarias, pero imprescindibles de cuando en cuando: comprar calzado y productos higiénicos y encargar en el hotel la limpieza de la ropa que había ido ensuciando en los últimos días, algunas prendas todavía impregnadas de los olores del sótano. Llamó al Alkalino por el teléfono interior y le dijo que no tuviera prisas, que ese día se quedaban en Grenoble descansando, recuperándose de tanta velocidad y agitación.

Al colgar lo sorprendieron las ganas de hablar con Carol, de oír su voz con cualquier excusa. No contestó nadie en el teléfono de su casa y en el bufete le dijeron que estaba en los juzgados, asistiendo a un cliente durante un juicio oral. No quiso llamarla al móvil y decidió esperar hasta la noche.

Abrió el cuaderno y releyó sus notas a la luz de la declaración de los Calatayud, que aportaba nuevos detalles. Tobias Gros había salido de su habitación para hablar con alguien... y alguien lo ocultaba. Toda investigación era una cadena, y al remover un solo eslabón la cadena entera se estremecía. Por una parte, había extraído toda la información posible de los huéspedes del hotel; por otra, no veía el modo de conseguir otros datos fuera de aquel círculo. Había analizado los movimientos de todos ellos durante la hora de la muerte y en ninguno hallaba una quiebra, un desliz. Mises le había contado su entrevista con Gros, que derivó en una discusión por la cual lo habían considerado sospechoso. Hamelt y Zaharia habían declarado que a las diez y media estaban reunidos para una de las charlas con las que el director reforzaba la frágil moral del corredor dalmata. En la segunda planta, ningún ciclista podía haber salido de su cuarto sin implicar en la mentira a sus compañeros, excepto la Avispa Panal, que ocupaba una habitación con su mujer. En la primera planta Saba Bay no tenía una coartada firme, pero tampoco la acusaba ningún indicio. Por último, creía en la veracidad de lo declarado por los Calatayud.

Cerró el cuaderno de golpe, enfadado por su torpeza, que le impedía ver dónde se escondía la clave. Siempre había desconfiado de las coartadas. En sus investigaciones avanzaba enfocando la luz tanto sobre la víctima muda e inmóvil, sobre los afectos y desprecios, sobre las preferencias y obsesiones que provocaba en vida, como sobre la verborrea de los sospechosos al hablar de sí mismos. Analizaba con rigor las coartadas, sí, pero para decretar la culpa o la inocencia no se basaba únicamente en ellas, en lo que ven los ojos y en lo que los oídos oyen. Sabía que los sentidos engañan: el palo recto hundido en el agua parece torcido y la luz tiene una estructura granular y ondulada y sin embargo se percibe como lineal y compacta. Con los

recursos adecuados, no resultaba imposible ocultar la verdad bajo la ductilidad del tiempo y del espacio, bajo las apariencias falsas.

Le hubiera gustado conocer más datos de Tobias Gros, haber entrado en su habitación y observar qué fotografías había elegido para colgarlas en la pared, qué trofeos exhibía en sus vitrinas, qué maillots reservaba para un futuro museo. Si hubiera podido hurgar en su agenda privada, en su correo electrónico, en los archivos temporales de su ordenador, en sus ropas, en sus libros, en el buzón de voz de su teléfono..., el trabajo sin duda hubiera sido menos complicado y no se sentiría tan perdido, no permitiría que se cerrara en falso.

El resto de la mañana transcurrió sin hacer nada especial, sin subirse a ningún vehículo, sin recibir llamadas telefónicas, sin interrogar a nadie relacionado con la investigación. Esos breves descansos en su trabajo no eran estériles y en ellos la información recibida sedimentaba sus posos y se iba limpiando de adherencias, a la espera del momento en que la verdad oculta adquiriera de pronto claridad y se hiciera visible.

Por la tarde se sentaron frente al televisor del hotel a ver la transmisión de la decimoséptima etapa. El pelotón se deslizaba compacto y apacible por las carreteras borgeñas, con mucho retraso sobre el horario previsto. Contemplado desde el helicóptero, marchaba con la lentitud y docilidad de un rebaño de ovejas. Durante toda la mañana un cielo de urracas, blanco y negro, había ido lanzando oleadas de nubes oscuras. En los últimos kilómetros una fina lluvia había laqueado la carretera, que resultaba peligrosa y resbaladiza, y había empapado las cunetas, que rezumaban humedad sobre el asfalto. Los ciclistas no querían asumir riesgos y habían optado por la tranquilidad.

—Un poco de velocidad no les haría ningún daño —protestó un tipo rubio que apuraba un whisky junto a ellos—. ¡Pandilla de vagos! ¡Sólo aceleran cuando van dopados!

—La carretera está muy peligrosa con el... con la lluvia —replicó el Alkalino, que cada jornada seguía la carrera con mayor interés y admiración hacia los ciclistas. Le parecían falsas e injustas aquellas acusaciones de dopaje generalizado.

El tipo rubio lo miró con curiosidad y desdén.

—*Bon*, quizás en España los corredores tienen miedo del asfalto mojado, pero aquí saben correr bajo la lluvia. Así que no tienen excusa para...

—¡Claro que no! —lo interrumpió el Alkalino conteniendo el enfado—. ¡Ni siquiera les sirven de excusa los tres mil kilómetros que han recorrido pedaleando durante dieciocho días! ¡Ni tampoco el haber subido dos veces la altura equivalente al Everest! ¡Y... y... —titubeó, y Cupido recordó el comentario que le había oído unos días antes y cuya traducción ahora no encontraba: «... y a pesar de la fatiga, y de la respiración entrecortada, y de la piel dejada en el asfalto por las caídas, y del dolor de

las piernas no han puesto ni un instante el pie en el suelo, como si la tierra ardiera y fuera a quemarle los pies al corredor que se dejara vencer!».

El Alkalino renunció a encontrar la traducción y se quedó callado bajo la mirada del tipo, desconcertado por su indignación.

Poco a poco las nubes fueron desapareciendo y pronto se vio seca la carretera. Tal vez fue eso, o que desde los coches los directores dieron la orden de entablar la batalla, porque de repente los ciclistas comenzaron a desprenderse de los chubasqueros. Los cambios chasquearon al bajar los piñones y la velocidad del pelotón se disparó. Por miedo a quedar cortados, todos querían ocupar una buena posición y provocaban acelerones constantes e intervenciones de los codos. Los rostros media hora antes sonrientes y tranquilos iban mudando a una expresión agresiva.

A veinticinco kilómetros de Nevers el pelotón corría ya tan desbocado que se diría que no iba a parar ni siquiera al llegar a la meta. Desde el helicóptero, sobre el verde estampado de las planicies borgoñonas la punta de flecha de los primeros iba abriendo la oscura cremallera del asfalto para que tras ellos avanzara el pelotón, las motos, los coches de la caravana. En cabeza, los rodadores culogordos de espaldas anchas y planas obedecían los objetivos que les marcaban por los auriculares. Se relevaban en los acelerones cortos y furiosos e iban filtrando hacia atrás a los fatigados o lesionados, a los delgados escaladores de espaldas curvadas y fibrosas, que pedaleaban con rabia, sin más propósito que dejarse succionar por el vacío provocado por los de delante y no descolgarse. Cuando la cámara de la segunda unidad captó la cola del pelotón, se vieron algunas rodillas y brazos vendados, los estragos de las caídas producidas en los dieciocho días de competición, los gestos de sufrimiento y las dificultades para no quedar cortados.

Entraron a un ritmo frenético en las rotondas que en los últimos kilómetros anunciaban la ciudad. Para impedir las fugas, aparecía un corredor en cabeza que tiraba a fondo durante doscientos, trescientos metros, y que luego se apartaba a un lado, agotado por el esfuerzo de arrastrar a todo el pelotón. Otro lo sustituía enseguida, para, a su vez, apartarse exhausto poco después, cumplida su tarea.

En la imagen de la cámara fija los ciclistas aparecieron al doblar una curva y enfilaron la larga recta de meta como una manada de caballos en un hipódromo, con el mismo gesto de rabia en las mandíbulas que apretaba el esfuerzo, con los mismos ojos desorbitados, con la misma tensión en todos los músculos, con la misma ansia por llegar los primeros, sólo que los caballos eran un poco menos rápidos.

El francés Légear consiguió su segundo triunfo al meter su tubular unos centímetros por delante. Había sobrevivido, como los elefantes de Aníbal, al paso de los Alpes, y aunque hundido en los últimos puestos de la clasificación general, al regresar al llano volvía a imponer su velocidad. En el hermosísimo sprint se

alcanzaron sesenta y cinco kilómetros por hora.

—¿Cómo consiguen ir tan rápidos después de haber recorrido doscientos kilómetros en cinco horas sin un motor que los arrastre? —preguntó en voz alta el Alkalino con aquel acento ferruginoso que no parecía mejorar ni empeorar con la práctica y que no sólo introducía profundos sonidos guturales en todas las erres francesas, sino que también parecía buscar palabras que contuvieran ese sonido.

—Bueno, sería extraño si sólo fueran deportistas —enfaticó Cupido—. Pero son ciclistas.

18.^a etapa

Nevers - Fontainebleau, 182 km

Viernes, 23 de julio

Por primera vez en ocho días Cupido había dormido profundamente y de un modo natural, sin sueños agitados, sin timbres ni artefactos que perturbaran su reposo. Se levantó descansado y una hora más tarde llamó a Carol a su oficina.

—¿Esperas un momento? —le pidió ella sin disimular su alegría—. Tengo que guardar un documento.

La oyó teclear en el ordenador mientras se decía «Hasta que no la he oído ahora, esta mañana, no sabía que me gustaba tanto escucharla». Enseguida estaba otra vez al teléfono.

—Iba a llamarte yo, pero me gusta que te hayas anticipado —dijo, y su voz sonó dulce y confidencial a pesar de hallarse en el despacho—. ¿Estás ahí? —preguntó ante su silencio.

—Sí.

—¿Hay alguna novedad?

Le fue contando lo que habían averiguado sobre el pasado de los Calatayud: el accidente provocado por Tobias Gros, el estado de discapacidad en que quedó el muchacho, la heroica dedicación del padre. Luego le detalló lo que el joven Solana aseguraba haber visto desde su escondite: cómo Gros, procedente de las escaleras de servicio, avanzaba por el pasillo hasta llegar a la puerta de su habitación, unos minutos antes de morir.

—¿Seguro que era él?

—Creemos que sí. No dudó al identificarlo, de frente y de espaldas, en varias fotografías.

—Y el escenario encaja con lo que dice —añadió—. Yo misma recorrí el pasillo y las escaleras de servicio, y pudo ocurrir de ese modo.

—Creo que él no podría inventar todo eso.

—Lo que indica que Tobias Gros salió de su habitación para hablar con alguien. Y si eligió la escalera de servicio es porque no quería que nadie lo viera.

—Así es.

Carol se quedó unos segundos en silencio.

—Como un amante que acudiera a una cita clandestina —bromeó.

—¿Qué has dicho? ¿Como un amante que...? —preguntó, sorprendido de oírle las mismas palabras que había pronunciado el Alkalino.

—Como un amante que acudiera a una cita clandestina —repitió, y enseguida, tan amable que podía verla sonriendo junto al teléfono que apoyaba en la cara, le preguntó—: Y tú, ¿cuándo vas a venir a verme a mi ciudad, a Toulouse?

—Cuando termine este trabajo.

—Pues no tardes mucho. En el bufete lo damos por concluido; nos contrataron para librar a Mieses de la acusación de haber matado a Tobias Gros, no para encontrar a quien lo mató. Mis compañeros de administración ya están preparando la minuta.

Luego quedó atrás la voz de Carol y Cupido se repitió lo que ella había dicho sobre la salida nocturna de Gros. Levantó el teléfono y marcó el número de la habitación del Alkalino.

—¿Estás listo para salir?

—¿Ya?

—Ahora mismo.

—¿Para qué correr tanto? La etapa no terminará hasta las cinco. Y hasta dos horas más tarde no podrás hablar con ningún corredor.

—Precisamente por eso.

Oyó por el teléfono un susurro de ropas, como si estuviera levantándose de la cama.

—¿Quieres decir que quieres hablar con alguien antes de que ellos puedan impedirlo?

—Sí.

El detective oyó ruido de zapatos.

—La mujer de Panal —dijo el Alkalino con una voz seca, confidencial.

—Y con alguien más.

—Otra vez Saba Bay.

—Sí —repitió.

—Espérame en la recepción. Cinco minutos. Pagaron la estancia y salieron del garaje en el coche alquilado.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó el Alkalino abrochándose el cinturón de seguridad y pasándoselo luego bajo la axila, porque nadie había logrado borrarle la superstición de que, si un día le ocurría un accidente, terminaría apretándole el cuello.

—A París —dijo Cupido.

—Hoy es viernes. Todavía faltan dos días para París.

—El pelotón llegará hoy a Fontainebleau. Pero esta tarde ya estarán todos en la capital.

Aceleró al salir a la autopista y durante tres horas no se detuvieron, ni siquiera para que el Alkalino, siguiendo sus instrucciones, hablara por el móvil con Carrión para conocer el nombre y la dirección del hotel en el que se alojaría el Baiae, el equipo de la Avispa Panal. Si era cierto lo que comentó en los Pirineos, su mujer estaría junto a él. Por otro lado, Saba Bay también les había dado sus señas.

Guiados por el GPS atravesaron el complicado cinturón de carreteras de la

banlieu parisina y a partir de entonces no tuvieron dificultades para llegar hasta la casa de Saba Bay, en los Campos Elíseos. Cupido la llamó por teléfono y ella lo citó para una hora más tarde.

Saba Bay no había perdido el discreto aspecto de viuda que mostraba en los Pirineos. Su llamativa belleza seguía atemperada por la sobriedad de su aspecto, de su atuendo y de todo lo que la rodeaba en la casa: un piso muy amplio, impregnado de un agradable e intenso olor femenino, de techos altos, con molduras, de grandes ventanas sombreadas de verde por el follaje de los plátanos, todo tocado por una elegante discreción, de modo que no se veía la riqueza, pero se notaba sin que se pudiera decir en qué.

—¿Pero no estaba todo resuelto? Creía que esos hombres horribles que lo atacaron eran los culpables de todo.

—Lo más fácil es dejarlo así —respondió el detective—. Pero creo que ellos no mataron a su marido.

—¿No? —preguntó, incrédula y con un atisbo de ironía—. Entonces, ¿todos volvemos a ser sospechosos?

Cupido repitió lo que ella había declarado en su primera entrevista:

—Aquella tarde, cuando subió con sus hijos a la habitación de su ex marido para felicitarlo por el triunfo de etapa, al hablar de sus intenciones de trasladarse a vivir a Mónaco acordaron que no discutirían delante de los chicos y que él bajaría más tarde a su cuarto.

—Sí.

—¿Y no bajó?

—No, ya se lo dije. Y yo debía de haber adivinado que no lo haría. En los días de competición Tobias nunca iba a ver a nadie, los demás tenían que ir a verlo a él. No salía de su habitación si no se trataba de algo muy importante. Casi no recibía a periodistas, se concentraba en la carrera y no permitía que nada lo distrajera. Ya le conté lo maniático que era.

—Sin embargo, alguien asegura que esa noche lo vio caminando por el pasillo, poco antes de que lo mataran.

—¿A Tobias? —se extrañó.

—Sí.

—Bueno, es posible. Pero no salió para verme a mí. Tras la separación evitaba hablar conmigo, dejaba esa tarea en manos de sus abogados. Si salió de su habitación, fue por otra causa.

—¿Por ejemplo?

—No sé... Tal vez necesitaba los servicios de aquel doctor. Ahora que ya lo sabe todo el mundo, no tengo por qué seguir ocultándolo.

—¿Usted sabía que tomaba esas sustancias?

—¡Por supuesto! ¿Quién cree que le guardaba las ampollas?

—¿Usted?

—¡Yo! —exclamó—. A menudo era yo quien las pasaba evitando los controles, los registros de la policía o de los inspectores de la UCI. Era yo quien las camuflaba en mi neceser como si fueran productos de belleza. Y era yo quien borraba las pruebas, quien eliminaba los envases para que nadie los encontrara en los cubos de basura de los hoteles donde Tobias se alojaba. ¡Y a pesar de todo eso, ya vio el resultado!

Se levantó del sillón y se acercó a la ventana abierta sobre la avenida, bordeada por los altos plátanos de París. Desde ese mismo lugar, apartada a un lado, despechada, habría visto a su ex marido levantando los trofeos del ganador en la ceremonia de entrega de premios del Tour anterior, cuando ya no estaban juntos, y habría recordado todo lo que ella había hecho para ayudarlo a subir hasta allí arriba. Tal vez creyera de verdad que él había salido de la habitación por un asunto de dopaje, pero Cupido no podía dejar de lado la otra posibilidad.

—Usted dijo que cuando hablaron aquella tarde, en su habitación, él recibió una llamada de teléfono.

—Sí.

—¿A su móvil?

—No. Al teléfono fijo del hotel. ¿Es importante?

—Podría serlo.

—Al descolgar, Tobias se volvió de espaldas para impedir que yo pudiera oír algo —explicó—. Pero se trataba de una mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cree que porque estuviéramos separados no lo conocía? Ya le había oído otras veces aquel tono, cuando lo llamaba alguna de sus admiradoras y quería ocultarlo. ¿Cómo no iba a reconocerlo? Incluso una mujer separada sabe siempre si su ex marido está hablando de acuerdos con un empresario o de citas con una mujer, aunque empleen el mismo vocabulario.

El Alkalino, sentado un poco atrás, invisible a fuerza de permanecer mudo e inmóvil, escuchaba con atención, como siempre que contemplaba asombrado el corazón de las mujeres.

—Además —precisó—. No se trataba de una desconocida. Era alguien a quien Tobias conocía bien: la tuteaba y había hablado más veces con ella. Pronunció la palabra «ayer», refiriéndose a algún problema que les había afectado la víspera y tratando de tranquilizarla. En los dos o tres minutos que duró la conversación repitió: «No te preocupes por lo de ayer».

—¿Cómo terminó la llamada?

—Ya se lo conté. Tobias dijo que en ese momento no podía seguir hablando y que

lo tratarían más tarde, después de la cena.

Les comentó que al día siguiente no estaría en París viendo la última etapa, que se sentía obligada a viajar a los Pirineos para cumplir la última voluntad de su ex marido. Y unos minutos después ella misma los acompañó hasta la puerta. Bajaron las elegantes, solemnes escaleras y salieron a la acera, tan ancha como una autopista. El Alkalino se detuvo a mirar hacia el fondo de la luminosa avenida, hacia el Arco del Triunfo enmarcado entre las copas de los plátanos levemente agitadas por la brisa, frondosas, enfebrecidas, llenas de hojas verdes y de peces de plata.

—¿Te crees todo lo que dice? —le preguntó Cupido.

—La creo. Porque una mujer en su situación oye y adivina no porque tenga el mejor oído, sino porque escucha con tanta alerta y atención que no necesita oír todo lo que el hombre dice, le basta con oír cómo lo dice.

—Exageras.

—No. Además, yo también escucharía si la conversación pudiera afectar de algún modo a mis hijos, si los tuviera, y a la posibilidad de que alguien quisiera sacarlos de una casa en esta calle de esta ciudad para ir a encerrarlos en un internado.

—¿Hasta dónde supones que llegaría ella para impedirlo?

—Hasta el final... si tuviera la seguridad de que eso no empeoraría la situación... Pero no lo hizo ella. ¿Tú la imaginas...?

—¿Golpeando? —dijo Cupido, y dudó unos segundos antes de responder—. Si habían discutido tantas veces como afirma, si veía en peligro a sus hijos..., puedo imaginármela dejándose arrastrar en un momento de furia o de desesperación. Pero no me interesa la imaginación, sino los hechos. Y ese detalle que ha contado ahora y antes no sabíamos... —dijo, pensativo.

—Sí, ¿qué?

—Que el día anterior había ocurrido algo preocupante para Tobias Gros y la persona que estaba al teléfono —reflexionó en voz alta—. ¡Tenemos que revisar todo eso!

Pero de momento tomaron un taxi y se dirigieron hacia el hotel donde Carrión les había indicado que se alojaría el equipo Baiae y donde también estaría alojada o podrían encontrar a la esposa de Panal. Una vez más preguntaron al recepcionista, que se parecía tanto a los anteriores en los gestos y en las palabras que podría haber estado en cualquier otro de los hoteles sin que nadie notara la diferencia. Se alojaba allí, y cuando la llamaron por teléfono Cupido le dijo quién era y qué estaba investigando.

—Usted ya habló con mi marido —dijo.

—Sí, en los Pirineos.

—Pero él no está aquí todavía.

—Es con usted con quien nos gustaría comentar algunos detalles.

—No sé si...

—No la entretendremos mucho tiempo.

—¿Dónde están ahora?

—En el vestíbulo de su hotel.

—De acuerdo —aceptó—. Denme quince, veinte minutos.

La vieron salir del ascensor media hora después, los identificó enseguida y se dirigió hacia ellos, alta e infantil, mostrando por delante sus ojos grandes y suaves, la nariz de niña, la melena oscura. A pesar de su oficio de modelo, no caminaba como si estuviera en una pasarela y parecía esforzarse por ocultar la elasticidad de sus formas bajo ropas sueltas, como si quisiera hurtar cualquier atisbo de exhibición.

Iba a saludarlos cuando Cupido oyó la música. Reconoció enseguida los primeros acordes de la *Fantasía para piano a cuatro manos*, la asombrosa y conmovedora pieza que un Schubert enfermo de sífilis y desesperado de amor compuso para la condesa Esterhazy. En el primer segundo, sorprendido, creyó que provenía del hilo musical del hotel, donde algún melómano había elegido una música tan estremecedora, pero vio con asombro que Alejandra sacaba el teléfono móvil de su bolso y se apartaba a un lado para responder a la llamada con unas palabras de excusa:

—¿Me perdonan un momento?

—Por supuesto.

Se alejó de ellos y durante un par de minutos el Alkalino la observó con los ojos brillantes, duros e inocentes que había abierto al verla, con la expresión de alguien a quien le están tapando la boca para que no grite de asombro y de admiración.

—Quizá sea verdad —dijo.

—¿Qué?

—Que en esta ciudad hay más mujeres hermosas por metro cuadrado que en ninguna otra ciudad del mundo.

—Ella sólo está de visita. Probablemente volverá a España en cuanto termine el Tour.

—¿A qué se dedica allí abajo?

—No lo sé. Antes fue azafata en la Vuelta a España. Así conoció a Panal.

—¿Quieres decir que era una de esas chicas que visten con los maillots a los líderes y besan a los ganadores de etapa mientras sonríen para las fotografías?

—Sí.

—¿Cómo se llama? —Alejandra.

—Cualquier hombre... —comenzó a hablar, pero ella volvía ya y se sentó frente a ellos, esperando sus preguntas. Cruzó las rodillas con una elegancia tal vez aprendida en alguna escuela de modelos, pero ya incorporada con naturalidad a sus gestos, y se apoyó en los brazos en el sillón, mostrando la armonía entre la palma de sus manos y

la longitud de sus dedos.

—Perdone una curiosidad —dijo Cupido—. Esa música, la de su móvil...

—¿La conoce?

—Sí. Schubert.

—Fue una decisión de mi marido. A él le gusta mucho esa pieza y la grabó en mi móvil... Ustedes querían hablar conmigo —cambió de tema.

—Sí. Su marido declaró que la noche en que mataron a Tobias Gros ustedes estuvieron juntos, en su habitación.

—Sí, lo que declaró es cierto.

—¿No salieron de la habitación en ningún momento?

—No —se precipitó a responder mientras apartaba las manos de los brazos del sillón y las refugiaba en su regazo. Respiró con dificultad, como si acabara de emerger del agua y algo le oprimiera el pecho, elevando un poco los hombros para facilitar la aspiración.

—¿Usted conocía a Tobias Gros? —le preguntó de pronto.

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde hace algún tiempo —contestó, y el detective vio cómo las clases de compostura o disimulo que hubiera recibido en la academia no lograban ocultar el temblor de su voz—, cuando trabajé en la Vuelta a España. Siempre me ha gustado mucho el deporte y me presenté para uno de los puestos de azafata. Había trabajado antes como modelo, tuve suerte y me eligieron. Y una vez que entras en el ambiente del ciclismo, tarde o temprano terminas conociendo a todo el mundo.

—¿Qué opinión tenía de él?

—La que tenían todos. —Extendió las manos de dedos largos, finos, de uñas muy cuidadas, limpias de esmalte—. Que era un ciclista excepcional, que era ambicioso, también que era... —dudó.

—Sí —dijo Cupido sin disimular su escrutinio, buscando sus ojos, que ella desviaba hacia la gente que entraba o salía del hotel.

—... que era arrogante en el trato con los demás corredores.

—¿Y usted está de acuerdo?

—No lo conocía lo suficiente para juzgarlo.

—Su marido también lo conocía, claro, pero nos dijo que no eran amigos.

—Así es.

—Sin embargo, lo llamó por teléfono el día en que ganó la etapa, la víspera de la muerte.

—¿Mi marido llamó a Tobias Gros? —se extrañó.

—Sí. A las siete y cuatro minutos. Lo hemos comprobado en la relación de llamadas que recibió en su teléfono móvil. La conversación duró un par de minutos.

—No lo sabía... No me lo había comentado —dijo, sorprendida y nerviosa—. Supongo que no sería nada importante.

—En una investigación todos los detalles son importantes. Al día siguiente, antes de que lo mataran, Tobias Gros salió de su habitación en el hotel, posiblemente para ver a alguien con quien había hablado por teléfono unas horas antes y a quien había visto el día anterior.

Alejandra había descruzado las piernas para inclinarse un poco hacia delante y escuchaba con asombro y concentración, ordenando todos aquellos datos. Luego se echó hacia atrás, alerta, como si hubiera sentido la cercanía de un peligro y no tuviera armas para enfrentarlo. Miró a los ojos del detective y esta vez su mirada no se detuvo en los párpados, en la piel de la cara, abandonó el protocolo para mostrarse angustiada y suplicante mientras su perplejidad y alarma se hacían casi palpables.

—El día anterior a su muerte Tobias Gros no vio a mi marido, al menos fuera de la carrera, si es eso lo que quiere confirmar —dijo tras pensarlo unos segundos—. Esa tarde mi marido ganó la etapa. Tuvo que atender a la prensa y a continuación fue a un acto promocional de su equipo. Yo estuve junto a él desde que regresó al hotel.

«Es muy joven», volvió a pensar Cupido. «En la academia, o adondequiera que vayan, le han enseñado a sentarse sin encorvar la espalda, a sonreír, a defenderse y decir "No" sin levantar la voz ni perder la dulzura, pero aún no ha aprendido a ocultar que está asustada. La han adiestrado sobre cómo caminar en una pasarela o besar al ganador, sobre las mentiras de las luces y las fotos, pero nadie la aleccionó sobre el recelo y la sospecha. Y ahora está temblando por algo que he dicho. Quizá tenga motivos, pero aunque esté ocultando algo que afecte a su marido, no va a contradecirlo, se esforzará por callar cualquier desavenencia ante un detective privado. Para ella, yo soy otro agente más de ese mundo sucio y rosa del que también le habrán enseñado a defenderse».

Miró el reloj, dijo algo sobre el fin de la etapa y mostró prisas de repente. El Alkalino esperó a que desapareciera dentro del ascensor para comentar:

—Se puso muy nerviosa cuando le dijiste que su marido había telefoneado a Tobias Gros.

—No supo disimular la sorpresa.

—Ella guarda algún secreto —sentenció.

—¿Es que hay alguna mujer realmente interesante que no lo guarde?

—¡Por supuesto que las hay! A mí me gustan las mujeres transparentes.

—A ti te gustan todas las mujeres —replicó Cupido—. ¡Y cuanto más las...! ¿Qué ibas a decir antes, cuando llegó ella?

—Sí... —recordó—. Que cualquier hombre sueña con las modelos hasta que se casa con una de ellas.

—Claro, porque entonces...

—Porque entonces —lo interrumpió—, al llegar la noche, estará demasiado cansado incluso para soñar, después de haberse pasado todo el día espantando a todos los moscones que revolotean alrededor de ella —dijo, como si sólo hubiera pensado en eso durante toda la entrevista.

—¿Moscones? ¿Quieres decir que Tobias Gros era uno de ellos?

—Quiero decir que no habrá en todo el pelotón ni un solo ciclista que no haya deseado ganar una etapa para que ella lo besara —dijo con su tendencia a la hipérbole—. En más de una ocasión habrá tenido que defenderse.

—Quizá tengas razón —dijo Cupido tras un silencio—. Porque es de esas mujeres de una belleza absoluta que la Naturaleza crea de cuando en cuando y las suelta entre los lobos sin haberlas dotado de las armas necesarias para manejarse entre ellos. Quizá tengas razón —repitió—. Panal habrá tenido que esforzarse, por más que desde fuera todo parezca perfecto: la bella y el atleta. Una mujer hermosa junto a un gran deportista. Desde fuera, una bonita historia de amor.

Regresaron a su hotel caminando en silencio, el detective preguntándose por qué Alejandra se había alarmado al saber que su marido había telefoneado a Tobias Gros la víspera de su muerte. Otra vez repasó lo ocurrido aquel martes 6 de julio, cuando todo era apacible y brillante y nadie imaginaba lo que al día siguiente iba a suceder. La Avispa Panal se había escapado en una larguísima fuga que inició desde la salida, cuando la meta aún quedaba a una distancia sideral, había ganado la tercera etapa entre Carcassonne y Toulouse y había entrado en la meta besando la alianza que llevaba en el anular y se había vestido con el maillot de líder, aunque sólo le duraría tres jornadas. No había sido una fuga espontánea, declaró luego, la había decidido tiempo antes, había marcado esa fecha en el calendario con tinta roja. Ese mismo día recibió la visita de su mujer, tal como permitía el régimen del equipo, aunque paradójicamente no pudieron verse muchas horas, puesto que el ganador estaba obligado a atender a los requerimientos de la televisión francesa y de la prensa. Luego, recordó, había apoyado con su presencia un acto publicitario de las promociones inmobiliarias del patrocinador del equipo, el Baiae. ¿Todo era normal? Sí, por tanto no comprendía el desasosiego de la mujer al conocer que su marido había llamado a Tobias Gros por teléfono. ¿Por qué?, se preguntó. Algo muy débil, apenas perceptible, latía bajo todos aquellos detalles, pero era incapaz de advertirlo, como si se ocultara al notar su interés, como el átomo que modifica su comportamiento al recibir la luz necesaria para su observación.

Más tarde se sentaron a ver un resumen de la etapa, que había discurrido a buen ritmo por un terreno llano, con el pelotón espoleado por los equipos que aún no habían conseguido ningún triunfo y veían agotarse las últimas oportunidades. Los nervios habían vuelto a aflorar y se produjeron algunas caídas, pero sin consecuencias graves. En el sprint masivo ganó Mario Finaldi, un ciclista del Fontana de Trevi que

estrenaba así su palmarés.

El joven corredor italiano se emocionó en la entrevista que realizó para la televisión francesa mientras otros periodistas esperaban su turno. El comentarista lo felicitó y le recomendó paciencia para atender a todos sus colegas, lo que le ocuparía una buena parte de la tarde. Eran las largas y tediosas obligaciones de los triunfadores.

Al oír ese comentario Cupido detuvo en el aire, sin alzarla hasta la boca, la taza de café que se estaba tomando. Dejó que el Alkalino se encargara de pagar las consumiciones y subió deprisa a su habitación. Abrió el cuaderno y contrastó las anotaciones dispersas que había ido acumulando desde que lo contrató Carrión con algunos documentos del expediente que le había pasado Carol, como abogada de la defensa de Mises. Luego buscó información en Internet y estuvo leyendo y cotejando datos. La solución le llegaba como el murmullo del viento en las hojas de un árbol: no hubiera logrado oír el minúsculo ruido de una sola, pero todas juntas — todas las palabras, todos los silencios, todos los testimonios— emitían un mensaje que murmuraba un nombre: «Panal, Panal, Panal».

Cogió un bolígrafo y comenzó a escribir. No tenía pruebas, pero las imágenes de cómo podía haber ocurrido todo le llegaban tan nítidas, tan rápidas y abundantes que apenas tenía tiempo para ir anotándolas. Por fin, tras la redacción de la penúltima respuesta, respiró a fondo, y dejó que la brillante claridad del conocimiento lo impregnara con su áspera, inevitable dosis de dolor. Aunque nunca lo diría en voz alta, de nuevo comprobó que era un buen detective y que sin embargo eso no le aportaba ninguna felicidad.

Estaba marcando un número en el móvil cuando llamaron a la puerta. Abrió y sin hablar se apartó para que pasara el Alkalino. Esta vez Carol descolgó enseguida.

—Necesito que otra vez me consigas una información —le pidió—. Es urgente y tal vez complicado, pero los abogados conocéis a la gente adecuada, os debéis favores unos a otros y sabéis cómo negociar esas gestiones.

—¿De qué se trata?

—El seis de julio, la víspera de la muerte de Gros, la Avispa Panal ganó la etapa que terminaba en tu ciudad, en Toulouse. Aquella tarde los patrocinadores del equipo, el Baiae, habían organizado un acto publicitario en la Casa de España para promocionar sus viviendas de vacaciones, de modo que el triunfo de Panal no pudo ser más oportuno para ofrecer una imagen de éxito. El acto fue breve, porque los tres ciclistas elegidos no disponían de mucho tiempo y tenían que descansar, pero ésas son las servidumbres hacia los mecenas. Emplearon tres cuartos de hora en saludar a los asistentes, firmar unos autógrafos y posar junto a un panel publicitario de la empresa sobre un fondo de playa blanca, mar azul y sol amarillo. Si abres su página web puedes ver las fotos. El acto comenzó a las siete menos cuarto y a las siete y

media ya estaban terminando. Uno de los tres ciclistas era Panal, que por fin podía regresar al hotel.

—Sigue —dijo Carol, expectante.

—Hacia las siete Panal debió de apartarse dos minutos para hablar por teléfono con Tobias Gros, que lo había llamado antes para felicitarlo por el triunfo de etapa. Pero estaba ocupado con la prensa y no había podido ponerse. Panal llamó a Tobias Gros desde su móvil. Él mismo me lo dijo y lo he comprobado en la relación de llamadas que tú me pasaste.

—Sigue —repitió.

—Fue una conversación breve: duró un par de minutos, el tiempo necesario para dar la enhorabuena y para desear suerte. Sin embargo, hay alguien que se ha alterado mucho al conocer esa llamada.

—¿Quién?

—Alejandra, la esposa de Panal.

—Sigue —repitió una vez más.

—Necesito tu ayuda. Me comentaste que tienes amigos españoles en Toulouse.

—Sí, buenos amigos. Algunos son españoles y otros son nietos de españoles exiliados.

—¿Alguno de ellos podría conseguirte la relación de llamadas que se hicieron esa tarde, desde las siete menos cuarto a las siete y media, desde el teléfono de la Casa de España?

—No lo sé.

—Inténtalo. Es importante.

—¿Todo esto significa que Panal...?

—Aún no lo sé. Quizá sí. Necesito la lista de llamadas —insistió.

—Lo intentaré. Me ocuparé ahora mismo. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Cuando Cupido colgó el teléfono ya estaba abriendo la puerta.

—Vamos —dijo al Alkalino.

—¿Adónde? —preguntó. Desde que había oído la conversación con Carol supo que todo estaba claro y que sólo faltaba demostrarlo.

—A una librería o a un kiosco de prensa antes de que cierren, a comprar unas cuantas revistas de ciclismo. No importa si son números atrasados. Sólo necesitamos que las fotografías sean en color. Luego, a averiguar dónde se alojan los Calatayud. Supongo que habrán buscado un hotel cercano a la línea de meta en los Campos Elíseos. Empezaremos a preguntar por allí.

19.^a etapa

Fontainebleau - Fontainebleau, 54 km, CRI

Sábado, 24 de julio

Sólo faltaban por llegar los seis primeros clasificados de la general, separados por diferencias tan cortas que la victoria final se decidiría en la contrarreloj de la penúltima etapa. Rudolf Trölsch había mantenido el liderato hasta la mitad del recorrido, pero a partir de entonces había comenzado a pagar todos sus anteriores esfuerzos y a perder segundos frente a sus rivales. Por el contrario, Hamelt estaba superando sus dudas en los momentos importantes y se presentaba como favorito con aquel pedaleo elástico e incansable con que devoraba la carretera, sin modificar su elegante postura aerodinámica ni siquiera cuando cogía el bidón para beber tragos cortos. Todos se preguntaban si lograría recuperar el tiempo perdido frente a Trölsch, Panal y Renaud y ganar el Tour.

En el tercer punto intermedio de control, en el kilómetro 42, los directores de los equipos comenzaron a usar las calculadoras. La progresión de las diferencias había continuado y los últimos doce kilómetros, los más exigentes por el sinuoso trazado entre giros y rotondas que obligaban a frenar y a salir acelerando con bruscos cambios de velocidad, podían hundir o elevar a cualquiera de ellos.

Cuando el último ciclista, Rudolf Trölsch, cruzó la línea de meta, ya se sabía el resultado: Hamelt había ganado la etapa, pero dieciséis segundos le habían impedido arrebatarse el maillot amarillo a la Avispa Panal, que había hecho la mejor contrarreloj de su carrera y de nuevo alcanzaba el liderato, de forma definitiva si no ocurría nada anómalo al día siguiente, en la última etapa en los Campos Elíseos. De ese modo, un ciclista duro, esforzado, indomable, que se movía bien en todos los terrenos, pero que no destacaba en ninguno, un ciclista que no parecía correr por diversión, ni por hacer deporte, ni por dinero, ni tampoco para satisfacer la ambición, el orgullo o el ansia de gloria, sino que corría como si estuviera luchando por su vida, un ciclista sin carisma y sin imagen iba a colocar su nombre al lado de los mitos.

Poco después de concluir la etapa Cupido recibió la llamada de Carol que había estado esperando todo el día:

—No ha sido fácil, pero tengo la relación de llamadas que se hicieron aquel día desde la Casa de España de Toulouse.

—¡Bien! —exclamó.

—¿Te la envió en un email?

—Sí.

Diez minutos después la tenía impresa. La colocó junto a la otra lista, la de llamadas hechas y recibidas por Tobias Gros en su móvil, y buscó las coincidencias. Un número de móvil aparecía en ambas y su prefijo era el 0034. Ese teléfono había

recibido dos llamadas el mismo día, el martes 6 de julio. La primera, a las 17:30, desde el móvil de Tobias Gros. La segunda, una hora y media más tarde, a las 19:05, desde el teléfono de la Casa de España en Toulouse.

Cupido buscó el tercer dato que ya sabía y que, al lado de los otros, cobraba una importancia definitiva. A las 19:04, la Avispa Panal había llamado desde su móvil a Tobias Gros.

Rodeó con tinta roja las dos llamadas simultáneas y, ante el gesto interrogativo del Alkalino, preguntó:

—¿Tienes unas monedas sueltas?

—Sí.

Salieron a la calle y desde una cabina de teléfono Cupido marcó el número que coincidía en ambas listas. Al establecer la conexión oyó la melodía inconfundible de Schubert y luego, al tercer tono, la voz dulce, preocupada, de Alejandra:

—¿Sí? ¿Sí? ¿Quién es?

Entonces colgó, avergonzado por su silencio, por su anonimato, por no tener el coraje de explicarle que necesitaba comprobar si era ella la titular de ese número, por haber empleado por segunda vez en aquella investigación un recurso despreciable.

Pero una vez ordenados los datos todo resultaba tremendamente sencillo. La sospecha se convirtió en certeza, y la certeza dio paso a la vieja decepción por la eterna estupidez de los humanos, por su incorregible arrogancia al creer que es fácil el engaño y la impunidad y la burla.

El Alkalino caminaba en silencio a su lado y sólo cuando llegaron al hotel y extendió los documentos sobre la mesa de su habitación explicó el detective:

—Esta llamada sería lo normal, lo esperable: que un hombre telefonee a su mujer después de un éxito deportivo para decirle que aún tardará un poco en llegar junto a ella, porque tiene que atender a la prensa y cumplir los compromisos publicitarios con el patrocinador del equipo. Esta llamada a su mujer desde el teléfono fijo de la Casa de España sería lo normal si no fuera porque, al mismo tiempo, la Avispa Panal estaba hablando por su móvil con Tobias Gros y por el auricular oía cómo sonaba el timbre de la segunda llamada y así comprobaba que los dos estaban juntos en la habitación mientras él...

—Por eso sólo duró unos segundos —replicó el Alkalino, que no parecía del todo convencido.

—... no necesitaba ni siquiera hablar con ella, puesto que estaba oyendo a Tobias Gros, recibiendo su felicitación por el triunfo de etapa, mientras escuchaba por el auricular la música inconfundible de Schubert. ¿Para qué iba a decir nada? Colgó en cuanto averiguó lo que estaba buscando.

—De acuerdo, de acuerdo. Sería tan flagrante como si los hubiera sorprendido desnudos en... Y por eso ella se asustó ayer tanto, al comprenderlo todo.

—Sí.

—Pero eso no prueba que Panal matara al día siguiente a Tobias Gros.

—No, no lo prueba. Revela un motivo por el que matan tantos hombres que no conocen otro modo de conservar a la mujer que aman que empuñar un arma y...

—Sí —reconoció el Alkalino.

—Es lo último que nos queda por comprobar: si él también fue uno de ellos. Vamos.

—¿Otra vez? ¿Adónde?

—A ese hotel donde te han dicho que están alojados los Calatayud.

—¿Ellos?

—Sí. Un último esfuerzo —dijo, y cogió las revistas de ciclismo, en las que había doblado las esquinas de algunas páginas—. Si todo ocurrió como imagino, no tendremos que volver a ningún otro hotel a preguntar por nadie. Y podremos descansar.

Los encontraron vestidos con ropa de paseo: el padre serio, con las mismas prendas neutras y limpias y anticuadas que hubiera podido llevar veinte años antes, y el hijo acicalado como un niño, con el pelo muy peinado y envuelto en olor a colonia, con el aro incongruente brillando en la oreja.

—Ya les conté todo lo que tenía que contar —dijo el viejo Calatayud con voz dura, cansada, ofendida.

—Sí —aceptó Cupido—. No lo dudo. No queda ninguna pregunta por hacer. Sólo se trata de confirmar un detalle.

—No —dijo, dispuesto a negar todas las veces que fuera necesario.

—Será la última vez.

—No.

—Creo que sé cómo murió Tobias Gros —explicó Cupido—. Creo que sé quién entró aquella noche en su habitación del hotel. Déjenos hablar con él. Será sólo un minuto.

—No.

—Durante catorce años usted ha defendido contra la opinión de todo el mundo la verdad de lo ocurrido en aquella caída. Ahora se trata de una verdad parecida. No puede echar por tierra todas sus convicciones. Si él pudiera decidir, si él pudiera..., ¿cree que no nos ayudaría?

—Él no sabe nada más que lo que ya contó.

—Creo que él no sabe lo que sabe —dijo Cupido.

El viejo Calatayud relajó el corpachón y miró al Alkalino.

—Está bien. Está bien —claudicó.

Llamó a su hijo, que se sentó junto a ellos. Cupido abrió una de las revistas por las páginas con las esquinas dobladas, en las que aparecían fotografías de ciclistas

vestidos con el maillot amarillo, siempre de espaldas y con un número 1 en el dorsal. Le mostró la primera, la giró para que la viera desde su posición y le preguntó:

—¿Quién es?

Los grandes ojos celestes miraron al detective y luego a la fotografía, y dejaron que los párpados los humedecieran antes de responder con una voz gruesa y dura:

—Tobias Gros.

Cupido pasó unas páginas hasta otra de las fotos seleccionadas y otra vez:

—¿Quién es?

—Tobias Gros.

Le presentó tres nuevas imágenes de corredores distintos, pero siempre de espaldas, siempre vestidos de amarillo y siempre con un número 1 en el dorsal, y a las tres respondió con las mismas palabras, «Tobias Gros», «Tobias Gros», «Tobias Gros», como si estuviera encadenado a aquel nombre de un modo inquebrantable y eterno, mientras le cuajaban en los párpados dos lágrimas tan gordas e inmóviles que parecían ampollas que le hubieran salido a la piel. Por último le mostró dos fotos colectivas y varió la pregunta:

—¿Quién es Tobias Gros?

Calatayud hijo extendió el índice gordo y maleable para señalar con un gesto irrevocable no a un ciclista, sino a un color y a un número.

—Es suficiente —dijo Cupido.

—Eso es lo que quería saber, ¿verdad? —preguntó el viejo cuando los acompañó hasta la puerta.

—Sí. Porque usted lo dijo bien: su hijo no mentía, no sabría mentir ni inventar nada que no hubiera visto. Él creyó que había visto a Tobias Gros de espaldas en el pasillo en penumbra del hotel. Durante los últimos años siempre lo había visto así, vestido con el amarillo del líder y con el número 1 en el dorsal, siempre por delante de todos, siempre el primero desde hacía catorce años, cuando su hijo alcanzaba una velocidad que Gros no podía permitir que otro alcanzara. ¿Cómo no iba a confundirlo en aquel breve vistazo, aterrorizado por el pánico a ser descubierto?

—Pero aquella noche no era Gros quien vestía de amarillo.

—No.

—Entonces, ahora se sabrá toda la verdad.

—Su hijo ha contribuido a revelarla.

Lo dejaron en la puerta, mirándolos mientras ellos se alejaban y el Alkalino comentaba:

—El día anterior la Avispa Panal había ganado la etapa.

—Sí, se escapó del pelotón en la primera oportunidad y mantuvo la fuga durante ciento ochenta kilómetros, hasta la meta, mientras dos centenares de corredores iban tras él como perros tras la presa y se relevaban en vano para alcanzarlo. Hizo todo ese

esfuerzo para ofrecerle el triunfo a su mujer, que había ido a acompañarlo, aunque tal vez ella no lo buscara a él. ¡La Avispa Panal! Ganó la etapa y ese día se colocó de líder y por primera vez en diez años como profesional se vistió con el maillot amarillo. Llevaba el dorsal número 11.

—De modo que era el día perfecto para que esos dos...

—Sí. Sabían que las obligaciones con la prensa y un acto publicitario de su equipo lo mantendrían ocupado toda la tarde. Disponían de casi tres horas con todo a su favor. Estaban alojados en el mismo hotel y sólo los separaban unas paredes y unas pocas escaleras, unas barreras demasiado frágiles.

—¡Claro que sí! No hay barreras que no puedan saltar un hombre y una mujer que quieren encontrarse.

—Además, supongo que no sería su primera cita, debían de haberse visto más veces. Ya la oíste decir que se conocían desde hacía varios años. Tanta complicidad no surge de repente, de un día para otro.

—Hay algo que no entiendo. Ella...

—¿Sí?

—¿Ella lo sabía?

—¿Qué?

—Que su marido podía haber matado a Tobias Gros. Si, al día siguiente, estuvo con él toda la noche en la habitación, sabría que salió durante unos minutos. Y lo ha ocultado.

Cupido reflexionó unos instantes.

—Si lo había sospechado, ayer tuvo la certeza cuando le dijimos que su marido había telefonado a Gros el día anterior, mientras ellos dos estaban juntos.

Era como el sprint final. Cogieron un taxi hacia el hotel donde se alojaba el equipo Baiae. Cupido presentó su acreditación, pero ni desde recepción ni desde la centralita permitían telefonar a las habitaciones de los ciclistas. Tenían órdenes estrictas de no molestarlos a partir de las nueve de la noche. Entonces marcó el número del móvil de Panal, que descolgó enseguida, como si estuviera esperando una llamada.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Ricardo Cupido. El detective contratado por Carrión para la defensa de Mieses.

—¿Quién le ha dado este número?

—Figuraba en la lista de llamadas que recibió Tobias Gros un día antes de su muerte. Usted mismo me dijo que lo llamó.

—Sí.

—Lo que no dijo es que en ese mismo momento hizo una llamada simultánea al móvil de su mujer, desde el teléfono fijo de la Casa de España en Toulouse.

Lo oyó quedarse en silencio y aunque apenas percibía su respiración, podía notar

a través del auricular su abrasado aliento, la sombría concentración con que escuchaba.

—Venga a mi habitación dentro de diez minutos. Avisaré para que lo dejen subir. Hablaremos.

Una hora más tarde regresó el detective.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el Alkalino—. ¿Y Panal?

—Mañana. Ha pedido un día antes de entregarse. Me propuso un pacto: contarlo todo a cambio de un día más, a cambio del tiempo suficiente para subirse al podio mañana en los Campos Elíseos.

—¿Y no hay peligro de que pueda...?

—¿Escapar? —lo interrumpió—. ¡No! ¿Adónde iba a ir? Apenas ha aprendido a chapurrear francés en todos los años que lleva corriendo el Tour. En realidad nunca ha dejado de ser un campesino duro y cabezota cuyo vocabulario no supera las quinientas palabras, y de ellas una cuarta parte se refiere al ciclismo y a la bicicleta.

—Sin embargo, se diría que le han bastado unas pocas frases para que confíes en él.

—Sí, no tengo ninguna duda de que se entregará mañana, él solo, sin necesidad de ese estrépito de sirenas y policías y fotos y charlatanes pegados a los micrófonos con la boca llena con la saliva del escándalo. Sabe bien que aunque pudiera escapar de los uniformes no podría escapar de la condena que él mismo se ha impuesto.

—Ya lo entiendo. Te ha pedido un día más, el último del Tour, para subir vestido de amarillo al peldaño más alto del podio. Un momento de gloria antes del final.

—¿Por qué no? Necesitará el recuerdo de esas imágenes para soportar los años que le esperan allí dentro.

—Pero esa juez de Toulouse podría complicarte las cosas por tu silencio.

Cupido lo miró serio, concentrado, tranquilo.

—Yo sí he hablado con él —dijo.

—De acuerdo, de acuerdo. Cuéntame los detalles.

—Panal había recelado en alguna ocasión de Tobias Gros. Sabía que conocía a Alejandra desde hacía tiempo y que algunas veces se habían llamado por teléfono, pero hasta la tarde en que ganó la etapa no tuvo la certeza. Posiblemente ocurrió tras cruzar la meta y besar la alianza para dedicarle el triunfo después de cuatro horas escapado, corriendo en solitario con aquella manera tan poco ortodoxa que tenía, pedaleando como si coceara, pegando furiosas patadas de mula a los pedales para avanzar con su misma, tenaz e indomable resistencia. O tal vez un poco más tarde, ante la pregunta de algún periodista extrañado de que Tobias Gros no hubiera puesto a su equipo a tirar para anular su escapada. Esa tarde la sospecha se hizo más intensa y de ahí las dos llamadas simultáneas para comprobar si era cierto, porque sólo

Alejandra tenía en su móvil aquella música que él mismo le había grabado, las notas dulces y asombrosas de Schubert que eran el himno sagrado de su historia de amor... cuando todavía era una historia de amor. Colgó sin hablar con ella y sin que ella supiera quién la había llamado desde un número con prefijo francés. Acuérdate de que al día siguiente subió el Tourmalet con los mejores, sin despegarse hasta el final de la rueda de Tobias Gros, retorciéndose sobre el sillín para no perder su estela, y no por ganar la etapa, sino para que él no pudiera estar solo en ningún momento y cruzar algunas palabras con ella, que también esa tarde esperaba en la meta.

—Y eso le permitió mantener la ventaja con la que ahora va a ganar la carrera.

—Sí, pero me dijo que él lo habría cambiado: no ganar el Tour a cambio de no perderla. Claro que aquella tarde aún no podía imaginarlo. Nunca se había considerado un ganador. Su única preocupación era ella. Y al no saber cómo decirle que... Como no quería perderla —repitió—, subió a la habitación de Gros por las escaleras de servicio, ocultándose de todos, porque si alguien le hubiera preguntado adónde iba y qué iba a hacer no habría sabido contestar. Con él sí podría hablar, amenazarlo, mirarlo a los ojos y decirle que nunca más, o simplemente proponerle que pelearan con los puños desnudos hasta que uno de los dos no soportara más el dolor y se apartara a un lado para siempre... Y todo en secreto, como un antiguo pacto entre caballeros, para que Alejandra nunca llegara a saber que él lo había descubierto, de modo que después todo pudiera volver a la calma, como si no hubiera ocurrido nunca.

—Y Tobias Gros no aceptó.

—¡Al contrario, sí aceptó! Tal vez se asustó de aquel corredor oscuro, callado, endurecido, cuya abrasada respiración había notado quemándole la nuca durante toda la etapa, por las rampas del Tourmalet. Le contestó que no había nada y que nunca lo habría. Sin embargo, Panal no lo creyó. Me dijo que en aquel momento supo que mentía y que su intención era continuar mintiendo en cuanto él le diera la espalda. ¿Acaso no lo llamaban Depredador? Me dijo que en ese instante comprendió que se había equivocado al ir a verlo, y que en realidad había añadido un aliciente más a los atractivos de Alejandra. Me dijo que no tuvo otra salida. Junto a su mano estaba el pesado trofeo que le habían entregado unas horas antes, la pesada figura metálica del quebrantahuesos, y en un momento en que Gros le dio la espalda...

—¿Y ella? ¿Supo lo que había ocurrido? —volvió a repetir la pregunta que más lo inquietaba.

—No, no supo nada. Para no asustarla, Gros le había ocultado el día anterior que era Panal quien hablaba con él por teléfono cuando sonó la otra llamada. Tal vez Alejandra sospechó algo, puesto que él había salido un momento de la habitación con la excusa de que tenía que recoger el pulsímetro olvidado en el autobús del equipo. Cuando más tarde se supo la muerte de Gros, él le pidió que ocultara que había salido

esos minutos, porque sólo le traerían molestias y complicaciones y lo distraerían ahora que estaba en la mejor coyuntura deportiva de su carrera y en la cabeza de la clasificación. Si ella receló, no fue más lejos. Ten en cuenta que manifestar su sospecha hubiera sido una confesión de que había motivos para sospechar. No, no dijo nada. Aún no sabía que era su marido quien le había hecho aquella llamada anónima el día anterior y, por tanto, no tenía ninguna razón para atentar contra Tobias Gros.

—Hasta ayer, cuando habló contigo.

—Entonces lo vio todo claro. Y ahora se ha marchado.

—¿Ya no está en París?

—No. No ha querido contar nada, pero tampoco podía seguir con él. Ha vuelto a España. Panal la ha llamado cien veces, pero ella no responde a sus mensajes.

—¿Tanto la quería? —preguntó con voz baja, compasiva.

—Sí, tanto. Me dijo que antes había conocido a otras mujeres, pero que hasta entonces no había entendido nada. Me dijo que de repente llegó ella y eliminó el olor, la figura, los recuerdos de todas las anteriores, que las volvió anónimas, borró los rostros que flotaban en el brumoso laberinto del pasado, en la aburrida crónica de conquistas y seducciones, como si todas las anteriores nunca hubieran existido, como polvo viejo que barre un viento fresco, me dijo.

—Bueno, he oído peores maneras de describirlo.

—Cuando golpeó a Gros no pensaba tanto en sí mismo —continuó Cupido— como en protegerla de un tipo que se comportaba como si toda mujer joven, hermosa e ingenua fuera un juguete que se puede utilizar y desechar luego. Al golpearlo, Panal estaba intentando defender su inocencia.

—¿Su inocencia, dices?

—¡La de ella! Porque la verdadera tragedia del paso de los años no es la pérdida del vigor o de la belleza, ni los achaques de salud, ni la cercanía de la muerte, sino la pérdida de la inocencia de quien se entrega al amor con la seguridad de que no se acabará nunca. Gros se la había robado a ella de un golpe y Panal no podía perdonárselo. Porque ésa es la peor pérdida, me dijo, descubrir de pronto que el engaño o un exceso de dolor o sufrimiento te lleva allí donde nunca habías querido estar, al lugar donde uno mismo deja de confiar en los otros y por tanto, en respuesta a ese robo, también uno mismo se vuelve capaz de provocar dolor y sufrimiento y daño con hechos y palabras que preferiría no recordar al acostarse por las noches.

—¡De acuerdo, de acuerdo!

—Me pidió que, si la veía, le dijera que no se preocupara por él, que allí dentro no estaría muy mal siempre que supiera que a ella le iba bien fuera. Me dijo que incluso el Estado francés te da en la cárcel todo lo necesario siempre que te estés quieto en tu encierro y no crees problemas a los funcionarios ni a los otros presos. Lo

único que echaría de menos, añadió, sería no poder montar en bicicleta durante esos doce o quince años que estará dentro.

—A menos que tenga la misma suerte que tuviste tú y lo lleven a una cárcel donde un monitor deportivo organice un equipo ciclista.

—¡Ojalá tenga la misma fortuna y encuentre la forma de redimirse sin demasiado daño!

—Hablas como si lo justificaras.

—No, pero después de haberlo escuchado... Porque antes habían sucedido muchas cosas que lo fueron empujando a la violencia... Yo sí he hablado con él, te repito, y él me habló de una boda con cadáveres en el vientre, y de unos niños muertos que ni siquiera se enterraron... También me dijo que creía que nunca logró hacerla feliz.

20.^a etapa

Fontainebleau - París, 126 km

Domingo, 25 de julio

Y esa tarde sí terminó todo y pudieron descansar. Habían caminado toda la mañana por el centro de París, contemplando la magnífica ciudad, sin entrar en ningún museo ni panteón ni catedral ni subir a ningún arco ni torre, solamente paseando por las aceras o sentándose algún momento en un banco de un parque o en la terraza de un café. Ya no tenían nada que hacer y llegaron a los Campos Elíseos y buscaron un hueco bajo los grandes plátanos desde donde contemplar el paso de los ciclistas en sus vueltas al circuito urbano.

Por primera vez el Alkalino asistía admirado al espectáculo de los corredores que pasaban veloces y brillantes como una ráfaga de fuego bajo la luz del sol que tintineaba en los radios y tubulares, al de los espectadores que aplaudían y gritaban, al de la variedad de idiomas que se oían y de banderas que ondeaban.

—Entre todos habéis conseguido que me guste este deporte —confesó—. Creo que a partir de ahora estaré frente al televisor cuando transmitan estas pruebas.

—No es suficiente —dijo Cupido.

El Alkalino lo miró con extrañeza, con alarma.

—¿No estarás pensando en verme subido a...

—Sí.

—... una bicicleta, pedaleando mientras intento guardar el equilibrio...

—Sí.

—... para no dejarme los dientes en el asfalto?

—Sí. No es tan difícil no caerse.

—¡No! —Sonrió con una mueca maligna—. Eso no lo conseguiréis nunca. Me gusta la velocidad a la que se avanza caminando.

—¿Velocidad? ¿A pie?

—¿Para qué tanta prisa? ¿Crees que por llegar antes o más lejos encontrarás algo que no existe ahora aquí cerca?

—Tal vez tengas razón —respondió Cupido tras reflexionar unos segundos.

Volvieron a pasar los ciclistas, pero ahora el pelotón perseguía a tres corredores que intentaban una última fuga. En las primeras posiciones vieron el chispazo amarillo del líder. Y más tarde llegó la última vuelta, ya definitivamente lanzados hacia el sprint final. Muy cerca de allí, o ante la pantalla de un televisor, estarían contemplando las mismas imágenes los Calatayud, Saba Bay y el doctor Galea, y Carol en Toulouse, y en sus países los aficionados de medio mundo. Ganó Boris Lenz, un velocista del equipo alemán Zigurat.

Desde lejos, confundidos entre la muchedumbre, Cupido y el Alkalino asistieron

a la última entrega de premios. Panal, Hamelt y Trölsch subieron al podio para recibir los trofeos, escuchar el himno, saludar y posar ante las cámaras. Desde el cajón más alto, la Avispa Panal miraba alrededor y parecía buscar a alguien, sonreía a veces sin saber para quién sonreía.

Luego bajaron de la tribuna y ya no pudieron verlos. Sin embargo, quince minutos después distinguieron entre el bullicio el ruido de sirenas de la policía y vieron un coche que se abría paso entre la multitud. Al cruzar junto a ellos reconocieron a Panal sentado entre dos agentes. Todavía iba vestido de amarillo.

—Ha cumplido su palabra —dijo el Alkalino.

—Nunca lo dudé.

Unas horas más tarde, silenciosos y cansados, contemplaban en el televisor un reportaje especial sobre todas las anomalías ocurridas en aquel extraño Tour. Las imágenes mostraban que ese mismo día Saba Bay, algunos amigos y familiares de Tobias Gros y unos pocos ex ciclistas que habían corrido con él asistían como testigos al cumplimiento de su último deseo. En su testamento había ordenado que a su muerte —que sin duda imaginaba apacible y llena de homenajes y de respeto y muy lejana en el tiempo— esparcieran sus cenizas desde la cumbre del Tourmalet un día de viento.

Allí era un día desapacible y por encima de los rostros serios y ofendidos se veían las nubes que extendían sus enaguas sobre los picos pirenaicos y avanzaban lentamente por el cielo mostrando sus vientres hinchados por el agua. Como soplaba la brisa, era un buen momento para aventar las cenizas. Además, el Tour no había terminado y eso ofrecía una excusa perfecta para que mucha gente no asistiera a la ceremonia y evitar así incómodos saludos y sospechas.

—En vida, Gros lo había controlado todo, incluso el lugar donde debían ser esparcidas sus cenizas. Pero al menos por una vez no pudo controlar el odio ni la violencia que él mismo había provocado —dijo Cupido cuando terminaron las imágenes.

—Eso es todo lo que queda de él —apuntó el Alkalino—. Un puñado de polvo que dispersará el viento y que caerá a la tierra y arrastrará el agua hasta los valles, y ayudará a fecundar el suelo, y pasará de un vegetal a un animal, y finalmente a otro animal que camina sobre dos piernas y sonríe y tiene lengua, y que sólo se distingue por ser infinitamente más sabio y más estúpido que cualquier otro ser vivo, y que repetirá de nuevo las mismas obras maravillosas y las mismas trágicas estupideces que sus antepasados...

—Sí —lo interrumpió Cupido.

En la pantalla la voz del locutor, llena de indignación y asombro, seguía explicando la muerte de Tobias Gros, pero ahora las imágenes repetían la entrega de premios de la tarde, con Panal en lo alto del podio.

—¿Crees que lo despojarán del título? —preguntó el Alkalino.

—No. Tendrán que respetárselo, porque ganó sin hacer trampas. La muerte de Tobias Gros es un asunto diferente. Al fin y al cabo, los grandes deportistas no son distintos del resto de los mortales.

El Alkalino asintió sin despegar los ojos del televisor. Luego dijo:

—Una última curiosidad. ¿Qué pasará con el doctor Galea?

—Seguirá libre. Sin los otros dos para implicarlo, no hay pruebas contra él. ¿Qué demuestra que yo viera a aquel hombrecillo saliendo de su habitación en el hotel?

—Que se conocían. Es decir, nada. Y sería tu palabra contra la suya.

—Creo que volverá a intentarlo —dijo Cupido.

—¿Después de todo lo ocurrido? ¿Después de haber estado tan cerca del desastre?

—Ni siquiera ese aviso le servirá de lección. Cuando lo llame un corredor que tiene por delante más kilómetros que fuerzas, ¿crees que le cerrará la puerta si viene con un puñado de billetes en la mano? ¿Tú crees que le dirá que no al deportista dispuesto a todo con tal de vencer a su eterno rival? ¿Le dirá que no al jovencito ambicioso que pagará lo que le pidan por llegar el primero a la cumbre?

El Alkalino se quedó en silencio unos segundos, imaginando un pelotón limpio, voluntariamente alejado del dopaje, sí, pero sin haber podido olvidar su existencia, su ofrecimiento de una ayuda extra cuando fuera necesaria y se hubiera relajado la vigilancia.

—Quieres decir que nunca dejaremos de hacer trampas.

—Al menos, nunca dejaremos de intentarlo.

Epílogo

A la mañana siguiente el Alkalino tomó el tren París-Lisboa que lo llevaría directamente a Breda. Aunque le gustaba mucho viajar, se sentía cansado de tantos kilómetros recorridos y la pasada pancreatitis dificultaba su recuperación. Su fatiga aumentaba su admiración hacia los ciclistas que habían hecho un trayecto mucho más largo sin ayuda de un motor, moviéndose sólo con la fuerza de sus piernas. Cupido recogería más tarde la bicicleta y el resto del equipaje que habían dejado en el hotel de Argeles-Gazost, pero antes tenía que pasar por Toulouse, donde Carol lo esperaba para cerrar definitivamente su participación en aquel trabajo.

Llegó por la tarde y al día siguiente, muy temprano, los dos acudieron ante la juez de Toulouse, que les hizo firmar sus últimas declaraciones y dio por concluidos sus testimonios.

Montaron en el coche de Carol, de regreso a su casa. De vez en cuando la miraba conducir con resolución y destreza, rejuvenecida por sus gestos de atención al llegar a un cruce o al girar en las rotondas. Comieron en un restaurante cercano, sin prisas ya, recordando los detalles de la investigación, demorando las palabras sobre el futuro y sobre ellos mismos.

Su hija se había marchado a Londres, a un curso de verano, y Carol lo invitó a su casa, un dúplex con los dormitorios en el piso de arriba. Hicieron el amor y luego, desde la cama, perezosos en el placentero letargo del sexo y la digestión, vieron por el hueco de la buhardilla el cielo de la tarde, las lentas nubes del verano apareciendo y desapareciendo, resignadas a su esterilidad, demasiado secas para soltar lluvia. Hasta ellos llegaban apagados los ruidos de otros inquilinos del edificio, el llanto de un bebé, el estruendo en la calle de un camión del que alguien, a gritos, descargaba alguna mercancía.

—¿Cuándo vuelves a España? —preguntó Carol en voz baja cuando terminaron los gritos, los golpes de las puertas del camión al marcharse.

—Mañana.

—Si quieres, puedes quedarte aquí un tiempo. Sin compromiso. Creo que podría conseguirte algunos trabajos, que no te faltarían encargos —murmuró—. Pero también, si estás cansado de ser detective, como dijiste una vez, podría ayudarte a buscar otra cosa.

Cupido le acarició el hombro y subió la mano por su cuello hasta rozar su mejilla, sorprendido por su ofrecimiento, para el que no había hecho suficientes méritos. «Ella tiene muchas virtudes que yo podría amar», se dijo. «Es inteligente, es atractiva y generosa, ha vivido lo suficiente para saber qué cosas son importantes y causan dolor o dan felicidad, por cuáles merece la pena arriesgar o mentir. Y tal vez sea verdad que me quiere, que se siente feliz de verme. Pero todo sería más fácil si este

encuentro hubiera ocurrido diez, quince años antes. Ya es demasiado tarde para cambiar de país, de idioma, incluso para conmovirme por eso que llaman amor. Demasiado tarde para dejar atrás mi nombre y este sucio oficio. Ricardo Cupido, detective privado».

—No podría —respondió—. Me atan demasiadas cosas allí abajo.

—Lo comprendo —dijo Carol—. Una vez te pregunté si tenías una mujer en España, ¿te acuerdas?

—Sí, y te dije que no.

—Pero la tuviste, ¿verdad?

—Sí.

—Quienquiera que sea, ¿vas a seguir pensando en ella toda tu vida? —insistió con una curiosidad irónica y amable.

—No —respondió—. Todo aquello quedó atrás hace ya mucho tiempo.

Cupido tuvo la sensación de estar desnudo, sin defensas, vulnerable ante la madura sabiduría de Carol. Por un instante sintió el impulso de corresponder a su espontánea franqueza y explicar su negativa y decirle las dos palabras mágicas y abrasadoras que hacía mucho tiempo que no pronunciaba, pero enseguida se retrajo, porque no sonarían convincentes. No se movió ni hizo un gesto de rechazo, pero tampoco empujó hasta los labios una frase amable que llevara la conversación hasta el final. Nada debía ser cambiado. Su vida privada había encontrado un aceptable equilibrio y todo estaba bien tal como estaba. No le sobraban amistades, pero tampoco deseaba conocer a mucha más gente. No vivía con una mujer, pero tampoco pasaba mucho tiempo antes de que le surgiera alguna aventura agradable, incluso apasionada. No era completamente feliz, pero tampoco sufría convulsiones ni sobresaltos.

—Está bien, no voy a compararme con ella. Soy abogada y sé cuándo conviene litigar y cuándo retirarse. No me importa que sea tan ciega para no ver lo que se pierde. Me importa lo que yo siento —dijo hablando muy despacio para no equivocarse, buscando con cuidado las palabras de un idioma que no era el suyo—. Dejando a un lado a mi hija, mis sentimientos son mi mejor patrimonio. Más que mi trabajo, o que esta casa, mis sentimientos son lo más valioso que poseo, una joya pequeña y delicada que no quiero que nadie roce ni manche ni desgaste. Sabes que me gusta hacer el amor contigo, y que estoy en paz con el placer y con mi cuerpo, pero eso ya no es lo más importante. A mi edad, el amor no es tanto acción como sentimiento. Por eso resulta secundario lo que tú decidas hacer, yo me considero afortunada sintiendo esto que siento. Vete a España si, como dices, es demasiado tarde para que alguien pueda sacarte de allí y cambiar de vida. Pero, si lo deseas, vuelve de vez en cuando. No olvides que el Tour se celebra todos los años. Reserva unos días libres, un par de semanas, y sube a verme. Si me avisas, te estaré

esperando. Aunque también puedes venir sin avisarme. Entonces será una bonita sorpresa.

FIN



EUGENIO FUENTES. Escritor español nacido en Montehermoso, Cáceres, en 1958. Se ha especializado en novela negra y policíaca, especialmente con la serie de narraciones protagonizadas por el detective Cupido.

Como narrador ha sido ampliamente galardonado con, entre otros, el Premio Cáceres de Novela Corta (por *Las batallas de Breda*, 1990), el Premio Internacional de Novela Ciudad de San Fernando (por *El nacimiento de Cupido*, 1993), Premio de Extremadura a la Creación “José Antonio Gabriel y Galán” (por *Tantas mentiras*, 1997), Premio Alba/Prensa Canaria (por *El interior del bosque*, 1999) o el Premio Extremadura a la Creación (por *Venas de nieve*, 2006),

También como articulista ha recibido el Premio del Consejo Asesor de RTVE en Extremadura, el Premio “Francisco Valdés”, el Premio Nacional de Periodismo “Julio Camba”, el Premio “Carmen de Burgos” y el Premio “Manuel Azaña”.

Sus novelas han sido publicadas en más de una docena de países, siendo considerado por la crítica como uno de los renovadores del género policíaco en Europa.